

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 25
Abril-Junio 2012

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

La maravillosa realidad latinoamericana en "Los pasos perdidos" de Alejo Carpentier, por María Lourdes Gasillón

La persistencia de la conciencia: Borges y la inmortalidad, por Gorka Bilbao Terreros
Posición del fonema como clave interpretativa (sobre "1492..." de Homero Aridjis), por María Coira
La palabra perdida, por Jesús Greus

• Relato

El tiro de gracia, por José Vaccaro
Correcciones (un cuento metaliterario), por Miguel Baquero

Dos relatos, por Maruja Collados
La mujer partida a la mitad, por Francesca Leita
Labrys, por Damián Gandlaz
Paloma, por María Dubón

Adela, estás muerta, por Paloma Hidalgo Díez
Iragegon, por Serafina Badenas Pons
Sólo por hoy, por Carlos Enrique Cartolano
La máquina, por Pedro M. Martínez Corada
Muñones, por Beatriz E. Mendoza
Absolutamente todo, por Alejandro Rosen
Punto de fuga, por Cristina Calduch
Los paseos de Antonio, por Vicente Moret

Dos relatos, por Carlos Aymí
Todos los protagonistas somos secundarios, por David Bombai

Nuestro mediocre carácter, por Damián Cordones
Bulldozer, por Luis Topogenario
El duelo, por Sergio Cossa
Tito Tigre Fernández, por Dominique Vernay
Juillet

Cielo sin nubes, por Patricia Nasello
Trampolín de mierda, por Txema Torrent
Santamaria

Coleccionista de almas, por Alicia Rodríguez
Microrrelatos, por Rubén Gozalo
Magnolio, por Arnoldo Rosas
París - Dakar, por Javier Viveros
Insolente simetría, por Carlos Manzano

• Novela

Objetos perdidos (Capítulo), por Miguel Baquero

• Narradores

Lilian Elphick

• Miradas

Literatúrame: por y para la literatura, por Carlos Manzano
Charles Dickens, el escritor de la crítica social, por Enrique García Díaz
Sedente solitario, por María Dubón

• Reseñas

"En un lugar solitario" de Enrique Vila-Matas, por José Luis Muñoz
"Perros, gatos y lemures" de VV.AA., por Ángeles Prieto Barba
"Amor del bueno" de Víctor García Antón, por Víctor Lorenzo Cinca
"Tangram" de Juan Carlos Márquez, por Luis Borrás
"Noche de los enamorados" de Félix Romeo, por Luis Borrás
"El tren de cristal" de José María Pérez Collados, por Rafael Ramis
"El mar sigue siendo azul" de Fernando Martínez López, por José Luis Muñoz
"Rupturas y ambiciones" de Miguel Ángel Cáliz, por Ángeles Prieto Barba
"Diario de invierno" de Paul Auster, por José Luis Muñoz
"El círculo alquímico" de Paco Gómez Escribano, por José Luis Muñoz
"El club de los parricidas" de Ambrose Bierce, por Víctor Lorenzo Cinca
"Fábula del Archidiablo Belfagor" de Nicolás Maquiavelo, por Ángeles Prieto Barba

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. Inicialmente editada en formato PDF, dada la similitud de este formato con las tradicionales revistas hechas en papel, hemos decidido también publicarla en formato ePub, de modo que sea perfectamente legible en el conjunto de dispositivos electrónicos de lectura cada vez más presentes en nuestra realidad cotidiana.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 25

<i>La maravillosa realidad latinoamericana en "Los pasos perdidos" de Alejo Carpentier</i> , por M ^a Lourdes Gasillón	3	<i>París - Dakar</i> , por Javier Viveros	106
<i>La persistencia de la conciencia: Borges y la inmortalidad</i> , por Gorka Bilbao Terreros	9	<i>Insolente simetría</i> , por Carlos Manzano	108
<i>Posición del fonema como clave interpretativa (sobre "1492..." de Homero Aridjis)</i> , por María Coira	17	<i>Novela: Objetos perdidos</i> (Capítulo), por Miguel Baquero	109
<i>La palabra perdida</i> , por Jesús Greus	22	<i>Narradores: Lilian Elphick</i>	113
<i>El tiro de gracia</i> , por José Vaccaro	26	<i>Literatúrame: por y para la literatura</i> , por Carlos Manzano	118
<i>Correcciones (un cuento metaliterario)</i> , por Miguel Baquero	32	<i>Charles Dickens, el escritor de la crítica social</i> , por Enrique García Díaz	119
<i>Dos relatos</i> , por Maruja Collados	36	<i>Sedente solitario</i> , por María Dubón	121
<i>La mujer partida a la mitad</i> , por Francesca Leita	39	<i>"En un lugar solitario" de Enrique Vila-Matas</i> , por José Luis Muñoz	122
<i>Labrys</i> , por Damián Gandlaz	41	<i>"Perros, gatos y lemures" de VV.AA.</i> , por Ángeles Prieto Barba	123
<i>Paloma</i> , por María Dubón	48	<i>"Amor del bueno" de Víctor García Antón</i> , por Víctor Lorenzo Cinca	124
<i>Adela, estás muerta</i> , por Paloma Hidalgo Díez	49	<i>"Tangram" de Juan Carlos Márquez</i> , por Luis Borrás	125
<i>Iragegon</i> , por Serafina Badenas Pons	52	<i>"Noche de los enamorados" de Félix Romeo</i> , por Luis Borrás	126
<i>Sólo por hoy</i> , por Carlos Enrique Cartolano	53	<i>"El tren de cristal" de José María Pérez Collados</i> , por Rafael Ramis	127
<i>La máquina</i> , por Pedro M. Martínez Corada	54	<i>"El mar sigue siendo azul" de Fernando Martínez López</i> , por José Luis Muñoz	128
<i>Muñones</i> , por Beatriz E. Mendoza	59	<i>"Rupturas y ambiciones" de Miguel Ángel Cáliz</i> , por Ángeles Prieto Barba	129
<i>Absolutamente todo</i> , por Alejandro Rosen	61	<i>"Diario de invierno" de Paul Auster</i> , por José Luis Muñoz	130
<i>Punto de fuga</i> , por Cristina Calduch	63	<i>"El círculo alquímico" de Paco Gómez Escribano</i> , por José Luis Muñoz	131
<i>Los paseos de Antonio</i> , por Vicente Moret	68	<i>"El club de los parricidas" de Ambrose Bierce</i> , por Víctor Lorenzo Cinca	132
<i>Dos relatos</i> , por Carlos Aymí	70	<i>"Fábula del Archidiablo Belfagor" de Nicolás Maquiavelo</i> , por Angeles Prieto Barba	133
<i>Todos los protagonistas somos secundarios</i> , por David Bombai	73	<i>Novedades editoriales</i>	134
<i>Nuestro mediocre carácter</i> , por Damián Cordones	77		
<i>Bulldozer</i> , por Luis Topogenario	84		
<i>El duelo</i> , por Sergio Cossa	86		
<i>Tito Tigre Fernández</i> , por Dominique Vernay Juillet	87		
<i>Cielo sin nubes</i> , por Patricia Nasello	89		
<i>Trampolín de mierda</i> , por Txema Torrent Santamaria	91		
<i>Coleccionista de almas</i> , por Alicia Rodríguez	99		
<i>Microrrelatos</i> , por Rubén Gozalo	101		
<i>Magnolio</i> , por Arnoldo Rosas	103		

LA MARAVILLOSA REALIDAD LATINOAMERICANA EN *LOS PASOS PERDIDOS* DE ALEJO CARPENTIER *

por María Lourdes Gasillón

0. RESUMEN

Este trabajo presenta un análisis de *Los pasos perdidos* (1953) de Alejo Carpentier a partir del marco general de la Lingüística Sistemico-Funcional (Halliday 1985, Halliday 2003, Halliday y Mathiessen 2004). Teniendo en cuenta una perspectiva pragmático-discursiva (Verschueren 1995 y 1999, Menéndez 1997), consideramos el conjunto de recursos gramaticales y pragmáticos (Menéndez 2005) en tanto opciones realizadas que el sujeto discursivo productor utiliza en un momento central de su novela.

Las conclusiones apuntarán a demostrar de qué manera en el discurso literario los recursos se corresponden estratégicamente con los conceptos de mito, lenguaje y estructura (Fuentes 1969), y una de las principales propuestas de Carpentier para entender la literatura latinoamericana: la noción de *lo real maravilloso* (Carpentier 1984).

1. INGRESANDO EN LA SELVA DISCURSIVA...

En este artículo intentamos presentar un análisis de la novela *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier a partir del marco general de la Lingüística Sistemico-Funcional (Halliday 1985, Halliday 2003, Halliday y Mathiessen 2004) y una perspectiva pragmático-discursiva (Verschueren 1995 y 1999, Menéndez 1997).

Partimos de la distinción entre sistema (conjunto de opciones paradigmáticas disponibles que el autor selecciona cuando construye su discurso) y estructura (las opciones realizadas efectivamente en el discurso) postulada por la Gramática Sistemico-Funcional (Halliday 1985). De esta manera, consideramos dos planos del discurso: el de naturaleza textual-gramatical y el de naturaleza pragmático-discursiva. Al mismo tiempo, tenemos en cuenta la concepción del texto literario como el espacio discursivo donde se construye una interacción *idealizada* entre el autor –que lo elabora– y los lectores –que lo consumirán potencialmente–. El sujeto discursivo productor, con una determinada intencionalidad, escribe y organiza el material pensando en y dirigiéndose a un receptor ideal, quien eventualmente lo leerá y procesará (Menéndez 1999).

Acompañando los anteriores aspectos, el género discursivo de la novela (Bajtín 1984) está relacionado directa y complementariamente con una serie de estrategias discursivas (Menéndez 2005) que pone en funcionamiento Carpentier al elaborar su discurso. En nuestro caso, predomina una estrategia discursiva que denominaremos: *Expresión de lo real maravilloso*, adoptando el nombre que él mismo propuso en sus «Ensayos» (1984) para representar hechos y paisajes de América en su narrativa.

Asimismo, entendiendo el lenguaje como un «sistema de codificación múltiple», donde «los significados son codificados o expresados en complejos de palabras» (Halliday 1977), para realizar el análisis de los elementos mencionados, consideramos algunos recursos gramaticales y pragmático-discursivos, que son opciones efectivamente actualizadas por el sujeto discursivo productor del texto, según su determinada finalidad. Estos recursos nos permitirán reconstruir, explicar e interpretar el

* Esta es una versión corregida del artículo “El discurso de la novela latinoamericana: mito, lenguaje y estructura en Alejo Carpentier” publicado en *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, año XV, Nº 47, marzo-junio 2011.

plan de acción comunicativo-interaccional o estrategia (Menéndez 2005) ya presentada, que desarrolla el autor cubano.

2. «EXPRESIÓN DE LO REAL MARAVILLOSO»

En primer lugar, resulta necesario citar el fragmento que analizaremos, donde el protagonista llega al momento cumbre de su recorrido por la selva del Orinoco.

Detrás de mí, bajo un amasijo de hojas colgadas de ramas que sirven de techo, acaban de tender el cuerpo hinchado y negro de un cazador mordido por un crótalo. Fray Pedro dice que ha muerto hace varias horas. Sin embargo, el Hechicero comienza a sacudir una calabaza llena de gravilla –único instrumento que conoce esta gente– para tratar de ahuyentar a los mandatarios de la Muerte. Hay un silencio ritual, preparador del ensalmo, que lleva la expectación de los que esperan a su colmo. Y en la gran selva que se llena de espantos nocturnos, surge la Palabra. Una palabra que es ya más que palabra. Una palabra que imita la voz de quien dice, y también la que se atribuye al espíritu que posee el cadáver. Una sale de la garganta del ensalmador; la otra, de su vientre. Una es grave y confusa como un subterráneo hervor de lava; la otra, de timbre mediano, es colérica y destemplada. Se alternan. Se responden. Una increpa cuando la otra gime; la del vientre se hace sarcasmo cuando la que surge del gznate parece apremiar. Hay como portamentos guturales, prolongados en aullidos; sílabas que, de pronto, se repiten mucho, llegando a crear un ritmo; hay trinos de súbito cortados por cuatro notas que son el embrión de una melodía. Pero luego es el vibrar de la lengua entre los labios, el ronquido hacia adentro, el jadeo a contratiempo sobre la maraca. Es algo situado mucho más allá del lenguaje, y que, sin embargo, está muy lejos aún del canto. Algo que ignora la vocalización, pero es ya algo más que palabra. A poco de prolongarse, resulta horrible, pavorosa, esa grito sobre un cadáver rodeado de perros mudos. Ahora, el Hechicero se le encara, vocifera, golpea con los talones en el suelo en lo más desgarrado de un furor imprecatorio que es ya la verdad profunda de toda tragedia –intento primordial de lucha contra las potencias de aniquilamiento que se atraviesan en los cálculos del hombre. [...] Ante la terquedad de la Muerte, que se niega a soltar su presa, la Palabra, de pronto, se ablanda y descorazona. En boca del Hechicero, del órfico ensalmador, estertora y cae, convulsivamente, el Treno –pues esto y no otra cosa es un treno–, dejándome deslumbrado con la revelación de que acabo de asistir al Nacimiento de la Música.

Carpentier, Alejo. *Los pasos perdidos*. Bs. As.: Losada, 2004.
Cap. 4, sección 23, 238-239.

En principio, puede observarse la imagen del viajero prototípico o gran viajero. El protagonista realiza un descubrimiento interno y externo, es decir, un doble viaje hacia el origen. Por un lado, retorna a su lengua materna y a su lugar de la infancia y, al mismo tiempo, accede fortuitamente a una de las primeras manifestaciones musicales en una comunidad indígena aislada de la civilización. La línea directriz de toda la novela es el viaje cronológico y geográfico, que, ya en el título de la novela («Los pasos perdidos») aparece la jerarquización del plano espacial.

Dicha idea general se ve acompañada por determinados recursos gramaticales, como la utilización de ciertas relaciones cohesivas en el texto (Halliday y Hasan 1976). Una de las más evidentes es la presencia de la conjunción aditiva y que reiteradamente, une dos términos o cláusulas. Ello se corresponde en un nivel semántico, pues con esas expresiones justamente el narrador relata la disociación o disgregación de la *Palabra* del ensalmador. Es decir, en la estructura gramatical hace referencia a la procedencia de dos voces que dominan el episodio de reanimación («la del vientre» y «la que surge del gznate»).

Tal bifurcación es evidente también a partir de conjunciones adversativas, por ejemplo, en la tercera cláusula, donde *sin embargo* está oponiendo dos posturas: la propuesta de la Religión Cristiana (encarnada en Fray Pedro) y su resignación a la muerte, y a la vez, la de un rito mágico que comienza con una instancia de silencio absoluto. Esta concepción está representada en el personaje del Hechi-

cero junto con los habitantes de su comunidad, quienes creen en la posibilidad de revivir al cazador mordido.

Siguiendo esta correspondencia semántica, aparecen expresiones como: «Se alternan» y «Se responden», cuyos procesos verbales aluden una vez más a la repetición sucesiva de las dos voces pertenecientes a una misma *Palabra*, pero por turnos (primero, una y después, la otra). Así, se establece un contrapunto/contraposición de voces que simultáneamente se contestan entre sí de manera alternada.

Más adelante, hay una serie de cláusulas (por ejemplo: «Una palabra que es ya más que palabra») donde se pone en funcionamiento el recurso cohesivo de la repetición. En varias ocasiones se reitera la idea de *una palabra* que a medida que avanza el ritual se transformará en un objeto destacado como prototípico y representativo entre el grupo de las palabras al que pertenece y del que se ha singularizado con una mayúscula inicial.

Con frecuencia también hay una reiteración del llamado *Hechicero* a través de la repetición del término propiamente dicho o por medio de sinónimos:

En boca del Hechicero, del órfico ensalmador, estertora y cae, convulsivamente, el Treno –pues esto y no otra cosa es un treno–, dejándome deslumbrado con la revelación de que acabo de asistir al Nacimiento de la Música.

En este ejemplo, la cláusula principal comienza con el término «boca» –la parte del cuerpo humano que se utiliza para proferir todo tipo de sonidos– y su dueño (el *Hechicero*). Esta última palabra está resaltada con el uso de la mayúscula para señalar su papel fundamental en el acto mágico y simultáneamente, está caracterizada aún más por otra expresión sinónima («órfico ensalmador») que establece un vínculo entre Orfeo –tradición griega–, la música y la magia de raíces americanas.

Por otra parte, el sujeto gramatical de esta extensa cláusula es un sustantivo relacionado con la música: el *Treno* o canto fúnebre. Ya en este punto de la novela el protagonista logra encontrar un nombre específico para la *Palabra/el algo* que escuchaba y no terminaba de comprender.

Al mismo tiempo, en el fragmento seleccionado, aparece la relación cohesiva de colocación, pues hay dos campos semánticos claros e íntimamente relacionados entre sí. El primero de ellos es el correspondiente a la música y lo auditivo, como ya habíamos comentado, cuyas palabras representativas son: «instrumento», «ritmo», «trinos», «notas», «embrión de una melodía», «maraca», «canto», «vocalización», entre otras. En correspondencia con esto, desde la primera cláusula, puede observarse la causa de la escena que sigue a continuación, es decir, el *crótalo*, que aquí hace referencia a una serpiente venenosa de América (perteneciente al campo semántico relacionado con lo selvático), pero también debe destacarse que el mismo vocablo puede designar un instrumento musical de percusión semejante a una castañuela.

Otro grupo de palabras hacen referencia al procedimiento y los participantes del proceso de reanimación –acompañado de muchas imágenes auditivas y de movimiento–, cuyas ideas más importantes son: «silencio ritual», «cuerpo», «ensalmo», «expectación», «imita», «voz», «espíritu», «cadáver», «garganta», «ensalmador», «vientre», «portamentos guturales», «aullidos», «sílabas», «vibrar de la lengua», «ronquido», «jadeo», «grita», «furor imprecatorio», «intento», «lucha», «potencias de aniquilamiento», «Muerte», «presa», «Palabra», «Treno», «revelación».

En este sentido, el elemento/eje que articula estos tres amplios campos de significación es el *Hechicero*, quien lleva adelante el ritual mágico para transformar y combatir a las fuerzas naturales de la Muerte, pero a la vez, por intermedio de este personaje, el protagonista descubre el verdadero origen de la música. Ello es evidente en ciertos términos destacados con mayúscula en el texto, los cuales constituyen la siguiente serie/sucesión: *Hechicero*, *Muerte*, *Palabra*, *Treno*. Mediante el ensalmo –modo supersticioso de curar– junto con la maraca, la *Palabra* y otros requisitos, se da a conocer por primera vez el *Treno* al narrador de la novela y así, el verdadero comienzo de la *Música* (el objetivo de su viaje). En consecuencia, este suceso lo hace desterrar su creencia de que el origen se encontraba en instrumentos de los aborígenes que imitaban sonidos de la naturaleza o las aves.

Además, aparece otra sucesión lineal constituida por «silencio» - «Palabra» - «Treno», donde la *Palabra* es la conexión entre el silencio y la música. Ésta cobra una densidad y personificación espe-

ciales porque tiene el poder suficiente como para intentar revivir a un hombre. Por ejemplo, en: «Una palabra que es ya más que palabra», donde el intensificador *más* realza su cualidad mágica. Por último, la palabra sigue siendo *Una*, pero desdoblada. El ensalmador realiza un manejo de dos voces: una real (de él mismo) y una fingida (atribuida al espíritu del cadáver), cuyo efecto también está marcado gramaticalmente, pues se reiteran en varias ocasiones la construcción distributiva integrada por *una... otra*, que indica dos términos en oposición léxica (las dos voces que componen la Palabra) o cláusulas coordinadas. Ello manifiesta una bifurcación y una prosa proliferante, de desarrollo. A esto se suma la semántica de ciertas repeticiones y la recursividad, que bien muestran los movimientos de la prosa barroca; de la síntesis a la proliferación o de la proliferación (aquí desdoblamiento) a la síntesis (Carpentier 1984).

Hay una alternancia entre cláusulas extensas (que incluyen coordinación, subordinación o yuxtaposición) y dos cláusulas impersonales breves y autónomas, que semánticamente refuerzan lo que estuvieron dilatando las cláusulas anteriores y sintetizan el proceso descrito en las precedentes. En consecuencia, hay un ritmo marcado por la alternancia entre construcciones extensas yuxtapuestas y dos más breves que suspenden el ritmo aletargado de las primeras y funcionan como puente/bisagra entre las precedentes y las siguientes; cortando el ritmo de la bifurcación. El ritmo está indicado por la alternancia entre oraciones breves y extensas (en el plano sintáctico) que acompaña la significación/el proceso de las voces que está describiendo (plano semántico). Todo ello configura una narrativa que se va desdoblado y acaracolando.

Por otra parte, observamos que los procesos verbales más utilizados en el texto citado son: *haber* con valor existencial, *ser* con significado atributivo e identificador, y aquellos que indican las diferentes fases del ritual mágico, las cuales avanzan desde el silencio a la emisión de sonidos, tal como ya vimos. Estos últimos personifican a cosas inanimadas (*Muerte, Palabra, y Treno*) en algunas ocasiones, mientras que en otras describen las acciones del Hechicero.

Asimismo, resulta relevante la aparición recurrente de marcadores de circunstancias, que sitúan toda la escena y cada una de sus etapas en un tiempo y lugar específicos.

Los recursos gramaticales anteriormente señalados se complementan con dos recursos pragmático-discursivos que configuran la estrategia discursiva (Menéndez 2005) *Expresión de lo real maravilloso*. Por un lado, las relaciones cohesivas y los procesos verbales antes indicados, a su vez, relacionan diferentes roles inherentes que hacen explícito el entorno cognitivo y los supuestos (o hechos manifiestos para él) particulares del sujeto discursivo productor, que varían según el entorno físico y la capacidad cognitiva de cada individuo (Sperber & Wilson 1986). Así, pueden inferirse algunos supuestos básicos de su emisor, que transmite a sus potenciales lectores y fundamentan el contenido de su obra. En el fragmento, se avanza desde la indefinición hasta la precisión. Generalmente, la descripción tiene la función de pintar/enumerar características, pero aquí la narración deja de ser un modo de descripción para ser un modo de composición con idea de sucesión. En Carpentier, la descripción adquiere las funciones propias de la narración; es decir, los fragmentos descriptivos contienen sucesos y a partir de la descripción del acceso al Nacimiento de la Música (el protagonista asiste a un proceso) el autor narra.

No obstante, paralelamente, abunda la utilización de un vocabulario que caracteriza. En palabras del propio escritor, esta clase de prosa prefiere el detalle que identifica lo particular de nuestro continente, lo que nos define como pertenecientes a él. Por esa causa, para nombrar lo que ve el narrador prefiere un estilo barroco, en el que la adjetivación, la subordinación y la coordinación cuantiosas caracterizan ciertos elementos claves, sin necesidad de acudir a un glosario o nota al pie adicionales debajo del texto (Carpentier 1984).

Finalmente, cabe agregar el predominio de una fuerza ilocucionaria afirmativa (Austin 1962) como otro recurso pragmático utilizado por el sujeto de la escritura para afirmar, describir y narrar la escena del encuentro en la selva.

3. LATINOAMÉRICA MÁGICA

A la vez, hay tres ideas dominantes en la totalidad de la narración: la Fe vinculada con la Música, la Magia y la realidad. De esta manera, el mundo de la naturaleza –encarnado en la aparición de la selva y la constante amenaza de la muerte– está relacionado con el mundo de la cultura humana– observable en el ritual mágico y la música–, ambos en una forma equivalente pues no hay una que impere sobre la otra. Por ende, el rito mágico descrito no es algo *inventado*, sino que es una práctica con ingredientes maravillosos, pero real y muy arraigada a determinadas comunidades. Perteneció a un sistema de creencias prehispánico genuinamente latinoamericano. Por consiguiente, cada una de las cláusulas internas son una muestra de lo que Carpentier denomina «contexto ctónico» (Carpentier 1984), ya que en toda la escena predomina el desarrollo de una práctica de origen mágico y creencia antigua autóctonas, es decir, propias de la selva americana y sus habitantes.

Luego de estas aproximaciones al discurso, puede verse claramente la noción de *lo real maravilloso* en una que prosa es capaz de vehiculizar la fusión, el encuentro, la convivencia de diferentes matrices culturales. Hay simultaneidad/cruce/imbricación de hechos en la realidad americana a través de la conjunción de la esfera de la naturaleza y la cultura, que luego son llevadas a la ficción literaria.

4. PALABRAS FINALES

A partir del análisis realizado, es posible observar que el sujeto discursivo productor cuenta con un conjunto de posibilidades u opciones dentro del sistema lingüístico, entre las cuales puede seleccionar las que les resulten adecuadas (esto se identifica como *variabilidad* según Verschueren (1999)). Luego, elige algunas de las opciones disponibles y las combina a través de la estrategia discursiva mencionada, debido a la propiedad de *negociabilidad* que presenta el lenguaje para, en última instancia, producir una novela según sus necesidades comunicativas y las circunstancias de su aparición (Verschueren 1999). Esa *adaptabilidad* del lenguaje utilizado le permite al escritor cubano poner en relación la fe y la música en el discurso literario, dando cuenta de lo autóctono; en otras palabras, de las prácticas y procesiones tradicionales de los aborígenes y las de origen judeocristiano europeo traídas por los conquistadores a las poblaciones de la selva americana, constituyendo así una muestra más del supuesto teórico de lo real maravilloso que él mismo propone en sus ensayos.

Para cerrar este trabajo, cabe mencionar cómo Carpentier pone en funcionamiento a través de ciertos recursos gramaticales y pragmático-discursivos la concepción de *mito, lenguaje y estructura* (Fuentes 1969) que aparece en la novela latinoamericana del siglo XX. A través de un código lingüístico cuidadosamente articulado, logra expresar y representar un paisaje mítico y mágico, situado en una especie de *Edad de Oro perdida* como la llama Fuentes (1969), donde el protagonista pierde la noción del tiempo cronológico y eso le permite encontrar su propia esencia escondida.

© María Lourdes Gasillón

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Austin, J. L. 1962. *Cómo hacer cosas con palabras*. Prólogo y traducción: Carrió, Genaro y Rabossi, Eduardo. Barcelona: Paidós, 1988.
- Bajtin, M. 1984. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Carpentier, Alejo. 1953. *Los pasos perdidos*. Bs. As.: Losada, 2004.
- _____. 1984. *Ensayos*. La Habana: Letras Cubanas.

- Fuentes, Carlos. 1969. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Editorial Joaquín Moritz.
- Halliday, M. A. K. 1977. "Ideas sobre el lenguaje", en *On language and linguistics*. Traducción: Navarro, Federico. London: Continuum, 2004; 92-115.
- _____. 1979. *El lenguaje como semiótica social*. México: FCE, 1982.
- _____. 1985. *An introduction to Functional Grammar*. London: Arnold, 1994.
- _____. 2003. *On language and Linguistics*. London: Continuum.
- Halliday, M. A. K. y Mathiessen, Ch. 2004. *Introduction to Functional Grammar*. London: Arnold.
- Halliday, M. A. K. y Hasan, R. (1976). *Cohesión in English*. London: Longman, 1993.
- _____. 2005. "Gramática, análisis del discurso e interpretación crítica: las relaciones no tan evidentes", en *Proceedings of the International Conference on Critical Discourse Analysis*. Valencia: Universitat de Valencia. Edición en CD.
- _____. 2005. Review of Young, Lynne; Harrison, Claire (eds.). "Systemic Functional Linguistics and Critical Discourse Analysis Studies in Social Change". Continuum International Publishing Group, Ltd. 2004. En *LINGUIST List*, Volume 16, 2058, 01/07/05.
- _____. 2005. "¿Qué es una estrategia discursiva?", en Santos, S. y Panesi, J. (comp.). *Actas del Congreso Internacional: Debates Actuales. Las teorías críticas de la literatura y la lingüística*. Bs. As.: Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Edición en CD.
- _____. 2005. "Los Programas de Castellano y La Gramática Castellana, de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña: el Cambio de Valor del Concepto de "Gramática" ", en *X Congreso de la Sociedad Argentina de Lingüística*. Universidad Católica de Salta, Salta, 5 al 8 de julio (en colaboración con Damián Alvarado).
- _____. 2005. "Estrategias y géneros discursivos: las relaciones necesarias". *VI Congreso Latinoamericano de Estudios del Discurso*. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 5 al 9 de septiembre.
- Menéndez, S. M.; Baltar, R. y Gil, J. M. 1999. *La gramática sistémico-funcional*. Bs. As.: UBA.
- _____. 2006. *¿Qué es una gramática textual?* Bs. As.: Litera Ediciones.
- Sperber, D. y Wilson, D. 1986. *La relevancia. Comunicación y procesos cognitivos*. Madrid: Visor, 1991.
- Verschueren, J. 1995. "The pragmatic perspective", en Verschueren, J., Östman, J-O, y Bloomaert, J. (eds.). *Handbook of pragmatics. Manual*. Amsterdam: Benjamins.
- _____. 1999. *Para entender la pragmática*. Traducción: Baena, Elisa y Lacorte, Marta. Madrid: Gredos, 2002

La autora:

María Lourdes Gasillón. Profesora en Letras. Actualmente, se desempeña como becaria de Iniciación por la Universidad Nacional de Mar del Plata en el grupo de Estudios de Teoría Literaria, desarrollando el proyecto *Realismo, margen y fragmentariedad en la narrativa de Ezequiel Martínez Estrada*. Continúa sus estudios de posgrado en esta misma unidad académica, cursando la Maestría en Letras Hispánicas. Además, forma parte del Comité de Redacción de la Revista Digital de Estudios de Teoría Literaria.

LA PERSISTENCIA DE LA CONCIENCIA: BORGES Y LA INMORTALIDAD

por Gorka Bilbao Terreros

Uno de los temas que con más asiduidad se asoma a las páginas de la obra de Jorge Luis Borges, junto al lenguaje, al tiempo o a los límites de la razón, es la posibilidad de la existencia eterna. Tradicionalmente, como se expondrá a continuación, la crítica ha entendido el posicionamiento borge-siano como uno en el que para acceder a la inmortalidad el individuo ha de transformarse en una suerte de ser superior mediante la recolección de vivencias ajenas, es decir, un hombre sería inmortal al aglutinar en sí mismo todas las experiencias de todas las vidas de todos los seres humanos. En este artículo, y tomando como referencia la historia corta «El inmortal» y una de sus clases magistrales que lleva por título «La inmortalidad», se tratará de ofrecer una alternativa a esta perspectiva tradicional mediante el estudio de lo que el propio Borges acuñaría como «la inmortalidad cósmica»; una de carácter general, pero cuyo énfasis se sitúa en la falta de consciencia y en la disolución absoluta de cualquier rasgo de individualidad.

En 1978, Borges es invitado a impartir una serie de clases en la universidad de Belgrano en Argentina. Años después, esas lecciones que versarían sobre el libro, la inmortalidad, Emanuel Swedenborg, el cuento policial y el tiempo serían recogidas y publicadas en un volumen titulado *Borges Oral*. En él, el bonaerense expone algunos de los diferentes acercamientos que han existido a lo largo de la historia al problema de la persistencia humana. Tras nombrar a autores de la talla de Sócrates, Platón, William James o Tácito, entre otros, Borges utiliza a Unamuno¹ como paradigma del inmortal individualista y, rápidamente, se apresta a censurar la actitud del vasco: «Él repite muchas veces que quiere seguir siendo don Miguel de Unamuno. Aquí ya no entiendo a Miguel de Unamuno» (*OC* 4: 172). El autor platense concede que la inmortalidad es uno de los deseos íntimos de los seres humanos y, sin embargo, entiende que la perspectiva de prolongarse en el tiempo de forma personal quizá no sea la más idónea o, incluso, necesaria: «Tenemos muchos anhelos, entre ellos el de la vida, el de ser para siempre, pero también el de cesar [...]. Todas esas cosas pueden cumplirse sin inmortalidad personal, no precisamos de ella. Yo, personalmente, no la deseo y la temo». (175)

Este temor de Borges a la inmortalidad personal le va a llevar a creer en otro tipo de persistencia eterna; aquella que valida una inmortalidad de corte general o común –nunca individual– inconsciente y anónima; lo que él mismo daría en llamar una “inmortalidad cósmica” (*OC* 4: 172). Así Borges afirmaría:

«*Intellectus naturaliter desiderat esse semper*, la inteligencia desea ser eterna. Pero, ¿de qué modo lo desea? No lo desea de un modo personal, no lo desea en el sentido de Unamuno que quiere seguir siendo Unamuno; lo desea de un modo general.» (178).

Para Borges, este modo general se constituye en una suerte de entidad abstracta compuesta por todos los hechos, todas las actitudes, todos los actos y experiencias que aquellos que hemos pasado por esta vida, digamos, terrenal dejamos tras nuestras existencias. Estas serán recordadas por aquellos que vendrán después y, de algún modo, traídas de nuevo a la vida: «En fin, la inmortalidad está en la memoria de los otros y en la obra que dejamos». (178)

En opinión del argentino, la simple amalgama de actos, la conjunción de las circunstancias de todos aquellos que han existido y su puesta al servicio de los que vendrán no son los únicos requerimientos para alcanzar una inmortalidad cósmica. Para Borges, el logro de la inmortalidad conlleva la pérdida total y absoluta de todo rasgo identificador e individualizador:

¹ Borges parece dejarse llevar aquí por las corrientes críticas más clásicas en cuanto a la noción de inmortalidad en el ideario de Unamuno. Así, simplifica quizá en demasía la posición del bilbaíno, acaso como método para estructurar su clase magistral partiendo de un enfoque estrictamente individualista para llegar a uno general más acorde con su propia idiosincrasia.

«Esa inmortalidad no tiene que ser personal, puede prescindir del accidente de nombres y apellidos, puede prescindir de nuestra memoria. ¿Para qué suponer que vamos a seguir en otra vida con nuestra memoria, como si yo siguiera pensando toda mi vida en mi infancia, en Palermo, en Adrogué o en Montevideo? ¿Por qué estar siempre volviendo a eso?» (OC 4: 179).

En esta desaparición, en esta disolución del individuo en la generalidad, para ser más exactos, se encontraría el anhelado descanso que persigue el autor, la liberación definitiva de la opresión a la que le somete su «yo»: «Sería espantoso saber que voy a continuar, sería espantoso pensar que voy a seguir siendo Borges. Estoy harto de mí mismo, de mi nombre y de mi fama y quiero liberarme de todo eso» (175). Para Borges, la posibilidad de que su individualidad, su personalidad misma, sobreviva por los siglos de los siglos no es sino una perspectiva que le causa temor. La eternidad cósmica que propone el escritor se sitúa, por lo tanto, más allá de una simple unión de sujetos y sus experiencias para convertirse en una entidad nueva e independiente de cualquier atisbo de rasgo individualizador o identificador; una suerte de infinita biblioteca anónima. Esta entidad sin conciencia ni consciencia –y de la que aquellos que están vivos tampoco tendrían por qué tener una noción lúcida– reuniría todo el conocimiento, todas las actitudes, todos los actos de aquellos que han sido y que son. Estos últimos, además, accederían a esa información almacenada, a una pieza particular de sabiduría, de forma inconsciente y, al hacerlo, de acuerdo a Borges, volverían a traer a su autor a la vida.

LA INMORTALIDAD EN «EL INMORTAL»

Es en el relato «El inmortal» donde Borges expone de manera más directa su visión sobre la inmortalidad. En esta historia se nos detalla la existencia de un manuscrito que la princesa de Lucinge encontró en el sexto volumen de la *Ilíada* de Pope que previamente había recibido de manos del anticuario Joseph Cartaphilus². Este manuscrito narra las peripecias de Marco Flaminio Rufo, un tribuno de las legiones romanas que, tras un encuentro con un viajero que le informaría de la existencia de un arroyo capaz de conceder la inmortalidad a los hombres, comienza una búsqueda en pos de la ciudad de los inmortales y del río que otorga ese don a los seres humanos. Rufo encuentra el cauce que garantiza la perdurabilidad eterna «custodiado» por trogloditas y, tras beber de él, se encamina al encuentro de la ciudadela; un lugar de pesadilla en la que las edificaciones no corresponden a la lógica humana³.

En su regreso de la metrópoli al asentamiento donde moran los trogloditas, Marco Flaminio entablará una cierta relación con uno de ellos, quien más adelante resultará ser Homero, el escritor de la *Ilíada*, transformado también en inmortal. Tras pasar algún tiempo entre los «salvajes», el tribuno romano y algún otro miembro del clan deciden que la existencia de un río que garantice la vida eterna inequívocamente indica la existencia de otro que la borre y parten sin demora en su busca. Durante siglos Rufo tratará de hallar el torrente en vano. En su búsqueda Marco Flaminio perderá su propia individualidad transformándose, de algún modo, en todos los hombres. Finalmente, en las afueras de una ciudad de Eritrea, nuestro protagonista dará con el caudal que le restaurará a su condición de mortal. Antes de morir, el romano escribirá un manuscrito donde detallará los hechos de su vida. Un año después lo repasará para advertir que, en apariencia, la narración que él mismo compuso corresponde en realidad a los actos realizados por dos hombres, él mismo y Homero. Una vez acabada la revisión, el ahora mortal –a quien intuimos también como Cartaphilus, el anticuario– se prepara para morir.

La crítica tradicional ha adoptado diferentes acercamientos a la hora de acometer el análisis del relato. Como es bien sabido, en sus historias cortas Borges no se limita al examen de un único argumento sobre el cual edificar su narración sino que tiende a construir sus ficciones combinando dife-

² El último de los seis volúmenes en los que Alexander Pope dividió la *Ilíada* de Homero en su proceso de traducción al inglés (1715 - 1720).

³ La composición desconcertante de la ciudad nos recuerda sobremanera a la morada del “habitante” en otro de los relatos de Borges; “There Are More Things”. En esa historia, un Borges ficticio describe una casa cuya construcción tampoco se correspondería con la lógica humana. En aquel caso, el hogar del “habitante” es una alegoría del universo que no podemos comprender. Tal vez, en el texto que nos ocupa, la monstruosa ciudad lo sea de la propia inmortalidad que nuestra mente limitada no acierta a concebir.

rentes enfoques sobre diversos temas⁴. De este modo, autores como James Woodall o Rodríguez Monegal han identificado como fuentes de la narración aspectos íntimamente relacionados con la vida privada del bonaerense, tales como la impotencia sexual o el insomnio, respectivamente⁵. Estos acercamientos, sin embargo, parecen *a priori* un tanto restrictivos. Es bien cierto que el propio Borges reconocería en ocasiones que algunos de sus relatos se inspiraban en hechos acontecidos en su propia vida. Así, de «Funes el memorioso» diría que se trataba de una metáfora de su propio insomnio que, precisamente, la redacción del texto le ayudó a combatir (Borges 2007). Sin embargo, en el mismo epílogo a la colección de cuentos *El Aleph* que publicaría en 1949, el literato argentino se refiere a «El inmortal» no ya como experiencia personal, sino como historia cuyo tema «es el efecto que la inmortalidad causaría en el hombre» (OC 1: 629); por lo tanto identificar inequívocamente a la impotencia o el insomnio como motores de la narración parecen aproximaciones un tanto arriesgadas.

En *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, Jaime Alazraki señala a la filosofía de Spinoza como la estructura sobre la que se sostiene la construcción narrativa de «El inmortal». Así, el crítico va a identificar el panteísmo como la idea que subyace en la transformación del protagonista en inmortal y, más tarde, en todos los hombres: «El tema de “El inmortal” es la idea panteísta de que un hombre es nada y es nadie para ser todos los hombres» (1974: 87). Alazraki sí hace una mención velada a la inmortalidad como aglutinación de experiencias anónimas, pero lo condiciona de forma sustancial al prisma del panteísmo. Lejos queda de mi intención refutar la posibilidad de que la ideología de Spinoza tenga cierta influencia en la creación de la ficción, pero sí es mi opinión que la noción de panteísmo derivada de la filosofía del holandés pasa por la aceptación de la existencia de una suerte de deidad o entidad superior que, bajo mi punto de vista, no es posible hallar en «El inmortal».

En *Pantheism: A Non-Theistic Concept of Deity*, Michael P. Levine describe diferentes acercamientos que la noción del panteísmo ha tenido a lo largo de los siglos: «Just as there are alternative theisms, one would expect that there are alternative pantheisms» (26). Así, después de tomar en consideración las diversas posturas promovidas por Spinoza, Tao o, incluso, algunas mantenidas por el hinduismo, el crítico concluye que para los panteístas: «God, the world and the all-inclusive divine Unity all allegedly refer to the same thing» (28). Sin embargo, esta concepción, esta definición que Levine repetirá a lo largo del volumen —«The definition of pantheism as the belief in a divine Unity» (71)— va a chocar de manera frontal con la concepción de eternidad cósmica borgeana. Para Borges, su inmortalidad no tiene rasgo alguno de divino, independientemente de si se entiende «divino» como todopoderoso, como omnisciente o simplemente como unidad perfecta. El hecho irrefutable es que la memoria colectiva en la que el bonaerense anhela obtener su inmortalidad anónima está lejos de la perfección que se deriva de la noción de divinidad. Debido al hecho de que la memoria cósmica no tiene una voluntad que ejercer no puede ser todopoderosa, pues el ejercicio de un poder supremo implica una consciencia de, sino uno mismo, al menos el elemento sobre el que se va a aplicar ese poder. La memoria cósmica tampoco es omnisciente, pues únicamente acumula conocimientos, actitudes y hechos presentes y pasados, pero nunca futuros, pues estos se agregarán a ella a medida que vayan ocurriendo. Es por esto que la memoria cósmica de la que nos habla Borges se aleja de la perfección que se encuentra en la divina Unidad de los panteístas.

Quizá el acercamiento más interesante lo encontremos en los trabajos de Alfred Mac Adam y Dominique Jullien. De acuerdo a Mac Adam: «in “El inmortal” he [Borges] wants to show that authorship is a matter of multiple identities, that to be an author entails absorbing —and being absorbed by— tradition» (125). En opinión del crítico, la historia del tribuno romano sería una alegoría de la realidad del autor moderno, quien no es sino un compendio de todos aquellos autores previos a él. Por lo tanto, si el autor carece de originalidad debido a que es el resultado de la suma de los que le preceden, lo mismo ocurrirá con sus obras: «[Borges] uses immortality here to show that being a writer means constructing texts out of preexistent material —the concept of the new being merely a delusion» (126). En este mismo registro se mueve el artículo de Jullien «Biography of an Immortal». El

⁴ Jean Franco trata este asunto brevemente en “The Utopia of a Tired Man”: “What is surprising is not that the fictions are read in these different ways nor that they become arguments for the right and for the left, but rather the critical consensus: everyone agrees that what the fictions display is mastery”. (53).

⁵ Véanse los trabajos de Woodall (1996), Rodríguez Monegal (1978) o Mac Adam (2000).

crítico analiza los posibles orígenes históricos del relato, que identifica con la leyenda del *Wandering Jew*⁶ y concluye afirmando que: «[Borges's] version of the legend turns the Wandering Jew from a symbol of all humankind into an impersonal author of all literature» (Jullien 139). De nuevo, la noción del autor como resultado de la suma de todos los literatos del pasado aparece en el análisis de Jullien quien añade, además, una interesante perspectiva, la que ofrece la noción de la pérdida de la identidad: «In becoming an Immortal, the protagonist loses his identity: in becoming a writer, he forsakes his individuality as a man to embrace an impersonal destiny as an author». (142)

Esta perspectiva parece derivar, en cierto modo, de los conceptos desarrollados el siglo pasado por los franceses Roland Barthes y Michel Foucault. Barthes en «The Death of the Author» aboga por la desaparición del autor, entendido este como elemento aislado y desplazando el énfasis del análisis de una obra desde su autor hasta el texto mismo, sustituyendo de este modo «language itself for the person who until then had been supposed to be its owner» (222). El pensador francés argumenta su tesis en el hecho de que «writing is the destruction of every voice, of every point of origin [...] the negative where all identity is lost» (221). Su compatriota parece compartir una idea bastante similar. En el artículo «What is an Author?», Foucault, como el título mismo indica, estudia el significado, la noción misma de «autor» y escribe: «using all the contrivances that he [the author] sets up between himself and what he writes, the writing subject cancels out the signs of his particular individuality» (226). Tomando como referencia estos textos, así como los anteriormente mencionados de Jullien y Mac Adam, no sería descabellado afirmar que «El inmortal» es una alegoría de la actividad creadora del autor mismo y que la intención de Borges no es otra sino la de equiparar a esta con la propia inmortalidad cósmica. Sin embargo, hay ciertos aspectos que nos señalan la posible inadecuación de esta teoría.

Aún admitiendo que el relato sea en parte un estudio de la actividad creadora, reducir la totalidad de su calado simplemente a este hecho resulta, de nuevo, un tanto limitado. De acuerdo al propio Barthes: «a text is not a line of words releasing a single “theological” meaning [...] but a multidimensional space» (223). No estaría totalmente fuera de lugar, como se mencionaba anteriormente, entender parte del posible mensaje de la narración como simbólica de la actividad creadora; no obstante, no debemos olvidar el hecho de que la historia lleve por título «El inmortal»⁷ y no «El autor», ni que el propio Borges se refiera a ella en el epílogo a *El Aleph* como: «la más trabajada [de la colección]; su tema es el efecto que la *inmortalidad* causaría en los hombres» (OC 1: 629, énfasis añadido). Siguiendo la línea de pensamiento marcada por los textos de Mac Adam y Jullien –y acaso también por los de Barthes y Foucault– se podría caer en la tentación de definir el intertexto, la literatura en general, como garante de la inmortalidad. Es decir, un autor se convierte en inmortal debido a que su obra es leída y reciclada además en los textos de otros escritores. Sin embargo, esto sería tanto como aceptar la existencia de un cierto matiz clasista que no se encuentra en el concepto de eternidad que Borges propone. Quizá pueda acusarse al literato argentino de ser demasiado exquisito en el uso del lenguaje o de abusar de continuas referencias filosóficas, pero la noción de eternidad reservada únicamente para aquellos que adquieran un cierto estatus en la literatura universal, no es en absoluto lo que Borges defiende:

«Esa inmortalidad [cósmica] se logra en las obras, en la memoria que uno deja en los otros. Esa memoria puede ser nimia, puede ser una frase cualquiera. Por ejemplo: “Fulano de tal, más vale perderlo que encontrarlo”. Y no sé quién inventó esa frase, pero cada vez que la repito yo soy ese hombre ¿Qué importa que ese modesto compadrito haya muerto, si vive en mí y en cada uno que repita esa frase?» (OC 4: 179).

La inmortalidad cósmica a la que se refiere el porteño ha de ser alcanzable por todos y cada uno de nosotros; desde el autor de innumerables obras imperecederas William Shakespeare, hasta el anónimo y modesto compadrito de los barrios de Palermo.

No obstante, el hecho de que desestimemos la escritura como vehículo a través del cual alcanzar la

⁶ Para un análisis más detallado de la leyenda del *Wandering Jew* véanse Jullien (1995) pp. 137 - 139 o el artículo homónimo en la frecuentemente citada por el propio Borges *Encyclopaedia Britannica*, edición de 1911.

⁷ Curiosamente Alazraki registra una variación del título del relato pasando de llamarse “Los inmortales” en *Los anales de Buenos Aires* (febrero 1947, año II, n.12) a “El inmortal” en *El Aleph* (Buenos Aires: Emecé, 1957).

inmortalidad, tampoco debe hacernos caer en la tentación de identificar al lenguaje⁸ en sí como tal. A pesar de que es innegable que Borges siempre ha mostrado gran interés por él y ha dedicado numerosas páginas a su estudio, tampoco es este el método por el cual asegurarse la eternidad. Según el argentino: «más allá de nuestra muerte corporal queda nuestra memoria, y más allá de nuestra memoria quedan nuestros *actos*, nuestros *hechos*, nuestras *actitudes*» (OC 4: 179, énfasis añadido). Por lo tanto, debemos entender que no es sólo el lenguaje lo que permanece una vez abandonamos este mundo. Es un compendio de elementos el que de nosotros queda y es a través de este que logramos alcanzar la inmortalidad cósmica. Es cierto que a través del lenguaje nos es posible volver a la vida –al repetir los nuestros descendientes nuestras frases⁹ y dichos, al narrar nuestras peripecias– pero también es cierto que no es la única vía y que también nuestras actitudes¹⁰, nuestros movimientos y acontecimientos nos garantizan la eternidad tal y como la entendía el bonaerense.

La noción del autor como compendio de escritores pasados no es en absoluto ajena a la obra de Borges¹¹ y, sin embargo, es mi parecer que en «El inmortal» ese fundamento está íntimamente relacionado con la idea de la persistencia eterna, precisamente, a través de esa noción de la pérdida de la identidad. A la luz de la clase magistral recogida en *Borges Oral*, vamos a tratar de explicar las motivaciones que llevan al tribuno romano protagonista del relato a buscar, primero, la fuente de la eterna existencia y, más tarde, el remedio que le libre de tal don.

Al comienzo de «El inmortal», Marco Flaminio Rufo se embarca en la búsqueda de la ciudad de los inmortales y del río que concede la vida eterna. Sin embargo, el soldado romano falla a la hora de manifestar una razón clara que revele el motivo por el cual emprendió su viaje en pos de la leyenda. Nos dice que tras conquistar la ciudad de Alejandría para el César: «yo logré apenas divisar el rostro de Marte. Esta privación me dolió y fue tal vez la causa de que yo me arrojara a descubrir, por temerosos y difusos desiertos, la secreta Ciudad de los Inmortales» (OC 1: 533). Como decía, el propio tribuno no parece comprender claramente el impulso que le llevó a iniciar su búsqueda imposible. Quizá esa explicación la hallemos en la sección sobre la inmortalidad de *Borges Oral*. En ella, como ya hemos mencionado, el argentino repite en numerosas ocasiones una cita que atribuye a Santo Tomás de Aquino y con la que parece concordar de forma plena: «*Intellectus naturaliter desiderat esse semper* (La mente espontáneamente desea ser eterna, ser para siempre)» (OC 4: 175). Si la inteligencia humana desea de forma natural perdurar, no es de extrañar que, tras su encuentro con un viajero que le informaría de la existencia de un caudal capaz de otorgar la inmortalidad a los hombres, Rufo determine descubrir la localización de este.

Por supuesto, Marco Flaminio logra su propósito y bebe las aguas que le proporcionan la vida eterna. Sin embargo, varios siglos después y junto con un grupo de inmortales, nuestro protagonista abandona su retiro y emprende un viaje para tratar de encontrar el río que le transformará de nuevo en un simple mortal. En sus andanzas a lo largo de los años, el tribuno romano adquiere múltiples identidades y es, de este modo, soldado en Stamford en el siglo XI, transcriptor en Bulaq, preso en Samarcanda o astrólogo en Bikanir y en Bohemia. Vive en Kolozsvár y en Leipzig en el siglo XVII, se suscribe en Aberdeen a la *Ilíada* de Pope en 1714, discute filosofía con un profesor de retórica en 1729 hasta que, el cuatro de octubre de 1921, en un puerto de Eritrea descubre el ansiado objeto de su búsqueda. Bebe sin dudar y, tras herirse por primera vez tras dieciséis siglos de inmortalidad, escribe: «Incrédulo, silencioso y feliz, contemplé la preciosa formación de una lenta gota de sangre. De nuevo soy mortal, me repetí, de nuevo me parezco a todos los hombres». (OC 1: 542)

Al convertirse en inmortal, el tribuno romano sufre una serie de transformaciones, de migraciones o incluso acumulaciones si preferimos, que han sido identificadas por la crítica como una pérdida de identidad personal; de acuerdo a Jullien: «In becoming an Immortal, the protagonist loses his iden-

⁸ De él diría el argentino en *Borges Oral*: «El lenguaje es una creación, es *una especie* de inmortalidad». (OC 4: 179, énfasis añadido).

⁹ «Yo sé -mi madre me lo dijo- que cada vez que repito versos ingleses, los repito con la voz de mi padre. [...] Cuando yo repito versos de Schiller, mi padre está viviendo en mí». (OC 4: 178 - 179).

¹⁰ «Por ejemplo, cada vez que alguien quiere a un enemigo aparece la inmortalidad de Cristo». (178).

¹¹ El tema se encuentra en un gran número de sus cuentos y ensayos pero, quizá, el que trata la cuestión de la novedad literaria de forma más directa al poner el énfasis en el ojo del lector más que en la pluma del escritor sea «Pierre Menard, autor del Quijote».

tity» (142). En apariencia, esta privación de conciencia propia es el preámbulo al modo en el que Borges concibe la inmortalidad. Mac Adam así lo entiende y afirma: «It is equally clear that the multiple identities make the individual into a multitude –not everyman but all men– which is exactly what being immortal entails for Borges» (125). Jaime Alazraki parece ser de la misma opinión y escribe: «Cartaphilus ha perdido su identidad individual y ahora puede ser todos y, consecuentemente, Homero» (86). Es decir, la negación de la unicidad de la identidad propia y la adopción de múltiples conciencias parece responder a una concepción de la inmortalidad que se atribuye a la «cósmica» de la que nos habla Borges, una inmortalidad a la que todos colaboramos y gracias a la cual: «Cada uno de nosotros es, de algún modo, todos los hombres que han muerto antes. No sólo los de nuestra sangre» (OC 4: 178). Mac Adam resume así este modo de entender la visión del escritor argentino:

«For Borges, becoming immortal involves a fundamental transformation of the person in question: to be immortal is to possess all possible human experiences, which, in the context of the story includes being Homer, Homer’s translator Alexander Pope, and Giambattista Vico.» (126).

Sin embargo, este acercamiento que defienden Alazraki, Jullien y Mac Adam no termina de explicar el acto que determina la segunda mitad de la narración en «El inmortal»; la búsqueda del río que borre los efectos de aquel que aseguraba la vida eterna. Si la noción de inmortalidad que Borges defiende responde a una simple suma de «todas las experiencias humanas» y, como resultado, a una pérdida de la identidad individual en favor de una general –requisitos ambos ya conseguidos por nuestro protagonista– ¿por qué entonces ese empeño de Marco Flaminio en buscar el manantial que permita su destrucción total? ¿Por qué no nos regala Borges una conclusión en la que el protagonista continúe su vida eterna mutando y recogiendo experiencias? La respuesta, quizá, nos la ofrezca de manera involuntaria Rodríguez-Carranza en el análisis de estilo al que somete a la historia que nos atañe.

En «De la memoria al olvido: Borges y la inmortalidad», Rodríguez-Carranza estudia el papel que el olvido juega en el relato «El inmortal» y analiza el juego de voces que Borges utiliza para ilustrar el viaje de Rufo desde la mortalidad a la inmortalidad y de nuevo a la mortalidad. Concluye la crítica que: «El cambio de identidad que se produce [...] se logra narrativamente pasando de una primera persona singular a una plural y luego a la inversa» (229). Es decir, el militar romano Marco Flaminio Rufo tiende a la utilización del «yo» cuando aún es mortal, a la del «nosotros» cuando adquiere la vida eterna, y de nuevo a la del «yo» cuando vuelve a la mortalidad en forma de Cartaphilus. El esquema responde, en principio, al planteamiento de Mac Adam, Jullien y Alazraki. Mientras el protagonista es mortal muestra su manifiesta individualidad mediante el empleo reiterado del pronombre personal «yo». Cuando se transforma en inmortal, pierde su identidad única y adopta una globalizadora, de ahí el «nosotros». Finalmente, al volver a la mortalidad, a la individualidad, prevalece de nuevo el «yo».

No obstante, al analizar el uso del estilo a la hora de plasmar las intervenciones de aquellos que no son, estrictamente, nuestro protagonista, Rodríguez-Carranza nota lo siguiente:

«Casi no hay otras voces en el cuento, no hay prácticamente estilo directo: el yo de la narración se apropia de las voces de los otros. Así, la narración de Homero, la más importante ya que explica a Marco no sólo que se encuentra entre los Inmortales sino que se ha transformado en uno de ellos, está en estilo indirecto, como el prólogo de los editores. La propiedad de las palabras desaparece, pues, y es asumida por el yo final que las integra en su propio discurso.» (230).

Es decir, el tribuno, al convertirse en inmortal, efectivamente, pierde su propia personalidad y adquiere una identidad global que integra a todos y cada uno de los personajes/seres humanos. Y, sin embargo, esta integración, esta consciencia plural en la que se transforma el ser humano al adquirir la vida eterna, aún muestra síntomas de conciencia propia, de identificación con un ente particular, un «yo». Uno diferente, sí, al «yo» individual, personal, formado por las experiencias particulares de cada individuo, pero un «yo», al fin y al cabo, con realidad propia, con consciencia de su propia existencia e identidad como ente sino superior sí, al menos, íntegro, universal.

Es menester recordar en este punto que, como se ha expuesto con anterioridad, este tipo de

inmortalidad, aquella que preserva la identidad particular y la conciencia, es contraria al pensamiento de Borges. Y es precisamente debido a esto que, en previsión de la creación de esa superestructura aglutinante de experiencias, Cartaphilus siente la necesidad de borrar de forma total cualquier huella de existencia. El tribuno romano logra la inmortalidad general a través de la simultaneidad, es decir, es a la vez todos aquellos que han existido antes que él. Y, sin embargo, aunque su identidad personal ya se ha borrado –lo que junto con la acumulación de todas las experiencias asegura la inmortalidad de acuerdo a Mac Adam, Jullien y Alazraki– Rufo sigue persiguiendo la exterminación. El razonamiento es sutil, pero, en mi opinión, clave para entender la lógica borgeana. De acuerdo al argentino, el hecho de ser yo todos los hombres no me convertiría a mí en inmortal, sino a ellos. Alcanzar la inmortalidad no residiría simplemente en el hecho de que yo sea todos los demás, sino en el de que todos los demás sean yo.

En su conversación con Homero, nuestro protagonista descubre cuál es el resultado de su inmortalidad recién adquirida: «Todo me fue dilucidado, aquel día» (OC 1: 540). Así, conoce la historia de la ciudad de los inmortales y de sus moradores, le es revelado el principio del equilibrio –según el cual todo acto está compensado por su contrario– aprende que «en un plazo infinito le ocurren a un hombre todas las cosas» (540) y, de este modo, concluye: «Como Cornelio Agrippa, soy dios, soy héroe, soy filósofo, soy demonio y soy mundo, lo cual es una fatigosa manera de decir que no soy» (541). En su conversión a la inmortalidad, Rufo, efectivamente, ha perdido su identidad particular. No obstante esta circunstancia no le ha hecho a él acreedor de la inmortalidad cósmica de la que habla Borges, sino a aquellos que han vivido a través de él y de su manuscrito de forma más o menos inadvertida; Homero, Plinio, de Quincey, Descartes o Shaw: «Palabras, palabras desplazadas y mutiladas, palabras de otros, fue la pobre limosna que le dejaron las horas y los siglos». (544)

A través de esta inmortalidad, llamémosla simultánea o aglutinante, todos aquellos que han existido a través de Marco Flaminio han llegado a la eternidad cósmica. Sin embargo, para que nuestro protagonista adquiriera ese estatus ha de dejar de ser de forma total y absoluta; en palabras del tribuno romano: «Yo he sido Homero; en breve, seré Nadie, como Ulises; en breve, seré todos: estaré muerto» (OC 1: 544); en las del propio Borges: «yo no quiero seguir siendo Jorge Luis Borges, yo quiero ser otra persona. Espero que mi muerte sea total, espero morir en cuerpo y alma» (OC 4: 172). La desintegración absoluta del «yo» es la condición *sine qua non* para que el individuo participe de esa inmortalidad cósmica de la que nos habla el argentino. No un ente único, con conciencia, al que se vayan sumando las experiencias de aquellos que sigan viviendo y, consecuentemente, muriendo. No un Dios o una Naturaleza, sino una entidad infinita y abstracta, sin identidad ni conciencia propia, sin otro motivo de existencia que el que le den aquellos que, mientras vivan, la rescaten y traigan de vuelta a la vida. Una memoria universal no a su propio servicio ni auto-sustentada, sino sostenida por la acción del ser humano.

Es de este modo en el que Borges entiende la inmortalidad y, cinscuentemente, en el que se encuentra la explicación más probable de la búsqueda del río que permita su exterminio total en el caso de Marco Flaminio Rufo. La eliminación de cualquier tipo de conciencia propia en esta memoria universal que salvaguarda nuestra inmortalidad cósmica separa dramáticamente el pensamiento borgeano de las tradiciones metafísicas occidentales. La eternidad, en el caso del argentino, se lograría de un modo casi involuntario y, paradójicamente, sin que nosotros nos percatemos conscientemente de que hemos accedido a ella. Es por esto que Borges subraya el hecho de que: «seguiremos siendo inmortales [...] aunque no lo sepamos y es mejor que no lo sepamos» (OC 4: 179). Al contrario que en el caso del mencionado Unamuno, ni la inmortalidad individual, ni la colectiva –entendida esta la de la unión de conciencias en una Conciencia Superior– parecen ser perspectivas que seduzcan al argentino. La única posibilidad que el autor bonaerense contempla es la de la extinción total, la de la integración en una memoria colectiva absoluta de naturaleza inconsciente y que alcanzaría el carácter de inmortal gracias a la acción de aquellos que, mediante sus palabras, obras y actitudes, seguirían facultando su existencia eterna, su inmortalidad cósmica.

BIBLIOGRAFÍA

- Alazraki, Jaime (1974): *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges: Temas - Estilo*. Madrid, Gredos
- Barthes, Roland (2002): "The Death of the Author", *The Book History Reader*, Ed. David Finkelstein & Alistair McCleery. London, Routledge, pp. 221-24
- Borges, Jorge Luis (1989-1996): *Obras Completas I-IV*. Ed. Carlos V. Frias. Barcelona, Maria Kodama y Emecé Editores
- ____ (1995): *Inquisiciones*. Ed. por Osvaldo Ferrari. Barcelona, Seix Barral
- ____: "Mi prosa", *Literatura Hispanoamericana* [21/06/10]:
<http://sololiteratura.com/php/docinterno.php?cat=miscelanea&doc=102>
- Butt, J.W (1972): "Unamuno's idea of 'intrahistoria'; its origins and significance", *Studies in Modern Spanish Literature and Art*. Ed. Nigel Glendinning. London, Tamesis Books Ltd., pp. 13-24
- Foucault, Michel (2002): "What Is an Author?", *The Book History Reader*. Ed. David Finkelstein & Alistair McCleery. London, Routledge, pp. 225-30
- Franco, Jean (1981): "The Utopia of a Tired Man: Jorge Luis Borges", *Social Text*, 4, pp. 52-78
- Jullien, Dominique (1995): "Biography of an Immortal", *Comparative Literature*, 47.2, pp. 136-59
- Koch, Dolores M (1984): "Borges y Unamuno: Convergencias y divergencias", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 15, pp. 113-22
- Levine, Michael P (1994): *Pantheism: A Non-Theistic Concept of Deity*. London, Routledge
- Mac Adam, Alfred (2000): "Machado de Assis and Jorge Luis Borges: Immortality and Its Discontents", *Hispanic Review*, 68.2, pp.115-29
- Panico, Marie J (1963): "Unamuno: Doubt or Denial?", *Hispania*, 46.3, pp. 471-75
- Ribas, Pedro (1971): "El Volksgeist de Hegel y la intrahistoria de Unamuno", *Cuadernos de la cátedra de Miguel de Unamuno XXI*. Salamanca, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca, pp. 23-33
- Rodríguez-Carranza, Luz (1994): "De la memoria al olvido: Borges y la inmortalidad", *La memoria histórica en las letras hispánicas contemporáneas*. Ed. Patrick Collard. Ginebra, Librairie DROZ, pp. 225-35
- Rodríguez Monegal, Emir (1978): *Jorge Luis Borges: A Literary Biography*. New York, E.P. Dutton
- Unamuno, Miguel de (1958): *Obras Completas Vols. VI & XVI*. Madrid, Aguado
- Woodall, James (1996): *The Man in the Mirror of the Book: A Life of Jorge Luis Borges*. London, Hodder & Stoughton.

El autor:

Gorka Bilbao Terreros. Estudió su Licenciatura y Master en las Universidades de Deusto y Delaware, obteniendo en 2010 un doctorado por la Universidad de Liverpool. Ha publicado artículos críticos en revistas especializadas como *Letras de Deusto*, *Espéculo* o *Hispanic Review*. Su investigación se centra en las relaciones transnacionales existentes entre las obras cinematográficas y literarias de diversos autores españoles y americanos.

POSICIÓN DEL FONEMA COMO CLAVE INTERPRETATIVA (SOBRE 1492... DE HOMERO ARIDJIS)¹

por María Coira

Al preguntamos por los hechos ocurridos en 1492 y el modo en que ingresan a la novela de Homero Aridjis, *1492, vida y tiempos de Juan Cabezón de las Casas* (1985), observamos que de los cuatro relevantes (el triunfo de los Reyes Católicos en la Guerra de Granada, el viaje de Colón hacia América, la firma real del Edicto de Expulsión de los judíos del territorio español y la publicación de la primera *Gramática castellana*) hay uno que está ausente y es el que se refiere a la *Gramática*.

La publicación de la *Gramática* es lo que nos interesa, en 1492, como construcción de lo real histórico a partir de fragmentos y de ausencias. En efecto, si bien Antonio de Nebrija figura en la nómina de autores a quienes Aridjis agradece las crónicas, memorias, anales, diccionarios y publicación de documentos que han hecho posible su propio libro, en la novela en sí no hallamos mención alguna ni de la *Gramática* ni de Nebrija. Esto implica una ausencia, una hendidura. Sin embargo, como en los anagramas estudiados por Saussure, lo ausente está, de manera simultánea, presente (Starobinski 1971). Si el texto está materialmente hecho de palabras, de lenguaje, obvio es que esta novela escrita en castellano, desde Hispanoamérica, presuponga la *Gramática castellana*. Pero, además, el texto nos presenta, de manera que hemos de especificar, un verosímil de lengua arcaica, es decir pre-Nebrija, que, desde nuestra mirada como lectores del siglo XX, también la presupone.

El texto presenta, entonces, a grandes rasgos, dos trabajos distintos del código lingüístico: el castellano que podríamos considerar contemporáneo y por momentos españolizado con el que nos habla el narrador y utilizan, la mayor parte de las veces, los personajes y la lengua arcaica, pre-Nebrija, que aparece en las transcripciones de pregones, edictos, testamentos y actas de la Inquisición y, en ocasiones, en los diálogos de los personajes.² Lo real que se construye es esa intersección de espacio y tiempo que es la España del siglo XV y los trabajos lingüísticos mencionados posibilitan despejar operatorias, procedimientos y funciones. Dos operatorias aparecen como dominantes: la repetición y la interrupción. La repetición nos remite inmediatamente a un nivel de ficcionalización que podemos identificar como el de la reconstrucción de lo callado. La repetición de significantes insistiría, pues, en hacer presente lo no realizado de manera explícita o representativa en los discursos. La repetición no es reproducción pero su presencia puede operar como esos pequeños fragmentos de la arqueología que permiten una reconstrucción. Reconstrucción que será inverificable pero, simultáneamente, irrefutable y en cuya elaboración vemos una de las características más fuertes de la reconstrucción de la historia en las novelas hispanoamericanas recientes.

En 1492, la repetición de significantes se da en la acumulación de nombres propios, de nombres de oficios y de lugares mediante el recurso de la enumeración que sabemos cercana a la repetición y, por ende, multiplica su función al tiempo que la mediatiza. Esa acumulación de nombres propios no tiene una función narrativa. No va el lector a recordar, por ejemplo, los nombres de los siete judíos

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el V Congreso Internacional de la ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE LINGÜÍSTICA SISTÉMICO-FUNCIONAL, en la mesa temática LAS RELACIONES ENTRE GRAMÁTICA, REGISTRO Y GÉNERO EN LOS DISCURSOS SOCIALES, Mar del Plata, Noviembre de 2009

² Preferimos reservar el nombre de "español" para la lengua tal como se habla en España y "castellano" para referirnos a la lengua que comparten los países hispanoamericanos, la misma España, etcétera. Es importante reflexionar acerca de los caminos y derivas de una lengua; por ejemplo, los modos del habla que se mantuvieron en las tierras americanas, mientras que en la metrópoli española ya habían caído en desuso (arcaísmos) y, además, la supervivencia del habla de los judíos sefardíes que han conservado, a lo largo de siglos, su apego a la lengua que sus antepasados usaban en la época de la Expulsión.

que, en determinado momento de la historia, son entregados al alguacil para ser enviados al quemadero: «hasta el instante en que Pedro de Exea, Violente Ruys, Bernard de Robas, Galcerán Belenguer, Gabriel de Aojales, Guillén de Bruysón, Gonzalo de Yta y María Labadía fueron [...] entregados al alguacil mayor». (Aridjis 230). Reiteramos: tal acumulación no cumple una función narrativa; pero sí poética. Desde lo sonoro, desde lo sintáctico, el lenguaje poético se entrecruza con la narración de manera recurrente a lo largo del texto. Veamos algunos otros ejemplos: 1) enumeración de lugares en la que, por exceso, los nombres rebasan de cumplir una puntual función de informantes; 2) enumeración de nombre de objetos que, al distanciar las acciones (seguirla por un pasadizo y salir a la calle), operan como breves catálisis que demoran el avance narrativo; 3) acumulación de nombre propios y de oficios (resulta significativo, en este último ejemplo, que tan inútiles son los nombres mencionados como los que el narrador declara omitir por ser inútil recordarlos); 4) repeticiones y variantes del mismo nombre propio. Al respecto, asociamos como un aporte ineludible lo señalado por Barthes en «Proust y los nombres»: «existan o no, no dejan de presentar [...] lo que se ha podido llamar una “plausibilidad francofónica” [...]», refiriéndose a la insistencia sonora de los nombres en cuestión (Barthes 1973: 171-190). La aparición recurrente de sonoridades acumuladas por largos períodos de enumeraciones insisten (como efecto de lectura) tanto en construir a la España del siglo XV, como en hacer presente la obra fundacional para la normatización de la lengua castellana, es decir, la *Gramática* no mencionada. Asimismo, el lenguaje se recupera y potencia en una dimensión poética y no meramente reproductiva.³

La otra operatoria relevada, la interrupción, se articula mediante la transcripción de documentos, testamentos, edictos y pregones. Esta transcripción posibilita nuestro contacto con la lengua arcaica, la lengua anterior a la hegemonía de la normativa castellana y, muy especialmente, la lengua que, a partir del año 1492, conservarán en el exilio los judíos expulsados. Es decir, expulsados no sólo de la tierra sino de la lengua que variará de diferente manera fuera que dentro del territorio español. La lengua, también, que traerá el conquistador a América, donde aún hoy podemos seguir las huellas lingüísticas de los tiempos de la conquista en los usos y palabras llamados arcaísmos.

La interrupción producida es doble: se interrumpe el flujo narrativo y el nivel de lengua contemporánea en que relata el narrador. Al relatar lo sucedido inmediatamente después de haberse pregonado el Edicto en los lugares públicos, por ejemplo, el narrador interrumpe en su enunciado el castellano actual que emplea mediante la inclusión de frases en lengua arcaica, entrecomilladas, es decir, siguiendo la convención usada para indicar la cita textual. En cuanto a la interrupción del hilo narrativo, el testamento de Noé de la Vega, por ejemplo, se extiende cuatro carillas y el relato que de la persecución sufrida hace Gonzalo de la Vega al narrador-personaje, Juan Cabezón, catorce. Estos

³ Según Roman Jakobson, la función poética predomina cuando las palabras en sí ocupan lo esencial de nuestra atención, cuando la comunicación enfoca la construcción misma del mensaje (más que lo que se dice, quién lo dice, para qué y en qué circunstancias). Jakobson otorga gran importancia a la distinción entre el polo metafórico y el polo metonímico: en la metáfora, un signo sustituye a otro porque, de alguna manera, son semejantes (la “pasión”, por ejemplo, deviene en “llama”); en la metonimia, un signo se asocia con otros por contigüidad (“ala” con “avión”, por ejemplo, y este último con “cielo”). Elegir entre equivalencias posibles supone relaciones paradigmáticas (en ausencia); combinar las elecciones realizadas, relaciones sintagmáticas (en presencia). Jakobson postula que si en la comunicación ordinaria una vez que “seleccionamos” olvidamos y seguimos hacia adelante, es decir, hacia la referencia y la respuesta buscada, por el contrario, en literatura, las elecciones hechas insisten una y otra vez, y tienden a reaparecer mediante procesos varios de transformaciones y metamorfosis que responden a patrones de similitud, oposición, paralelismo, y otros, desde sonidos, ritmos, significados y connotaciones. De ahí su famosa definición acerca de que la función poética proyecta el principio de equivalencia desde el eje de la selección hasta el eje de la combinación, comunicada en 1958. Diez años después, profundizando en esta línea, hablará de “función recurrente”: “Toda repetición susceptible de atraer la atención, de un mismo concepto gramatical, se convierte en procedimiento poético eficaz”. Se trata, pues, de un artificio que compromete la gramática en todos sus niveles (en los ‘70, lo encontraremos experimentando su teoría en textos literarios de más de diez lenguas diferentes). Desde ya, advierte que sí, por una parte, la función poética no es la única función del lenguaje artístico sino solamente la dominante, a su vez, encontramos recurrencias en actos comunicativos que no son poéticos. Jakobson llama la atención acerca de que algunas formas literarias (como la prosa realista) tienden a ser metonímicas y enlazan signos mediante asociaciones, mientras que otras, tales la poesía romántica y la simbolista, son fuertemente metafóricas. Cf. Roman Jakobson, *Lingüística y poética*, Madrid, Cátedra, 1983; del mismo autor, *Ensayos de poética*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1977. También, Samuel R. Levin, *Estructuras lingüísticas en la poesía*, Madrid, Cátedra, 1983.

fragmentos no sólo no cumplen una función narrativa sino que ponen en crisis los cánones de verosimilitud del género, ya que se transcribe textualmente lo que en la novela histórica canónica se resumiría en una frase o en pocos renglones.⁴ En el caso del testamento, el narrador, siempre en búsqueda de su mujer, Isabel, llega a la casa de un pariente de ella que se está muriendo. En este punto, procede a la transcripción completa del testamento como si, de amante y ansioso esposo, Juan hubiérase transformado en puntilloso escribano, desde la página 234 hasta la 237. La comunicación pública del Edicto General de Expulsión es ubicada con sumo detalle por el narrador quien nos informa que la misma se llevó a cabo «el domingo de Quasimodo, 29 de abril de 1492 [...] entre las doce y la una del día» y, a continuación, se brinda, entrecorillado, textual, aquello que al narrador le es transmitido, en forma oral, «a altas voces» (Aridjis 332-333). Ya Barthes se había interrogado acerca de la singularidad del detalle dentro de la trama narrativa, de su significación o, en todo caso, de la significación de su insignificancia (Barthes). En este caso, junto con la introducción de períodos en lengua arcaica volvemos a hallar la acumulación de nombres propios, las enumeraciones; es decir: la función poética. Por otra parte, esta inserción textual de documentos de la época (siglo XV) permite hacer jugar al tiempo presente en el mismo nivel arqueológico de la novela, tal como lo ha señalado Noé Jitrik al permitirnos, mediante su exhumación, exponer a la lectura de las miradas del siglo XX el carácter oculto o no leído que tenían en los tiempos en que funcionaban como instrumentos de legitimación.⁵

En síntesis, la supresión de la mención explícita de la *Gramática* es, al mismo tiempo que una ausencia textual, el lugar por donde reaparecen una y otra vez los sonidos, las estructuras sintácticas, los significantes, en fin, que la implican. Este trabajo lingüístico no sólo intenta reconstruir la España del siglo XV sino que, en el caso de la presencia del nivel de lengua arcaica, la significación se abre hacia los espacios del exilio y hacia el territorio de la futura conquista.

Al mismo tiempo, y no es una paradoja, el lector, especialmente el latinoamericano, puede percibir, también, ecos actuales de esta crónica de persecución.⁶ Porque, si, por una parte, la lengua nos es arcaica y casi exóticos pueden parecernos la rueda y los sambenitos, por la otra, el saqueo, los ghettos, el poder destructivo del rumor y la delación, la ignorancia y brutalidad de represores o la indiferencia o aun placer morboso de ciertos grupos y hasta multitudes ante la desgracia de los «otros» remiten a toda una zona de nuestra propia historia, con sus guerras y genocidios.⁷ La novela tiene algunos pasajes notables sobre verdugos y mirones. *1492*, que por una parte se nos presenta como una novela arqueológica, puede también operar como una metáfora del presente, sin la catarsis que implica elaborar hechos contemporáneos, con la distancia que posibilita el trabajo documental sobre el siglo XV. Esta distancia enfrenta al lector en la encrucijada de lo histórico propiamente dicho y lo universal humano, al tematizar, en su desarrollo, el problema de las relaciones entre el hombre, en tanto individuo, y la sociedad, las posibilidades de llevar o no una vida auténtica y el límite de la muerte. Decimos esto porque las injusticias presentes y hasta contemporáneas conllevan un compromiso que hace difícil, si no imposible, una mirada distanciada que permita la emergencia

⁴ Véase, entre una poblada bibliografía, un clásico ineludible, Georg Lukács, *La novela histórica*, México, Era, 1966.

⁵ Noé Jitrik, comunicación personal, Buenos Aires, UBA, 1998.

⁶ Nos referimos a las dictaduras tan frecuentes y extendidas por los países de Latinoamérica, en especial, durante las décadas de 1960 y 1970, y a las violaciones de los derechos humanos hoy por todos conocidas. Pero también, las aljamas y ghettos, con sus toques de queda, la obligación de usar señales visibles (como sombreros, sambenitos, etcétera) a fin de ser fácil y permanentemente identificados, la confiscación de bienes, la prohibición de ejercer determinadas profesiones y oficios, entre otras, conllevan ecos, imposibles de desoir, del horror de los campos de concentración y las cámaras de gas nazis. Al respecto, no queremos dejar de compartir uno de esos hallazgos donde la realidad suele sorprendernos por parecer “novelesca”, por el paralelismo perfecto que presenta y el consiguiente poder metafórico que adquiere: la sinagoga sepharadí de Ferrara (destino italiano de muchos de los judíos expulsados de España) fue fundada en 1493 y destruida por los nazis en 1943.

⁷ Otra asociación que salta a nuestro encuentro es la de las purgas estalinistas; esta asociación se funda en que tanto en los procesos de la inquisición como en los juicios impulsados por el régimen de Stalin no alcanzaba con meter presa, castigar y hasta matar a la víctima, sino que se requería que confesara (autocrítica) y se convirtiera, “reconciliara”, volviera a la postura correcta, más allá de que nada de eso le salvara la vida. Una situación, en fin, donde al victimario no le bastan los actos propios del verdugo, necesita, además, que la víctima pida que la victimicen ya que así lo merece y lo solicita la historia, Dios, en fin, alguna causa mayor.

de un cierto sentido del absurdo motivado por una suerte de captación de lo trágico irreversible, lo entrópico, si se nos permite, de las catástrofes de la historia simultáneamente que se percibe su ni-miedad. Es decir, cuando el texto machaca una y otra vez con la «herética pravedad», cuyo ejercicio legitima el robo de sus bienes, la condena al exilio, la separación de los seres queridos, la tortura y la espantosa muerte de ser quemado vivo a miles de personas («relajados al brazo seglar»), y, en continuidad, se detallan los actos que ameritan tan cruel tratamiento (no comer jamón, descansar los sábados, ciertas creencias acerca del Mesías, etcétera), se torna difícil sostener las explicaciones habituales, basadas en motivaciones políticas, económicas o aun religiosas.

El efecto es el de haber sido arrojados a un universo hobbesiano, sin posibilidad de redención.⁸ Es entonces cuando la repetición de la palabra «pravedad» (iniquidad, perversidad, corrupción de costumbres) repone sutilmente una figura de dicción tradicional y hace metátesis para devenir en «parvedad» (pequeñez, poquedad, cortedad o tenuidad), cobrando un poder de connotación y una gravitación significativa que ilumina acerca de éste y tantos otros tiempos de horror social de una manera poética y más eficaz, a nuestro juicio, que positivas exposiciones de causas y consecuencias.⁹ Lo anterior no significa que esta trasposición haya sido presupuesta intencionalmente por el autor, esperando que los lectores produzcan tal asociación. Hablamos, más bien, de esas zonas textuales que portan un saber, aun sin, valga la redundancia, saberlo.¹⁰ Repetimos: la distancia es la que posibilita esa mirada (donde la pravedad deviene en parvedad), porque, inmersos en el tiempo histórico propio, el carácter ideológico de los actos se oculta y cosas que pueden ser cambiadas se tiñen de un cierto fatalismo, de una obligatoriedad que, como investigaciones de las últimas épocas han mostrado, configuran un cierto imaginario de época que suele ser compartido por victimarios y víctimas. Así, para muchos judíos, comer las carnes de determinada manera y no de otra, evitar el sebo y guardar los sábados era el modo de preservar su identidad, una suerte de resistencia mediante la cual mantener vivas su cultura y sus creencias. Es decir, que lo que para un lector de nuestros tiempos puede pasar por una ni-miedad, no lo era, entonces, para unos ni para otros, por motivaciones diferentes. Ante las conversiones compulsivas, muchos judíos optaron por bautizarse como modo de salvar la vida, mudando no de fe sino de formas externas para cumplir con el mundo. La práctica de una simulación tal implicaba una nítida distinción entre los ámbitos públicos y privados; así, para algunos estudiosos, estas circunstancias hicieron que los judíos estuvieran entre los primeros hombres modernos de Europa. Una sentencia ancestral reza, precisamente, que «La Ley se hizo para vivir con ella y no para morir con ella». Esto abre otro sendero interpretativo respecto de la supervivencia de Juan Cabezón, no excluyente de las anteriores. Desde esta perspectiva, el converso Juan Cabezón estaría llevando a cabo un viejo mandato que cobra sentido en el contexto de un mesianismo hebreo que no sólo es una teoría de catástrofes, sino también (y a la vez) un método de supervivencia.

En este juego entre pasado y presente, entre el esfuerzo por poner sobre la mesa el pasado sin poder evitar leerlo desde un presente (una vez más admiramos la sabiduría del *Pierre Menard* de Borges), Aridjis ha evitado toda interpretación explícita así como el sentimentalismo fácil. Lo ha hecho privilegiando el montaje del «fragmento histórico» mediante la reproducción del documento, no sólo en las voces de los pregoneros, sino también en la del narrador y los demás personajes que, por momentos, toman la palabra, como es el caso de las extensas narraciones que Gonzalo e Isabel de la Vega hacen de sus vicisitudes a Juan. En todo caso, podemos sentir la presencia del autor como los ojos que han leído esos documentos y crónicas, y los ha trabajado para hacer con ellos literatura.

⁸ Este efecto se potencia cuando leemos el ensañamiento que presupone que difuntos sean juzgados y entregados a la hoguera, y que a los condenados que están ausentes se los queme en efígie o estatua. Tal es el caso de los personajes de Isabel y Gonzalo de la Vega, cuyo proceso constituye el "Apéndice" varias veces mencionado en este trabajo.

⁹ Nos parece oportuno hacer algunas aclaraciones. Respecto de la frase "relajar al brazo seglar" que, con variantes, también tiene alta presencia en la novela, vale recordar que el Santo Oficio, por ser una institución eclesial, no ejecutaba a los reos sino que los entregaba o "relajaba" al brazo secular. Por tanto, en el léxico inquisitorial, "relajar" es sinónimo de quemar.

¹⁰ Noé Jitrik, en una de nuestras largas conversaciones sobre esta novela, es quien ha llamado nuestra atención acerca de tal posibilidad interpretativa. Comunicación personal, UBA, 1998.

La visión sobre la historia no es unívoca; cuando Juan, en un descanso de su errancia, sueña con Isabel que le recomienda cumplir con las reglamentaciones porque si no lo hace lo matarán, él le contesta que no teme a Torquemada y que lo hacen reír sus alcaldes y notarios, y dice: «conozco un mundo futuro donde ya son polvo, donde no son una sombra siquiera, y si tienen un lugar para su ánima es entre los cainitas» (Aridjis 284) Hacia el final, cuando los amantes se encuentran, Isabel vaticina: «Los culpables de este edicto quedarán en la historia de los hombres y serán honrados y festejados en memoriales, crónicas, anales y leyendas, pero la injusticia seguirá siendo injusticia y el crimen seguirá siendo crimen, así se escriban las palabras de gloria en el oro y el mármol» (Aridjis 375-376).

La crónica de la persecución esta matizada con espacios de humor (como el apodo de la tragahombres, doña Luz, «la España de las tres religiones», por su fama de haber echado al mundo hijos de un judío, un moro y un cristiano), las secuencias de amor entre Juan e Isabel, y descripciones de belleza poética como, por ejemplo, «Rodeado por la silente oscuridad, descansé mi cuerpo en el abismo, lo tendí en la melancolía sin límites» (Aridjis 53).

Consideramos esta novela, en síntesis, como ejemplo paradigmático de la tendencia que consiste en ficcionalizar sobre la base de una investigación arqueológica-erudita sobre el pasado y, al mismo tiempo, hacer de esa ficcionalización del pasado una lectura metafórica acerca del presente.

© María Coira

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Aridjis, Homero. 1985. *1492, vida y tiempos de Juan Cabezón de las Casas*. México: Siglo XXI.
- Barthes, Roland. 1970. "El efecto de realidad". *Lo verosímil*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Barthes, Roland. 1973. "Proust y los nombres". *El grado cero de la escritura seguido de nuevos ensayos críticos*. México: Siglo XXI. 171-190.
- Jakobson, Roman. 1977. *Ensayos de poética*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Jakobson, Roman. 1983. *Lingüística y poética*. Madrid: Cátedra.
- Levin, R. Samuel. 1983. *Estructuras lingüísticas en la poesía*. Madrid: Cátedra.
- Lukács, Georg. 1966. *La novela histórica*. México: Era.
- Starobinski, Jean. 1971. "Los anagramas de F. de Saussure". *Ferdinand de Saussure*. Buenos Aires: Siglo XXI.

La autora:

María Coira. Profesora en Letras y Máster en Letras Hispánicas (UNMDP), Doctora en Letras (UBA). Docente titular de la cátedra de Teoría y Crítica II, ha dictado numerosos seminarios de posgrado. Es coeditora de *Escenas Interrumpidas de la Literatura Argentina* (2006), *Escenas Interrumpidas II* (2012). Y su último libro es: *La serpiente y el nopal. Historia y ficción en la novelística mexicana de los 80*, publicado en Mérida, 2009.

LA PALABRA PERDIDA

por Jesús Greus

Una tradición islámica nos dice que Adán hablaba en verso en el Paraíso. Es decir, en lenguaje rítmico. La razón no es baladí, pues, en la antigüedad, la expresión métrica era considerada iniciática. La poesía, según René Guénon, no era inicialmente esa vana literatura en que se ha convertido por una degradación, sino que tenía un carácter sagrado. Pueden encontrarse rastros de ello en la antigüedad clásica, cuando la poesía era llamada aún «lengua de los dioses». Recuérdese que las Escrituras están redactadas mayoritariamente en verso: Los Vedas y los *Upanishads*, el *Zend Avesta*, partes de la Biblia, el *I Ching*, los himnos órficos en la antigua Grecia, el Corán. Incluso la ley, que, como no podía ser menos, tenía un origen así mismo divino, se transmitía en verso. Es el caso del Rigveda y del Corán.

El propio significado de la palabra poesía es revelador, pues deriva del griego *póiesis*, que significa «creación». A este origen remoto de la poesía alude Rousseau en su *Ensayo sobre el origen de las lenguas*: «Las primeras historias, las primeras arengas, las primeras leyes, fueron en verso; la poesía fue hallada antes que la prosa.» Por mucho que esto nos extrañe, veremos en adelante que, en literatura, la poesía fue, en efecto, anterior a la prosa.

En latín, los versos se llamaban *carmina* (*carmen* en singular), que también significa predicción, oráculo. Según Guénon: «Y el poeta mismo, intérprete de la lengua sagrada (...) era el *vates*, palabra que lo caracterizaba como dotado de una inspiración en cierto modo profética. Más tarde, por otra degradación, el *vates* no fue sino un vulgar adivino, y el *carmen* (de donde deriva la palabra francesa *charme*), un encantamiento, es decir, una operación de baja magia.» En resumen, la poesía estuvo relacionada, en su origen, con el don de la profecía y el encantamiento. Abundando en la etimología, y siempre en opinión de René Guénon: «La misma palabra ‘adivino’ no está menos desviada de su sentido, pues etimológicamente guarda relación directa con *divinus*, y significa entonces ‘intérprete de los dioses’, pues se consideraba que estos manifestaban su voluntad por medio de tales presagios, y las aves desempeñaban entonces un papel de ‘mensajeros’, análogo al que se atribuye generalmente a los ángeles.» La palabra griega *ágelos* significa, precisamente, mensajero.

Debido a esta concepción de los pájaros como mensajeros del cielo, la adivinación por medio del vuelo de las aves es antiquísima y casi universal. Arúspice procede de *aves spicere*: observar a las aves. ¿Por qué a ellas precisamente? Porque podían alzarse hasta las cimas de los más altos montes, donde los dioses tenían sus moradas, y por ello se les suponía una particular perspicacia. Además, en la mitología griega, los mismos dioses se aparecían a veces bajo forma de ave. El propio Apolo era amigo de los cuervos y de los azores.

Se adivinaba en especial por medio de las aves de rapiña, ya que, antes de la invención de la pólvora, era difícil derribarlas o atraparlas, lo que les otorgaba cierto prestigio. El búho pasaba como el animal consagrado a Atenea. Por ello, cuando el tirano Agatocles emprendió su temeraria campaña africana contra los cartagineses, llevó consigo una bandada de búhos para el caso de que la tropa se desmoralizara. Dada suelta a los pájaros, volaron estos sobre la falange y se posaron en el escudo y el yelmo de los soldados, que recobraron valor ante este claro anuncio de victoria que la diosa les enviaba.

Pero, por retornar a nuestro tema, Jakob Burckhardt, el gran historiador de la Grecia clásica, nos recuerda que Hesíodo, el cantor épico por excelencia después de Homero, pasó de ser pastor de ovejas a maestro y poeta por inspiración de las Musas, que se le aparecieron una noche, le entrega-

ron una vara de magnífico laurel, árbol sagrado, y «le inspiraron un canto divino, después de lo cual él sabía lo futuro y lo sucedido antes, y le dijeron que cantara la estirpe de los dioses felices y eternos».

Una vez más se relaciona aquí a la poesía, ya desde sus orígenes, con la predicción. También Melampo tuvo un sueño en el que unas serpientes le lamían los oídos. Al despertar, era capaz de entender el lenguaje de los pájaros que volaban sobre él, y así empezó a predecir la suerte de los mortales.

Por último, mencionemos el pasaje épico en que Atenea, encolerizada, ciega al teban Tiresias, pero luego le limpia los oídos, y él empieza a entender la lengua de los pájaros. Aún tras su muerte, según la leyenda, los pájaros anunciadores se arremolinaban sobre su trono de vidente.

Se comprende, así, que el poeta fuera considerado en la antigüedad clásica como un ser portentoso, dotado de videncia y capaz de entrar en contacto con el Olimpo.

LA TRADICION ORAL

Los orígenes de la poesía se funden, como vemos, con el mito, la epopeya y los héroes antiguos. Según lo expuesto, la poesía estuvo asociada en su origen a la videncia, a los ángeles y a los pájaros. A fin de entender la trascendencia del lenguaje rimado, recuérdese que éste era considerado como sagrado por ser la lengua del Olimpo, «donde no cesan el canto y la música». Para los griegos, la poesía épica fue, por tanto, la heredera directa de aquella Palabra Perdida o lengua sagrada.

No cualquier verso servía de receptáculo, sin embargo, a la palabra de los dioses. El oráculo de Delos daba sus respuestas en hexámetros. Y no es casual que la obra del propio Homero esté escrita también en hexámetros, ya que este metro se pierde en el origen de los tiempos, en lo mitológico. Jacob Burckhardt nos recuerda: «Fue ésta mucho tiempo también, para la lírica, la forma casi exclusiva, absolutamente el único recipiente para la poesía. Pero los griegos sabían asimismo lo que debían a este verso, que con inigualada elasticidad se adapta a cada pensamiento y a cada sensación, y se acomoda tan bien a la onomatopeya. Aristóteles lo llama el más firme y solemne de todos los metros.» Solía decirse del hexámetro que, aún sin cítara, era ya de por sí canto.

A fin de adentrarnos en el asunto de la tradición oral, recurramos de nuevo a Burckhardt: «Desde luego que la memoria era para el cantor enormemente importante, y no en vano Mnemosina es la madre de las Musas. Más piénsese que toda la literatura india antigua, quizás hasta la época budista, era transmitida sólo oralmente.» Aún hoy, los brahmines hindúes se aprenden de corrido El Rigveda, tal como hacían sus antepasados de hace cuatro mil años; es decir, cien himnos con unos 3000 *slokas* en los que se especifican ritos, leyes, doctrinas, lo cual los hace más difíciles de memorizar que cualquier poema épico. De hecho, esos himnos védicos o *mantra samhitas* estaban concebidos como poemas métricos para entonar. Otro tanto sucede con los mulás musulmanes que recitan de seguido el Corán. La propia palabra 'Corán' significa salmodia, lectura en voz alta, predicación. Se trata de conducir al auditorio a una suerte de trance por la repetición rítmica de los versos.

Basada, por tanto, en la memoria, la tradición antigua se transmitía oralmente. En la antigua Grecia, la obra completa de Homero era un manuscrito caro, que pocos se podían permitir. El público debía recurrir a los rapsodas, que eran el libro ambulante, cantores especializados en la recitación de los poemas épicos. La obra de Homero pervivió, pues, gracias a estos rapsodas, no al libro escrito. Burckhardt dice: «El uso de la escritura era relativamente moderno, como nos lo demuestra el tardío comienzo de la prosa, y todavía en tiempo de la tragedia ática, la gran importancia que da Eurípides (s. V a. C.) a este arte de escribir.» De modo que tanto Hesíodo como Homero se transmitieron oralmente durante siglos, y sólo se fijaron posteriormente por escrito.

Es comprensible que, dado su ministerio como mensajero de los dioses, el poeta fuera un personaje casi sagrado en la Grecia arcaica. Y, en efecto, el gremio de los poetas tenía algo de sacerdocio. El

poeta encarnaba al hombre virtuoso y leal. No en vano, Agamenón, al salir de Troya, encarga a un poeta la protección de su esposa. Y, en la Odisea, Femio advierte a Ulises al implorar por su vida: «A ti mismo te causará dolor haber matado al poeta, que cantó a dioses y a hombres.»

Los rapsodas no eran, en consecuencia, vulgares poetas en el sentido que hoy entendemos. Su ministerio les exigía dedicación completa, «pues era la suya –según Burckhardt– una alta posición en la vida, un gremio cuyos miembros eran los portadores y guardadores de todas las ideas elevadas.» Además, y puesto que se dedicaban a la vida trashumante, su papel fue trascendental en la historia de Grecia, al ser los primeros forjadores de la lengua griega. Nos dice Burckhardt: «Estos rapsodas fueron los que fomentaron, con su vida trashumante, la unidad de visión y de pensamiento de los griegos.» Porque, en un tiempo en que no se viajaba, debido a los azares de los caminos, ellos eran casi los únicos civiles que se trasladaban de una localidad a otra, polinizando a las poblaciones con ideas, mitos y una lengua común.

Lo más curioso quizá sea que aquellos rapsodas transmitían entre los pueblos no tanto noticias de actualidad como referencias a los dioses, tal y como si estos fuesen seres de carne y hueso. Ellos eran, más que ninguna otra cosa, los depositarios de la fantasía de la nación griega. El público escuchaba y creía con pasión cuanto relataban los versos sagrados. Por ello afirma Burckhardt: «Nada más extraño para nosotros que un pueblo que no se interesa por las novedades del día, sino que pregunta acucioso noticias circunstanciadas de los dioses y héroes creados por él.»

Cabe imaginar la escena de la llegada de un rapsoda a un villorrio, el holgorio de los habitantes, el corro que se formaría para escucharlo, para preguntarle por los dioses y sus acaecimientos. El público conocía bien los mitos, y eso le permitía solicitar del cantor que recitara tal o cual aventura de un dios o de un héroe antiguo.

De nuevo en palabras de Burckhardt: «Nunca más ha sido la poesía sobre la Tierra una necesidad tan urgente; porque sólo los rapsodas tenían noticias que dar sobre el particular, noticias que iban completando de generación en generación.» Porque el rapsoda, en efecto, componía y agregaba historias y anécdotas a los mitos conocidos. Es la dificultad, precisamente, de conocer si de verdad Homero y Hesíodo escribieron tal como han llegado hasta nosotros.

En consecuencia, y por seguir citando a Burckhardt: «Con esta gran imagen ideal de su propio ser duradero, el pueblo griego gozó de eternidades, mientras nosotros, hoy, estamos rodeados de meras temporalidades.»

Un fenómeno similar al de aquellos rapsodas griegos, aunque en una versión más prosaica, permanece vivo aún hoy en la plaza *Yemaa el Fna* de Marrakech, donde los contadores de cuentos relatan a diario, y reinventan o enriquecen según su humor, cuentos populares y relatos de las Mil y una noches.

DECADENCIA DE LA POESÍA Y DE LA TRADICIÓN ORAL

Al generalizarse el uso de la escritura, se fue perdiendo el valor mítico de la poesía de tradición oral. «La filosofía renunció casi desde el principio al verso», nos recuerda Burckhardt. Porque, si la poesía abusaba de un lenguaje ambiguo, como correspondía a los mensajes de los dioses, la filosofía, en cambio, requería un lenguaje preciso, más racional. La filosofía no podía permitirse la ambigüedad, contraria a su esencia misma. Y así nace la prosa. No se sabe, ni siquiera lo sabían los antiguos griegos, si el primer prosista fue historiador o filósofo: uno de ellos fue Cadmo de Mileto, autor de la obra histórica *Fundación de Mileto*; y el otro, Ferecides de Siros, autor de una cosmogonía titulada *El antro de las siete cuevas*. Pero no podía ser otro asunto el contenido de la prosa: o bien la historia, o bien la filosofía, o acaso ambas a la vez. En cualquier caso, se sabe que la prosa nació en Asia

Menor, precisamente en la misma región que había visto nacer la epopeya homérica. Y sus primeros cultivadores fueron los filósofos presocráticos en el siglo VI a. C.

Más tarde, en el siglo V a. C., la tragedia abunda en la prosa. Y así, en palabras de Burckhardt: «Una vez que el drama había llegado al mundo, la épica perdía su virginidad.»

Según el historiador y arqueólogo Karl Müller: «Desde luego que prosa y fijación por escrito van tan de acuerdo, que se puede bien suponer que, si entre los griegos hubiese llegado antes la escritura a hacerse de uso general, no hubiera seguido siendo por tanto tiempo la poesía la única guardadora de la más noble vida de la nación.»

No obstante, la tradición continuó siendo oral. Y hasta tal extremo fue así, que autores y filósofos alcanzaban el éxito mediante la divulgación oral. Aún en el siglo IV, cuando se había generalizado ya la circulación del libro, se sorprendían de ver leer a San Agustín en silencio en su jardín de Cargato. Debido al analfabetismo general, el libro se entendía para leerlo a otros en voz alta.

La generalización del libro escrito se produce en época helenística, cuando el Museo y el Serapeum de Alejandría llegaron a almacenar entre doscientos y setecientos mil rollos. Paulatinamente, con esa divulgación de la prosa, la poesía pierde su ministerio divino, y otro tipo de mentalidad se instala: la filosofía, el raciocinio. A partir de entonces, el mito, el héroe y los mismos dioses pierden terreno ante el hombre pensante, que duda, se pregunta, se siente dispuesto a desentrañar el universo. En palabras de Mircea Eliade: «En ello hay algo más que el triunfo del logos frente al mythos. Se trata de la victoria del libro sobre la tradición oral, del documento –sobre todo del documento escrito– sobre una experiencia vivida que no disponía más que de los medios de la expresión preliteraria (oral).»

Así, desaparecidos los rapsodas ambulantes, se cortó el hilo umbilical que unía a los mortales con los dioses. La poesía, que es cadencia y música, se alejó por fin de la Palabra Perdida para convertirse en una forma más del arte laico, en un arte puramente estético. Y, definitivamente, se distanció de aquellos orígenes mitológicos cuando fue la lengua versificada de los ángeles, la matemática de Adán antes de ser expulsado del Paraíso.

© Jesús Greus

El autor:

Jesús Greus. Licenciado en lengua inglesa por el *Institute of Linguists* de Londres. Durante la década de 1970 participó en una asociación internacional de Yoga. Fue redactor de una revista trimestral sobre filosofías orientales. Como profesor de Yoga, viajó por la India, Europa, Estados Unidos, Canadá, etc. En la década de 1980 fue miembro de varias agrupaciones musicales experimentales, fusión de músicas del mundo, lo que quedó reflejado en el disco del grupo Babia titulado *Oriente y Occidente*. También formó parte, durante siete años, de *Atrium Musicae*, orquesta de música antigua con la que ofreció conciertos en España, Europa, Estados Unidos, México, Israel, Australia, etc. Trabajó como traductor para varias editoriales de Madrid. Ha sido también colaborador de diversos periódicos y revistas, entre otros *ABC*, *El Día del Mundo*, *Diario 16 de Baleares* y, más recientemente, *Libération du Maroc*. Es, además, conferenciante, actividad que ha desarrollado en diversos países, invitado por fundaciones y asociaciones literarias. Jesús Greus reside desde el año 2000 en Marruecos, donde fue gestor cultural del Instituto Cervantes de Marrakech. Es también guionista de cine. Está en preproducción una película, en colaboración con una productora británica, para filmar en Marruecos. Jesús Greus es así mismo escritor. Ha publicado: *Ziryab*, Editorial Swan. Novela ambientada en Córdoba en el s. IX. Publicada en Francia por Éditions Phébus, 1993. Reeditada en España por Editorial Entrelibros, 2006. *Junto al mar amargo*, Hakeldama Editor, 1992. *Así vivían en al-Andalus*, Ediciones Anaya, 1988. 13 reimpressiones. Nueva edición revisada y ampliada bajo el título *Así vivieron en Al-Andalus*. Anaya 2009. *Claro de luna*. Obra poética. *De soledades y desiertos*, Ediciones La Avispa, 2001. Teatro. *Laberinto de aljarafes* (relatos ambientados en el Marruecos actual), Editorial Sirpus, 2008. De próxima aparición: *Diccionario español-árabe marroquí*, Editorial Sirpus. En colaboración con Naïma Lehrach. *El enigma de Abravanel*. Una investigación criminal en Sevilla en el siglo XI. Novela.

EL TIRO DE GRACIA

por José Vaccaro

El sargento Martínez asomó su cabeza por la puerta del bar de oficiales, en aquel momento no demasiado concurrido, buscó con la mirada, y cuando vio apoyado en la barra a su superior carraspeó para llamar su atención, conseguido su objetivo y sin cruzar el umbral, taconeó al tiempo que soltaba un escueto:

–Mi alférez, ya están formados en el patio.

Miguel Fernández asintió, acabó de beberse el resto del chato de vino tinto, se ciñó los correaes y el cinturón del que colgaban la cartuchera y la pistola Astra, y se dispuso a cumplir con la misión que en días alternos tenía asignada. El *turuta* que hacía de camarero, tras colocar el pequeño vaso de cristal en la fregadera y limpiar la barra, observó su espalda mientras alcanzaba la salida, aliviado de que desapareciera de su vista. Todos iban con un cuidado exquisito en su trato con el alférez, podría decirse que con miedo. Incluso los capitanes o comandantes del regimiento que tenía a su cargo el penal de San Cristóbal medían sus palabras estando él presente, siempre solo y distante. Tan ausente de cualquier partida de julepe o siete y medio que se organizara en la sala de banderas como de la casa de putas que en la carretera de Pamplona atendía a destajo las necesidades logísticas de la comarca.

El estallido de la guerra civil del 36, la Cruzada, como fue bautizada, le pilló, partida la Piel de Toro en las dos españas machadianas –aunque contrariamente a lo previsto por el poeta, ambas te helaban el corazón–, del lado de los republicanos, de los rojos, en pleno barrio de Gracia de Barcelona, donde vivía. De allí huyó el veintidós de julio, horas antes de que, advertido que su nombre constaba en el listado incautado en la Jefatura Local de la Falange, fueran a apresarlos. A pie llegó a Francia por Le Perthus, recorrió todo el sur del país, y entró por Navarra para incorporarse a las fuerzas rebeldes. Su padre, que había formado parte de la candidatura de la CEDA en las pasadas elecciones municipales, no tuvo la misma suerte, quizá creyó que respetarían su edad o podría comprar su libertad, pero no fue así. Tras conducirlo a la cheka de la calle Zaragoza, en el que fuera convento de las religiosas Sanjuanistas, allí estuvo una semana, para luego, tras un remedo de consejo de guerra, darle el paseo hasta el Campo de la Bota y fusilarlo. Antes confiscaron su vivienda en el Paseo de Gracia, que fue ocupada por un gerifalte de la CNT y, previamente a balacearlo, lo despojaron de cuanto llevaba encima, incluida la alianza de matrimonio, la cadena de oro y el reloj de bolsillo Catalina y los zapatos de charol.

«En un primer momento protestó por aquel destino. Lo que ansiaba era un lugar en el frente del Ebro, allí donde se pegaban los tiros y se peleaba cuerpo a cuerpo, lo opuesto a hacer de carcelero, como interpretó sería su trabajo en el penal.»

Los sediciosos –los facciosos se les llamaba también por parte republicana–, necesitaban gente dispuesta como Miguel Fernández que manifestara su odio hacia el otro bando sin embozo alguno, así que en el primer banderín de enganche franquista al que se presentó admitieron de inmediato su solicitud de incorporarse a filas. Por su condición de universitario le hicieron entrega sin más de la estrella de alférez provisional, destinándolo a la Plana Mayor del regimiento que tenía a su cuidado los 1.500 penados del Fuerte de San Cristóbal.

En un primer momento protestó por aquel destino. Lo que ansiaba era un lugar en el frente del Ebro, allí donde se pegaban los tiros y se peleaba cuerpo a cuerpo, lo opuesto a hacer de carcelero, como interpretó sería su trabajo en el penal. Pero el coronel que le impuso la estrella de alférez, arrastrando una voz de cazalla, le dijo que no se preocupara:

–Caballero, no padezca por eso, ya le buscarán en la cárcel algo adecuado a sus deseos.

Y así fue, el destino que ahora se disponía a cumplir satisfacía con creces su vocación de azote de infieles.

Cuando salió al patio desde la penumbra de la cantina, el sol le dio de frente, deslumbrándolo por un instante. Se caló el ros en la cabeza y con su mano a modo de visera dirigió un ojeo a la docena de prisioneros que hoy no verían aquel sol naciente esconderse en el horizonte. No lo verían porque estarían muertos. A él, junto al pelotón de diez hombre mandado por el sargento Martínez, les correspondía la misión y el deber de hacerlo realidad. Ese era el cometido que le auguró el Usía al enviarlo al antiguo Fortín de Alfonso XII, en el monte Ezcaba, y del que sus mandos, por la diligencia con que lo cumplía, no tenían queja.

La arribada de prisioneros era constante, causando un hacinamiento en los calabozos que se debía resolver mediante el expeditivo sistema de enviar unos cuantos al paredón, regulando así el flujo de entradas y salidas. La parte dispositiva de su sentencia, recaída en juicios sumadísimos cuyo guión estaba escrito desde el principio, consistía para la mayoría –por no decir para todos los que llegaban al penal– en varias penas de muerte sobre sus cabezas. Curioso lo de ser uno acreedor de cinco o seis penas capitales, como si los jueces creyeran en la metempsicosis y proveyeran ir aplicando cada una de ellas en las sucesivas reencarnaciones del condenado. La ejecución de la sentencia dependía de la voluntad del comandante del penal, y otrosí de los menguados suministros de que disponía para sostener la dieta de supervivencia de aquella población de rojos puestos bajo su custodia. No existía, pues, impedimento jurídico alguno para aplicarles *matarile* a discreción, aunque con todo, era selectivo en su aplicación. Visto el encarnizamiento con que se libraba la contienda debía ser, más que por misericordia, por el deseo de ahorrar munición lo que inducía ese selectivo y medido diezmo de los cautivos, considerando que gastar pólvora en llevar al otro mundo aquellos cuerpos esqueléticos, llenos de sarna y cargados de harapos no merecía la pena. De ahí el goteo en los fusilamientos.

Los diez hombres que componían ese día el pelotón de ejecución, con el fusil pegado a su costado, estaban formados en posición de firmes detrás de los reos, estos unidos entre sí con una deshilachada sogá anudada al cuello a modo de grillete. En la expresión de sus caras se reflejaba todo tipo de sentimientos, desde el alivio porque su padecer tocaba a su fin, hasta la desesperación en los más jóvenes, conscientes de que el futuro les sería negado.

«Los diez hombres que componían ese día el pelotón de ejecución, con el fusil pegado a su costado, estaban formados en posición de firmes detrás de los reos, estos unidos entre sí con una deshilachada sogá anudada al cuello a modo de grillete.»

–¡A sus órdenes, mi alférez!

El violento gesto del sargento, llevándose la mano a la frente mientras le daba novedades fue contestado por Fernández con la misma energía. Disfrutaba con aquellas manifestaciones de disciplina, necesarias para crear unos reflejos condicionados que hicieran, llegado el caso, llevar a cumplir el mandato de matar o morir sin duda ni vacilación alguna.

La instrucción de la tropa, cargada de órdenes ejecutivas al grito de «¡Ar!», era la forma de obtener una respuesta inmediata e irreflexiva para ponerse firmes, girar a la izquierda o a la derecha, o bien colocar en posición el mauser al escuchar: «sobre el hombro ¡armas!».

Gestos rígidos, desalmados y automáticos de ensayo para la muerte. Al gritar tales órdenes, Fernández hacía gala de la fe del converso. Los oficiales profesionales no podían dejar de mirarle con un cierto deje de suficiencia cuando advertían en él aquel fervor cuartelero, que provocaba en los integrantes de la sección que mandaba unos gestos parejos con los de los robots al darles cuerda.

El Blitz alemán que debía llevarles al lugar de la ejecución, situado a dos kilómetros de allí, aguardaba con la tapa posterior abatida. Fernández tronó:

–¡Sargento, que rompan filas y carguen a los condenados en el camión!

Si las palabras siempre manifiestan, por activa o pasiva, acción u omisión de aquello que pensamos, el *cargar* aquellos cuerpos famélicos indicaba la consideración que tenían para el alférez, un puro amasijo de carne carente de humanidad destinada al matadero.

Completada la tarea y colocados los doce reos en la trasera del transporte, sentados directamente sobre el suelo metálico y frío de la caja, con el pelotón de soldados a los dos lados en los bancos laterales, el mauser en prevengan, Fernández subió a la cabina y ordenó al chofer que partiera.

Mientras la tronada suspensión hacía traquetear y dar tumbos al camión por el estrecho camino de tierra sembrado de baches, cuya anchura apenas alcanzaba a no dejar fuera las ruedas, el alférez, la mirada al frente pasando por encima del polvo y los mosquitos incrustados en el frontal de la cabina, sacó el Astra de su cartuchera y comprobó que el peine del cargador estaba a tope de munición, ocho cartuchos de nueve milímetros. Luego, con un chasquido volvió a meterlo en la culata y retornó la pistola a su acomodo en la cartuchera. Se palpó el bolsillo de la guerrera para comprobar el bulto de la caja de veinte balas, no creía que fuera a necesitarlas todas, pero no estaba de más aquel sobrante de munición.

Como jefe del pelotón de fusilamiento, le correspondía completar las ejecuciones dando el tiro de gracia en la sien o la nuca a los malheridos. Era consciente de que los soldados del pelotón, con mayor frecuencia de la que sería deseable, en el momento del disparo desviaban la mira de su fusil para evitar que el plomo que salía de la bocacha de su mauser consecuencia de haber apretado el gatillo, acertara en los cuerpos de los reos, o bien en lugar de apuntar a la cabeza o al pecho lo hacían a las piernas, buscando herir y no matar. Por eso siempre era necesario que él, tras comprobar que todavía había un átomo de vida en aquellos cuerpos, los rematara. La inspección estaba obligado hacerla a conciencia porque más de uno, en ocasiones sin que ninguna de las balas le hubiera rozado siquiera, simulaba estar muerto para poder escapar en un descuido, antes de ser enterrado en la fosa común ya abierta a escasos metros. Fernández se acercaba a ellos uno por uno, alzaba sus cabezas y, para verificar que realmente habían expirado, si tenía alguna duda –cosa muy frecuente– les hundía los dedos en los ojos hasta arrancárselos, un test que nadie era capaz de resistir salvo que realmente estuviera cadáver. Esta acción hizo que fuera conocido en el regimiento por el macabro apodo de el *Óptico*, algo que él sabía y lo enorgullecía. Luego de averiguar con su acción aquellos de los reos que se resistían en abandonar este mundo –los aullidos y quejidos se lo indicaban sin ningún género de duda–, les aplicaba el tiro de gracia.

Comprobar, cuando se acercaba al paredón, la supervivencia de los condenados tras la balacera del fusilamiento a cargo del escuadrón de ejecución que mandaba, era algo que le sacaba de quicio. ¡Joder!, ¿no les bastaba a los miembros de dicho pelotón, para tranquilizar su conciencia a la hora de apuntar y disparar, saber que uno de los diez fusiles estaba cargado con munición de fogueo?, ¿no era suficiente creer que era su arma la que no había vomitado la muerte, sino tan solo unas esquirlas de madera inofensivas?, ¿que él no fue el matarife, sino sus nueve compañeros? ¡Qué más querían! A Fernández esa medida de las balas de fogueo le parecía contraria al espíritu militar, un soldado debe cumplir con su deber y hacerlo con

«Comprobar, cuando se acercaba al paredón, la supervivencia de los condenados tras la balacera del fusilamiento a cargo del escuadrón de ejecución que mandaba, era algo que le sacaba de quicio.»

todas sus consecuencias. Cualquier paliativo, subterfugio o excusa era impropio y contrario a lo que desde tiempos inmemoriales un guerrero ha de perseguir: acabar con el enemigo por todos los medios a su alcance, cuanto antes y –aunque no lo decía–, también con el mayor dolor. Y la docena de hijos de puta, alguno lloriqueando ya, que transportaba hacia el matadero, eran el enemigo.

Pero al final eso no tenía mayor importancia porque el *Óptico*, él, estaba allí para poner remedio a una mal entendida piedad o miedo. Si a uno o a todos los miembros de su pelotón les faltaban los cojones y la hombría para poner en el punto de mira del fusil la cabeza de aquellos cabrones, él lo remediaba sin vacilar.

El regimiento disponía, para cuidar la salud espiritual, romana, católica y apostólica de sus soldados, de dos capellanes castrenses. Se trataba de curas trinitarios que cada domingo celebraban una misa de campaña, confesaban y comulgaban a la tropa, aparte de, si llegaba el caso, exhortarla en la víspera de entrar en combate. Sus bendiciones y arengas pedían a Dios que las balas de los enemigos de la Iglesia los respetaran, tanto como que las suyas encontraran carne hereje donde cebarse, prometiéndoles la gloria eterna de hacerlo así; una gloria que en el fondo no difería demasiado del paraíso con mil hurís por barba que Mahoma prometía a quienes murieran en la guerra santa contra el infiel. El sermón del par de mosenes iba acompañado, por parte del servicio de intendencia militar, de la entrega de una petaca de coñac para cada infante en la víspera de la batalla. El reparto de un cuarto de litro de alcohol

era la señal inequívoca, los veteranos lo sabían muy bien, de la inmediatez de la batalla; como las nubes negras presagían tormenta.

El *Óptico*, educado por los hermanos de La Salle, era un asiduo a la eucaristía y a la cháchara evangélica con los dos trinitarios, huidos como él de la España republicana y ungidos con las tres estrellas de seis puntas de capellán castrense. Y algo de mala conciencia debía tener el alférez Fernández por su actividad de sacaojos y de tiro de gracia porque, al regreso de los fusilamientos, buscaba a uno de los curas, a don Damián, para que lo confesara y lo absolviera de sus pecados. De esta forma quedaba limpio para presentarse ante San Pedro y entrar en el Reino de los Cielos si el Supremo Hacedor lo llamaba. Y eso haría de regreso, una vez acabada su misión de esa mañana, ponerse genuflexo y soltarle a su mentor espiritual:

—Han sido tres (o cuatro o cinco), los que he tenido que rematar, padre.

—Has cumplido con tu deber, hijo mío. Has sido el brazo ejecutor de la voluntad de Dios y de la justicia de los hombres. El Todopoderoso lo sabe, te comprende y te perdona.

Acto seguido el mosén se echaba levemente hacia atrás y hacía la señal de la cruz al tiempo que salmodiada:

—Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Santi. Amén.

«Le gustaba alargar ese postrer momento de vida de los reos, con frecuencia sus esfínteres se aflojaban consecuencia del miedo, olían, además de a roña y sudor, a mierda y a orines cuando se acercaba para certificar su muerte.»

Luego le daba a besar la estola, le conminaba a hacer aquello que lavaría su alma:

—Rezarás dos padrenuestros y dos avemarías.

Hoy, de vuelta al penal, ese ritual de contrición se repetiría.

Llegaron al lugar de la ejecución, y con la misma disciplina y protocolo de siempre, el sargento Martínez pidió su autorización para descargar a los reos y colocarlos frente al muro de tapial que presentaba múltiples señales de anteriores fusilamientos. Fernández lo autorizó y así se hizo.

Ahora sí que en los doce pares de ojos no había más que desesperación y pánico, miradas alrededor buscando un milagro, que la tierra o el cielo se abriera y los protegiera, un rayo que viniera y fulminara a los que portaban aquellos uniformes caquí que tironeando de la soga los colocaban en línea. Pero nada de eso ocurría. Lo único fue una súplica que partió de tres gargantas pidiendo clemencia, contestada y acallada por la voz autoritaria de un hombre de sesenta años, el que presentaba peor aspecto de entre los prisioneros:

—¡Silencio! ¡Demostrad a estos hijos de su madre que sabéis morir como hombres!

A causa de esa admonición y porque se dieron cuenta de la inutilidad de las súplicas, todos enmudecieron. Fernández dirigió una mirada de odio al anciano, alguien que debía tener la misma o parecida edad de su padre. «¡Cabronazo —pensó—, prepárate porque el *Óptico* va a dedicarte sus mejores atenciones! Mi escupitajo sobre tu rostro será lo último que veas antes de que te ciegue y te suelte el tiro de gracia». Y deseó que las balas de los mauser lo respetaran para ser él quien acabara con su vida. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el vozarrón del sargento:

—¡A sus órdenes, mi alférez, el pelotón está preparado!

Fernández lanzó una última mirada a los desechos humanos que tenía delante. Le gustaba alargar ese postrer momento de vida de los reos, con frecuencia sus esfínteres se aflojaban consecuencia del miedo, olían, además de a roña y sudor, a mierda y a orines cuando se acercaba para certificar su muerte. Por eso prolongó varios minutos la orden que debía dar. Y justo cuando advirtió un inicio de esperanza en sus miradas, consecuencia de la dilación, creyendo que tenían una posibilidad de sobrevivir, de que todo era una cruel burla del destino sin mayores consecuencias, una pesadilla de la que despertarían, fue entonces cuando gritó:

—¡Pelotón, apunten!

Los diez soldados dieron un paso adelante para afirmar la posición y se echaron el fusil al hombro, su mejilla pegada al pavonado del cerrojo de acero y el dedo sobre el gatillo. Alzó su mano derecha, en ella empuñaba el Astra, y la bajó al tiempo que gritaba:

—¡Fuego!

Una descarga cerrada atronó el aire y diez bolas incandescentes salieron de los cañones en dirección a los reos. Cuatro cayeron y el resto siguió en pie.

—¡Cargen!

El aire se llenó del ruido metálico del cerrojo de los mauser y de una vaina de cobre saltando al aire de cada uno de los fusiles, mientras la segunda de las balas se encajaba en la recámara. Y nuevo espacio de tiempo antes de la orden. La visión que ofrecían los condenados, uno muerto y otros moribundos o sin haber sido alcanzados, era patética. La soga que unía sus cuellos, en el caso de los caídos tiraba de los todavía vivos obligándoles a arrodillarse, sus ojos hipnotizados en la negrura del ánima de los fusiles. La sangre empezaba a regar la tierra.

—¡Apunten!

Tenían la orden expresa de apuntar a los que siguieran en pie. Fernández se colocó ligeramente adelantado del frente del pelotón para verificar que así lo hacían. Su mirada amenazante hizo que alguno de los cañones modificara su posición encarándose hacia la carne todavía virgen.

—¡Fuego!

Esta vez solamente uno de los doce permaneció a salvo del plomo. Y a repetir la operación tres veces más, hasta vaciar las cinco balas del peine, un espeso olor a pólvora era perceptible en el ambiente.

El papel de los diez soldados había concluido, ahora le tocaba el turno al *Óptico*. Se encaró hacia el pelotón, cuyos componentes adoptaban las más diversas posturas, aliviados por haber concluido el fusilamiento, y les espetó:

«El aire se llenó del ruido metálico del cerrojo de los mauser y de una vaina de cobre saltando al aire de cada uno de los fusiles, mientras la segunda de las balas se encajaba en la recámara.»

—¡Firmes!

Al momento cumplieron la orden, la mirada dirigida hacia delante, a los cuerpos desmadejados. Fernández quería que fueran testigos de aquello que iba a hacer, y la mejor forma era obligarles a mantener su mirada al frente. Colocó su mano izquierda sobre el Astra y con un ruido seco la montó, moviendo el mecanismo que introducía la primera de las balas en la recámara. Se acercó al primero de los cuerpos. Giró su cabeza y comprobó que la bala había entrado por la mejilla, el cráneo abierto como una granada, el tipo no precisaba sus servicios de oculista, y pasó al siguiente.

Al final fueron cuatro las ocasiones en que tuvo que meter sus dedos y dejar vacías las cuencas de los ojos, y otros tantos tiros de gracia entre los estertores que esa acción suya causó.

Se había dejado al tipo que instó a los demás reos a morir con dignidad para el final. Se acercó, se acuclilló y observó su rostro, advirtiéndole que todavía respiraba, se sonrió, era lo que había deseado. Unos ojos lo taladraban con la expresión del más puro odio. Fernández, manteniendo el Astra en su mano derecha, con los dedos índice y medio de su mano izquierda hizo un amago de acariciar aquellos ojos. Mientras lo hacía, un hilillo de líquido mezcla de baba y sangre brotó de los labios del viejo, en lugar de las palabras que debían pugnar por salir de su boca en forma de maldición. Fernández golpeó su frente con el cañón de su arma.

—¿Qué, has muerto con dignidad, comunista de mierda?, ¿estás preparado para encontrarte con Lenin en los infiernos?

Solamente un parpadeo fue la respuesta que obtuvo, aparte de un nuevo efluviio de sangre. El alférez se dio cuenta que disponía de poco tiempo para culminar su acción. Si la dilataba, el tipo ya estaría muerto, y él no quería eso, deseaba que fuera consciente de aquello que le iba a hacer.

Hizo una última caricia en los párpados y por fin hundió con fuerza sus dos dedos provocando que saltaran despedidos los dos glóbulos oculares como si fueran el corcho de una botella de champán. Sabía perfectamente como hacerlo por la cantidad de veces que lo había practicado. Las dos esferas sanguinolentas, bamboleantes y golpeando la barbilla, quedaron colgando sin otro soporte que un delgado hilo de materia orgánica que podía ser una vena o el nervio óptico. El lugar que ocupaban un segundo antes aquellas bolas compactas eran ahora dos huecos negros y profundos como boca de lobo.

Quedaba por completar el último acto, el tiro de gracia. Fernández, con sus dedos rezumando sangre, acercó el cañón a la frente del anciano y apretó el gatillo.

Pero la bala no salió. Volvió a darle al índice con el mismo resultado. Por un momento pensó que no quedaba munición, pero no, eso era imposible, todavía debían quedar balas en el interior de la empuñadura. Y vuelta a darle al mecanismo de disparo, también sin resultado.

«Trajinó la pestaña del seguro, movió el mecanismo del cerrojo, pero nada conseguía. Por fin, y tras intentarlo todo, giró el cañón hacia él. Algo que jamás se debe hacer con las armas de fuego.»

Sus ojos pasaron del cañón del Astra al rostro que tenía enfrente. Y le pareció advertir un gesto de menosprecio hacia él en la sonrisa dibujada en los dientes de hiena que asomaban tras de los labios por los que ahora salía la sangre a chorro, y en la negrura de aquellos dos vacíos bajo la frente. Debía resolver aquel encasquillamiento de la bala para borrar lo que interpretaba como una última burla sardónica, una manifestación de superioridad, de invencibilidad. Algo que no podía admitir.

Trajinó la pestaña del seguro, movió el mecanismo del cerrojo, pero nada conseguía. Por fin, y tras intentarlo todo, giró el cañón hacia

él. Algo que jamás se debe hacer con las armas de fuego.

Y fue entonces cuando el Astra se disparó, y al hacerlo la bala penetró por el maxilar del *Óptico* y salió por su nuca. Una herida mortal de necesidad.

Fernández tardó dos minutos en expirar, el tiempo que su cerebro precisó para iniciar la necrosis, paralizado el corazón al dejar de recibir los impulsos nerviosos para seguir latiendo. En esos ciento veinte segundos, mientras la sangre bombeada depositaba los últimos átomos de oxígeno en sus células, lo que le permitía mantenerse arrodillado, un único pensamiento lo dominaba ante la inminencia de la muerte. Ya no le preocupaba el viejo, ni siquiera si sobrevivía y demostraba con ello ser capaz de, aunque ciego, haberle vencido; era una carencia imposible de solventar, era la falta, ese día, de la necesaria absolución otorgada por el trinitario padre Damián cada vez que regresaba al penal, cumplida su misión de matarife. Ello significaba morir sin estar ungido de la gracia santificante de Dios, y que las acciones que había realizado esa mañana no disponían del perdón que solamente podía otorgar el sacramento de la confesión, cuanto dentro de escasos minutos compareciera ante el Altísimo para ser juzgado.

¡Se condenaría, se condenaría sin remisión!

Desesperado, ese era el mensaje, la evidencia que martilleaba su cerebro. La postrera imagen que recibió, antes de que finalmente de su cuerpo desapareciera el último resto de conciencia y de vida, fue el petrificado rictus de triunfo del anciano, mientras uno de sus dos glóbulos oculares se desprendía y caía al suelo en medio del charco de sangre. Allí se mezclaban el vómito del viejo con sus propios fluidos brotando del agujero que la bala de nueve milímetros había abierto en su mejilla.

El rostro de ambos hombres a escasos centímetros el uno del otro, como si quisieran entrar juntos en la eternidad.

© José Vaccaro

El autor:

José Vaccaro. Arquitecto y Abogado, ha ejercido como profesional liberal, y durante un tiempo en la Administración Pública. En el terreno de la narrativa ha publicado las novelas *Los Ángeles Negros* (Atlantis, 2009), *La Vía Láctea* (Neverland, 2010) y *La granja* (Atlantis, 2011). La editorial Delakort Publisher publicó el pasado mes agosto en Bulgaria la novela *La Vía Láctea*. Acaba de publicar *Catalonia Paradís* (Neverland Ediciones, 2011), su cuarta novela, que desarrolla una trama criminal de corrupción urbanística

CORRECCIONES (UN CUENTO METALITERARIO)

por Miguel Baquero

Toda la vida buscando historias originales, devanándome la cabeza en busca de argumentos que se aparten de lo común, y hete aquí que, de pronto, he de sufrir uno de estos sucesos insólitos en mi propia piel. Y no es nada agradable, ya lo aseguro.

Conviene aclarar, antes de seguir adelante, que una de las modalidades narrativas que más odio es aquella en que el escritor se pone a hablar sobre sí mismo, aquella en que la base de la historia la constituyen sus «apasionantes» (siempre entre comillas) aventuras en pos de un adjetivo, aquellas en que el universo literario se contrae sobre su ombligo y todo es solipsista y endogámico. Por no hablar de aquellos cuentos o novelas que tratan sobre uno que escribe, sobre lo que escribe que está escribiendo, sobre la dificultad que le cuesta escribir sobre aquello que escribe... y la trama acaba así girando en el vacío, como un hombre enfrentado ante un espejo y con otro detrás, a consecuencia de lo cual su imagen se refleja hasta el infinito. Un mero artificio visual del que uno acaba con dolor de cabeza.

«Metaliteratura» creo que le llaman a esto y es un verdadero tostón. Un tostón y, hoy lo puedo decir por experiencia, una faena.

Qué más hubiera querido yo que haberme mantenido en un segundo plano y que mis cuentos, mejores o peores, los protagonizasen fruteros, electricistas, carteros, cobradores del gas, viejos aristócratas, cacos, prostitutas y demás gente del común. Qué más hubiera querido yo que haber quedado en las sombras, como mero cronista, y dejar que la vida tal cual se adueñase de la historia. Sin embargo, una serie de circunstancias, grasientas circunstancias, me ha llevado a protagonizar este último cuento. He sido, en fin, un juguete en manos del destino. Y no me enrolló más. Voy a contar lo que pasó.

* * *

Hace poco, con uno de mis cuentos gané el accésit de un concurso municipal que, junto con el premio en metálico, contemplaba la publicación de la obra. Para ilustrar la edición, me pidieron les enviase una fotografía digitalizada. Yo, contento porque el mundo, al fin, se rindiese a mi genio, les envié una imagen donde aparecía con una amplia y franca sonrisa, cercana a la carcajada, y una vestimenta alegre y juvenil. En contra de tantos literatos que suelen posar ante una biblioteca bien nutrida, en ocasiones asfixiante; o sentados frente al ordenador, la mano en el mentón, en actitud pensativa; o enfundados en una gabardina, un cigarrillo entre los labios, con un deje perdulario y de tipo duro, allí irrumpía yo en el panorama de las Letras, jovial y festivo, suelto y risueño...

No entiendo (tal vez esté aquí la clave de mi desgracia) nada de informática. Lo justo para escribir un correo electrónico, anexas un documento o una foto, enviarlo y poco más. Sobre los píxeles, la comprensión o la definición de las imágenes soy un completo analfabeto, y estas cuestiones hoy en día son fundamentales. Cultura básica; tan básica como saber las reglas de ortografía, así ha avanzado el mundo. De todo esto pronto me di cuenta cuando, al cabo de unas semanas de enviar la foto, recibí las pruebas de impresión para que sobre ellas hiciera las últimas correcciones.

Mi foto, bien grande, copaba la primera página, ocupando todo el espacio de una cuartilla; al lado, mi nombre y las primeras líneas del relato, un relato que luego se extendía, en maquetación ya tradicional, por las ocho páginas siguientes. Sobre dichas páginas me concentré durante un par de días y, en honor a la verdad, debo decir que no fue mucha la tarea: alguna coma que añadir, algún espacio doble, uno o dos errores de concordancia, un verbo que, después de tres lecturas, entendí que quedaba mejor en pasado... Corregido todo (salvo la inevitable errata), le eché un último vistazo a aquellas páginas que iban a suponer mi conquista del mundo y reparé entonces en la fotografía.

La imagen que yo envié había sido ampliada al 200% y allí, justo sobre mi labio inferior, lo que no

advertí en una primera, rápida y no digamos reducida mirada: Allí, cerca de la comisura de los labios, una espinilla de tamaño porte.

Lucía, brillaba, resplandecía casi, con un blancor nacarado.

No exagero si digo que me vi asaltado por un sudor frío y que llegaron incluso a flaquearme las piernas.

* * *

¿Cómo contar la zozobra de mis horas siguientes? Recuperado del primer impacto, la espinilla se metió en mi cabeza y no conseguía pensar en otra cosa. Encendí la televisión con ánimo de distraerme, pero durante un buen rato sólo estuve atento a si los presentadores, los meteorólogos, incluso los invitados a los programas mostraban en sus rostros algún tipo de erupción. Ninguna, no hace falta decirlo; todos se mostraban ante las cámaras con el rostro impoluto, por no hablar de los chicos y las chicas e incluso los ancianos que se exhibían libres de barrillos en los anuncios publicitarios. Intenté evadirme de mi súbita preocupación con periódicos y revistas, y fue peor: Charles Manson, Antonio Anglés, el monstruo de Amstetten, ese que mantuvo a su hija veinte años encerrada en un sótano, o el mismo Lute entre dos guardias civiles, otra cosa no pero todos ellos mostraban un cutis limpio y sin impurezas. Intenté convencerme de que la cosa no tenía demasiada importancia y que incluso podría pasar desapercibida. Me ponía en el lugar de un lector que toma, de pronto, las páginas; desprevenido, se dispone a leer y... y... y... mis ojos se dirigían inefablemente hacia el grano blanco. Retiraba la vista, intentaba sacudirme los prejuicios, adormecer la mente, ahora sí tomar los folios y... y... y... de nuevo mis ojos acababan posados en el mismo punto.

¿Qué hacer? O, como suelo plantear yo mis pensamientos: ¿qué haría otro en mi lugar? Concluí que sólo eran posibles dos opciones: o enviar una nueva imagen que sustituyese a la empleada, o pedir, por favor, a los maquetadores (¿exigir tal vez?) que utilicen el Photoshop para desembarazarme de aquella purulencia y dejarme, entonces sí, alegre, jovial y desenfadado. En cualquiera de los dos casos, pronto concluí, la solución exigía tomar el teléfono, o sentarse ante el editor de correo, y no levantarse hasta estar seguro de que mi petición iba a ser tomado en cuenta y la imagen iba a ser sustituida o modificada.

«Contemplaba, frente a mí, las tripas del libro no como un premio, ni como un regalo, sino como un castigo por mi ignorancia informática.»

Insistir, insistir, insistir...

Pero, en cualquiera de los dos casos, la situación había perdido ya su magia.

Contemplaba, frente a mí, las tripas del libro no como un premio, ni como un regalo, sino como un castigo por mi ignorancia informática. Iba incluso un poco más allá: aquella página ridícula no era sino una condena en la que me había sumido por mi estúpida, enfermiza manía de escribir cuentos, y esa otra todavía más necia de intentar publicarlos. Me había enredado, en fin, en asuntos que claramente me superaban, había jugado con cosas que escapaban a mi control y era justo que recibiese aquel escarmiento.

Me senté, o por mejor decir, me derrumbé en una silla. En aquel momento llamó José, a quien yo pomposamente llamo «mi editor», porque me publicó, efectivamente, un libro hace algunos años del que apenas si se vendieron cincuenta o sesenta ejemplares y a punto estuvo de ocasionar su ruina. Pese a todo, José no me guarda rencor y sigue cuanto escribo; me anima, me apoya y alguna vez incluso hace las veces de agente y me encuentra una revista en la que colocar un cuento. Le había hablado a José, naturalmente, del premio, de las pruebas que estaba a punto de recibir, y había compartido con él mi expectación.

José me preguntó si había recibido las pruebas, le respondí que sí, que ya, de hecho, las había corregido, y le conté luego el vergonzoso episodio de la espinilla. Tras unos momentos de espeso silencio, José intentó consolarme, «no te preocupes, no pasa nada», y me recitó luego la fórmula que suele emplear conmigo en estos casos:

—Hay que tomarse las cosas con sentido del humor. Tienes que aprender a reírte de ti mismo —dijo.

—¿Otra vez? —le repliqué—. ¿Ya estamos con eso del sentido del humor? No me imagino, perdona que te diga, al editor de Sastre, de Camus, de Faulkner, de Gunter Grass o de Saramago aconsejándoles que se rían de sí mismos.

Así que José no tuvo más remedio que ponerse serio, como yo, y analizar fríamente la solución a tomar.

—Lo único que se me ocurre es que mandes a los del Ayuntamiento un correo pidiéndoles, por favor, que retoquen la foto. Sobre todo, por favor. Yo he sido editor y puedo asegurarte que existe el peligro de que estas cosas se tomen como el típico capricho de escritorcete engréido, y malo será entonces que en lugar de ocultarte la espinilla no te la cambien de lugar y te la pongan en la frente.

—¿Tú crees? —le pregunté, temeroso. Y luego articulé con palabras una idea que desde hacía tiempo se me estaba pasando por la imaginación: —¿Y si me retiro de la edición?

—No jodas, tío —dijo con tono severo—, con lo que te ha costado llegar.

Menos mal, pienso ahora, que no le comenté esa otra idea que también desde hacía tiempo me rondaba: secuestrar la edición. «¿Costaría mucho trabajo?», pensaba yo para mis adentros.

«El caso es que me comprometí a hacer caso a José y mandar un amable correo a los editores, siempre en tono distendido y como quitándole barro al asunto, nunca mejor dicho.»

El caso es que me comprometí a hacer caso a José y mandar un amable correo a los editores, siempre en tono distendido y como quitándole barro al asunto, nunca mejor dicho. «Ponle unas notas de humor, de complicidad, de colegueo», me advirtió José. Y yo le dije que sí a todo y me puse a acelerar la despedida porque temía que, como al final ocurrió, sus últimas palabras constituyesen un reproche:

—De todas maneras, amigo, tendrías que estar más pendiente de estos detalles. Vigilar al máximo tus propios asuntos. Si quieres ser un profesional, tienes que comportarte como un profesional.

—Sí, sí, claro —encajé la regañina. Y una vez que hubo colgado José, me senté al teclado, tomé aire y comencé a escribir el siguiente correo:

Estimados amigos. Fruto, sin duda, de los nervios por la proximidad de la edición, me ha salido en la comisura de los labios algo así como un barrillo; para hablar más claro: una excrecencia. Si ustedes, con su generosidad y su dominio, indudable, de las artes gráficas, fuesen tan amables de...

Y escribí un largo correo, lo repase cuatro veces y le di luego al *send*.

* * *

No sería justo decir que no me respondieron. Al cabo de una semana recibí la respuesta por correo electrónico. Acusaban recibo de las correcciones, me comunicaban que a la mayor brevedad procederían a aplicarlas, y respecto a «eso otro» que también apuntaba en mi correo, intentarían hacer todo lo posible por retocar la imagen. Aunque, también debían decirme, el proceso de edición se hallaba muy avanzado, la maqueta en su parte gráfica estaba prácticamente cerrada y, además de ello, tenían concertado un plazo de entrega con la imprenta...

Bien, tampoco esperaba otra cosa. La humanidad es así. Me parecía incluso oír sus carcajadas desde el otro lado de la pantalla. Quizás hubiera debido ponerme duro, intransigente, descolgar el teléfono, hablar con el responsable. Amenazar con demandas. Y quizás, al término de toda aquella batalla, me encontraría con un bonito absceso en medio de la frente.

En los siguientes días procuré caminar mucho, montar en bicicleta, rondar por los bares, un par de veces me escapé a la sierra, a hacer montañismo. El caso era mantenerme entretenido. Ir al teatro, al cine, jugar a la wii. Cualquiera actividad que me alejara de los negros nubarrones que comenzaban a agolparse en mi mente. Nada de libros, sin embargo, ni acercarme siquiera a las librerías, porque mis ojos, imantados, acababan inefablemente por posarse en las solapas, miles, millones de solapas,

buscando en ellas un brillo blanco de hermandad. Pero era inútil.

Al final, los nubarrones acabaron por rasgarse y comenzó a diluviar.

Envidiaba, sobre todos, a Salinger, el misterioso J. D. Salinger que durante toda su carrera de escritor ha luchado ferozmente por ocultar su imagen y del que apenas pueden encontrarse cinco o seis fotografías. O a Thomas Pynchon, a quien sólo puede verse en su época de estudiante y de recluta, y eso seguramente porque no pudo evadirse a la tortura del fotógrafo profesional. Entendía, entonces sí, a Rimbaud, cuya retumbante frase: «¡Mierda para la poesía», en los últimos días de su vida, siempre me había parecido excesiva. Pero en aquel tiempo, sin embargo, comprendía (¡ya lo creo que comprendía!) la trampa que se esconde detrás de escribir palabras y no poder luego escapar a ellas, entendía el terror cuando esas frases que un día construiste, y entonces tomabas por compañeras leales, te aguardan en la oscuridad, como hienas acezantes, dispuestas a lanzarse al cuello a la menor muestra de debilidad. Mierda para la poesía, claro que sí, mierda para la literatura, mierda para cualquier sueño pueril y poco meditado que nos acabe entregando, atados de pies y manos, a la turba.

Esos eran mis pensamientos de aquellos días, cuando vagaba abrumado por las aceras y no sólo los libros, sino la vida, todo a mi alrededor, se me hacía fatal e inevitable. «A la mierda con Freud, con Breton, con Sastre», comenzaba Umbral su *Mortal y rosa*, el único libro que, atraído irresistiblemente por el título, por la mera carnalidad que transmitía, en aquellos días tuve el impulso de abrir y leer. «Sé que consisto en una cloaca, un légamo, una putrefacción, pero me aburre, ya, constatarlo, y he perdido la fascinación de mis propias heces». Esta frase me asaltó en la segunda página, y hube de cerrar el libro y renunciar a leer porque, en efecto, eso me parecía entonces el hombre: un mero poso de impurezas, un ente formado de piel y grasa, una epidermis bajo la cual se mueve, tan lentamente como la lava, un magma de sebo, un océano de fango a duras penas oculto, contenido, una putridez que acaba por reventar los poros hasta surgir al exterior...

«Envidiaba, sobre todos, a Salinger, el misterioso J. D. Salinger que durante toda su carrera de escritor ha luchado ferozmente por ocultar su imagen y del que apenas pueden encontrarse cinco o seis fotografías.»

Movido por estos pensamientos lúgubres, hacia días que no me acercaba a la Oficina de Correos a echar un vistazo al apartado que yo había dado como dirección postal donde recibir el paquete con los libros, veinte o treinta, que me correspondían como parte del premio. Cierta tarde, recibí una llamada de mi amigo Pablo. Le había llegado el libro con mi relato. Pablo trabaja en un pequeño periódico y yo había dado su nombre a la entidad convocante del premio para que le enviaran un ejemplar, con la esperanza de conseguir por este medio, y abusando de su amistad, una minúscula reseña. Si Pablo había recibido el libro era señal de que yo también, a bien seguro, tenía los míos aguardándome en el apartado.

–Hola, Miguel –me dijo Pablo–. Ya tengo aquí tu libro.

El tono era algo seco, de circunstancias. Pero tampoco cabe esperar que se muestre entusiasmado un periodista al que se le ha pedido, por favor, una crítica.

–Este fin de semana me pongo con la reseña. A ver si puede salir para el martes o el miércoles.

–¿Te ha gustado el cuento?

Hubo un momento de espeso silencio.

–Joder, Miguel, vaya espinilla que tienes en la foto. Lo podían haber retocado.

* * *

Si esto fuera ficción, aquí tocaba un capítulo catártico. El terreno está abonado para una escena emotiva en la que, pongo por caso, me plantara en un cementerio y, ante la evidencia de la muerte, me diese cuenta de la futilidad de mis preocupaciones y la inutilidad de mis anhelos. Si quisiera darle aún más dramatismo, quizás esta sacudida y renovación de la conciencia podría deberse a que

yo mismo, en un trepidante capítulo, me encontrase a punto de perder la vida (un reventón en la rueda del coche, por ejemplo, un aterrizaje forzoso a bordo de un avión); una vez salvado el trance con éxito, me replantearía entonces toda mi actitud, aprendería a sobrellevar los accidentes con filosofía y habría adquirido la experiencia necesaria para discernir lo importante de lo superfluo. O quizás, se me ocurre también, la lección podría haberla aprendido mediante un pasaje poético: contemplando, por ejemplo, cómo juegan los niños en el parque.

Sin embargo, y si quiero ser sincero, nada de esto ocurrió, es decir, que ningún suceso extraordinario me llevó, de pronto, a una concepción nueva y más clara de la vida. Sencillamente, como casi todo, ocurrió con el tiempo. Sobrevino. Una mañana fui a retirar mis libros al apartado de Correos. Poco a poco, sin saber cómo, día a día, dejó de lacerarme el corazón ver mi foto al comienzo del cuento. Aún me duele, no quiero mentir, contemplarme allí, pero sencillamente procuro no hacerlo, procuro, es más, no tocar el libro, tengo ya otros asuntos y proyectos de las que ocuparme (¿nuevos ridículos, quizás?); si alguna vez, pese a todo, he de enfrentarme a la imagen, o si oigo entre los críticos literarios algunos comentarios que se refieren a mí como «el del grano», me libro de ambos apuros con una sonrisa algo quebrada, un encogimiento de hombros y la promesa interna de que no volverá a ocurrir. Y de este modo funciona la máquina.

–No deberías haber hablado de esto –me recomienda José, al ver las galeradas.

–¿Qué quieres, tío? Es la metaliteratura.

© Miguel Baquero

El autor:

Miguel Baquero (Madrid, 1966) es autor de novelas y cuentos. Como novelista, ha publicado las obras *Vida de Martín Pijo* (año 1999; 2ª edición en 2007), *Matilde Borge, aviador* (año 2003), y *Vidas elevadas* (año 2010). Para mayo de 2011 está prevista la publicación de su novela *Objetos perdidos*. Como autor de cuentos, ha publicado el volumen de relatos *Diez cuentos mal contados* (año 2008), y es autor asimismo de la miscelánea *A esto llevan los excesos* (publicada en el año 2009). Sus cuentos han sido premiados en numerosos certámenes literarios, como el Gabriel Aresti, el Miguel Cabrera o el Jara Carrillo. Reseñista y colaborador habitual en numerosas publicaciones digitales, desde hace cuatro años mantiene un blog en Internet: **El mundo es oblongo**

* * *

Relato

DOS RELATOS

por Maruja Collados

CUENTO CON ACENTO PUERTORRIQUEÑO

Pajuncia

En un rinconcito de la isla de Puerto Rico se asentaba Humacao, un pueblo de plaza y de mercado y de iglesia y de cielo, también de unos anchos silencios de sol.

Y él siempre estuvo allí. Le llamaban Che Pajuncia. Nadie pudo nunca explicar por qué. Cuando le conocí pensé que se debería al color paja de su pelo. Su voz lacia me obligó a pronunciar el sobrenombre: Pajuncia. Al verle el paso desganado y flojo repetí mentalmente: Pajuncia. Comprendí entonces que el apodo el pertenecía como la uña a la carne.

Así como nunca supimos de dónde le venía el sobrenombre, tampoco logramos averiguar de dónde nos llegó Che Pajuncia. Los viejos decían que lo recordaban en idéntica facha desde que eran niños. Los mozos le habían aceptado como pertenencia indiscutible del ambiente en que se desarrollaban. Para las mujeres era ayudante en la casa y mandadero por caminos vecinales. Para los niños fue siempre motivo de diversiones, unas veces crueles, otras regocijadas. A pesar de todo, Che Pajuncia adoraba a los chicos. Los domingos, cuando aparecía camino de la iglesia, vestido de limpio, peinado y oloroso a brillantina, batutero de una melodía silenciosa, no desperdiciaba jamás la oportunidad de acariciar a los chiquillos que llevaban a bautizar. Entonces le brillaban los ojillos como bujías trasnochadas. Luego de la misa, acompañado por unos cuantos muchachitos, se iba por la quebrada a Charco Bobo. Allí, entre los altos árboles que barren nubes, ante el cerro imponente que detiene al sol con la cabeza, Pajuncia era el dueño del grupo infantil. Enseñaba a los niños a coger camarones, lo mismo que a holgazanear gustosamente boca arriba mientras los altos árboles interpretaban contra el cielo su ballet de viento y sol. A veces, cuando sus acompañantes lo pedían, les adiestraba en la imitación del canto de los pájaros que por allí abundan. Otras les narraba cuentos de aparecidos espesando el aire con el gotear de su voz lacia. ¡Cuántos fueron los que se durmieron en el hueco de la palabra monótona de Che Pajuncia! El grupo subía tarde a almorzar contento de vivir, agradecido de la amistad confiable del viejo. Entre los niños había uno que, entrándole por la ventanita del ojo derecho, se le quedó a anidar en la querencia con tibio pálpito de timideces. Se contentaba con mirarle de lejos al salir de la escuela, o llevándole a casa frutas maduras, nidos de pichones que empezaban a emplumar, gallitos de semillas de algarrobos donde había grabado a punta de navaja las iniciales del muchachito. Entonces, ante el gozo alborozado del chiquillo, se llenaba todo él de una ternura seca de palabras.

Uno y otro día, el viejo Pajuncia se esmeró en lograr el cariño del muchachito. Éste, con la inconsciencia cruel de las criaturas, le acosó, de vez en cuando, gritándole el sobrenombre, otras le lanzó las semillas de las mismas frutas con que el viejo le obsequiara. Y aun otras, sabiendo que le hacía sufrir, pasó por su lado ignorándolo. Parecía entonces que el cielo se juntara con la tierra en el pequeño universo de Che Pajuncia. Irradiaba todo él una tristeza de cristales empañados. Pasaba, habitante de sí mismo, ajeno a las voces exteriores hasta que el niño volvía a darle el alto de su atención. Entre esas penas y esos goces ví pasar el diario vivir de Pajuncia.

«Entre los niños había uno que, entrándole por la ventanita del ojo derecho, se le quedó a anidar en la querencia con tibio pálpito de timideces.»

Una mañana me lo anunciaron muerto. La noticia venía recostada en la pajillita clara de una voz infantil, como para no romperse en el viaje hacia mi sorpresa.

—¿Y de qué murió, si estaba sano?

—Ayer salió con los muchachos pa la chorra del Charco Prieto. Yo iba también, ¿sabe? Revendimos por la quebrá del Charco Bobo que toitos conocemos mejor, pendientes de un nido de ruisseños que quería el muchachito de Milla López, ese que Pajuncia, que en paz descansa, quería mucho. ¿Sabe cual? Rebuscamos tó los recovecos, doña, pero no jayamos ná. Como el Charco Prieto es tan hondo, el viejo se quedó en la orilla mientras nosotros nadábamos. Me parece verlo todavía pelando una varita de guaya, callaíto y pendiente de tó. De pronto, uno de los muchachos vió salir a un ruisseño del helechal: «Mira, Pajuncia, ahí debe haber un nido». Usted sabe, doña, cómo era la querencia del difunto, que en paz descansa, pal hijo de Milla López, hacía cualquier cosa por un pedío de él. Cuando oyó el grito se tiró al charco más ligero que volando. Paece que se descuidó en el afán de registrar por entre los helechos y la chorra le dio el golpetazo diagua en la cabeza. Se jundió y no lo volvimos a ver. Nosotros no jicimos ná, doña, nos quedamos paralelos. ¡Pobrecito viejo, caray!

El niño sigue camino arriba deshojando entre dientes el recuerdo de Che Pajuncia. Más tarde llega la voz de uno de los vecinos a completar la visión:

—Lo sacamos como una botijita. Se había pillau en una laja. ¿Y sabe usted lo que le sacamos del puño cerrao? ¡Un nido, señora, un nido!

Me he sentado a la orilla de la memoria de Che Pajuncia con un nido de angustia en el corazón...

PITUCHE

Desde el fondo del cafetal, bajo la sombra profunda de la noche, el múcaro dejaba oír, de cuando en cuando, su voz de molinillo ruidoso y monótono. Los concubanos, en sus errantes romerías, trazaban por todas partes sus rúbricas luminosas. La brisa montaraz olía a resina y a tabonuco. En la falda del monte, tumbado en el suelo, Pituche absorbía el aire que penetraba difícilmente en sus pulmones. Pituche buscaba, instintivamente, la atmósfera limpia y al anochecer se encaminaba a diario hacia aquellos parajes donde el frondoso guamá, el endeble yagrumo o el fuerte robe mecían huracanes en sus ramas.

Porque Pituche tenía tristes los pulmones y malo el oficio. Era comprador de sacos. Arremangados calzón y mangas, sudando negro hasta por los ojillos redondos y azules como cuentas, el muchachito mohíno y blanzuco de hambre, con una pituita que le hacía llorar de continuo, iba de casa en casa sin pregonarse. Era ya tan popular como el amolador o el panadero. Las cocineras todas le tenían arrimado a su cariño.

Pituche era huérfano sin saberse desde cuando. Había crecido solito hasta donde le permitieron su manera de alimentarse y su manera de respirar. Fue escaso todo ello, bien lo demostraron su talla y su complexión. Parecía un viejo y sólo contaba diez años flacos como los dedos de sus manos. A esa edad ya era lazarillo de un ciego. Éste veía perfectamente de noche y jugaba a la luz de la luna las pocas monedas que recogía a la luz del sol. Tal engaño, mal pagado, le agobió a Pituche el alma y resolvió ganarse la vida por su cuenta. Se hizo comprador de sacos.

—¡Eh!, Pituche, por aquí...

Y caían desde el segundo piso uno a uno los sacos de carbón vacíos cual si se estuviera deshojando el cielo. Pituche miraba boquiabierto. Un humillo negro le iba oscureciendo el rostro y los pulmones. . .Y así, el que había salido blanzuco al sol de la mañana, volvía prietecito y pobre aún a su cuartucho destartado.

Desapareció Pituche por algún tiempo. Una fiebre mala le amargó la lengua y le atrasó el negocio. Volvió con la aurora de otro día, pero él, que siempre iba sin pregonarse, llevaba ahora una campanita de tos manchada.

—¡Eh!, Pituche, por aquí...

Y caían los sacos vacíos. Pituche miraba boquiabierto. Andando, andando, llegaba prietecito hasta la falda del monte donde se tiraba sobre la tierra que olía a resina y a tabonuco, con los dos pulmones como dos pellejos lánguidos.

Una noche no pudo ir hasta el empinado camino del monte, cerca de las haciendas del cafetal. No pudo ir porque las piernas le temblaban y el pecho le producía un ronquido sordo. Se dejó caer en el jergón de trapos que le servía de cama, con un cansancio de piedra que le hacía de ancla. Bálsamo de Dios, una caricia de luna que por una rendija se coló le puso una venda de luz en la frente.

Boquiabierto esperó a la muerte que le gritaba desde el cielo:

—¡Eh!, Pituche, por aquí...

Y que como un gran saco se le echó encima envolviéndolo todo en su humo negrísimo y eterno.

Si dijo algo al morir no lo supo nadie, porque hasta el eco le volvió la espalda.

© Maruja Collados

La autora:

Maruja Collados (Hijar, Teruel, 1926). Comenzó a escribir en Madrid en la década de los años cuarenta vinculada a revistas como *Arquero de Poesía* y *Ágora*, así como a la editorial Rumbos, propiedad del mítico editor Manuel Pareja. Ha publicado poesía, cuentos, novela rosa y decenas de artículos sobre literatura.

LA MUJER PARTIDA A LA MITAD

por Francesca Leita

Lan Nasi estaba partida a la mitad. La parte derecha era de carne y hueso, como la de todas las mujeres. Su mitad izquierda, en cambio, era de aire y azufre.

La primera vez que percibió que su cuerpo estaba hecho de dos materiales diferentes fue durante una excursión campestre organizada por su escuela. Tendría unos seis años. Había que pasar tres veces por la línea de partida con un chaleco numerado sujeto al torso, pisando una superficie de tierra alisada. Ya con el sudor cayéndole por las sienes, tenía que saltar unos obstáculos a rayas blancas y rojas. Al llegar al tercer obstáculo, Lan supo que no había levantado suficientemente las piernas. Con el pie derecho todavía en el aire, vio que iba a tropezar y rodar por el suelo. No sucedió. La parte izquierda del cuerpo dio contra el caballete de metal, pero lo atravesó sin hacerlo caer.

Siempre había mirado fijamente a los ojos de las personas, intentando escrutar si sería posible hacerles ver aquella parte suya, pero nunca había encontrado una respuesta afirmativa. Toda la vida había llevado su parte de aire y azufre en soledad, siempre le había sido difícil comprender su propio cuerpo. Lo que sabía con certeza es que despedía un fuerte olor a azufre. Desde pequeña, Lan tenía por costumbre ocultar su mitad izquierda: caminar por la calle sólo con la mitad de carne y hueso le parecía una opción demasiado excéntrica. Cada vez que se preparaba para salir, antes de dejar su casa, se miraba en el gran espejo junto a la puerta de entrada y tiraba de la mitad derecha hasta cubrir por completo la mitad izquierda. Cuando iba a la piscina se detenía a observar el cuerpo de las demás mujeres. Lo hacía, como cualquier mujer, para verse y reconocerse. Mirando el cuerpo de las otras esperaba conocer un poco más el suyo propio. Casi nunca abría juicio, jamás sentía envidia. Un día se preguntó si las mujeres que tienen estrías eran, como ella, mujeres partidas al medio. Había notado también en ellas estrías largas, casi cicatrices, a la altura de los flancos. Tal vez las estrías aparecen porque esas mujeres, como ella misma, estiran una parte de sus cuerpos. Tiran de la piel hasta aparentar que están hechas de una consistencia homogénea. Por un tiempo le había parecido una hipótesis plausible, pero más allá de esas señas Lan no había notado ninguna otra semejanza verdadera. En aquellas otras mujeres no había una significativa diferencia entre lados derechos e izquierdos, las caderas estaban exactamente a la misma altura, los senos eran de idéntico tamaño. Además, sus marcas estaban de ambos lados. Descartó pues la existencia de estrías como índice de reconocimiento de personas semejantes, y el conocimiento de su propio cuerpo quedó circunscripto a la parte derecha.

«La primera vez que percibió que su cuerpo estaba hecho de dos materiales diferentes fue durante una excursión campestre organizada por su escuela.»

Con el cabello todavía mojado de la piscina fue a abrir la puerta del estudio. Era extraño, habían tocado directamente el timbre del rellano y no el de la puerta de entrada. Lan tenía en las manos la carpeta que estaba transcribiendo en la computadora y los ojos pegados al manuscrito ilegible de su jefa. Había sentido aquel olor tan familiar, la mirada escindida, y entonces había alzado la vista y puesto sus ojos en los de la persona que tenía delante. Esperaba que fuese una mujer, tal vez de su edad o ligeramente más joven, pero el que estaba allí era un hombre, como de unos cuarenta años, con una corbata delgada que le ajustaba el cuello de la camisa. Lo miró fijamente a la nuez de Adán y supo que también él estaba dividido, que una de sus mitades era de aire y azufre. Su cuerpo reaccionó mecánicamente y, con un gesto amable, que tenía algo de reverencia, lo condujo a la sala de espera. Buscó el frasco que llevaba siempre en su cartera. Lo tenía para sentirse segura, la tranquilizaba saber que si el aire y el azufre tomaban la delantera, estaban esas gotas que mágicamente la volvían a poner en contacto con los huesos y la carne del lado derecho.

El hombre estuvo reunido con la arquitecta como dos horas. Salió y al pasar, casi rozando su escritorio, dejó caer un trocito de papel. «Te espero mañana en la pausa del almuerzo en la hostería del pórtico, si quieres. P.».

Era sábado y Lan no podía engañarse diciéndose que no sabía por qué se hallaba a las cinco y treinta y siete de la tarde en la casa de P., de Pietro. Recordaba todo perfectamente y sabía muy bien por qué

estaba sentada en el borde azul del sofá. Por primera vez había sentido que él le pertenecía, o que ella le pertenecía a él, o mejor, no se pertenecían el uno al otro: compartían algo esencial que tenía que ver con la constitución de los dos. Pietro abrió un viejo armario de una sola puerta, que debió haber contenido ropas de campo, y extrajo una de esas cámaras que sacan fotos e inmediatamente después las revelan. La acomodó sobre un trípode endeble y fue a posar bajo el dintel de la puerta que comunicaba el dormitorio con la pequeña cocina. Permaneció inmóvil unos minutos y luego, cuando la cámara escupió la foto, la agitó lentamente y se la dio a Lan. Ella no lo podía creer, por una vez había confiado en su instinto y había acertado, la mitad derecha de Pietro no aparecía en la foto. No era un extraño efecto óptico: no estaba. Si se miraba con atención, era posible distinguir un vago halo violeta. Eso era todo.

Hubiera querido saltar de felicidad. Hubiera querido aplaudir fuerte. Pero incluso antes de que pudiera unirlos y hacer un clac, Pietro la tomó de una de sus manos y la condujo al umbral de la cocina.

Con su mitad izquierda en el otro ambiente, Lan sintió retraérsele la piel, los músculos relajarse y temblar fuerte. Sus huesos sonaron con diferentes timbres, y su parte de aire y azufre se liberó. Adquirió, si no una verdadera corporeidad física, consistencia. Estaba allí como un flujo caliente que empezaba lentamente a girar en torno de ella, para luego liberarse y levitar.

«Cualquier emoción que ella sintiera con su parte de aire y azufre se propagaba, súbitamente, dentro de la cocina.»

Cualquier emoción que ella sintiera con su parte de aire y azufre se propagaba, súbitamente, dentro de la cocina. No aparecía como un objeto, no tenía consistencia física, se manifestaba como un perfume, como una envolvente fragancia embriagadora. La primera sensación había sido de miedo, había sentido algo acre que casi le quemaba la nariz, un olor que sabía a alquitrán e inmediatamente después a sudor humano que no quiere salir, a sudor seco.

Al miedo siguió la curiosidad, y entonces sintió un fuerte olor a salitre, un particular sabor a sal que se encuentra en algunos peñascos del Mediterráneo cuando se desprenden las lapas. Luego percibió un perfume a musgo, a algarrobo, a jaula de conejos, a grava frotada contra suelas de cuero, y Lan se sintió extraviada entre los olores y la infancia. A la misma velocidad con que cambiaban sus emociones, variaban los aromas dentro de la cocina, en un *crescendo* de tabaco y jabón-ansiedad, bronce lustrado-adrenalina, ropas al sol-tranquilidad, mandarina mezclada con roña de tren-hastío, huevo-ironía, musgo y hongos-ganas de quedarse, canela y nuez moscada-complicidad. Luego llegaron más olores, potentísimos, que no lograba descifrar con su gramática familiar: olores a espacios vastos, a rosa silvestre de la pradera, a encierro y hojas mustias, a calcetines secados sobre la estufa de leña, a humo, a tierra. No necesitaba comprobarlo con los sentidos de la otra mitad de su cuerpo, sabía que Pietro había entrado, que estaba allí.

Después sintió un olor a cuero cabelludo, y sintió un estremecimiento cálido a la altura de los omóplatos, que se irradiaba por delante hacia el esternón.

«Este olor a cuero cabelludo, el tuyo en particular, yo lo asocio al placer», dijo Pietro. Lan se echó a reír de felicidad, también él lo había sentido. Podía comunicarse con otro usando la parte izquierda de su cuerpo. Se pasó las uñas por la cabeza, por la raíz de los cabellos, para ver si encontraba las pequeñas costras de cuando era niña. Se las metía entre las uñas y la yema de los dedos y luego se las acercaba a la nariz. Su madre le había dicho siempre que ese gesto era verdaderamente asqueroso, y entonces lo había catalogado como un gesto íntimo, que no se hace delante de los demás. Ahora, sin embargo, estaba allí junto a un hombre conocido pocas horas antes, que hurgaba entre sus cabellos con las uñas, y el olor que despedía no era el de la vergüenza, era un olor a identidad, a costras del pelo, ni más ni menos, eso.

© Francesca Leita

La autora:

Francesca Leita (Padova, Italia. 1977) *laurea* en Filosofía, Università di Roma La Sapienza, *Master of Sciences* por la London School of Economics and Political Sciences, concilia la cultura italiana con la rioplatense. De familia uruguaya ha trabajado en la producción de documentales y por cinco años se ha desempeñado en Buenos Aires y Montevideo como programadora de eventos cinematográficos y musicales. Actualmente vive en Venecia. Sus relatos fantástico en la línea de Italo Calvino seducen por su sencillez y tono alegórico.

LABRYS

por **Damián Gandlaz**

(Labrys: Antiquísima hacha cretense de dos caras, derivada de las inmemoriales bifaces de la Edad de Piedra. De su nombre proceden las palabras «trueno» y «laberinto».)

Lo único que hay es agua. Nada más hay. En ocasiones, cerca del nunca, un pez de oro se asoma, y pronto vuelve a sumergirse. El Océano es Infinito y Profundo. Pero exactamente en el centro se yergue la Isla. En el medio de las aguas incesantes; tal vez existe tan solo para remarcar el carácter interminable de lo que la rodea, hasta el imposible fin; para que aquel que observe desde afuera lo recuerde. Pero quizás nadie esté observando.

La Isla se levanta en el centro de las aguas grises, líquido que agita el viento melancólico, que también, a su modo, es gris. Quién puede determinar dónde termina el color y comienza el sentimiento.

Justo en el centro; no importa dónde esté, cualquier punto del Infinito es su centro. Es como si se moviera: la Isla flota, y el centro del Mar se mueve con ella para recibirla.

La Isla es el hogar de los hombres. Los hombres se entienden entre ellos y viven en paz. Ninguno se aventura fuera de la Isla, porque saben que el Mar no tiene término, y un solo paso en él los perdería sin remedio: jamás podrían volver. Así que los hombres decidieron hace mucho quedarse en la única tierra firme que conocen. Y también decidieron que serían felices.

El Sol se movió, como todo se mueve; giró incontables veces, incluso sobre su propio eje, para que nadie tuviera derecho a reclamarle nada; marcando así, por medio de sus signos, el insalvable paso del Tiempo.

La vida era larga y próspera. Sin relieve, sin sobresaltos, sin aventuras. Y porque estaban rodeados de agua, esos hombres, esos hombres que habían decidido ser felices, comenzaron a dudar. ¿No sería que se engañaban a sí mismos? Vivían tranquilos en su tierra, pero en cualquier momento, con sus ojos, o en su memoria, o en sus sueños, volvían a ver el Océano, y un ligero estremecimiento les sacudía la piel: a pocos pasos de su felicidad, la duda gris golpeaba la costa, horadándola lentamente. ¿Qué había más allá del Mar? ¿Era real su satisfacción, tenía sentido?

«La vida era larga y próspera. Sin relieve, sin sobresaltos, sin aventuras. Y porque estaban rodeados de agua, esos hombres, esos hombres que habían decidido ser felices, comenzaron a dudar.»

Se congregaron en la plaza central, la misma que usaban año tras año para realizar las fiestas de gran pompa en que se congraciaban con el Dios, cuando el fugaz Sol se encontraba en un preciso punto señalado. En esa plaza que está en el centro de la Isla que está en el centro del Mar se juntaron: esta vez no para agradecer, sino para cuestionar.

El rey Minos y la reina Pasifae salieron al balcón de su palacio, acompañados de sus hijos, la bella Ariadna y el bello Androgeo; y junto al pueblo, que estaba más abajo, congregado en la plaza, levantaron la cabeza y contemplaron el Cielo despejado y casi alegre. Clamaron que la existencia era feliz, demasiado feliz para ser cierta, y le exigieron al Dios que diera alguna señal; lo conminaron a que se presentara ante ellos y les declarara si su dicha era real, o una cruel mentira. Si el Dios aparecía, si se dejaba ver, si comprobaban su Ser, eso sería prueba suficiente de que el Universo estaba justificado.

Todos oyeron un llamado en su corazón, silencioso pero inapelable; una voz que sin palabras los instaba a acercarse a la playa.

La playa marca el límite entre la Isla y el Mar. Entre la Isla y el Resto. Encabezados por los monarcas, el pueblo llegó a la arena que señala el borde de la seguridad y la certeza, y observó las aguas con oscura esperanza, aguardando la señal con que habían desafiado al Dios; y la señal llegó.

Abriéndose paso por entre la espuma y el asombro, surgió del Océano un Toro magnífico; el Dios había prometido, y cumplía con la palabra empeñada. Pero ahora los hombres se arrepentían de haber preguntado lo que no les convenía saber: porque ese animal sagrado, que demostraba la existencia del Dios, mostraba su oblicua esencia: un ser irracional había emergido absurdamente desde aquella Nada Infinita por la cual se lo cuestionaba. Era una paradoja espantosa: el Dios existía fuera de toda duda; pero no así el Orden que se suponía debía deducirse de su Ser. El Universo no es Cosmos: es Caos.

El corazón humano es tan profundo como el Mar. La primera en entender plenamente las consecuencias de lo que acababa de ocurrir fue la reina Pasifae: en cuanto vio a aquel Absurdo surgiendo de las aguas, perdió la razón y encontró la pasión. Se enamoró del magnífico Toro, con una obsesión tan intensa que ocupó todo el espacio de su alma, sin dejar lugar a ningún otro sentimiento o pensamiento. Se soltó de la mano de su esposo, y cayó de rodillas, admirando al Divino Despropósito.

El corazón humano es tan extenso como el Mar. El rey Minos contempló a su mujer arrodillada en la arena, y entendió que ese amor torcido jamás podría enderezarse. Pero amaba a su reina con un sentimiento sin condiciones: aunque *sabía* que no sería correspondido. Su amor se profundizó con la traición; y para complacerla, hizo traer, de la Ciudad de los Filósofos, a Dédalo, el gran arquitecto.

«Abriéndose paso por entre la espuma y el asombro, surgió del Océano un Toro magnífico; el Dios había prometido, y cumplía con la palabra empeñada.»

Dédalo era el técnico más hábil de toda la Isla; inventó el arte de la metalurgia, los canales de riego que se nutrían del Mar, y la máquina que marcaba el tránsito del Sol y señalaba el fin y el comienzo de cada año. Era el máximo pensador, solo pensador: exacto, frío y mecánico como sus creaciones; pero, también como sus creaciones, carecía de alma. No creía en nada, y por eso podía todo: era la pura racionalidad encarnada, despojada de toda clase de pasión y compromiso.

Justamente por eso no tuvo reparos cuando lo empujaron al límite; cuando Minos le pidió que pusiera su suprema condición humana al servicio del Animal-Dios: Dédalo habría de construir una vaca hueca de metal, para que pudieran satisfacerse aquellas enfermizas pasiones: la de Pasifae por el Toro y la de Dédalo por un problema a resolver.

La reina se ocultaba en el interior de esa cáscara artificial, y el Toro Sagrado podía así unirse a quien no amaba.

El fruto de ese amor asimétrico fue el asimétrico monstruo Minotauro; una criatura dual que es un símbolo vivo: el horror que nace cuando el hombre se involucra con el Absurdo.

El joven monstruo crecía veloz; y su vista, retorciéndose y bramando, resultaba insoportable. Entonces Minos pensó en aniquilarlo. Pero la pasión que lo había creado era inagotable, y sus progenitores volverían a engendrarlo una y otra vez, sin fin.

El rey razonó que, ya que no había manera de destruirlo, la misma Técnica, que había permitido su nacimiento, debía ahora ser la encargada de encerrarlo y ocultarlo.

Dédalo construyó entonces el Laberinto: la patología de la racionalidad. El límite de la razón, la razón empleada para que la razón se extravíe. Arrasó el espléndido palacio de Minos, y en sus terrenos levantó el desmesurado y soberbio edificio diseñado para la perplejidad y la perdición; y con grandes esfuerzos y precauciones recluyeron al monstruo.

El corazón humano es tan oscuro como el Laberinto. Pasifae buscó a su espantosa criatura, y al hallarla se desesperó, y se hundió aún más en la locura. Sentada en su trono clamó a gritos, pidiendo, exigiendo, que le restituyeran a su retoño. Y el pueblo, otra vez reunido en la ahora desmantelada plaza, tembló de pavor al oír los lamentos de su reina.

En el trono de al lado Minos bajaba la cabeza con los ojos muy abiertos y vacíos, mientras se sumergía en su propia desolación y perdía su antes clara cordura.

El Minotauro crecía en su cárcel de puertas abiertas; su madre lo reclamaba con lágrimas en los ojos y en el corazón; y Minos y su pueblo vivían en un temor sobrenatural y en la más completa inacción. Hasta que una grieta de abrió en el alma del soberano, y la partió en dos, en tres, en mil pedazos; se levantó temblando de cólera y mandó que le trajeran de inmediato a Dédalo.

Sin mayor trámite lo condenó a muerte, a él que había alcanzado la cima de sí mismo, a él que había marcado el paso del Sol; lo condenó a muerte sin causa, sin culpa, sin motivo, sin razón. Y el gran arquitecto se inclinó sobre el cadalso y recibió el labrys como había recibido todo lo demás en su vida: sin emoción.

El corazón humano es tan confuso como el Laberinto. Desde la venida del Toro, la incertidumbre había ganado por completo el alma de los hombres; y toda actividad había cesado bruscamente, porque si el Universo no tiene sentido, entonces nada tiene sentido. Pero no era posible vivir sin más en esa constante espera sin esperanzas; y los hombres decidieron engañarse a sí mismos y se declararon unos a otros que el Dios había efectuado ese milagro atroz para demostrar el Orden de Todo, o más bien el Orden de Todo-el-Resto, en oposición a aquel máximo signo del Sinsentido. Se lo repetían unos a otros sin cesar: las mujeres en los desolados mercados, los padres a sus hijos en los hogares, los amantes en la penumbra de los umbrales tardíos: Aquello no fue nada, no fue nada; la vida tiene sentido. Sigamos comprando, sigamos educando, sigamos besando. Pero el símbolo había existido y había sido visto, nada volvería a ser igual, aunque lo negaran; y en los sombríos atardeceres resuena el bramido del Minotauro, y los hombres se estremecen porque recuerdan que no lo han olvidado.

«Dos guardias arrojaron los despojos ensangrentados ante el trono y se marcharon sin pronunciar palabra. Y por primera vez en mucho tiempo salieron órdenes del palacio.»

El corazón humano es tan retorcido como el Laberinto. La farsa no podía durar. Esta nueva felicidad era impostada e insustancial, falsa, y un resentimiento sin destinatario claro se difundió por toda la Isla. Cundió el descontento, y más tarde, la ira. La violencia entre los hombres, desde aquella primera ejecución sumaria, había aumentado, y se contagiaba veloz. El padre estaba contra el hijo, y el hijo contra el padre. En un disturbio en la Ciudad de los Filósofos, donde había nacido Dédalo, fue muerto Androgeo, el hijo de Minos.

Dos guardias arrojaron los despojos ensangrentados ante el trono y se marcharon sin pronunciar palabra. Y por primera vez en mucho tiempo salieron órdenes del palacio. Era un mandato pavoroso, pero los hombres lo acataron porque, a diferencia del terror desnudo en que vivían sumidos, aquel terror nuevo traía una apariencia de Orden. Ese simulacro los calmaba, solo por la regularidad que significaría para sus vidas a la deriva; por eso no lo cuestionaron. El rey Minos mandaba que, así como él y su primogénito habían tenido que enfrentar lo peor, todos hicieran lo propio: cada hombre

y mujer, al llegar a la edad que Androgeo tenía al fallecer, ingresaría al Laberinto y se enfrentaría al Minotauro. El que pudiera salir bien librado, sería dispensado de cualquier sacrificio ulterior, libre para hacer lo que deseara, si es que tenía todavía algo que desear.

Los hombres callaron, y aceptaron. Ya no tenían nada que perder. Ni que ganar.

El corazón humano es tan manso como las aguas. Uno tras otro entraban los jóvenes al Palacio del Minotauro, por turnos; ninguno regresó.

Los mayores enviaban a sus hijos a enfrentar el Horror, y volvían a casa algo cabizbajos; no llegaban a sentirse tranquilos por cumplir y hacer cumplir la Ley que los eximía del abrazo del hijo del Dios. Era solo cuestión de tiempo para que también los viejos se toparan con su Fin, y como todo había sido creado por el Dios... Tarde o temprano cada uno tendría que dar la cara ante su propio monstruo.

La población de la Isla disminuía; la vida, tan rara en el Universo, escaseaba, porque eran más los hombres que morían que los que nacían. Los hombres que ya existían, que sufrían, no querían traer al Mundo más sufrimiento.

«Teseo atravesó el jardín de pastos crecidos y senderos de piedra quebrada. Hizo a un lado las espesas enredaderas que habían invadido la magnífica puerta e ingresó al templo derruido.»

El corazón humano es tan raro como la Isla en medio del Mar. El joven Teseo había nacido en la Ciudad de los Filósofos, donde pereció el hijo de Minos. El día previo a alcanzar la edad de la Prueba, lo embargó un sentimiento que se había convertido en poco común entre los hombres: tuvo miedo de su suerte. Temeroso de su destino, consultó el oráculo del Dios; templo que había sido abandonado, porque nadie podía ya creer en vaticinios: el futuro está sometido al capricho del Omnipotente, y no regido por la razón del Omnisciente.

Teseo atravesó el jardín de pastos crecidos y senderos de piedra quebrada. Hizo a un lado las espesas enredaderas que habían invadido la magnífica puerta e ingresó al templo derruido. Al fondo halló la grieta en el suelo sin edad que era el oráculo: por ahí se filtraban los vapores proféticos del mar que rodeaba a la Isla por los lados y por debajo. Junto al profundo santuario se aburría, inclinada sobre unos muebles en ruinas, la bella y perdida sacerdotisa. Sin prestarle apenas atención le cobró la tarifa usual, casi sin mirarlo ni hablarle; y se acercó al oráculo y aspiró los humos adivinatorios y tóxicos. En el idioma de los hombres, veneno y antídoto se dicen con la misma palabra. Entonces la pitonisa fue poseída, y el Dios Lejano e Inescrutable habló por su boca humana.

–Te prometo el éxito si te dejas guiar por el amor –dijo con voz terrible. Luego salió del cuerpo extenuado de la mujer, que cayó al suelo, fuera de sí.

Teseo salió del templo del Dios con un ánimo muy diferente del que tenía antes de entrar. Ante semejante promesa, su antiguo temor se había desvanecido, y ahora lo colmaba el *deseo* de entrar al Laberinto y destruir al Minotauro. Era una obsesión igual de poderosa, e inextinguible.

El Sol volvía a elevarse sobre el horizonte, como tantas otras veces en el pasado; como en todas las ocasiones en que el hombre lo había contemplado. Qué patraña, pensó Ariadna, qué simulacro fallido y perezoso de Ley; más que regularidad era mera repetición, inercia: lo normal es más fácil que el milagro.

Se instaló en la puerta del Laberinto, como hacía todos los días, para despedir a los que ingresaban a sus múltiples habitaciones y corredores. No quería que murieran sin haber saboreado antes una última sonrisa humana. Pero esa mañana aún no había llegado nadie; el lugar estaba desierto, pero aguardando.

Teseo la vio desde lejos, y se iluminó. El Dios lo condenaba sin remedio, pero también le daba la oportunidad de la salvación, si sabía interpretar sus sutiles señales.

Ariadna lo vio desde lejos y se iluminó, pero se puso en guardia. Tal vez estaba ya tan acostumbrada a la desesperación que no la hubiera cambiado por la felicidad. Pero *algo* cierto había acontecido, un hecho definitivo que condicionaría todo lo porvenir.

Se acercaron el uno al otro en silencio. Ella fue la primera en hablar.

—¿Vienes al Laberinto a enfrentar tu destino? —le preguntó.

—Sí —respondió él—. Pero mi destino no es, como crees, sucumbir: yo voy a destruir al Minotauro.

—El Minotauro no puede ser destruído —repuso ella, con ese pensamiento en su mente pero con una ligera ilusión en contrario en su corazón. —Es más fuerte que cualquier hombre; sus huesos son de bronce, y su alma, de sombras; sus cuernos están más afilados que un labrys. Tú no podrás vencerlo. Incluso si lo matas, él volvería a nacer, una y otra y otra vez, hasta el Fin; mientras tú, siempre el mismo, envejecerás, te gastarás. Tú eres pasajero, pero él es inmortal.

Teseo se entristeció grandemente. Creía que su valor sería contagioso, imaginaba que inspiraría el mismo valor en la mujer que amaba; quizás más valor aún que el que él mismo poseía.

—Tal vez tengas razón —reconoció. —Tal vez todo esfuerzo sea inútil, tal vez toda esperanza sea en vano. Pero más inútil aún es vivir de este modo; más vana es la cobardía de ni siquiera intentarlo.

«Si destruyo al Minotauro, el Mundo volverá a tener sentido [y *quizás entonces tú me ames*]. Y si al menos lo intento, entonces, al menos, seré yo quien le dé un sentido al Mundo. Voy a enfrentar mi nuevo destino: intentar vencer el Horror.»

«Teseo, ante la puerta del Laberinto, aguardaba impaciente; temía que ella jamás regresara. Eso sí sería insoportable.»

Ariadna era la hija de Minos, el rey capaz de un amor tan poderoso, que la traición de su amada no hizo más que profundizarlo: el rey siempre fiel a sí mismo, a su propia Ley, aunque fuera precisamente esa ley autoimpuesta la que lo aniquilaría por completo. Por eso la hija del rey pudo comprender a Teseo, y sus ansias de combatir aquello que amenazaba con reducirlo a la Nada. Su madre Pasifae se había enamorado del Absurdo; ahora ella se enamoraba de quien desafiaba al Absurdo.

La bella cara de Ariadna había cambiado: de algún modo, estaba aún más hermosa. Indudablemente, la piel y la carne y los huesos eran los mismos de antes; pero ahora el alma se asomaba a ellos.

—Espera aquí un momento —susurró.

Volvió a los restos del palacio de Minos; del cadalso abandonado —pues ya nadie se ocupaba de cumplir la ley ni de violarla— tomó el labrys aún ensangrentado. Luego destejió veloz una de sus sábanas, y formó un irregular ovillo con el hilo; no era una obra perfecta como la que podría haber creado el hábil Dédalo pero, en su sencillez y rusticidad, era honesta, y cumpliría su misión.

Teseo, ante la puerta del Laberinto, aguardaba impaciente; temía que ella jamás regresara. Eso sí sería insoportable. Al fin apareció, y por un momento ambos parecieron serenarse.

—Toma este hilo —dijo Ariadna—. Desenróllalo a medida que avances; te acompañará. Y toma este labrys: cuando halles al monstruo, extermínalo: dególlalo sin piedad, sin remordimiento; que su sangre espesa e infame vea la luz, y él, la oscuridad. Luego, vuelve a enrollar el hilo: te conducirá de vuelta a la salida, de vuelta a mí. Te estaré esperando. Adiós [*dulce Teseo, amor de mi vida; sé que lo sabes, pero no puedo decírtelo. Me han traicionado tantas veces... No me atrevo, tengo miedo. Pero te amo. Quiero que sepas que te amo.*]

Entonces Teseo tomó los presentes, la miró con profundidad, y sin besarla entró al Laberinto.

Teseo recorre los pasillos vacíos. Las paredes son lisas, el piso es liso, todo es del mismo color; apenas es posible diferenciar un corredor de otro por los esqueletos caídos. También hay un esque-

leto que vive dentro de él. Detrás va el hilo de Ariadna; por delante, el pesado labrys de bronce, presto y cruel. El Minotauro no aparece, pero se lo adivina a cada paso, a cada respiro. Igual que el padre de su padre, el Dios, que no está en ninguna parte pero se presenta en cada rincón. Aguarda agazapado, acechando, siempre a la vuelta de la próxima esquina; la expectativa de Teseo acelera su corazón: el órgano también es un Laberinto en el que se debaten los héroes y los monstruos.

El Minotauro también me busca; los dos estamos encerrados.

«Hubo un tiempo, ya lejano y perdido, en que solía consolarme de mi melancolía pensando que en realidad yo era el normal, y lo monstruoso, el resto del Universo. Más tarde llegué a aceptar que el diferente era yo, para, más tarde aún, dejar de aceptarlo, y llegué entonces a creer que nada era diferente (pero, ¿diferente a qué?), sino, apenas, disímil: pura multiplicidad sin centro, como este Laberinto en que estoy encerrado y en el que vivo. Como el Laberinto en que todos estamos encerrados y en el cual vivimos. Ese espíritu dialéctico y conciliador llegó a aburrirme cuando, al levantarme por las mañanas, recordaba que ya todo estaba resuelto, y solo quedaba aguardar con paciencia el fin; fin aparentemente inevitable pero, por desconocido, tan lejano...

»Supongo que todo es simplemente como es, como tiene que ser. No puedo salir del Laberinto para compararlo con el exterior. Si no puedo salir, es porque no existe el “afuera”.

»Ahora todo vuelve; sé que nací para ser el final de todas las cosas, y me encuentro yo mismo convertido en una cosa, otra cosa más que busca su final. ¿Cuál será?

»Nunca me detengo; los corredores se bifurcan, se bifurcan y vuelven a bifurcarse; mis pasos resuenan en las galerías vacías, cubiertas de polvo y sin telarañas. Jamás sabré lo que me depara el futuro, el próximo instante. Siempre estaré un paso atrás, y siempre un paso adelante.

«En un solo latido de su corazón, el infinito amor de Minos contra su mujer se trastocó en inacabable aborrecimiento.»

El corazón humano es tan absurdo como el Universo. Minos buscaba a su amada, pero ella permanecía más allá de su alcance: estaba en manos del Dios. El Universo se desmoronaba, y ella pasaba los días en el interior de la vaca de hierro que había forjado Dédalo para su malsana satisfacción. La vida había perdido su centro, y ella lo colocaba de manera artificial en esa perversión permanente.

Cuando un problema no tiene solución, solo resta la venganza. No interesa contra quién; si hay un mal, que tenga retribución: no importa la justicia.

En un solo latido de su corazón, el infinito amor de Minos contra su mujer se trastocó en inacabable aborrecimiento. Él también buscaba su propio centro; él también quería justificar su propia existencia; pero todo había conspirado en su contra: ni la Bondad, ni la Justicia, ni el Amor, habían servido para nada: no habían tenido ningún efecto. Su reino estaba en completa decadencia y muy pronto, con un débil suspiro, la Vida Humana se extinguiría; y sin nada que la sostuviera, la Isla se hundiría en el Océano sin fondo y no quedaría rastro ni memoria de su pasada grandeza y esplendor. Se perderían para siempre las grandes creaciones del hombre, sus valerosas resistencias contra el Mundo caótico: desaparecerían la matemática, la ciencia, la técnica y el arte. También el amor. El Dios no las recordaría, porque evidentemente no se interesaba en esas cosas. No era el único

Solo quedaba enviarle un mensaje, a todos: al Universo, al Dios, a Pasifae; solo un símbolo. Lo máximo a que puede aspirar un hombre en esta vida es a dar un símbolo; tal vez, a *convertirse* él mismo en un símbolo.

Minos tomó del suelo un labrys oxidado, abandonado por algún guardia fugitivo; y, en pleno acto de amor, descuartizó al Toro Sagrado. Luego puso un candado en la vaca falsa, esa cáscara vacía, esa pura superficie y apariencia, encerrando a su amada; y encendió una gran hoguera por debajo. Los terribles gritos de dolor se abrieron paso a través del metal, pero no a través de la perdición.

Todos los esqueletos se parecen; y al cabo de varios cientos dejan de servir como señales para orientarse en las habitaciones infinitas. En ocasiones hacía marcas en las paredes con el labrys para así distinguir un cuarto de otro, pero las marcas nunca volvían. A veces, un levísimo rompimiento de la monotonía gris, cuando en un corredor transversal al que recorría se adivinaba una tenue línea a ras del suelo: era su hilo, se cruzaba con su propia huella.

Pasó un tiempo que solo Teseo podría haber medido, pero no se preocupó de hacerlo. No le importaba; siempre sería demasiado. Una enorme montaña de pasado se acumulaba a sus espaldas; el tiempo se desenrollaba igual que su ovillo; el futuro se aproximaba, implacable, cada vez menos grueso, cada vez más fatal. Y al acabarse el hilo, se encontró en un callejón sin salida. Ese pasillo terminaba en un sólido muro, idéntico a las paredes, idéntico al techo y al piso, idéntico a todo. Gris e inevitable. El corredor terminaba abruptamente, sin esperanzas ni explicaciones, sin conducir a ninguna parte.

No había otra cosa que hacer: dio media vuelta y comenzó el camino inverso, tratando de no indagar en esa pared fuera de lugar, por miedo a perder la razón.

El Monstruo no había aparecido: ese era el mayor Absurdo de todos. Helaba la sangre y sacudía y despertaba a los fantasmas de la locura; casi era lo más lógico, lo más coherente. Quizás había Orden en el Mundo, después de todo; y esa tragedia no era más que una espantosa pesadilla, como un enorme pez de oro que hubiera irrumpido brevemente en la Realidad; al menos serviría como contraste: ahora todos apreciarían en su justa medida el Sentido del Universo, y volverían a reunirse en la plaza para agradecerle al Dios por haber enviado esa patológica señal que, al fin y al cabo, demostraba su existencia y su sabiduría; si bien de un modo complejo y arduo y acaso retorcido, como conviene a un Dios, a un Ser Infinito que no nos es dado nunca terminar de entender; nos basta con saber que Él sabe lo que hace.

«Pasó un tiempo que solo Teseo podría haber medido, pero no se preocupó de hacerlo. No le importaba; siempre sería demasiado.»

El ovillo crecía, y recuperaba las esperanzas que había dejado esparcidas por el suelo: pronto me reuniré con mi amor, pensaba. No faltaba mucho; ese era el primer esqueleto de la serie, estaba seguro de reconocerlo: doblando aquel ángulo estaba la Entrada que se convertiría en la Salida, y luego en la Felicidad.

Volvió a pisar la tierra de la Isla, y la luz del Sol lo encegueció. Tanteó con las manos, buscando. Al fin sus ojos se habituaron otra vez a la claridad del Mundo; pero Ariadna no estaba ahí.

Teseo, desesperado, especuló. «¿Cuánto tiempo estuve perdido? ¿Se habrá cansado de esperarme? Entonces ¿por qué me dio el hilo y el labrys, las soluciones que me incitaron a hundirme en el Laberinto? Sobreviví; pero no tengo a la mujer que amo, y la mujer que me ama no me tiene a mí. ¿Cuál será mi culpa? ¿Qué ha sido de la promesa del Dios?».

Se escuchó entonces desde el Laberinto el triste bramido con que el Minotauro solía detener el curso de la sangre de los hombres. Si no existe el Orden, el Dios no tiene por qué cumplir sus promesas. Ni el Dios, ni nadie.

Teseo vivió luego muchas otras aventuras, que tampoco permanecen en el corazón de los hombres.

© **Damián Gandlaz**

El autor:

Damián Gandlaz nació en 1983 en Buenos Aires, Argentina. Estudió filosofía en la UBA. Algunos dicen que sabe dibujar. Es un escritor novel, muy novel; aunque con altas esperanzas. Es autor de numerosos poemas y microrrelatos, y de una novela, *Basura*.

PALOMA

por María Dubón

He quedado con Paloma en un bar que hay cerca de donde vivo y me presento con algo de retraso; el tráfico, como de costumbre, es caótico a las horas punta. Paloma se halla sentada en una de las mesas de la terraza, me aproximo, la saludo y me siento frente a ella, está tomando un refresco; me mira con sus ojos color avellana y me sonrío. El camarero se nos acerca y le pido un café con hielo, hoy será el sexto que tome, sé que no dormiré y tampoco me importa. Paloma me enseña una factura de material escolar y me lee el total de un importe que luego divide entre dos, es lo que me corresponde pagar a mí. Desde que estamos divorciados, siempre repartimos a medias los gastos extraordinarios que genera nuestro hijo.

No atiendo a Paloma, permanezco absorto contemplando su belleza, admirándola. Me parece preciosa, y se lo digo; se ha cortado el pelo y la melena le llega hasta los hombros, la luz del crepúsculo confiere a su cabello azabache un brillo tornasolado y el soplo de la suave brisa apenas lo despeina. Lleva un vestido negro de tirantes, escotado, de un tejido fino y satinado; su boca, maquillada en un tono cobrizo, es jugosa y sensual. Tres años divorciados y aún la amo, se lo repito por enésima vez. Paloma no se da por enterada, insiste hablando del colegio de nuestro hijo, del tema que nos ocupa.

Me cuesta escucharla, ansío cogerle la mano que tiene sobre la mesa, cerca del vaso, y algo me detiene, ahora está casada, y yo debería aceptar que la he perdido definitivamente, que nada, excepto el hijo habido de nuestro matrimonio, nos une ya, pero no me resigno. Cuando lo advierto, mi mano se ha entrelazado con la suya, se la aprieto suavemente, le musito que la deseo, y en el rostro de Paloma se dibuja una expresión que no acierto a descifrar, de repente su cara se ha tornado enigmática como la de una esfinge. Sus labios se mueven, habla, sin embargo, yo solo oigo el silencio. Cambio mi silla de lugar y me coloco a su izquierda, he pegado su mano a mis labios y la beso inconscientemente. Le confieso entre susurros que ni yo mismo percibo que la amo con desesperación, que vivir sin ella es la peor tortura que he tenido que padecer, que ambiciono disfrutar de su cuerpo, de ese cuerpo que me conozco de memoria después de once años juntos. Paloma ha enmudecido y me observa con un semblante plácido, no debería comentarle estas cosas, hoy carecen de sentido. Su marido debe estar esperándola en casa, aguardará a que ella regrese para cenar junto con nuestro hijo.

*«Pasamos al dormitorio
envueltos en una nube de
caricias, al principio
contenidas, luego
explícitas, abrasadoras.
Nos tendemos en el lecho
desnudos, dominados por
un ímpetu acuciante.»*

Ven conmigo, propongo sin confianza, aunque íntimamente esperanzado. Deposito el dinero de la cuenta en el plato y nos vamos.

Nada más entrar en mi apartamento beso a Paloma en el cuello, sé cómo le agrada que lo haga, su voluptuosidad no guarda secretos para mí, hemos convivido tiempo más que suficiente para poseer un conocimiento del otro profundo y certero.

Deslizo la cremallera del vestido hacia abajo y empujo los tirantes para que resbalen por los hombros. No soy consciente de lo que hago, en estos momentos me dejo portar por un impulso de incontrolado frenesí, estoy cediendo a una tentación desafortunada y evito que pensar en su marido me distraiga. Yo soy su marido, siempre lo he sido, aún continúo siéndolo. Ignoro a qué se debe este repentino e inexplicable sentido de la propiedad que jamás antes había experimentado.

Paloma es mía, me pertenece. Pasamos al dormitorio envueltos en una nube de caricias, al principio contenidas, luego explícitas, abrasadoras. Nos tendemos en el lecho desnudos, dominados por un ímpetu acuciante. El cuerpo de Paloma vibra anhelante bajo mis manos expertas, duchas en una piel que he mimado en sueños desde que nos separamos. Ella me aprieta contra sí sucumbiendo al éxtasis de la pasión, y yo enloquezco poseído por el embriagador torrente de cariño que me prodiga. Caigo rendido contra su regazo, abatido por la extenuación. Ha sido mejor que nunca. No voy a deshacerme de este

abrazo, pretendo que dure siempre, quedarme así, entrañablemente unido a ella por toda la eternidad.

El seno de Paloma desprende una calidez acogedora, sus brazos me rodean y yo recuesto la cabeza desmayada en sus pechos tibios. No pienso, no siento, yago en esa languidez sumamente agradable que sobreviene al amor; sí, al amor, porque no hay duda de que todavía la amo, no del mismo modo que cuando era mi esposa, no sabría precisar de qué manera insondable la amo, por qué sigo amándola. Me muevo hacia su costado, Paloma se gira hacia mí y me estrecha en un tierno lazo. El mundo entero desaparece de mi vista, ha dejado de existir, a mi alrededor todo se ha hecho oscuro, de una densidad viscosa e indescriptible, llena de paz, de sosiego. Hace tanto que no soy feliz.

Un ruido extraño me devuelve la conciencia. Paloma está de nuevo vestida, con un aspecto fresco y radiante, se halla inclinada cerca de la mesilla. «Iba a dejarte una nota. No quería que te despertaras, pareces cansado», me murmura en voz baja. No duermo bien, le respondo. Omíto añadir que desde el divorcio no he vuelto a dormir una noche entera, que mi cama se encuentra dramáticamente vacía sin ella, que la extraño, que la necesito a mi lado, que solo concilio el sueño aferrado a su recuerdo y que su ausencia me deja insomne en medio de la noche y me impide descansar, sumiéndome en la zozobra de imposibles y supuestos futuros con ella.

Se va sin despedirse. Ahora se reunirá con él y con nuestro hijo y cuando volvamos a vernos, fingiremos que esto no ha sucedido y nuestras respectivas vidas continuarán sus caminos: la de ella gozosa, desdichada la mía.

Despierto agitado y tardo unos segundos en comprobar que Paloma no está, que no ha estado nunca, que acabo de sentir su memoria vívida, tan real como esta humedad que me demuestra que la he soñado.

© María Dubón

La autora:

María Dubón. Próximamente publicará en Editorial Sábara su libro de relatos *Cuentos para leer con una sola mano*. <http://dubones.blogspot.com>.

* * *

Relato

ADELA, ESTÁS MUERTA

por Paloma Hidalgo Díez

Adela, creo que estás muerta, me digo, pero tranquila, Adela, tú tranquila. ¿Me habré vuelto idiota y no pienso más que sandeces? Yo nunca he sido una persona muy dada al sensacionalismo, pero reconozco que contemplar mi cadáver me produce un desasosiego inquietante. No sé qué me pasa, mis recuerdos se paran en el coche rojo que se me echó encima al salir del súper, justo cuando se rompió la bolsa de naranjas y éstas comenzaron a rodar calle abajo. Por más que intento recomponer el escenario posterior, nada, me quedo en rojo, sólo veo la gran mancha roja acercándose. Adela, no te aturullas, intenta recordar, me pido en un vano intento de calmarme.

Un momento, yo diría que ese es mi marido. ¿Qué demonios hace Ramiro aquí hablando con ella? Juraría que esa sonrisa no es de cortesía. Adela, no te sulfures, me insto desesperadamente.

Yo aquí dividida en dos. El cuerpo dentro de esa horrible caja de madera, maquillada para disimular el color de la muerte, el espíritu en la araña que se columpia en la esquina, junto a las flores rojas que han traído mis compañeras del hospital.

Pero ¿qué hago aquí? La pregunta me golpea desde hace un rato y no sé si será por mi nueva condición de arácnido o porque aún estoy en estado de shock, el caso es que no puedo responderme. Adela, me digo, todo tendrá una explicación, mientras intento convencerme, mis ocelos se concentran en

Ramiro. ¡Qué canalla es! Aún no me ha enterrado y ya está coqueteando con la vecina, la divorciada del segundo. Menos mal que ella demuestra tener el decoro que a él le falta y le deja más colgado que un cuadro; por cierto, ahora que me fijo, menuda estampa la que están dando mis primos, comiendo pipas para matar el rato, siempre han sido unos impresentables de tomo y lomo, y por lo que puedo apreciar desde aquí, la especie no ha experimentado una sustancial mejora en la segunda generación: sus hijos derrochan mal gusto y peores modales.

Me pica la parte baja del abdomen, serán los pelillos, imagino que hasta que me acostumbre a esto lo voy a pasar mal. Menos mal que a mí nunca me desagradaron las arañas, si me llego a reencarnar, o lo que sea que me pase, en oruga me vuelvo a morir otra vez. Detesto los gusanos y las orugas, imagino que ahora los veré con mejores ojos, o con mejor estómago, pero por el momento con no enredarme entre tanta pata, tengo bastante. Adela, concéntrate, intenta recordar cómo has llegado hasta aquí.

Adela, estás muerta, acéptalo, musito tan bajo que apenas llego a entenderme.

Siento una presencia, giro la cabeza y le veo revoloteando furioso frente al cristal; es un mosquito. El pobre se ha asustado y con razón, porque siento unas inmensas ganas de envolverlo entre mis hilos y degustarlo tranquilamente. Pero el mosquito me dice buenos días con una vocecilla estridente, después mientras se atusa las alas de celofán, me pregunta si yo también ando buscando mejor karma para la siguiente vida. ¡Sorpresa que me llevo! ¿Karma? ¿Y eso qué es? Me lo explica amablemente; es buen rollo, así, sin más; es hacer buenas acciones que compensen las malas que hice en carne y hueso. Cuando llego al equilibrio, por fin podré descansar en paz, me dice.

*«Sin querer vuelvo
a mirarme, las
ojeras ya no están
hinchadas y la piel
de las manos
empieza a parecer
de cera.»*

No deseo paz. Ya tuve mucha mientras estaba viva, ahora quiero sentir todo aquello que no pude. Tengo la impresión de que sólo me llevo una instantánea hecha por una cámara de usar y tirar, en lugar de un álbum lleno de fotos seis por siete. Él está de acuerdo conmigo. Me cae bien, quizás no me lo coma.

Sin querer vuelvo a mirarme, las ojeras ya no están hinchadas y la piel de las manos empieza a parecer de cera. No me gusta verme así. Y parece que a mi marido tampoco; está ahí, pegado al cristal. Reconozco esa mirada tierna, pero hace muchos años que no la veía. La puerta que se abre reclama su atención y vuelve a ser el de siempre cuando corre solícito a saludar a mi hermana. Pobrecilla, ella sí que me va a echar de menos. Yo era la única que la escuchaba durante horas enteras cuando los niños acababan con su sistema nervioso, y cuando las cosas con Jorge no le iban bien. Pobre hermana. En la sala ya debe haber veinte personas, todas gesticulan a la vez y al observarlas desde aquí me parece que estoy viendo una película de cine mudo.

El mosquito sigue moviéndose a mi alrededor, busca la luz por instinto pero me confiesa que siempre se sintió en la sombra, en el trabajo, entre los amigos, con su mujer... Me arranco y pregunto qué es lo que hace en mi sala, me dice que es mi vecino aquí en el tanatorio, a él lo instalado en la sala que se encuentra a mi derecha, pero que aprovechando las alas ha decidido viajar ya que esa fue siempre su asignatura pendiente. Sigo preguntando.

—¿Y tú? ¿De qué has...? Antes de que yo termine la frase escucho su vocecilla que dice que fue en accidente de coche. Se incrustó contra una farola. Lo siento, pero no puedo evitar ser mal pensada y la idea de que habría estado empinando el codo se instala en mi mente. Lástima.

Ahora es su turno, tendré que responderle a lo que quiera que su trompetilla lance al aire, aunque no estoy dispuesta a desvelar ninguno de mis más íntimos secretos. Tras un silencio en el que sigo viendo entrar a mis familiares y amigos en la salita, se decide y pregunta:

—¿Y a ti qué te pasó? Se ve que eras joven, y me atrevería a decir que muy atractiva.

—El último recuerdo que tengo es el de un coche rojo acercándose a mí a toda velocidad. Luego todo se apaga. Contesto intentando sonreír, cosa ciertamente difícil si eres una araña, para agradecer el cumplido que amablemente me ha hecho.

Parece que ha visto mis esfuerzos por esbozar una sonrisa porque yo diría que ahora vuela más rápido, fíjate Adela, me digo, para un hombre simpático que me encuentre, tiene que ser en estas circunstan-

cias. Parece demasiado atolondrado chocando una y otra vez contra el cristal en un intento vano de atravesarlo. Tras dos o tres intentos más, frena en seco y con su soniquete me dice que tiene una duda. Sin saber por dónde van los tiros, pero un poco mosca –aunque parezca difícil– le persuado de que me cuente sus cuitas.

–¿Dónde estabas? Bueno, ya sabes, en el momento en que el coche rojo se te vino encima.

¡Uy! Que me parece que me voy a enfadar... Le digo que en mi calle, a doscientos metros del súper de la esquina, cruzando por el paso de cebra e intentando dar caza a unas naranjas fugitivas.

Ahora ha tomado altura, veo que se separa de mí. Pero los gritos de los niños de mis primos me distraen, parece que se pelean por el sillón de la esquina mientras los demás asistentes les miran con cara de asombro y mi marido viene a separarlos. El pequeño le ha pegado un tirón de pelos al mayor, que es el que berrea al lado de la puerta. Mi hermana sí que tiene mano con los niños, ella es la única que conseguirá que esos energúmenos dejen de pelearse, pero la pobre está pegada al cristal y observa mi féretro como si nada sucediera alrededor. Por fin el pequeño cede cuando acepta el soborno con pipas que su madre le ofrece, ¡Qué vicio tienen todos con las pipas! Ni que fueran psitácidas.

Mi vecino se ha relajado de nuevo, y vuelve a estar cerca, ha tomado una decisión, me lo va a contar todo porque ahora desea ser todo lo sincero que no fue antes, cuando tenía aspecto humano. Me dice que la culpa fue suya, a pachas con el móvil, que por evitarlo se subió a la acera y se empotró en la farola y que lo siente mucho; pero que se ha llevado ya su merecido.

Cuando asimilo todo, me doy cuenta de que ha sido él, claro. ¡Qué tonta eres Adela! Él era el propietario del flamante coche rojo que puso mi punto final. Disimula, me digo, intenta que no note nada y haz lo que tienes que hacer; teje tu tela como si nada, dale que dale y déjale que se confíe. Y cuando caiga sácale hasta la última gota de jugo.

«Cuando asimilo todo, me doy cuenta de que ha sido él, claro. ¡Qué tonta eres Adela!»

Y si me degradan por aquello del karma, tranquilidad, que tengo toda una eternidad por delante para ir ascendiendo. A los botones de los bancos les funcionaba muy bien, y si no que se lo pregunten a mi jefe ahora que acaba de entrar con un delicado ramo de tulipanes, que deja sobre la mesita donde han colocado los recordatorios. Se acerca al cristal que me aísla y me dedica una mirada amable y dulce, algo nublada por las lágrimas que no evita. Siempre fue un buen hombre y un buen jefe.

Mis labores continúan a buen ritmo, a tela está casi terminada y el pobre infeliz de mi vecino sigue revoloteando ajeno a mis planes. Además ¿no está escrito en alguna parte eso del ojo por ojo? Pues eso, que dónde las dan las toman. Mi vida no era perfecta, pero era mi vida y él me la arrebató. Ahora me lo comeré y en paz.

No estamos solos, una polilla nos acompaña y no sé desde cuándo. La miro desde mi esquina y me devuelve la mirada, ¿será también cosa del karma? Otra vez los movimientos en la sala me reclaman, parece que el cortejo está próximo a partir porque todos cogen sus cosas y mi hermana llora pegada al cristal. Además se escuchan pasos.

En cuanto a la polilla, me temo no lo sabré nunca, la muy idiota ha caído en mi trampa.

Alguien abre la puerta, vienen a por mí, bueno a por mí yo anterior; el viaje va empezar y creo que voy a apuntarme a la excursión al cementerio, además mi cena ha escapado en cuanto ha visto la puerta abrirse; conociéndole irá de nuevo a estrellarse contra la luz cegadora de alguna farola que se cruce en su camino. Y yo me subo a lomos de mi ataúd y me dispongo a vivir la vida colgada del hilo de seda que brota en lugar de las lágrimas. Adela, estás muerta y acabas de empezar a vivir.

© Paloma Hidalgo Díez

La autora:

Paloma Hidalgo Díez (Alcalá de Henares, Madrid). Dicen de los piscis que somos imaginativos y sensibles e intuitivos y que siempre preocupados por los demás. A mí, además, me encanta soñar despierta. Optimista. Nado a contracorriente y cuando me buscas me encuentras. Creo que hay que dar para recibir, y creo que la vida hay que bebérsela a sorbitos muy pequeños, para saborearla en toda su inmensidad. Blog: <http://unlibroesunjardndebolsillo.blogspot.com/>

IRAGEGON

por Serafina Badenas Pons

Iragegon vive dentro de los espejos. Pero no en cualquiera de ellos. Los prefiere algo viejos, de esos con cornucopias doradas y brazos para las velas. Se encuentra más cómodo ahí, más feliz. Incluso, a decir verdad, se siente mucho más hermoso que en los austeros espejos modernos, algunos tan simples, que no poseen ni tan siquiera un marco que los orle. O lo que es peor aún, cercados de plástico, ese material tan vulgar y ordinario que le repele. Y, si puede escoger y los encuentra, le gustan éstos a los que empieza a comérselos el óxido, a los que les han salido ya esas manchas opacas, como costras de anciano, esas máculas que les dan, precisamente, la categoría de objeto antiguo de precio, casi de reliquia.

Iragegon dormita manso, vigilando con un ojo siempre abierto desde el fondo de alguno de ellos. Espera con paciencia infinita a que alguien se acerque y pretenda verse en su reflejo.

A los niños les hace muecas, chirigotas. Su inocencia le ablanda el corazón porque sabe que les impide el miedo. Algunos lo creen un duende de esos que les describen en los cuentos los mayores. A veces incluso le hablan y él se pone panza arriba y se contonea haciéndoles monerías. A los niños no los asusta porque los quiere.

Pero si es algún necio quien pega sus narices en el cristal, si es un majadero madurito, de esos que su mayor preocupación es el grado de bronceado, el número de arrugas o la necesidad de un tinte para las canas, entonces Iragegon se relame los hocicos y corrobora el porqué de su existencia y de su gloria.

A veces, el tonto incluso habla solo y se dice cosas a sí mismo como sólo saben hacerlo los cortos de entendederas. Habla a su propia imagen y le dice frases como: «¡Pues no estás tan mal para tu edad, los hay peores!», «¡Aún estás de buen ver!». Y el memo se estudia el perfil derecho, luego el izquierdo para, finalmente, ponerse de frente y con dos dedos de ambas manos se levanta la piel de los pómulos mústios como pasas y se convence de que así todavía estaría más estupendo.

Cuando el pobre infeliz empieza a plantearse la posibilidad de hacer una visita al cirujano y pasarse por el quirófano, es cuando Iragegon se deja ver en su escondrijo, saca el morro por algún rincón, arquea el lomo, eriza todos sus pelos rojos, aguza sus ojos amarillo limón y lanza un bufido tan espectacular y terrible que estremece toda la casa.

Es entonces cuando el pobre tonto, si es que no ha muerto ya del terrible susto, se apresura a jurar sobre todos los libros santos de todas las religiones, reconocidas y paganas que nunca jamás volverá a asomarse al abismo del espejo, que de ningún modo pasará por gusto y sin necesidad por la sala de operaciones de ningún cirujano, por más hábil que éste sea, no fuera caso que, queriendo reconocer la obra perfectísima del gran maestro, el maldito bicho saliera otra vez de su escondrijo y, de un zarpazo terrible, le desgraciara de nuevo la cara dejándosela, para su mal, mucho peor de lo que antes estaba.

Y mientras eso sucede, Iragegon se apresura a buscar otro espejo de esos añejos y hermosos, como a él le gustan. Recorre, por la noche y a escondidas, todas las tiendas de los anticuarios de las calles viejas, porque es en esos sitios donde halla su reposo y su aposento. Y, cuando encuentra donde volver a descansar para esperar con paciencia que otro tonto se asome en su reflejo, se adormece de nuevo, relamiéndose los bigotes una vez más, con la satisfacción de la misión cumplida, sabiéndose el rey de todos los monstruos de todos los espejos. Como debe ser. Y espera.

© Serafina Badenas Pons

La autora:

Serafina Badenas Pons Me pusieron de nombre Serafina, por culpa de una abuela. Nací en aquellos años oscuros de la postguerra, pero a pesar de todo conseguí aprender a escribir, pero sobre todo a leer. La culpa la tuvo mi madre quien, a pesar de no tener grandes estudios si fue una grañidísima lectora. Antes de morir, me ordenó que escribiera, que ya lo hacía, pero me ordenó que siguiera escribiendo. Y es lo que hago: escribir cuentos y alguna novela. Sobre todo en catalan. Algunos cuentos fueron premiados, otros no merecieron tal honor. Y también triunfó una novela: "El bolero del Raval", el Raval de Barcelona, un barrio en el que viví y que en mi época todos conocían como Barrio Chino. Y no hace falta decir más.

SÓLO POR HOY

por Carlos Enrique Cartolano

“... pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que cree tener.”

Lucas 8, 18

Créalo, porque es cierto. ¿Quién iba a suponer que la simple picadura de un insecto provocaría este cambio en Eduardo? Un neóptero sin alas, una pulga común y corriente, de las que toman hospedaje en perros y en tanto miserable que vive de la caridad pública. ¿Qué bicho lo picó? Ése: esa misma pulga de pobre lo picó. Dicen que fue una comezón que duró sólo unos minutos, claro que en un sitio incómodo. El bicho había chupado sobre la columna dorsal, allí donde la mano de Eduardo no llegaba.

Y dijeron que del episodio quedaba al día siguiente una simple ronchita, mayormente seca e inofensiva al paso de cada hora, que no incomodó más después del primer baño, y que ni siquiera interrumpió el sueño. Y aún así, ¡cuánto que terminó debiéndole Eduardo! Una molestia sólo por un día, que le bastó para cambiar el resto de sus días.

Contaron que por la mañana bien temprano salió a cumplir con sus trámites y que en el trayecto hacia la avenida comenzó a sentirse muy extraño primero y francamente mal después. Experimentaba un apetito desmedido, y no deseos de comer algo en particular –como frecuentemente le sucedía–, sino hambre. ¡Hambre voraz! Hambre de comer cualquier cosa, ¡alguna cosa...! Al mismo tiempo se sentía pesado, caminaba con torpeza, como si sus pies no respondieran correctamente a los impulsos cerebrales. También se había destemplado, y no con el frío de siempre, el que podía evitarse agregando una prenda. No. Este escalofrío lo calaba desde el interior y no por la piel. Le costó entender qué le sucedía. Entonces fue cuando percibió el olor. Un desagradable olor a basura que percibía sobre su cuerpo. Se olió la ropa, dorsos y palmas de sus manos. Olían a cebolla fermentada, a aceite rancio, también a cloacas.

Dicen que sintió náuseas y mareos, y que por eso se sentó en la acera. Fue porque –como siempre acostumbraba a hacer– venía observándose de soslayo en los cristales de los comercios y había terminado por desconocerse. Ése no era él: veinte centímetros más de altura, un vientre prominente, los brazos inflados, el cuello corto y trabado. Sentía que ese cuerpo le era ajeno y que definitivamente él no entraba en la ropa que llevaba puesta. Había venido perdiendo los botones de la camisa y el pantalón se le había abierto en todo su largo al sentarse en el piso. Después pensó que se desmayaba y puso la cabeza entre las piernas. Entonces, alguno que pasaba por allí en ese momento, le arrojó unas monedas.

«Contaron que por la mañana bien temprano salió a cumplir con sus trámites y que en el trayecto hacia la avenida comenzó a sentirse muy extraño primero y francamente mal después.»

Sintió que no podía articular palabra. Experimentaba miedo; tenía la sensación de que nadie quería auxiliarlo sinceramente. Recordó entonces la picadura del insecto. Volvió a repasar los acontecimientos del día anterior; el momento en el que atendió los reclamos del linyera gordo, ese que duerme en la catedral, al que con bastante asco conformó con un apretón de manos, contrariado como estaba después de que el miserable le pidiera el saco que llevaba puesto. ¡Justo ese saco nuevo!

–¿Y ese saco don? ¿No me lo puede dar?

Habría sido entonces cuando la pulga pasó de cuerpo a cuerpo, de ropa a ropa, de trapo raído al saco que llevaba puesto Eduardo, su mejor prenda de invierno. Mientras estaba sumido en esos recuer-

dos, alguien le acercó una bolsa llena de pedazos de pan.

Hubiera comido todo lo que podía, pero dicen que entonces sintió otras urgencias. Primero, que a esta altura él no sabía ya quién era. Algo quedaba de Eduardo, pero paulatinamente más y más del linyera gordo lo ocupaba. Segundo, que el hambre y el frío lo lastimaban y le hacían doler. Entonces se paró, cargó la bolsa y caminó, casi corrió hacia la Catedral, buscando al dueño del cuerpo que llevaba a la rastra.

Eran algo más de las ocho, por lo que el templo había sido abierto para la celebración de la primera misa del día. Divisó al linyera que estaba en cuclillas enrollando la colchoneta sobre la que dormía. Eduardo se iluminó cuando reconoció su propia cara, su cuerpo de cuidadas proporciones. Pensó que podría proponer un canje y acercándose le ofreció la bolsa con pedazos de pan.

–¡Muchas gracias, señor!, dijo entonces el pobre hombre, mostrando una inesperada grandeza. –Pero más falta le hace a usted. Yo, con el dinerito que encontré en el saco, tengo para comer bien. ¡Claro que estos lujos serán sólo por hoy!, y le sonrió.

Dicen que Eduardo vio cuando el otro salía de la Catedral, con su mismo paso, vistiendo su mejor saco de invierno

© Carlos Enrique Cartolano

El autor:

Carlos Enrique Cartolano. Nací junto al mar, y en esta última etapa de mi vida, el mar me convoca. Cultivé la poesía desde los trece años; mi narrativa es reciente. "Sólo por hoy" integra el volumen inédito *Completar la mirada*, que continúa en elaboración. Publiqué seis libros, cinco de ellos de poesía y el restante de ensayos históricos. Recibí algunos premios; fui recogido en revistas y antologías tradicionales o virtuales. Mi palabra puede leerse diariamente en tres blogs. Vivo en Mar del Plata, Argentina.

* * *

Relato

LA MÁQUINA

por Pedro M. Martínez Corada

La mañana en que H. G. Wells terminó de construir la máquina, una bandada de aves sobrevoló nuestras casas en dirección a la costa africana. Poco después llegó una tanqueta de la Guardia Civil, de la que se apearon dos policías y vi cómo hablaban con Wells. Uno de ellos le enfilaba con un fusil ametrallador, que sujetaba con la correa en el hombro. Entraron juntos en la casa y me tapé los oídos, pensé que algo terrible iba a suceder. Sin embargo, veinte minutos más tarde los guardias se marcharon; él los acompañó, con esa cortesía que yo tanto admiraba, hasta el porche. Vimos cómo el coche se alejaba. Salí al zaguán.

–Heriberto, ¿qué ha pasado?

–Trámites. Les han llamado para decirles que la pérdida de energía ha sido debida a la rotura de un cable en otro lugar del sector.

Miré la tierra removida de la zanja en la que Wells había enterrado la manguera eléctrica hace un mes y me rasqué la calva; cuando no entiendo algo me pica la cabeza.

Heriberto Gonzalo Wells, era la persona más importante que he conocido. Hijo de un inglés que quiso jugar con su apellido, llegó a la casa de al lado dos años atrás. No sabría decir mucho sobre su aspecto, salvo que tenía barba y era enjuto de carnes. Durante meses le vi arreglar la edificación y

descargar de una vieja camioneta cajas y cables que luego guardaba en el garaje. Siempre me saludaba, aunque no recuerdo alguna ocasión en la que me sonriera.

–Buenos días, Heriberto –le decía yo.

–¿Qué tal, amigo? –solía contestar él.

–¿Cómo va el trabajo...?

–Los trabajos no van –respondió un día–, vienen...

A Wells nunca le arredró el curro, fuera o viniera éste. Supongo que decidió que esta ciudad fantasmal, desolada después del incidente nº 383, era el adecuado para su experimento. Por lo que sé, terminó la máquina la misma mañana en que vino la poli y vimos volar a la singular y maravillosa bandada de patos. Cuando la tanqueta de la policía hubo desaparecido por la carretera, se sentó en el porche ante una botella de cerveza y prendió un cigarrillo. Mis ojos debieron brillar en la distancia ante la presencia de aquellos dos exquisitos manjares:

–Espléndida tarde, ¿quiere usted una cerveza...? Acérquese, siéntese aquí y bebamos mirando nuestra bonita ciudad...

–¡Tabaco...! –empecé a comprender que la poli no se había ido de vacío–. ¡Y cerveza!

–Es preciso sacar bueno de lo malo, pues es todo cuanto se puede hacer...

–¿Cómo dice...?

–Recordaba un poema de alguien¹ a quien leí hace mucho tiempo –aspiró del cigarrillo y tosió un poco.

«A Wells nunca le arredró el curro, fuera o viniera éste. Supongo que decidió que esta ciudad fantasmal, desolada después del incidente nº 383, era el adecuado para su experimento.»

Bebí la cerveza de un par de tragos, sintiendo al poco cómo el alcohol flotaba en las venas hasta llegar al cerebro. El cigarrillo que él me ofreció a continuación contribuyó a que la sensación de calor me fuera hundiendo en la silla. Miré a mi alrededor: uno, dos, tres, cuatro árboles... Antes había muchos más en el valle, pero los talaron después del incidente. Desde entonces pocos se arriesgan a venir por el valle del «virus», que así lo bautizaron. Que se vayan a cagar bacterias, me da igual lo que piensen cuando voy al pueblo en busca de comida o que me peguen un tiro en alguna curva de la carretera: soy ya viejo, después de sobrevivir a la epidemia el tiempo que me resta es regalado.

–¿En qué trabajaba usted...? Si me permite la pregunta, claro... –¿cómo no se la iba a permitir, después de la cerveza que me había regalado?

–Era ingeniero químico. En una planta farmacéutica –remaché, quizá buscando explicar la razón de que me hubiera salvado en el incidente.

–Supongo que querrá ver lo que he construido, ¿verdad?

–Me gustaría mucho.

–*Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus, singula dum capti circumvectamur amore*² –recitó, levantando teatralmente los brazos.

Mierda, no tengo ni idea de latín. Nunca lo estudié, ¿para qué hacerlo?: tiempo perdido. Rebusqué en el cerebro qué contestar para quedar algo digno.

–*Deus est machina.*

Pronuncié la frase sin pomposidad. Hay que tener respeto para con los sabios. Pero, ¿dónde había

¹ Robert Penn Warren

² «*Pero entre tanto huye, huye irreparable el tiempo, mientras nosotros, atrapados por el amor, damos vueltas una y otra vez a las mismas cosas de una en una*». (Virgilio; *Geórgicas*)

leído esa frase? Seguro que fue en Internet, cuando todavía funcionaba.

–Esperemos que no, amigo mío. Estoy seguro que la sorpresa bajada desde los cielos no sería agradable.

Cuando crucé la puerta del garaje vi en el centro del mismo una enorme máquina de color negro. Una suave luz azulada, que provenía de unas lámparas que me parecieron de sal, iluminaba las paredes blanqueadas con cal sin conseguir reflejarse sobre la superficie de la creación de Wells quien se plantó ante la máquina, metió las manos en los bolsillos del pantalón y se regodeó con la visión de los *vúmetros* estáticos –que me sorprendieron por su antigüedad–, el monitor y los *led* apagados, el teclado, los silenciosos altavoces y los interruptores que llenaban, de forma ordenada, el frontal del artilugio.

–Fantástica, Heriberto. ¿Para qué sirve?

–No sirve para nada. La máquina no hace nada en absoluto.

–Pero, entonces, ¿para qué la hecho?, ¿para dejarla apagada, así, sin más...?

–La máquina no está apagada. Funciona perfectamente. La policía vino porque tuve que tomar pres-tados –y yo tan ingenuo por haber creído su primera explicación sobre la retirada de los guardias– de la red unos veinte mil voltios para echarla a andar; la quinta parte de la energía de un rayo es mucha electricidad como para que no lo notaran...

–Perdóneme, Wells, pero yo no veo que la máquina esté encendida... –lo que me estaba diciendo Heriberto era inaceptable aunque me diera otra cerveza.

Avanzó unos pasos y se situó detrás del ingenio.

–Si es tan amable, acérquese... ¿Ve este panel? –presionó en uno de sus lados y el compartimiento se abrió–. Usted fue ingeniero, coja de aquella caja de herramientas el amperímetro y compruebe los circuitos.

Abrí la caja que me decía y cogí el aparato. Me acerqué a donde él estaba y vi un intrincado diseño de circuitos y cables de distintos colores. Tuve que hacer un esfuerzo para recordar dónde tenía que aplicar la pinza de medición, pero al final lo conseguí. Todos los circuitos reflejaban una tensión casi inapreciable, pero estaban en funcionamiento.

«Abrí la caja que me decía y cogí el aparato. Me acerqué a donde él estaba y vi un intrincado diseño de circuitos y cables de distintos colores.»

–No es posible... Si todo está conectado y hay tensión suficiente la pantalla, los *led* y los interruptores deberían funcionar, salvo, claro está, que estén averiados. Además, la máquina no está conectada a ninguna fuente de energía, tiene que haber una batería en alguna parte...

–Los circuitos y los componentes no están averiados. Funcionan perfectamente, pero no hacen nada...

–Y, entonces, cuando usted arrancó la máquina, ¿para qué necesitó tanta electricidad?

–Hacen falta muchos kilovatios para equilibrar esta máquina. Para que no haga nada era necesaria una gran cantidad de energía; decirle, al tiempo, que a partir de ese momento, que se podría denominar el instante fundacional, no es preciso que esté conectada a una fuente de energía que la mantenga en funcionamiento.

–Pero entonces sí que hace... Está haciendo algo para no hacer nada –enfaticé la última frase, creí haber encontrado el punto débil en el invento de mi vecino. A pesar de la admiración que siempre sentí por él, descubrí que mi aseveración era fruto de una inesperada y malsana envidia y, también, la gratificante sensación de que mi mente continuaba despierta a pesar de los años.

–En parte tiene usted razón, pero sólo en una mínima parte. La definición más correcta sería que la máquina tuvo que hacer una sola cosa para después hacer ninguna otra; es decir, ahora no tiene que

trabajar para mantenerse estática –dicho esto cerró el panel de acceso a los circuitos–. Le repito: todo el conjunto que ha visto ahora no hace nada, y nunca lo hará, mas todo funciona a la perfección y el sistema se mantendrá así durante un período de tiempo impredecible, pero no se confunda: no es una máquina de movimiento perpetuo, tampoco produce ni consume energía.

A continuación se explayó en una serie de consideraciones técnicas y filosóficas que me excedieron. Pude colegir, sin embargo, que aquella máquina se encontraba en un estado igual o muy parecido al de algún instante que habría precedido a la gran explosión que dio origen al universo.

–Abundando en la teoría –Wells continuó con su exposición– del Big Bang, la máquina está en algún momento antes de los 10^{-35} segundos que precedieron al tiempo de Planck, está en un momento anterior en donde no existía todavía el tiempo.

–¿Nihilismo? ¿Es usted nihilista? Y, perdone que le insista: ¿para qué hacer una máquina como ésta...? –le espeté cuando salíamos del garaje; vislumbré el rostro de Wells gracias a la luz azulada del sótano.

–¿Y por qué no construirla...? –respondió con voz queda. Giró sobre los talones y se dirigió hacia el porche de su casa. Quizá la última pregunta le había molestado; o no, tal vez le había entristecido que no hubiera podido comprender su discurso. Cuando estaba a punto de entrar en la casa, dio media vuelta y me dijo:

–En todo caso, amigo mío, quizá nihilista positivo –y cerró de un portazo.

«Dos semanas después de nuestra conversación, H. G. Wells volvió a dirigirme la palabra. Durante aquellos días me saludó un par de veces que coincidimos con una cordialidad que me pareció forzada, como si rehuyera el contacto.»

Dos semanas después de nuestra conversación, H. G. Wells volvió a dirigirme la palabra. Durante aquellos días me saludó un par de veces que coincidimos con una cordialidad que me pareció forzada, como si rehuyera el contacto. Por primera vez desde su llegada se dirigió hacia mi casa y me pidió que le escuchara:

–Siento no tener nada que ofrecerle, Wells...

–No se preocupe usted, los tiempos ya no están para esas deferencias. Quería pedirle un favor, uno muy importante... –titubeó, pero como le escuchaba con parecido entusiasmo al de

la noche en que creí haberle molestado adquirió confianza para proseguir–, tengo que hacer un viaje, mi padre está a punto de morir; quisiera que usted se encargara de mi máquina...

Me enseñó ¡un móvil! Hacía años que no veía un aparato de esos, lo que me confirmó que Wells era alguien importante. Cuando se dio cuenta que yo miraba con asombro el teléfono lo guardó de manera apresurada.

–No tiene que preocuparse, como ya sabe la máquina no hace nada ni requiere mantenimiento, pero me gustaría que mantuviera usted el garaje lo más limpio posible. Regresaré en dos semanas, a lo sumo.

Le di las gracias por tal muestra de confianza, aunque él no tenía otra opción: ¿quién sino podría hacerlo? Me agradeció la aceptación de la tarea y poco después le vi montar en la camioneta desde donde me gritó:

–¡Ah!, amigo, encontrará usted cervezas y algún cigarrillo en uno de los armarios de la cocina.

Wells no volvió. Es probable que le mataran los merodeadores, estoy seguro que él nunca habría abandonado a su máquina. Cada tarde limpié el garaje y comprobé que los circuitos del aparato funcionaban: todo estaba perfecto. Por las noches, me sentaba ante el artefacto y comencé a disfrutar de la luz azulada, del silencio del sótano, de la contemplación de aquellos componentes quietos en apariencia hasta que aprendí con exactitud la posición de todos ellos. En algún momento pensé en poner un nombre a la máquina: ¿le gustaría a Wells?, concluí que no. La cerveza se acabó pronto. Ninguna

otra ave sobrevoló las casas; a uno de los cuatro árboles le partió un rayo y la luz del garaje se apagó para siempre. Días después de la tormenta me senté ante *Axioma*, al fin decidí poner un nombre al invento –estaba seguro que ya nadie podría reprochármelo–, y prendí el último cigarrillo. ¡Qué bella era *Axioma*!, comprendí el atractivo que ejercían sobre mí sus luces apagadas, me pareció escuchar el rumor de los electrones fluyendo por los cables que tantas veces había revisado sin comprender su función, soñé con que algún día se iluminaría el monitor...

Quizás me quedé dormido pues tuve la sensación de que me despertaba cuando oí un sonido. ¡La máquina hacía algo!, ¡Wells se había confundido! Era un rumor que se acercaba de forma gradual. Miré el monitor, esperando con ansiedad la primera imagen que *Axioma* me mostraría.

–¡Tú, viejo!, ¿dónde está el otro? –los gritos hicieron que me levantara de golpe de la silla, volcándola.

Cuando me giré hacia la puerta, vi un fusil apuntándome y uno de los dos policías que acaban de entrar volvió a vociferar:

–¡Te he dicho que dónde está el otro tipo!, su salvoconducto ha caducado.

–Señor, le juro que no lo sé –me encorvé por el terror que sentía–, se fue a alguna parte y no ha regresado...

–Nadie se va a alguna parte sin que nosotros lo sepamos, viejo. Me estás mintiendo –vi como el del fusil se acercaba a *Axioma* y le daba una patada.

–Señor, por favor, no golpee a la máquina, podría estropearse –el tipo se rió.

–¿Cómo que estropearse...? ¿Y qué más da?, nunca más volverá a funcionar, acabamos de cortar la manguera con la que tu amigo robaba la electricidad.

«No pude coger el voltímetro. Sonaron varios disparos y sentí un fuerte impacto en el pecho. Caí de costado al suelo y encogí las piernas por el fuerte dolor que sentía.»

Conseguí reaccionar y con los brazos en alto me acerqué muy despacio a la caja de herramientas, tenía que demostrarles que *Axioma* funcionaba. Abrí despacio la caja y vi cómo ellos se reían.

–Por favor, déjenme demostrarles lo que les digo. La máquina funciona, se lo demostraré con este aparato...

No pude coger el voltímetro. Sonaron varios disparos y sentí un fuerte impacto en el pecho. Caí de costado al suelo y encogí las piernas por el fuerte dolor que sentía. Recuerdo que vi cómo los guardias abrían el panel trasero de la máquina y arrancaban los maravillosos circuitos. Una bota me golpeó en una pierna, pero cerré los ojos y procuré no moverme.

–Ya te lo dije, viejo, el pasaporte se caducó –luego se fueron.

No me importa morir, como antes dije ya soy viejo, pero han destruido a *Axioma*, la máquina más importante que ha construido el ser humano, eso me duele mucho más que los impactos recibidos. Hay un charco de sangre frente a mis ojos. No puedo levantar la cabeza. Me parece que oigo algo, como un chisporroteo; estoy seguro que ahora no es el motor de la tanqueta. Mi vista se está nublando, pero creo que son unas luces brillantes que se reflejan sobre el lago de sangre que se extiende lentamente por el suelo, llevándose lo poco que me queda de vida. Ahora estoy seguro: uno de los monitores acaba de encenderse.

© Pedro M. Martínez Corada

El autor:

Pedro M. Martínez Corada (Madrid, 1951). Narrador y fotógrafo aficionado. Es director de la Revista Digital de Arte y Cultura Almiar, socio fundador de la Asociación de Revistas Digitales de España (A.R.D.E.) y socio del Círculo independiente Ñ de escritores (CiÑe). Militó en el sindicalismo y la política desde los años de la dictadura franquista. Es autor del libro de relatos *Nunca llueve sobre el sahara* (2008). Tiene relatos dispersos en publicaciones de América y Europa. (Web: www.martinezcorada.es).

MUÑONES

por Beatriz E. Mendoza

La vio llegar del mercado cargada de bolsas. Tenía puesto un vestido de florecitas negro con rosa que dejaba al descubierto sus esbeltas piernas y por primera vez en casi un año sintió en su vientre bajo el pulsar del deseo. Los ojos se le iluminaron. Atrás dejó la televisión y se acercó hacia ella para ofrecerle poner las bolsas en sus regazo, en lo que quedaba de sus piernas. Así lo hicieron y Juan Esteban se deslizó en su silla motorizada hasta la cocina. Mientras ella tomaba las bolsas y las ponía en el mesón, aprovechó para deslizarse su única mano bajo su falda. Margarita se quedó quieta de espaldas a él, por eso Juan Esteban no pudo ver la cara de terror que se apoderó de ella a la vez que se preguntaba a sí misma si sería capaz...

Esa mano solitaria no tenía la fuerza de las dos, esas dos manos que agarraban sus nalgas y las apretaban fuertemente provocando en ella un desasosiego que sólo calmaba con sus besos. Eran los tiempos de la adolescencia y la mitad del placer consistía en hacer todas estas maniobras a escondidas de sus padres, a plena luz del día, en el patio de la casa. Esa mano solitaria se deslizó por entre sus calzones para acariciarla con la misma destreza de antes, de aquella época de su breve luna de miel, cuando hacían el amor en medio de la selva refugiados por la sombra de un arbusto, recostados en camas de hojas, de musgo, de monte. Esa mano solitaria, hoy la hacía temblar, pero no de placer, sino de miedo.

Recostó su cara contra sus nalgas, esas nalgas imponentes que no le dejaban ver su rostro, esas nalgas que él había amasado tantas veces ahora se le imponían como un deber. Sintió una punzada de dolor en la mano inexistente. Donde antes estaban sus dedos recordó la forma exacta de sus pezones y experimentó por primera vez en meses una erección. ¿Cómo sería capaz de complacerla? ¿Era posible acaso que su sólo sexo pudiera satisfacer todos los deseos del hambre voraz que él le había conocido cuando ella tenía tan sólo 14 años? Tantos años de navegar en su cuerpo como un experto y ahora con este muñón, ¿cómo podría acariciarla? ¿Cómo saciarla, cómo hacerla mujer, cómo ser hombre en esta nueva forma mutilada y dolorosa? Su ansia de poseerla era más fuerte que sus dudas, y lenta pero firmemente atrajo esas nalgas, hasta que las hizo sentarse sobre su sexo erecto y con la única mano atrapó su seno al vuelo, libre de brassieres y ataduras.

«Recostó su cara contra sus nalgas, esas nalgas imponentes que no le dejaban ver su rostro, esas nalgas que él había amasado tantas veces ahora se le imponían como un deber.»

Margarita se dejó hacer. No quería ser una autómatas, pero no sabía qué sentir. Cerró los ojos tratando de concentrarse. La mano solitaria jugaba con su pezón que lentamente se erigía, una pequeña torre enclavada en la duna de su seno de arena. Sus palabras soeces rompieron el silencio, igual que antes, que en aquellos tiempos de recién casada cuando él la visitaba los días que le daban libre en el batallón y llegaba con un ansia loca de comérsela y decía cosas así como que te voy a chupar toda mamita y mil palabras cada vez más y más vulgares. A ella se le aceleraba el pulso cuando la embestía contra una pared, cuando sus piernas fuertes de soldado la levantaban en vilo y sus sexos seguían entrelazados mientras pasaban del muro a la cama. Y ahora que no había piernas sino muñones resacos, ¿ahora qué?

Juan Esteban sintió su frialdad y se detuvo. Quiso huir, pero no supo cómo, aprisionado aún bajo el peso de sus contundentes nalgas. Se deshizo del seno y le pidió muy quedo que se levantara. Pero ella no obedeció. En cambio se volteó y lo besó en la boca. Luego sí se levantó y lo condujo hasta el cuarto. Lo ayudó a pasar de la silla de ruedas a la cama. Pero antes lo desnudó. Margarita vio sus pectorales, sus abdominales aún fuertes de soldado aguerrido. Le quitó la sudadera y los calzoncillos blancos y la vista de su miembro erecto a medias provocó algo inusitado en ella. Vio también los muñones y extrañó sus pies de varón bien plantado. Luego se quitó rápidamente el vestido y los calzones y se tendió desnuda en la cama junto a él.

Juega conmigo, le dijo, coqueta y cerró los ojos. Ahora era Juan Esteban el que se sentía paralizado por el terror. ¿Qué hacer con este cuerpo joven? Apoyado en el codo de su brazo mutilado, extendió su única mano para amasar lentamente su torso. Ella cerró los ojos y se dejó hacer, ignoró el perenne frío de la ciudad que inundaba su pequeña habitación de paredes desnudas y poco a poco sintió una tibieza que empezaba a invadirla. Cuando la mano de Juan Esteban llegó a su sexo, ella ya era río, lago, cascada. Fue entonces cuando ella atrajo su boca hasta sus labios y probó un beso húmedo y sensual que la dejó aún más empapada. Con los ojos cerrados saboreó su boca y descubrió los mismos labios carnosos que la hacían feliz desde hace seis años.

Algo en ese beso revivió en ella la pasión loca que sentía por ese muchacho de uniforme al que había jurado amar toda la vida y la hizo dejar de lado la compasión que la invadía desde que lo vio en el hospital lleno de vendas. Abrió los ojos y descubrió su cara, sus ojos de gato enamorado. Sin mediar palabras invirtieron los papeles. Ahora era él quien recostado sobre la colcha de colores vibrantes sentía en su cuerpo las manos de ella. Ávidas, ansiosas, atraparon su sexo en el aire y jugaron con él un instante para luego abandonarlo. Margarita recostó su cuerpo junto al de Juan Esteban y en un sensual abrazo siguió su recorrido con la punta de sus dedos, desde la coronilla, pasando por el perfil, siguiendo al pecho y finalmente deteniéndose en el muñón del brazo izquierdo. Su boca siguió tras las huellas de sus dedos y fue dejando aquí y allá besos regados, abandonados en el cuerpo varonil y tembloroso. Todo iba bien hasta que presa del deseo Margarita sin pensarlo mucho se dio a besar el muñón de su brazo.

«Ella sintió el impulso de abandonarlo todo y salir corriendo, pero se contuvo. En cambio se cubrió con la colcha para espantar el frío y recostó su cabeza en el hombro de él.»

Un grito de dolor irrumpió entre los gemidos de placer y la cara desfigurada de Juan Esteban le indicó a Margarita que algo no iba bien. Me duele, fue lo único que él atinó a decir sin explicarle que en realidad el dolor que sentía era imposible pues provenía de una mano que había dejado de existir el mismo día en que sus pies volaron en mil pedazos a causa de la mina quiebra-patas. Tomó con su mano el muñón palpitante y respiró profundo hasta que el dolor pasó. Esos suaves besos habrían activado algún nervio, pensó. Ya le habían dicho en el hospital que esos dolores fantasma no eran nada raros en casos como el suyo.

Ella sintió el impulso de abandonarlo todo y salir corriendo, pero se contuvo. En cambio se cubrió con la colcha para espantar el frío y recostó su cabeza en el hombro de él. Era la primera vez que compartían un momento de intimidad desde aquel fatídico día de junio en que sus ilusiones estallaron en el aire. Mientras tanto, Juan Esteban se concentraba en la sensualidad de sentir sus cuerpos desnudos bajo la colcha y trataba de olvidar el imposible dolor. Se quedaron así, adormilados un rato bajo la tibia luz de la tarde. Ella se giró hasta quedar de espaldas a él y fue entonces cuando él empezó a hacer dibujos en ese lienzo viviente que ella le ofrecía. Las cosquillitas se fueron metiendo cada vez más dentro de ella hasta que despertaron de nuevo el deseo. Lo sorprendió volteando la cabeza y ofreciéndole una inmensa sonrisa seguida por un beso caliente, arrasador.

De nuevo Juan Esteban sintió la erección naciente y de repente un zarpazo que atrapó su sexo al vuelo, arriba, abajo, acariciándolo suavemente como sólo ella solía hacerlo. En un instante, con una maniobra de ayudante de mago, su boca desapareció de sus labios para apoderarse de su sexo. Juan Esteban sintió la tibieza, la humedad y deliró sintiendo el placer de sentirse amado, valorado en su hombría, al menos tenía aún este pene duro, pensó. El impulso de penetrarla se hizo más fuerte que nada. Con la fuerza que aún tenía en su brazo intacto, la recostó suave, pero firmemente sobre el colchón. Repto empujándose con la mano y el codo del brazo mutilado, y movió los muñones de sus piernas en un pataleo desesperado por quedar sobre ella, pero no lo logró. Desistió recostándose boca arriba y una vez más se sintió torpe e inútil.

Margarita no le dio tregua, no podía hacerlo ahora que lo veía tan dispuesto al amor, ahora que ella se había despojado del asco. Ahí estaba de nuevo su boca arriba y abajo sobre su sexo lánguido. Trabajó con empeño hasta lograr una vez más la erección y haciendo gala de sus artes de malabarista trepó sobre su cuerpo e introdujo el miembro en su tibieza. Juan Esteban olvidó su

torpeza y todo lo demás al rozar la suavidad de sus entrañas. Esta mujer era un volcán que lo devoraba.

Cabalgó sobre él a voluntad, con la libertad del que sabe que la cabalgata puede durar lo que quiera. Se sintió libre de sí misma mientras él se aferraba con su mano a su seno y el muñón descansaba en su cintura. En esos breves instantes de intimidad ya se había acostumbrado al roce suave de esos pedazos de piel brillantes y le inspiraban ternura. Fue esa ternura la que la invadió cuando emitió unos gemidos sordos. Cuando la vio morderse el labio inferior, supo que se estaba viniendo, y entonces ahí sí dio rienda suelta a su sexualidad y sintió el chorro que ya no podía contener más y se dejó ir en olas de placer. Exhausta recostó su torso sobre el torso de él. Un sudor fino cubrió su cuerpo como un vestido. Con los ojos cerrados empezó a llenarle de besos la cara y los oídos de teamos. Se bajó de su cuerpo y se arrebujó entre la cama, entre sus brazos y muñones, entre su cuerpo. Y se quedaron dormidos con el ruido del televisor de fondo, felices por haber recuperado de entre los escombros de la Guerra un pedazo de la vida que la mina les quebró.

© Beatriz E. Mendoza

La autora:

Beatriz E. Mendoza nació en Barranquilla, Colombia, en 1973. Estudió Comunicación Social en Bogotá y asistió a los talleres de la "Casa de Poesía Silva". Tras su grado emigró a Estados Unidos donde ha trabajado como periodista para los principales medios en español. Ha publicado cuentos y poesías en las revistas literarias Baquiana, Puesto de combate, Narrativas, Letralia y en el suplemento dominical del periódico El Heraldó. Su relato "Toñita" fue incluido en la antología *Rompiendo el silencio* de Editorial Planeta. En 2011 Editorial MediaIsla publicó su poemario *Esa parte que se esconde*. Algunos de sus escritos se encuentran en su blog: www.paramatareltiempo.blogspot.com

* * *

Relato

ABSOLUTAMENTE TODO

por Alejandro Rosen

Para Daniela Villarreal Rubio

La leía y todo se contagiaba de la magnificencia de su voz, de su lengua, de su sexo perfecto. La leía y escuchaba hablar y hablar a multitudes hasta entonces invisibles a mi alrededor. No eran poemas lo que ella escribía: eran cartas. En cada uno de los textos que publicaba podía adivinar mi nombre, las respuestas encriptadas a las dudas que durante tanto tiempo había arrastrado. Como amante insatisfecho –qué redundancia– esperaba cada nueva entrega. A través de éstas, aprendí que a al lado de ella nada era desechable: el roce de las sábanas, los gallos que cantaban a la distancia, el grifo gotteando, los perros nebulosos que a través de sus ladridos bosquejan caminos en el alba titubeante, las voces lejanas de los radios recién despertadas, los graznidos de los pájaros exóticos del Amazonas, y los pasos de los negritos que me precedían cargando mi equipaje sobre sus cabezas, al ir penetrando en ella sin mapa y a golpe de machete, como nunca antes me había atrevido a hacerlo.

Sus palabras revelaban claramente los pequeños pliegues en sus codos, la unión de sus nalgas, los cabellos cayendo sobre sus párpados cerrados, decodificándose de la manera más simple, como inmortales conjuntos arqueológicos que contemplan a su propia belleza sin ninguna prisa. Sus metáfo-

ras me llevaban a ocuparme durante largos ratos contemplando los casi invisibles vellos de su espalda; cómo desde todas partes de ese pequeño Serengeti se reunían en la parte media, donde se ubica la columna vertebral, y de allí viajaban todos juntos, como peregrinos microscópicos (cual antílopes en busca del abrevadero) hacia la nuca, donde se perdían discretamente para recomenzar una y otra vez. Al leerla rozaba con la yema de mis dedos ese universo microscópico que nunca terminaba de crecer, que se defendía erizándose, temeroso como virgen, de que fuera a imprimir una mayor presión, pero que al final cedía ante mis caricias. Tras estos trances, solía bosquejar argumentos de novelas que, por su calidad, me rebasaban notablemente. Comencé a escribirle un poema a diario que se encargó de publicar el diario local, mediante lo cual el monólogo que ella había protagonizado hasta ese momento, se transformó –supuse– en diálogo.

Pronto descubrí que los juramentos de amor que me hacía a través de sus versos, de sus imágenes, no me bastaban. Gracias a sus poemas la había tenido desnuda en mis brazos, la había poseído una y otra vez, y no me era suficiente. Anhelaba tenerla por entero (¿quién podría culparme de ello?). Ambicioso, ingenuo de mí. Cierta día un hombre sentado a mi lado en el tranvía notó que llevaba en las manos un libro de ella. «¿También gusta de Villarreal? Es sensacional, ¿no? Me ha cambiado la vida». Fue tomar repentinamente conciencia que yo simplemente formaba parte de una multitud agobiante, de una orgía despersonalizada, de una masificación de amantes que la poseían cada uno a su manera.

A través de mis poemas le dije a ella con decisión que no, que no soportaba la idea de convivir con sus otros amantes, con sus deseos hacia otras personas. Los celos son patéticos, es el abandono de las apariencias, el abierto reconocimiento de que ya no se cuenta con nada que retenga al amado y ya sólo se puede apelar a la piedad. Supongo que a través de su universo de letras, de su mundo atemporal de escritora que –ahora lo veía– nunca coincidiría plenamente con mi mundo de lector. De tajo nos veíamos divididos, arrojados a un mundo regido por la otredad. Me vio con estupor; supe que ambos lo habíamos advertido y que en un solo momento, con rabia, había decidido deshacerse de todos los poemas que le había escrito. Imaginé que era ella, y me veía desde la cama, sin deseo, con una rabia creciente por no ser capaz de despertar en mí la necesidad de su (de mi) carne. Me subí las sábanas hasta el cuello, prohibiéndome observar mi cuerpo desnudo, que jamás me volvería a pertenecer. Sabía que algo se había roto, que cualquier intento por regresar era vano y hasta ridículo; los puentes que unen a las personas son tan frágiles que inexorablemente se caen al menor suspiro; se posa un pajarito y allá van, con gran estrépito. Ya no podía hacer más que imaginarme que era ella, y pensar cosas que jamás pensaría ella. Regresaba, insisto, a mi condición de vulgar lector. Todo desamor es desconsolado pues implica dolerse no por el otro (el otro nunca interesa, pues el amor se sustenta en el egoísmo), sino por reconocer que éste representaba la última opción que se tenía para cambiar la mezquindad de nuestras vidas, la última oportunidad para no reconocerse un día como extranjero inexorable de uno mismo, sintiendo que lo que otrora se consideraba manantial, es en realidad un burdo espejismo que se aloja en los labios, la lengua y el paladar. Tomé mis cosas y salí definitivamente del universo Villarreal. Deseé tener un sombrero para no sentirme tan desnudo. Dicen que quienes se han visto cerca de la muerte experimentan posteriormente un breve periodo de hipersensibilidad. Todo esto sucedió después de leer, de hacerle el amor a Daniela, cuando sentía, escuchaba, comprendía absolutamente todo.

«Pronto descubrí que los juramentos de amor que me hacía a través de sus versos, de sus imágenes, no me bastaban. Gracias a sus poemas la había tenido desnuda en mis brazos, la había poseído una y otra vez, y no me era suficiente.»

© Alejandro Rosen

El autor:

Alejandro Rosen. (Ciudad de México, 1972). Estudió la licenciatura en Comunicación en la Universidad Nacional Autónoma de México; la maestría en Comunicación y Política en la Universidad Autónoma Metropolitana, y actualmente es doctorante en Ciencias Sociales por esta misma institución. Sus trabajos han aparecido en la sección cultural del periódico El Financiero, y en La Jornada Semanal, así como en diversas revistas electrónicas. Tiene publicado un volumen de microrelatos: Arco Voltaico (México, 2005, Editorial Los Reyes). Posee ojos cafés, que a la luz del Sol semejan a los de un perro azul. E-mail: uterpandragon@hotmail.com

PUNTO DE FUGA

por Cristina Calduch

En la escuela gané fama de rara porque me comía el cabello y soñaba con los ojos abiertos. Las monjas me castigaban enviándome a un rincón para que siguiera chupándome el pelo fuera de su vista, y en cuanto aprendí a escribir, me puse a contarle al papel los cuentos de princesas feas y rezelos malvados que mi imaginación proyectaba en las paredes desnudas del aula.

Estaba ya en octavo curso, cuando un buen día la profesora de ciencias naturales, extrañada por mi falta de interés por diseccionar un corazón de vaca, se acercó a mí sigilosamente y me arrancó de las manos un cuento que estaba escribiendo. Luego me envió al despacho de la directora, una mujerona temible, alta como una torre, que me hizo esperar un buen rato mientras leía una carta. Permanecí de pie frente a ella sin moverme hasta que una risita me llamó la atención y volví la cabeza. En un rincón vi a una niña de mi clase que repetía curso y que se portaba tan mal que pasaba más tiempo en el despacho de la directora que en el aula. Yo le tenía lástima porque decían que su madre había muerto al nacer ella, así que la saludé con un gesto y ella me llamó cuatro ojos. La directora levantó la vista de la carta, miró a la niña con ojos severos y la mandó al pasillo. Luego volvió a concentrarse en la carta. Mientras ella leía, yo me chupaba el pelo y me preparaba para lo peor. Estaba segura de que me iba a caer un buen rapapolvo y anticipé todo tipo de castigos, aunque lo que más temía era que me echaran del internado porque entonces habría de vivir con mi padre y mi madrastra.

Mi nerviosismo ante tal panorama contrastaba con la calma de la directora que siguió un buen rato inmersa en la lectura de aquella carta mientras los zafios papeles escritos a mano por mí se retorcieron tristemente sobre el escritorio, quizá por vergüenza o quizá porque los había llevado todo el día en el bolsillo; repasé en mi mente todas y cada una de las palabras que había allí escritas no sin ruborizarme al pensar en ciertos pasajes algo subidos de tono. Al final la directora dejó la carta a un lado y alzó unos ojos de un azul pálido y un rostro redondo de piel lechosa. Bien, empezó en voz baja, a ver qué era eso que escribías, María, léemelo, haz el favor.

«Estaba ya en octavo curso, cuando un buen día la profesora de ciencias naturales, extrañada por mi falta de interés por diseccionar un corazón de vaca, se acercó a mí sigilosamente y me arrancó de las manos un cuento que estaba escribiendo.»

Me quedé estupefacta cuando me dio los papeles. Debía tratarse de una broma pesada, pensé, aunque también podía ser una trampa. Dudé. Pensé que si acababa leyendo aquella historia, le daría la excusa perfecta para soltarme un bofetón. Vamos, que no tengo todo el día, dijo blandiendo los papeles ante mí. Sus manos blancas me recordaron a las de la virgen María. Quizá por eso todo el mundo la obedecía al instante, tenía manos divinas que recordaban a lo más sagrado y sus órdenes no se podían tomar a la ligera. Entonces se me ocurrió que era imposible que aquellas manos tan blancas fueran capaces de soltar bofetones a diestro y siniestro, y menos a alumnas inocentes como yo. Lo cierto era que no parecía estar en absoluto enfadada tanto más cuanto su expresión era de una placidez absoluta, hasta me pareció que sonreía. Así que no me quedó más remedio que leerle el cuento que llevaba días componiendo y que me tenía la cabeza ocupada día y noche:

Me llamo María, un nombre humilde para una humilde reina. Mi llegada al mundo fue prematura y triste. Mi madre creyó que moriría a las pocas horas de nacer pero el destino no lo había dispuesto así y Dios tampoco atendió a las oraciones de mi padre que ansiaba un hijo varón y que había prometido tirarme a los perros si nacía niña. Y lo habría hecho si el valido de la corte de mi madre no me hubiera ocultado de inmediato ya que presintió sin equivocarse la reacción iracunda de mi padre al saber que su primer vástago era desgraciadamente una niña.

En su lecho de muerte mi madre me confesó que el día en que yo nací hasta ella misma pensó que habría sido mejor que muriera, y no porque no me amara sino porque sabía que

si sobrevivía habría de enfrentarme a un mundo hostil en el que mi principal enemigo sería el rey, mi propio padre. Así que mientras ella vivió, hizo todo lo que estuvo en su mano para mantenerme alejada de él, y a la sazón confió mi vida a su valido quien me entregó a una dama de confianza con la que viví en una villa lejana durante años bajo una identidad falsa. Sin embargo, siempre que mi padre salía del reino, mi madre mandaba a por mí y me tenía a su lado hasta que llegaba el auriga que advertía del inminente retorno del rey, entonces mi madre entristecía como si negros nubarrones hubieran de repente invadido un cielo radiante y yo comprendía que la vida apacible junto a mi madre llegaba a su fin.

Por razones de estado, que yo no comprendí hasta muchos años después, hubo algunas ocasiones excepcionales a lo largo de mi infancia en las que fue precisa la aparición de la familia real al completo. Entonces mi padre exigió mi presencia aunque apenas reparó en mi persona. Nos detestaba profundamente a mi madre y a mí, a mí por no ser varón y por ser de naturaleza débil y soñadora, y a mi madre por ser incapaz de darle el varón que él tanto ansiaba y es que después de nacer yo mi madre quedó tan débil que nunca pudo tener más hijos.

Fueron tan pocas las ocasiones en las que pude mirar a mi padre de frente que durante los pocos actos públicos a los que asistí, toda mi atención se centraba en él, y dado que él ni siquiera me miraba yo podía observar sin riesgo de suscitar su ira, su cara barbuda, su enorme corpachón y sus manos gigantescas que podrían aplastar mi cabeza como si fuera una nuez. Mi madre me regañaba quedamente cuando me sorprendía observando distraída a mi padre y procuraba mantenerme siempre apartada de su camino.

«En mis correrías infantiles por palacio memoricé pasadizos secretos y escondrijos, y agazapada en cualquier rincón asistí a algunos consejos que mi padre mantuvo con sus ministros, con nobles y con mensajeros de otros reinos.»

En mis correrías infantiles por palacio memoricé pasadizos secretos y escondrijos, y agazapada en cualquier rincón asistí a algunos consejos que mi padre mantuvo con sus ministros, con nobles y con mensajeros de otros reinos; en aquellos encuentros se discutían asuntos de estado pero también se administraba justicia, se dirimían herencias y se negociaban lindes. En aquellos encuentros aprendí, por su defecto, lo que era la honestidad y la justicia, valores que me han sido extremadamente útiles a lo largo de mi reinado aunque significó también que intuyera primero y comprendiera más tarde la injusticia que mi padre cometió conmigo.

Cuando apenas contaba 14 años de edad, el príncipe heredero del reino de los Térbanos, el que habría de ser coronado rey Roland IV, se convirtió en mi marido. Era aquel un reino pequeño y pacífico, situado en el corazón de una cordillera lejana, del que se hablaba poco en la corte de mi padre. Quizá precisamente por su insignificancia y por su lejanía mi padre lo escogió como destino para mi destierro.

En aquella época el rey de los Térbanos, Roland III, se sentía amenazado por el auge de los reinos del este y para preservar su reino de una posible invasión pactó una alianza in extremis con mi padre. Mi padre acordó mi matrimonio con el hijo de Roland III y a cambio se convirtió en protector del reino de los Térbanos. Prometió enviar un destacamento militar para proteger el reino de cualquier intento de invasión. Resultaba un trato muy generoso hacia los Térbanos por parte de mi padre, y la única explicación posible era que habría hecho cualquier cosa para librarse de mí. Una vez sellado el pacto, los dos reyes dejaron en manos de las damas de las respectivas cortes el asunto más mundano de los esponsales.

Yo supe de aquellos planes de boda antes de que el rey Roland III llegara a nuestro reino acompañado de su hijo. Tuve un sueño en el que me veía en brazos de un hombre de larga cabellera negra. Cuando vi al príncipe Roland supe que él era el hombre que había visto en mi sueño. En cambio, la primera noticia que él tuvo sobre nuestro inminente matrimonio la recibió durante una cacería cuando oyó a algunos de los hombres de su séquito preguntarse

cuál sería la próxima ignominia a la que el rey sometería a su hijo, ya que no había tenido en cuenta su voluntad antes de pactar su matrimonio con la desdichada hija de Hugo II. Vaticinaron que el príncipe no cedería a las pretensiones de su padre ya que era de todos sabido que amaba a una prima suya que era considerada la mujer más bella del reino. Se equivocaron. El príncipe Roland acusó públicamente de traición a los que murmuraron contra su padre, se enfrentó a ellos y los venció. Roland sabía que las decisiones de su padre respondían a una justicia mayor, y que el futuro del reino no se podía ver supeditado al amor adolescente que él sentía por su prima. Aquella era la disciplina a la que se sometían los príncipes de antaño. Si a Roland le molestó la forma en que se había acordado su matrimonio con la extraña hija del odiado Hugo II, nunca lo manifestó, en lugar de ello siempre mostró orgulloso las piezas que consiguió durante aquella cacería.

La boda se celebró al año y un día de la muerte de mi madre, tras un año de riguroso luto. Fue una boda triste a la que mi padre asistió con evidente fastidio. Era tan evidente que a mi padre no le interesaba mi porvenir –ni tampoco el del reino de los Térbanos, que era para él un país insignificante, inhóspito y de escaso interés estratégico– que nos dejó marchar sin escolta. Tan pronto como desaparecimos de su vista se olvidó de su única hija y de su promesa de proteger el reino de los Térbanos.

Al llegar a palacio, cegada aún por el polvo del camino, me condujeron por enrevesados pasillos hasta una estancia oscura donde una sirvienta a duras penas consiguió desvestirme y lavarme. Yo estaba tan cansada que tuve un ataque de ira. No entendía a qué venía aquel repentino interés por mi aseo personal cuando había pasado una semana encaramada en un caballo, sin lavarme, peinarme y sin apenas comer. La sirvienta se echó a llorar diciendo que el príncipe la mandaría azotar si no hacía su trabajo, así que me dejé

«La boda se celebró al año y un día de la muerte de mi madre, tras un año de riguroso luto. Fue una boda triste a la que mi padre asistió con evidente fastidio.»

lavar y vestir con una túnica azul tan larga y pesada que apenas me permitía caminar. Antes de salir, la sirvienta me advirtió de que no me durmiera pero se me cerraban los ojos y me quedé dormida en la silla en cuanto me quedé sola. Algo así ni siquiera me había ocurrido durante los largos y tediosos desfiles militares que habían precedido a la boda. Ni siquiera durante el mes de duelo después de la muerte de mi madre –cuando no se me permitió dormir ni una noche entera ya que había de acudir a misa cada dos horas– había perdido la compostura y me había dejado vencer por el sueño (aunque en honor a la verdad debería admitir que en una ocasión cerré los ojos tan solo un instante, a lo que mi padre respondió con la amenaza de hacerme azotar en el patio de palacio y después echarme a los perros; por suerte, mi fiel ama estaba a mi lado y al oír a mi padre se apresuró a despertarme dándome con el codo, el mismo codo con el que me azuzaría sólo unos meses después para que me mostrara amable y me dignara a hablar con el que habría de ser mi marido).

Nada estaba más lejos de mi intención que suscitar la ira de Roland, de la cual ya había sido testigo durante el viaje cuando por culpa de la desidia de un general apostado en la retaguardia nos emboscaron unos proscritos. En la escaramuza había muerto su padre, el rey, y también murieron muchos soldados; confirmada la traición, Roland ordenó la ejecución del general y de todos los hombres que estaban bajo su mando. Desde aquel día mi marido no me había dirigido la palabra. Temí por mi vida porque sabía que si mi padre hubiera honrado la palabra dada aquella desgracia se habría evitado. Creí que Roland me culpaba por la muerte de su padre y que me odiaría por el resto de mi vida.

A pesar de todos mis temores, en el momento en que se cerró la puerta tras la sirvienta yo ya estaba soñando. Antes de perder la conciencia completamente me dije que en cuanto oyera pasos me pondría en pie, me había acostumbrado a reconocer las pesadas botas de Roland anunciando su llegada, su voz adusta dando órdenes y causando revuelo entre las tropas. Me equivoqué. No abrí los ojos hasta que una puerta se cerró con gran estrépito y aún así creí que seguía soñando mientras sentía que me desplazaba por la estancia en volandas.

Me despertó la luz del sol. Roland estaba sentado en un sillón junto a la cama, apenas le reconocí porque llevaba el cabello negro suelto y se había desprendido del pesado uniforme militar, el sol me cegaba así que no podía ver su rostro claramente. Al verme despierta, me deseó buenos días y me preguntó si había logrado descansar. Era la primera vez que me llamaba por mi nombre y me sonó muy extraño en sus labios. Hasta entonces todos nuestros intercambios habían tenido lugar en público y él se había dirigido a mí utilizando las habituales fórmulas de cortesía. Extrañamente no reconocí ni el menor rastro de furia en su voz. Al contrario, se disculpó por haberme dejado sola toda la noche. Dijo que había tenido que despachar urgentes asuntos de estado, que deseaba que me sintiera bienvenida en su reino. Se acercó tanto a mí que su aliento me rozó la piel. Obligándome a levantar el rostro hacia él, confesó que durante las horas que había pasado contemplándome mientras dormía había tenido tiempo de...

En aquel punto la directora me hizo detener la lectura lo que le agradecí en silencio porque a partir de allí la historia entraba en una deriva voluptuosa que prefería no haber de leer en voz alta ante nadie. Aliviada, doblé los papeles e hice ademán de guardarlos en el bolsillo de mi uniforme pero la directora alargó la mano y me los quitó de nuevo. ¿Lo has escrito tú?, preguntó. En un momento de debilidad y cobardía suprema estuve a punto de negar la autoría de aquella historia de príncipes, princesas y malvados traidores. Mentiría, decidí mientras la directora inspeccionaba los folios; le diría que no fui yo quien había escrito aquello ya que era evidente que aquella no era mi letra, pero

«En aquel punto la directora me hizo detener la lectura lo que le agradecí en silencio porque a partir de allí la historia entraba en una deriva voluptuosa que prefería no haber de leer en voz alta ante nadie.»

ella no me dio opción. Tienes la letra muy bonita y está muy bien escrito, anunció, y no me refiero sólo a que no hay faltas de ortografía, que no las hay, sino que... Dime la verdad, María, ¿esto es tuyo? Aunque en el fondo de mi mente me torturaba la duda, mi ego henchido por los halagos me hizo enderezarme en la silla y asentir con la cabeza. Sí, lo he escrito yo, dije con voz firme. ¿No lo has copiado de algún sitio? Yo no soy ninguna copiona, dije ofendida aunque admití que había tomado prestado el nombre del príncipe y algunos detalles, como el de la emboscada, de una historia que leí en un libro sobre leyendas medievales. ¿Desde cuándo escribes?, preguntó. No sé, murmuré sin

tenerlas todas conmigo. ¿Cuántas horas te ha llevado escribir esto?, siguió. No sé, repetí, y era cierto, la verdad es que entonces como ahora siempre pierdo la noción del tiempo cuando escribo. La directora me devolvió los folios. Ya puedes volver a la clase, ordenó. Yo la miré incrédula, debía estar soñando. En la vida real una directora de internado me echaría en cara que perdiera el tiempo en tonterías cuando debiera dedicarme al estudio para llegar a ser alguien de provecho, luego llamaría a mi casa para poner en conocimiento de mi padre que su hija era un caso perdido que desaprovechaba las oportunidades de la vida y que no valía la pena que se gastara el dinero en mi educación. Pero la directora no hizo nada de todo aquello, en cambio, antes de despacharme definitivamente, me aconsejó que si pensaba dedicarme a la escritura habría de sacarme una carrera para tener una profesión que me diera de comer porque la independencia económica era fundamental para ser escritora. Me tomé tan en serio sus consejos que a partir de aquel día empecé a esforzarme más que nunca en el colegio. Nunca más me pillaron escribiendo en clase y nunca más me volvieron a enviar al despacho de la directora pero durante todas mis horas libres escribía como una cosaca.

Años después volví a ver a la directora. Sus manos seguían siendo blancas como el nácar pero temblaban y se apoyaban en un bastón. La saludé y ella respondió al saludo sin reconocermé. Habría querido contarle todo lo que me había ocurrido desde el día en que me enviaron a su despacho, decirle que seguí sus consejos y que gracias a ella había ido a la universidad y tenía una profesión que me daba de comer y que sí, que me dedicaba a la escritura pero entendí que era imposible que me recordara así que seguí mi camino sin molestarla.

Al llegar a mi casa busqué en mi biblioteca hasta dar con el portafolio donde guardaba las historias que escribí en mi adolescencia. Entre cientos de papeles amarillentos apareció aquel cuento que empecé a leer en el despacho de la directora del internado y dejándome caer en la cama, me sumergí en su lectura.

María seguía en la misma cama en la que yo la dejara hacía ya más de veinte años pero ahora Roland estaba a su lado. La cabeza de oro de ella descansaba sobre el pecho oscuro de él, tenían las manos entrelazadas y hablaban en voz baja. Intenté ser lo más sigilosa posible para no molestarlos mientras ponía en orden los papeles.

Fuera empezaba a clarear, era invierno y los árboles estaban cargados de nieve pero en el hogar lucía un fuego que caldeaba el ambiente agradablemente. Roland debía marcharse pero María le rogaba que no la dejara sola. Él se deshizo del abrazo de ella suavemente y mientras se vestía el uniforme militar, explicó que importantes asuntos de estado le reclamaban de nuevo. Sin embargo, no le dijo que al carecer de la protección que Hugo II prometiera, en las últimas semanas ejércitos enemigos habían avanzado hasta las puertas del castillo con intención hostil. En cambio, le prometió que volvería a su lado antes de que anocheciera. María se mostró tan afligida que su angustia me heló el corazón. Intentó retener a Roland diciéndole que no quería quedarse sola porque tenía miedo de volver a tener aquella pesadilla horrible en la que ella se encontraba sola en una casa muy alta y estrecha, vestía ropajes extraños, Roland ni siquiera existía y ella pasaba las horas con la espalda inclinada sobre una mesa escribiendo como un monje. Roland trató de tranquilizarla diciéndole que ella era mucho más fuerte que los fantasmas que aparecían en sus sueños y que solo tenía que mirarlos directamente a los ojos para que se deshicieran como humo en el aire. Antes de salir, le besó las manos delicadamente y le ordenó que bajo ninguna circunstancia abandonara la estancia.

«Fuera empezaba a clarear, era invierno y los árboles estaban cargados de nieve pero en el hogar lucía un fuego que caldeaba el ambiente agradablemente. Roland debía marcharse pero María le rogaba que no la dejara sola.»

Yo no recordaba cómo se había producido aquel cambio en él y no pude menos que sonreír al ver que dos criaturas de mi invención habían llegado a amarse de *motu proprio*, pero entonces la sonrisa se heló en mi cara al recordar lo que estaba a punto de ocurrir. Aquellas líneas escritas por mí enviaban a Roland a una muerte segura. Sin poder evitarlo grité un *no* tan desgarrado que María levantó sus ojos llorosos y preguntó asustada quién había en la estancia. Al levantar la mirada del papel, me encontré con la de María frente a mí como si me viera reflejada en un espejo. Lo siento, lo siento, dije, pero está escrito, Roland saldrá a capitanear la defensa del reino pero al traspasar la entrada del castillo caerá víctima de la espada traidora de su consejero más próximo. Por suerte tú lograrás escapar y te refugiarás en el corazón de las montañas, en la primavera darás luz a un hijo y viviréis los dos escondidos en el bosque hasta que...

Como me dijera Roland, miré directamente a los ojos de aquel espectro y lo mandé callar. Le dije que a partir de aquel momento sería yo quién escribiría mi destino. Entonces salí en busca de mi rey. Por suerte lo encontré justo antes de que abandonara el castillo y le conté al oído lo que estaba a punto de sucederle. Así que Roland acudió prevenido al encuentro del traidor y le venció. Al saber que el rey no había muerto, las tropas enemigas se retiraron. Antes de que cayera la noche, Roland regresó a mi lado y juntos reinamos durante largos y prósperos años en el pequeño reino de los Térbanos.

© Cristina Calduch

La autora:

Cristina Calduch. Nací en Barcelona, España, el 28 de mayo de 1970. Me licencié en Filología Anglo-germánica por la Universidad de Barcelona en 1993. Al acabar mis estudios universitarios viví en Alemania y en Estados Unidos donde trabajé como profesora de idiomas. En la actualidad soy profesora de inglés en las Escuelas Oficiales de Idiomas de Cataluña. Ya desde niña aprendí que escribir es un oficio de riesgo: mi primer relato (escrito durante una clase de ciencias naturales de octavo curso) fue confiscado por la maestra y blandido ante el director como prueba evidente de mi falta de interés por las ciencias. Hube de copiar cien veces: "No escribiré relatos de ciencia ficción en clase de ciencias naturales", y mi texto acabó en la papelera. Próximamente publicaré un libro de relatos con varios escritores del Grupo Increscendo. Habitualmente publico en mi blog: <http://cstax.wordpress.com>.

LOS PASEOS DE ANTONIO

por Vicente Moret

Por allí bajaba Antonio embutido en su gabán. Hacía ya como una media hora que las farolas alumbraban las calles del pueblo, y una fina lluvia otoñal venía cayendo sin cesar durante todo el día.

En el recodo del magnolio grande, Antonio y «Rubio» juntaban sus pasos. Él sin decir nada, el perillito unos pasos más atrás, caminaban hasta llegar al bar donde solían parar unos minutos.

A Antonio nadie lo había visto nunca antes. Simplemente apareció una noche, se dirigió al bar, pidió un vaso de vino y lo pagó. Luego indicó con un gesto que quería fumar y le dieron un paquete de tabaco, que también pagó, y se marchó sin decir nada. A partir de entonces el ritual se repitió día tras día. Desde el segundo ya sólo levantaba un dedo y golpeaba ligeramente el mostrador para que le sirvieran el tinto y le dieran el tabaco.

Antonio era un hombre seco de rostro, con ojos oscuros, profundos, inteligentes. Siempre vestía el mismo atuendo. Su sombrero raído le ocultaba parcialmente la cara, y del bolsillo de su gabán gris sobresalían unos papeles con algo escrito.

Cuando llegó al pueblo la gente se preguntaba quién sería, y las cotillas de la plaza encontraban en Antonio el centro de sus conversaciones... El único dato conocido era que vivía (se supone que de alquiler) en la Casa Rosa de La Galiñeira, vacía desde que los señores del pazo se mudaran a Madrid.

El forastero, de quien tampoco se conocía su verdadero nombre, recordaba vagamente al hijo mayor de Marisa –la carnicera–, que un buen día se fugó con una artista de «varietés» a Venezuela. Antonio, que así se llamaba el hijo de Marisa, nunca volvió al pueblo. Y llegaron a correr rumores de que había muerto solo y en la más absoluta miseria.

Quizás por el aspecto enjuto de ambos, quizás por mala leche, lo cierto es que las cotillas de la plaza rápidamente bautizaron al forastero, lo que no hizo precisamente mucha gracia a Marisa, que pensaba a menudo en las cotillas mientras despiezaba el porcino.

«Antonio era un hombre seco de rostro, con ojos oscuros, profundos, inteligentes. Siempre vestía el mismo atuendo. Su sombrero raído le ocultaba parcialmente la cara, y del bolsillo de su gabán gris sobresalían unos papeles con algo escrito.»

A veces, al principio, había que aclarar:

–¿Cómo que qué Antonio?... pues el forastero del gabán gris ¿quién iba a ser si no?

Al poco, el gabán gris pasó a segundo término, y el forastero se quedó en Antonio.

Sus paseos empezaban siempre a la misma hora en La Casa Rosa, y el único trecho conocido era el que arrancaba de la propia casa, en el oscuro callejón de la herrería, y seguía por la iglesia hasta la plaza, y de ahí al parque. Algunas mañanas podía detectarse su presencia de la noche anterior por las cuatro o cinco colillas, a los pies siempre del mismo banco, a la luz siempre de la misma farola.

«Rubio» era el típico perro de aldea, sin más dueño que la propia aldea. Desde la llegada del forastero solía acompañarle en sus paseos nocturnos; pero eso sí, era él quien decidía desde dónde y hasta cuándo, y siempre regresaba al bar de Julián antes de las doce y media. A esa hora Julián empezaba a despachar a los clientes tardones. En particular a Serafín, que siempre pedía la penúltima siete u ocho veces. Aunque un poco borrachín, Serafín era un buen amigo de Julián desde que le había ayudado a reformar el bar cuando no había dinero.

En aquel tiempo, ambos hacían incursiones nocturnas a la tejería del pueblo vecino, donde –normalmente de madrugada, y sin moros en la costa–, adquirirían parte del material necesario. El proveedor

del resto había sido el, por entonces, Ministerio de Obras Públicas, que acometía simultáneamente la ardua tarea de reconstruir el puente, y la de pavimentar las calles. Julián nunca había olvidado aquello, y Serafín era con mucho uno de sus clientes mejor tratados.

En la plaza siempre estaban Anselma y Claudia, dos cotillas arpías, reseca y emponzoñada, que justificaban sus míseras existencias destrozando todo lo que veían, y lo que no veían.

Claudia era prima segunda de Serafín, pero no se hablaban desde el enorme follón surgido tras conocerse aquellos escarceos amorosos, y completamente ingenuos, entre Lola –la hija de Serafín– y Narciso –el sobrino de Claudia–. El problema llegó incluso hasta los oídos de Don Esteban –el cura–, quien trató de mediar en el asunto...

–Pero mujer, si sólo tienen quince años... Además, Lola es una buena chica,... y es buena cristiana, y...

... Y no pudo seguir, porque Claudia le propinó a Don Esteban uno de los sopapos más sonoros que se recuerdan en el pueblo. No en vano el padre de Claudia había sido de la CNT durante la guerra, y –se quiera o no– eso se lleva en la sangre.

La llegada de Antonio había animado algo el cotarro. El misterioso aire del forastero, su aspecto físico, su indumentaria,... incluso los papelotes escritos que sobresalían de su bolsillo, originaban todo tipo de especulaciones. Además ¿a qué coño había venido al pueblo? ¿Qué hacía todo el día encerrado en la Casa Rosa?

Un día, Don Mateo –el médico– dejó caer mientras se jugaba los cafés al tute:

–¿Por qué no nos organizamos para vigilarle durante sus paseos nocturnos?

«La llegada de Antonio había animado algo el cotarro. El misterioso aire del forastero, su aspecto físico, su indumentaria,... incluso los papelotes escritos que sobresalían de su bolsillo, originaban todo tipo de especulaciones.»

La idea fue acogida con entusiasmo, y enseguida se montó un piquete de voluntarios que estuvo, una vez distribuidos convenientemente los turnos, vigilando la Casa Rosa para tratar de averiguar el porqué de las salidas de Antonio. El acecho duró quince largos días... justo los mismos que el forastero permaneció recluido en casa, día y noche.

Aquello era inexplicable, y requería un profundo análisis de los notables del pueblo, que todas las tardes se reunían en el bar de Julián. Había varias posibilidades. La primera pasaba por reconocerle a Antonio, además de un pasado –y quizás también un presente– oscuro y truculento, alguna facultad de

visionario. Cuando Don Esteban se enteró de tamaña insensatez se enfadó tanto, tanto, que el domingo siguiente la homilía fue memorable.

La segunda hipótesis fue sugerida por Nemesio –el pastor–, a quien a pesar de no ser notable se le permitió meter baza en el asunto. Pero no, la casualidad no podía tener nada que ver con este extraño asunto. La hipótesis fue inmediatamente descartada, y a Nemesio le llamaron idiota.

La tercera, la más plausible, era difícil de digerir... ¿No habría un esquirol entre ellos? Con el tiempo esta posibilidad fue tomando cuerpo: Antonio era misterioso para todos menos para uno y, lo que era más preocupante, puesto que la vigilancia se había organizado por los notables en el bar de Julián, el esquirol debía estar allí mismo. Tenía que ser o uno de los notables, o Julián, o Nemesio. Los notables se desmarcaron inmediatamente exculpándose unos a otros (ya se sabe que los lobos nunca se muerden entre ellos.) Julián, aunque inicialmente sospechoso, también fue descartado enseguida tras valorarse la contundencia de sus argumentos:

–¿Quién... yo? ¡A que os doy dos hostias a cada uno, y luego os mando a todos a tomar por el culo!

Al Nemesio, por sus luces, casi ni lo tuvieron en consideración. Al final, el incidente quedó sin explicación, y poco a poco se fue olvidando.

Empezaban a verdear las primeras hojas de la primavera, y el forastero hacía ya cinco meses que había dejado de serlo. En cuanto a «Rubio», nadie se explicaba el porqué de su buena relación con

Antonio quien, según todos los que le habían visto en el bar de Julián, era decididamente antipático.

La plaza estaba majestuosa. Los robles añejos hacían susurrar sus hojas ayudados por la suave brisa del nordeste, y el aire se inundaba de las sutiles fragancias marinas que llegaban de las cercanas playas.

Las dos cotillas habituales hacían su particular tertulia con Eladia –la alguacila–, con Flora –la estanquera–, y con Mercedes, conocida en el pueblo como «la zorrিকা», mote desgraciado que la pobre heredó de su abuela Jacinta, quien lo obtuvo –esta vez por méritos propios– cuando se enredó con un sargento de artillería que abandonó a su mujer y a sus once hijos para recibir sus favores... No pasaría mucho tiempo desde el desastre del 98.

Todo estaba tranquilo. Las cotillas cotilleaban, los niños jugaban y los perros de la plaza, perezosos, veían pasar la vida... La noticia llegó de repente. ¡Habían encontrado a Antonio muerto! Nemesio, que venía a galope tendido y casi sin poder hablar, señalaba la dirección del puente viejo. Todos corrieron. Cuando llegaron se encontraron al forastero balanceándose en el extremo de una soga. Rubio, a su lado, le aullaba a la muerte. Don Esteban empezó a rezarle al cadáver en silencio. Poco a poco los demás se unieron a sus oraciones.

Un niño que se había acercado a la ribera del río desvió la atención de todos al gritar:

–¡Aquí hay unos papeles arrugados y un sombrero!

Algunos se acercaron. Don Mateo, tras examinar el hallazgo se volvió hacia todos, y con la cara demudada dijo:

–¡Ya sabemos quién es nuestro misterioso forastero...!

© Vicente Moret

El autor:

Vicente Moret Bonillo (Valencia, 1962). Licenciado en Química, 1984, y Doctor en Física, 1988, por la Universidad de Santiago de Compostela. De 1998 a 1990 trabajó como post-doctoral fellow en el Medical College of Georgia, EEUU, bajo la supervisión del Dr. John R. Searle. Actualmente es Profesor Titular de Universidad del área de Ciencias de la Computación e Inteligencia Artificial en la Universidad de A Coruña. Es coautor de más de 150 publicaciones indexadas, libros, y artículos en revistas especializadas. Una de sus aficiones es la escritura.

* * *

Relato

DOS RELATOS

por Carlos Aymí

EL MAR DE LOS OTROS

El primer cadáver que nos trajo la marea apenas si llegó a ocupar un pequeño espacio en la prensa local, y es que, quién iba a pensar hace apenas un año todo lo que el mar estaba por escupir.

El segundo tampoco llamó demasiado la atención, salvo por el hecho de que apareció a la misma hora, en el mismo lugar, y del mismo modo, desnudo y sin estar ahogado. Los médicos certificaron para ambos casos parada cardiorrespiratoria, y por tanto, tan sólo los salvaban de haber muerto ahogados o por causas físicas violentas. El misterio crecía por el hecho de no haber encontrado patera

alguna, ni un mar embravecido en los últimos días. Que nadie reclamara los cuerpos aparentemente de inmigrantes, no llamó la atención de nadie.

El tercer día, y en las mismas condiciones, el mar regalaba a los bañistas su tercer cadáver. Muerto y desnudo como los otros, hizo sin embargo saltar todas las alarmas por ser blanco. La única teoría plausible, la de los ilegales, parecía desvanecerse. La prensa se frotó las manos y para el cuarto día, periodistas y público en general parecían ya una marea apostada contra otra.

Nadie se sintió defraudado a partir de entonces. Cada día y con puntualidad, ha ido apareciendo como de la nada y sin que nadie sepa explicar cómo, un cadáver no ahogado y desnudo en el mismo punto del mar, a unos 25 metros de la orilla. Al principio los cuerpos tuvieron tiempo para llegarse a varar en tierra firme, pero desde la segunda semana, cuando ya eran todo un hito, se les recoge en una barca policial en cuanto aparecen como fantasmas hechos carne.

Los hay negros, blancos, amarillos. Los hay de mediana edad, y jóvenes y niños. Hay hombres y hay mujeres. Y todos estaban sin identificar hasta que apareció el número 97, y complejizó el misterio todavía más.

Todas las teorías extravagantes y conspiranoicas habían crecido como una espuma que se conseguía contener a duras penas, pero éstas se desbordaron definitivamente con el 97, cuando su cadáver fue identificado por él mismo. Se quiere decir, un vivo se reconoció en el muerto, y no hubo manera de negarlo, todas las pruebas dijeron que ambos eran física y genéticamente iguales. Y no se trataba sólo de la misma edad, del mismo aspecto, y ni siquiera del mismo ADN, sino también de los mismos lunares, el mismo corte de pelo y hasta las mismas cicatrices.

Para entonces, todos los gobiernos, pero especialmente como no podía ser de otra manera, los que mandan, metían mano y expertos en el berenjenal, pero con nulos resultados. Era cosa digna de ver cómo los locos y visionarios se frotaban las manos con sus discursos apocalípticos, condenatorios, extraterrestres, pseudocientíficos. Se puede uno imaginar la teoría más descabellada, pero con seguridad, ya ha sido antes metodológicamente trazada por ellos.

Pero lo importante no son las teorías, lo que cuenta es que desde entonces, desde el número 97, todos los cadáveres encontraron su réplica en vida, y los anteriores, la hallaron con carácter retroactivo. Sin embargo aún quedaba más pues el cuerpo número 297 todavía no había hecho acto de presencia.

Cuando éste llegó, cuando el mar nos trajo la réplica del gran presidente, quedó claro que había que montar una guerra, fuese a quien fuese, fuese como fuese, pues tal afrenta no se podía dejar sin respuesta. El cadáver del presidente hizo que éste se pusiera definitivamente nervioso, se hartara de los científicos aún más o menos serios, y que escuchara toda posibilidad que conllevara hacer algo, por estrafalaria que resultara.

Ayer por fin se hizo algo. Tras más de dos meses desde el 297, y con el goteo puntual de cuerpos de fondo, murió el primer voluntario. Es verdad que los hay a miles, pero costó que llegara el primero en condiciones, pues hay que morir de forma natural, y esto no resulta tan sencillo. Su nombre pasará a la historia, quede la que quede, y sabemos que su familia se siente la mar de orgullosa. Ser el primero, casi da igual en qué, genera ese tipo de euforia.

El caso es que tras morir, se le desnudó, se le llevó al punto del mar que nos trae de cabeza, y se le arrojó 12 horas antes de la llegada prevista para el siguiente cuerpo.

Nadie sabe muy bien qué resultado esperar, pero el experimento fue inmediatamente un éxito, pues se ha comprobado que el mar no sólo trae, sino que también lleva. Y aunque los localizadores y microchips que al cuerpo elegido se le habían implantado, dejaron de funcionar, se piensa que tras

«Para entonces, los locos y visionarios se frotaban las manos con sus discursos apocalípticos, condenatorios, extraterrestres, pseudocientíficos. Imagina tu teoría más descabellada, y con seguridad ya ha sido metodológicamente elaborada por ellos.»

ser tragado por el mar con la misma dosis de misterio con la que nos son enviados los otros, nuestro cuerpo ha llegado al lugar de donde nos los envían.

Ahora estamos a punto de llegar a la hora y minuto exacto del cuerpo 376, y todo el mundo contiene el aliento a la espera de una respuesta, nunca había visto a tanta gente tan expectante, en el agua o en tierra, y sólo el mar aguarda en calma, indiferente.

* * *

REVELACIÓN MORTAL

Si una epifanía se me hubiera presentado y gritado a la cara lo que soy, la cosa no me hubiera quedado más clara que como lo dejó esa maldita cama, hace tan sólo unos días. No daré ningún rodeo, aquí dejo mi revelación: soy la Muerte, y no tenía ni idea de ello.

O al menos sé que soy Una Muerte, porque a saber cuántas andamos por ahí conociendo o desconociendo el asunto. Al fin y al cabo, yo, en mi inconsciencia, no me daba abasto para acabar con tanta gente. Mi cupo, hasta que me informó la cama, era de sólo una persona por noche. Y desde entonces, ni siquiera he vuelto a repetir, y desde entonces, sé que los cementerios se han seguido llenando.

Me dan ganas de reír, pero desde que lo he descubierto, no dejo de llorar ¡Vaya imagen más triste la mía! ¿Quién se apiadará de mí? ¡Nadie se compadece de la Muerte! Yo nunca lo hice. ¿Cómo auto-compadecerme ahora? Y es que terrible peso el mío, terribles las dudas que se abren y me acechan. Claro, me termino por decir, seguiré adelante más o menos como hasta ahora, terminaré por caer en la tentación de la cama ajena, pero lo haré algo maldito, ¿no?

«Me dan ganas de reír, pero desde que lo he descubierto, no dejo de llorar ¡Vaya imagen más triste la mía! ¿Quién se apiadará de mí?»

Iré a la prueba, que no pienso escatimarla. Tras ella, ¿quién podría albergar cualquier duda?

Resulta que me levanto en mitad de la noche, y a la vuelta, la cama está fría, helada, ¡es un jodido témpano! El resto de la deducción fue coser y cantar.

Veamos, no digo yo que una cama no tenga derecho a enfriarse... ¡pero se le debe dar tiempo! Si un cuerpo la calienta durante horas, aunque se levante y eche una meada, al regreso debe quedar algo de

calor. Más cuando el tiempo que pasa es el de un simple trago, como ocurrió conmigo, pues en mis largos años nunca he sentido la necesidad de mear... ahora esta pieza de lo que realmente soy, se encaja también.

¡Y todo esto me pasa por dormir solo! ¿Quién demonios me manda innovar, quién me hizo cambiar la costumbre? Hasta ahora, durante siglos, siempre dormí acompañado y nunca hubo demasiados problemas. Ahora el puzle está completo, el calor del otro compensaba mi falta. Es verdad que ese otro ya no se levantaba nunca más, pero eso no era mi problema, me decía a mí mismo, y sencillamente, me largaba a otra noche, a otro cuerpo, a otro calor.

Ahora entiendo todo el asunto, resulta que no soy eterno como pensaba a ratos, ni un bicho raro, ni nada de otro mundo, ni nada de nada más que una Jodida Muerte. Qué terrible es tener peso pero no peso, qué terrible es no calentar una cama ¿Alguien quiere mi cargo? ¿Hay manera de librarse de mi fría piel? Eso es, cuando vuelva a dormir acompañado, ofreceré intercambiar mi puesto. Una muerte no puede morir, pero tal vez pueda traspasar sus funciones. Quizá resulte, y sea yo el que esa mañana no se levante... calentando la cama con mi último deseo.

© Carlos Aymí

El autor:

Carlos Aymí. Nacido en Guadalajara en 1981. Se Licenció en Filosofía por la UCM. Ha publicado relatos en la revista Narrativas, nº 24. Perteneció al club de escritura madrileño "El Club de la Serpiente". Buena parte de sus relatos y de sus escritos pueden seguirse por su blog <http://carlosaymi.blogspot.com/>. Trabaja desde hace varios años como Educador Social.

TODOS LOS PROTAGONISTAS SOMOS SECUNDARIOS

por David Bombai

El bebé se revolvió con espasmódica furia con la única intención de dejar bien claro lo siguiente: la mejor época de su vida se reduciría a los nueve meses que pasaría a salvo del nauseabundo exterior. El niño no quería poner ni uno solo de sus aún no formados pies sobre la superficie terrestre. La impotencia que sentía al saberse esclavo de su incapacidad para decidir le sumía en una tristeza tal que cualquier sentimiento que pudiera experimentar en el futuro –amor, esperanza, ilusión– no compensaría tamaña desgracia.

Su madre, ajena a tales pensamientos, se acariciaba el vientre imaginando la cara que tendría su futuro hijo, fantaseando con profesiones, aficiones y novias que su vástago conquistaría. Ansiaba, además, que si era posible no cometiera los mismos errores que estaba cometiendo ella: casada en desgracia al estar enamorada en secreto de Ernesto, un oficinista opaco pero brillante a sus ojos. La última vez que se vieron, el viernes pasado en un café del centro, alejados de los compañeros de trabajo, se dijeron a la cara por fin lo mucho que se amaban y ella, concretamente, se disculpó por llevar en el vientre el hijo de otro hombre que no era él. El oficinista se echó a llorar ante su desafortunada vida sexual.

El futuro padre miraba a su esposa que yacía recostada sobre el sofá para intentar aliviar las molestias en la espalda y las punzadas que sentía en el costado, como para recordarle que su secreto era lo más vil que una madre puede hacerle a un hijo, o que una esposa puede hacerle a un marido. No obstante, el futuro padre tenía la cabeza en otro sitio: a punto de cumplir los 40 años, no había conseguido hacer realidad su mayor sueño, y no tenía nada que ver con tener un hijo.

La vuelta al trabajo al día siguiente siempre se hacía dura para la mujer: el embarazo dificultaba tanto el traslado, como la permanencia en la oficina. El sofoco subió cuando Ernesto llegó con prisas y se sentó en la mesa de al lado, respirando alto y gimiendo como un exhausto caballo de carreras. Ricardo, el director general, comandante de la oficina desde su despacho acristalado, observaba a Ernesto y pensaba en lo poquísimamente erótico que resultaba ese hombre resollando, y no podía imaginarse que ninguna mujer pudiera sentirse atraída por él. Ricardo sudaba y se retorció en su asiento de cuero recordando la fuerte pelea mantenida con su esposa la noche anterior. Todo acabó estrepitosamente, con un golpe certero de él a ella justo en la nuca, que le hizo caer sobre la mesita de cristal, partiéndose en dos con el peso de su cuerpo. Un millón de cristales se clavaron en su pecho, en su cara y en sus ojos, arrancándole la vida después de quince minutos de agonía; quince minutos en los que Ricardo intentó mantenerla en este mundo infructuosamente, cubriendo sus heridas con toallas, probando remedios médicos improvisados para evitar que la sangre siguiera manando de su cuerpo a borbotones. La sangre derramada sobre la alfombra se preguntaba a sí misma qué había de ser humano en ella. Ahora, Ricardo estaba más preocupado porque no le descubrieran que por los devaneos amorosos que pudieran producirse entre sus empleados.

«El futuro padre miraba a su esposa que yacía recostada sobre el sofá para intentar aliviar las molestias en la espalda y las punzadas que sentía en el costado, como para recordarle que su secreto era lo más vil que una madre puede hacerle a un hijo, o que una esposa puede hacerle a un marido.»

En las mesas al fondo, un informático maldecía a su ordenador que había comenzado a fallar indiscriminadamente para que así alguien se diera por fin cuenta de que estaba vivo. El ordenador quería que le escucharan, que le hicieran caso de una condenada vez. Millones de bits de información confirmaban que tenía un cerebro vivo que palpitaba en su interior buscando el reconocimiento de los demás. Pero esa persona no es el informático, que ahora repasa en su cabeza el momento exacto en el que le ha dicho a su novia que no puede seguir manteniendo esta farsa. Él se siente mujer, y no quiere sólo sentirlo, quiere despertarse cada mañana como tal. Veinticinco años de mentiras son demasiados.

También piensa en eso la novia, temblándole la mano al coger la taza de café, frío ya después de pasar horas y horas dándole vueltas mecánicas con la cucharilla; se atormenta imaginando cómo se lo dirá a sus padres y a sus conocidos. Se siente mal por ser tan hipócrita. Pero no lo puede evitar. No puede pensar en nada más que en el ridículo que va a hacer. Cinco años de noviazgo que no han sido más que una broma pesada. «¡Qué vergüenza, Dios mío! ¡Le dije que nos casáramos!». Y en ese momento, su abuelo cruza la habitación, corriendo como una gacela. Su mujer murió hace dos meses, la cabeza se le ha ido por completo. Tiene miedo, un miedo atroz, a que le abandonen en un geriátrico. No quiere. Sería morir; como si lo sepultaran en vida. Y en la lápida no pondría nada, porque nadie se acuerda ya de él; todos quieren deshacerse del abuelo, porque estorba. «¡Qué pesado, el abuelo, con sus historias de cómo ha salido victorioso esta mañana al conseguir comprar dos barras de pan!». Como digo, el abuelo cruza la habitación corriendo como una gacela en dirección al balcón. Salta al vacío con tan penosa pericia que casi consigue que la bata se le enrede entre los barrotes, dejándolo colgado a ocho pisos de altura. Pero no, la bata es más inteligente que el abuelo y se desprende del balcón oxidado, permitiendo que el cuerpo caiga sobre el asfalto y se funda con la gravilla. Su nieta, ensimismada en sus dilemas, no se ha enterado de nada.

Una mujer mayor lo ha presenciado todo, convenciéndose de que el Fin del Mundo está cerca, habida cuenta de que estamos en un punto en el que hasta caen personas del cielo. Sus amigas de la congregación insisten en la salvación, pero ella cree firmemente que el Apocalipsis nos barrerá sin dejar supervivientes. Esta noche, rodeada de velas, fotos familiares y páginas arrancadas de la Biblia, se dará muerte de la forma menos traumática que se le ocurre, con pastillas para dormir, muchas, de diferentes tamaños y de agrios sabores. Lo único que le apena es que no llegará a conocer a su futuro nieto, pero el sufrimiento por la extinción de la humanidad tanto le abrumba que no puede pensar en nada más que en acabar con todo. Un poco como su nieto, que aún no ha nacido y ya quiere estar muerto.

«Una mujer mayor lo ha presenciado todo, convenciéndose de que el Fin del Mundo está cerca, habida cuenta de que estamos en un punto en el que hasta caen personas del cielo. Sus amigas de la congregación insisten en la salvación, pero ella cree firmemente que el Apocalipsis nos barrerá sin dejar supervivientes.»

El bebé está especialmente revoltoso esta noche: sus padres han ido al teatro a ver otra adaptación moderna de William Shakespeare, en la que Hamlet es un preso político y Dina-marca es un gran cerebro. En la oscuridad del escenario se refugia un Laertes desquiciado que hace dos noches avistó un platillo volante. Desde entonces, no ha podido dormir: el terror a ser abducido le paraliza. El marido y futuro padre se horroriza ante una actuación tan pobre. Se dice a sí mismo que él lo haría muchísimo mejor. Se dice a sí mismo que la vida es injusta, colocándole a él, un espíritu libre, ¡un artista!, en el centro de un matrimonio despreciable, con un hijo sin amor por venir, con un trabajo pesado y desmoralizante. Su sueño forma parte de una pila gigantesca de anhelos burocráticamente irrealizados y después archivados. «¡El mejor actor

del mundo!». Y lo estaba siendo de verdad: de lo contrario, mucho antes se hubiera descubierto su farsa.

Los tres, futuro padre desnaturalizado, futura madre desdichada, futuro hijo desconsiderado, vuelven a casa en un taxi que huele a colonia de supermercado, gobernado por un taxista en misión especial de la CIA. Observa a sus semejantes con irritante soberbia y los juzga sin compasión, aplicándoles después un acertado correctivo si es necesario. Con mucho gusto se encargaría a su manera, rápida e indolora, de esa futura familia claramente desestructurada. Sus amigos le llaman «El Capitán»; sus enemigos «La Muerte Negra». Mató a quince personas en 1987 con sus propias manos durante una conferencia de medioambiente; les desnucó sin remilgos y corrió a la oficina después a jactarse de ello. El taxista conduce muy callado, propiciando esa atmósfera inquietante que sólo saben propiciar los taxistas muy callados. El vehículo pasa rozando la gabardina de un hombre mayor y enjuto que se mueve con soltura pese a su edad y a sus arrugas. Ninguna enfermedad ha diezmado su entusiasmo. Son más de ciento cincuenta años de vida los del Dr. Asimov, de los cuales los últimos 60 se los ha pasado preguntándose felizmente cómo es posible que la muerte aún no le haya atrapado. Finalmente se ha convertido en uno de sus excéntricos personajes. Fingió su deceso para no levantar sospechas, casi como

un juego, pero en su interior las dudas le asaltaban. ¿Por qué? ¿Y de qué manera? ¿Qué mano santa se posó sobre su cabeza para protegerle de la incomodidad del ataúd?

El taxi parte en dos la ciudad a 100 kilómetros por hora. El zumbido del motor despierta a los vecinos, mientras la futura familia en su interior va de un lado para otro intentando ganarle la partida a la fuerza centrífuga. A lo lejos, un hombre abre una persiana remolona que chirría como quejándose por el madrugón. El hombre comienza otra vez a llorar (lleva así toda la semana) al acordarse de su difunto padre. El llanto se convierte en remordimiento cuando el hombre recuerda que en realidad su padre no ha muerto. Alguien mira por una ventana del segundo piso, alertado por los gemidos lastimeros de lo que creía un gato. Vuelve a sus quehaceres dentro del laboratorio al darse cuenta de que en realidad se trataba de un hombre de unos 40 años. «Para problemas, ya tengo los míos», debe de pensar este joven científico, un genio de las matemáticas encargado de vigilar a un chimpancé enjaulado que mañana por la mañana escribirá su primera palabra de 9 letras. La euforia se adueñará de todo el equipo, dos biólogos, una antropóloga, el matemático, dos neurólogos, al mirar el papel manuscrito, pasándose lo con alegría de unos a otros: «Depresión». Pero ahora, a 5 horas del gran descubrimiento, el matemático sigue enfrascado en la tarea que lleva 13 días volviéndole irremediabilmente loco: dibuja una cara de mujer por trigésimo cuarta vez; no sabe quién es, no la ha visto nunca, no conoce su nombre, pero no puede dejar de esbozar su pelo, sus ojos, sus pómulos anaranjados y la deliciosa línea de su mentón.

Acaba el dibujo, y aún vendrán muchos más, y no sabe que se trata de Rebeca, una chica de 22 años que vive en la otra punta del país. En una habitación de hotel, Rebeca no puede dormir, las visiones se agolpan en su cabeza como rocas que se precipitan por un barranco. En ellas, su padre golpea fuertemente a su madre, cayendo ésta sobre la mesita de cristal, quebrándose por el centro, clavándose los cristales por todo su cuerpo, en sus piernas, en sus brazos, en su cara...

El taxi para delante del portal y la futura familia sale despedida de él, jurando no volver a sentarse nunca más en su salvaje asiento trasero, justo en el instante en que uno de los dos biólogos abre la puerta de su apartamento, temeroso al saber que esta noche tampoco pegará ojo: su vecino vuelve a poner la música a todo volumen, sumido en una vorágine de drogas y alcohol fruto de un despecho amoroso. Y él, licenciado en biología y sumiso tesorero de escalera, una vez más no se atreverá a llamar a su puerta para cortar de cuajo la patética fiesta unipersonal.

En el teatro, la reina Gertrudis no se ha presentado. Su hija Rebeca ha viajado durante 10 horas en coche para sorprenderla y tiene que conformarse con la indeseable suplente, una histriónica desmedida que ha cenado demasiado y que cada vez que alza la voz parece que vaya a escapársele un estruendoso sonido gutural. «Hay demasiados aficionados en el teatro», piensa Rebeca. «Hay demasiados tontos con suerte y con contactos», piensa el futuro padre.

Al día siguiente, un plato de comida que no quiere ser devorado espera nervioso a que la futura madre se decida entre las patatas o la verdura; pero hoy no tenemos nada de hambre. Los dolores del costado han vuelto. El niño lleva varias semanas insoportable y voraz, como si quisiera perforarle la barriga con una taladradora y sacar por el agujero su pequeña cabecita para desgañitarse gritando. En la calle, suenan melodías vagamente conocidas que un músico apalea con su paleolítica guitarra. Cada día se coloca en la misma esquina, mirando al banco de la acera de enfrente del que entran y salen hipotecados y nuevos ricos, y piensa en lo fácil que sería entrar en él, armado con algo más que canciones, y llevarse el dinero necesario para no tener que cantar nunca más. Mas tarde, olvidará sus problemas monetarios en el mugriento bar de su amigo Juan, cuya barra forrada de roble comido de termitas no soporta a la gente ni a sus infinitas quejas; no quiere oírles lamentarse de lo mal que les va todo, mientras ingieren alcohol hasta caer de bruces, dilapidando el sueldo de la semana entre esas cuatro paredes cubiertas de mugre. Sobre la arisca barra descansa un polvoriento libro abierto por la mitad, cuyo protagonista ha descubierto la forma de huir de su jaula; «El relato está vivo más allá de estas páginas», piensa en voz alta.

«Al día siguiente, un plato de comida que no quiere ser devorado espera nervioso a que la futura madre se decida entre las patatas o la verdura; pero hoy no tenemos nada de hambre. Los dolores del costado han vuelto.»

Más tarde, el cuerpo de la reina Gertrudis entra en un nicho con su elegante vestido de pino, ayudado por un enterrador que languidece de amor: unas lápidas más allá, casi en la misma salida del cementerio, la foto de una hermosa mujer ocupa todos sus pensamientos. No la conoció, ni sabe más de ella que lo que reza en el mármol; «Esposa y madre, tus hijos no te olvidan»; pero se imagina lo mucho que se hubieran amado. No sabe más de ella que lo que se ha inventado, y eso es suficiente para quererla con toda su alma. Sin embargo, ella es ya un fantasma. ¿Por qué a la vida le gusta tanto reírse de nosotros? Los llantos desgarrados de Rebeca se imponen a los gemidos falsos y lánguidos de su padre, devolviendo al enterrador a una realidad alternativa a su fantasía imaginaria. La futura madre también está presente, aferrada al brazo enclenque pero leal de Ernesto. El bebé asesta una rápida y efusiva patada de karateka contra la pared ventricular; le encantan los entierros: cualquier celebración de la muerte se merece un «¡Enhorabuena!».

Ernesto y la futura madre vuelven a la oficina desplazándose con pasos minúsculos y ceremoniosos, saboreando los pocos minutos que pueden estar juntos. Se dan la mano, como si fueran un matrimonio auténtico; y eso les duele. Se contemplan en cada escaparate; ella embarazada; él con su sonrisa galante; «¡Ésta sí que sería una verdadera familia unida!». Pero no. Todo es tan difícil... En lugar de eso, Ernesto cena cada noche raciones de preparado fácil para solteros; ella tendrá el hijo de un hombre al

«Ernesto y la futura madre vuelven a la oficina desplazándose con pasos minúsculos y ceremoniosos, saboreando los pocos minutos que pueden estar juntos. Se dan la mano, como si fueran un matrimonio auténtico; y eso les duele.»

que ya no ama; y su marido se pasará el día estirado en el sofá esperando que Hollywood venga a buscarle. Asqueados de tanta hipocresía, y como venganza, los televisores de una tienda de electrodomésticos cercana se niegan a retransmitir el anuncio oficial de la consecución de la paz mundial: un programa de entretenimiento con mascotas sustituye al gran acontecimiento y así se aseguran de perpetuar nuestra desgracia.

Esa noche, la futura familia cena vidrio y cuchillas de afeitar envueltos en un silencio que abrasa: su amor se quema entre reproches y rutinas, con miradas huidizas que van de las manos, al plato, al cuello, a la servilleta, y finalmente a la barriga hinchada que va a echar por tierra su porvenir de flashes cegadores, escalinatas interminables, autógrafos y alfombras rojas de terciopelo azul.

Pero, ¿y si el dolor del costado volviera con una intensidad maligna, provocando que la madre se retorciera sobre el sofá, gimiendo y gritando de angustia? Entonces sucedería que una gota de sangre mancharía su camisón, y luego otra gota mancharía el cojín, y segundos más tarde otra recorrería su pierna hacia el suelo, en donde se fundiría con un charco rojo oscuro que significaría el final de esta historia. Y de esta forma, el bebé habría burlado la vida, no teniendo que llegar a formar parte de un incomprendible y sórdido mundo que acabaría volviéndole pesimista y mezquino; un mundo estúpido repleto de secundarios grises y aburridos, gente que no ha sabido coger las riendas de su vida, porque no han podido, porque no han sabido o, en el peor y más abundante de los casos, porque no han querido.

De madrugada, el hombre arrodillado limpia la sangre sobre la alfombra y no se esfuerza por reprimir una sonrisa ladeada, mientras su mujer descansa ahora en la habitación después de haber pasado 35 horas postrada en un incómodo camastro de urgencias. Se incorpora y camina cansada hacia el mal iluminado salón; su marido ya ha terminado y mira la televisión con el volumen al tres: en ella, dos hermanos discuten por la herencia en una teleserie sin gracia. La mujer llega hasta el quicio de la puerta y allí consigue que sus labios acartonados se despeguen y que sus cuerdas vocales dejen escapar un finísimo pero cortante hilo de voz que la pondrá por fin en el lugar que se merece. «Me voy».

© David Bombai

El autor:

David Bombai (Mataró, Barcelona, 1978). Periodista, guionista y humorista gráfico. Ha realizado guiones y co-dirigido varios cortometrajes, y es guionista también del largometraje *El cura y el veneno*, en fase de postproducción. Ha publicado relatos en varias revistas, como Quimera y Un dels Nostres. Fue Co-Director y editor del diario online de humor El Muñeco Whisky y Co-Director y editor de la revista online Acapulco66. Sobre su trabajo gráfico, mantiene el blog <http://www.gatosperiquitos.wordpress.com> junto con con Adrián Crespo.

NUESTRO MEDIOCRE CARÁCTER

por **Damián Cordones**

Para mí, el primer signo o señal de su alejamiento fue cuando lo vi entrar en la finca con el galgo, cuando a papá nunca le habían gustado los perros ni los animales, es más, siempre había manifestado por ellos su desprecio. Después explicó, aunque nadie le hizo caso, que los galgos eran los animales de la nobleza. Alguien se lo había dicho.

Y es que, a medida que aumentaba nuestro patrimonio, crecía también nuestra necesidad de distinción. Algo sencillo al principio, subsanable con la adquisición de algún nuevo palacete, alguna finca en las afueras, algún bóvido última generación para Ágata, o alguna chaquetita confeccionada con la piel de alguna extraña y desollada criatura. Bastaba, al principio, con el simple movimiento de estirar el tronco, alzar el cuello y echarlo un poquito hacia atrás, esto es, lo que popularmente suele denominarse: mirar por encima del hombro. Pero papá no tardó en notar o en comprender que, aunque no todo el mundo, sí bastantes son los que poseen un palacete o alguna finca en las afueras; que eso en nada te distingue, y que al fin y al cabo, cuando llegaba a pasear por la ciudad, la gente apenas reaccionaba a su presencia, manifestando en su totalidad la más extraordinaria indiferencia. Nadie se inclinaba con un «su alteza» a su paso, o un (previo claudicar con rodilla clavada en la acera) «su majestad». Aquello debió enseñar a papá que no es fácil singularizarse. Sumergido en la fatal sensación de ser uno más entre los muchos. Singularizarse no es fácil, así es, y todo el mundo, quien más, quien menos, ha sentido, por enigmático o extraño que sea, el lazo o vínculo que nos une con la banalidad de la existencia.

Después, cuando el galgo quedó en el olvido (alguien de la servidumbre se encargó de él, quién sabe para qué, ni siquiera sé si llegó a tener nombre, el pobre animalito), empezó con el desproporcionado reclutamiento del servicio. Dejó de aparecer por la oficina, por la fábrica, dejó de trabajar, en cierto modo, o de preocuparse en lo más mínimo por aquello que le engordaba el patrimonio —ya era lo bastante desmesurado— entonces, como vivimos en una especie de mansión o castillo también desmesurado, papá encontraba cualquier justificación para aumentar el número de los empleados, lo que, en gran medida, agradecían los habitantes de nuestro pueblo, que, de hecho, llegó a caber prácticamente en nuestro hogar. Si en nuestra villa había, más o menos, unos cuatro o cinco mil habitantes, más de dos mil llegaron por aquel entonces a trabajar para el servicio, lo que contribuyó a que nuestra propia casa fuera, sin ninguna duda, la mayor fuente económica del pueblo. Para nada usurero en los sueldos y prácticamente nulo a la hora de supervisar a los empleados (¿quién puede controlar a más de dos mil empleados en su propia casa, por más que papá inventara ese extraño sistema jerárquico?) De hecho, durante más de uno o dos años, los criados y sirvientes se desparramaban entre los sótanos y las galerías de la casa, retozando o fornicando por allí o emborrachándose, o jugando a las cartas, a gritos y a veces con peleas sangrientas, significaba, por lo tanto, que cada vez que papá requería de algún nuevo servicio, los pocos vecinos que aún no habían conseguido algún empleo que les uniera a nosotros, se precipitaban con ansia hasta el castillo. Máxime cuando el hambre y la escasez eran lo más frecuente allende nuestros dominios.

«Y es que, a medida que aumentaba nuestro patrimonio, crecía también nuestra necesidad de distinción.»

Una mañana cualquiera, papá llegaba hasta el gran salón donde alguien nos servía el desayuno (más o menos comestible según el cocinero encargado de elaborarlo) y sentándose con su batín y sus pantuflas junto al fuego, decía: «necesitamos, como mínimo, algún que otro faquir». Y a nadie parecía extrañarle, ni lo más mínimo, excepto a mí, que era demasiado joven todavía como para entender qué era un «faquir». Entonces se organizaban lo que papá llamaba «audiencias». Tal vez todos, a excepción de algún anciano obstinado o ya demasiado tullido, se postulaban para el puesto haciendo colas, ya en alguna de las salas que papá había habilitado expresamente para ello, o ya simplemente en alguno de los jardines si hacía bueno. Papá y algunos de los que aún le eran fieles, gracias a Conrad, nuestro único y verdadero mayordomo, su mano derecha (en realidad nuestra mano derecha, artífice de la

nunca aunque siempre próxima llegada del caos), preparaban las camas de pinchos –antes papá se había encargado personalmente de elegir las, lo que las convertía en las mejores, en las más puntiaguadas y profesionales.

La masa, deseosa, pasaba por turnos. En realidad, la prueba era entendida según el más moderno sistema del funcionariado: humillarse al principio para después retozar en la vagancia, como cerdos en el fango. Era fácil, por ejemplo, ver a los vecinos comportarse o emular los más propios ademanes del faquir experimentado, llegando incluso con vistosos y llamativos turbantes, y alguno (esto ocurrió tal cual) llegó incluso con una cesta con culebras y un flautín de esos para los niños, habiendo confundido, evidentemente, lo que es un faquir con lo que es un encantador de serpientes –habiendo confundido también, lo que no podía ser de otra manera, unas cobras por unas simples culebras de esas que se agazapan en las lindes o en los matorrales. Después de la pose (más o menos conseguida, según se hubieran o no estudiado el personaje; recuerdo algún delantal de vieja enroscado en la cabeza), comenzaba la prueba elemental.

Lo más extraño, tal vez, era observar a los que se presentaban, se tomaban o pretendían hacernos creer que era faquires, como si aquella profesión (si es que eso era una profesión) fuera algo común en nuestro pueblo, y además, todos y cada uno de los que se postulaban (todos los que no trabajaban en nuestra mansión) fueran algo así como: faquires de toda la vida. Bastante experimentados.

A menudo, según le pareciera, papá nos invitaba a participar, a Ágata, a mí e incluso a mamá en lo que él denominaba: «Fomento y cultivo de la vergüenza ajena», considerándolo parte de nuestra formación y educación más elemental. Y nadie, al parecer, se extrañaba del espectáculo, y si yo o alguien decía: «Parece que está fingiendo, parece que se desangra», cuando aparentemente estaba a punto de morir atravesado por unos pinchos, mamá solía decir: «todas las personas, sobre todo si son humildes, tienen que esforzarse para conseguir...» o «es bueno que las personas humildes se...». Después, cuando papá se aburría, elegía a uno o a los que les pareciera, puramente al azar. Una vez, creo que para cubrir un puesto (el único que se cubrió) de lo que llamó: «Guardia Petroriana de nuestras Almenas», eligió a una señora gorda y un poco envejecida que ni siquiera había hecho la prueba. Mamá y Ágata se iban a la ciudad o al Club, ocupadas con sus porcelanas y sus nuevas adquisiciones, y yo me quedaba, por lo general, sola en mi habitación.

Por entonces, yo creo que ya se inyectaba morfina, porque había quedado fascinado con el detective Holmes, aunque eso es algo que nadie ha podido saber. Un verano decidió inaugurar «El Observatorio Celeste», para lo que había conseguido un buen número de telescopios (probablemente los mejores) y los había hecho instalar en la cima de algún torreón, tan sólo, me parece, con la intención de estar justificado para estimular otra vez la demanda de empleo, buscando astrónomos cualificados, que, según él, nos instruirían descubriéndonos «la composición del ancho cosmos». Ni que decir que los astrónomos proliferaron en nuestros jardines. Las pruebas, como no podía ser de otra manera, habían de sucederse por la noche. Y por las noches, con papá, Conrad y la colaboración de algunos miembros del servicio y mi curiosa presencia, se llevaron a cabo las pertinentes probaturas acerca de los conocimientos astronómicos y los elementos celestes. «¿Qué sabe usted del cosmos?», hubo silencio. «¿Qué es lo que significa aquella lucecita atravesada?». «Eso es Orión», repetía uno que había aprendido en alguna parte ese nombre. «Las estrellas, buenamente, nos demuestran a las claras el temporal que hará en el campo». «¿Acaso las cosechas?», dijo Conrad. «Claro que sí». «No confundir, faltaría más –decía un señor– las estrellas fugaces con los aviones que van y vienen». «Eso es imposible», replicó otro. «¿Quién te ha dado vela?», contestó el otro. «Cállate». «Espera que te toque». «Hay una osa –una joven en su turno– mayor o menor, eso depende». «¿Para qué sirve una osa?», le preguntó papá. «Eso no puedo decírselo ya yo con seguridad». Así hasta que llegó a una mujer que le dio por inventarse asociaciones entre lo que ella veía o decía que veía (las luces rojas con intensidad: fogosidad en el catre) y el porvenir de papá o la familia, lo que llamó su atención y quedó contratada.

Esta vez, parece que le divirtió, y la nueva astrónoma de la familia no quedó inmediatamente postergada, lo que significó que durante algunas noches, con la presencia resignada de Ágata y los ronquidos de mamá apalancada contra el muro del torreón, asistimos a los «elucubrantes desvelamientos de lo que el ancho y opaco cosmos oculta para los mortales». Recuerdo que en una de esas noches, ante alguna de las extraordinarias observaciones que hizo nuestra Galilea (nunca tal vez esa mujer se había visto sometida a tanta presión imaginativa, lo que evidenciaba en su consternación y fatiga en menos

de media hora) me pareció ver una impulsiva sonrisa en la boca de papá, que rápidamente tapó, otra vez, con su premeditado gesto solemne.

De ahí, por decir algunas, a: «Primer reclutamiento de tuertos de nuestra villa». ¿Para qué? Nunca lo supe. No voy a decir –porque eso me parece una exageración– que los vecinos de nuestro pueblo se vaciaran alguno de sus ojos para entrar en nuestro castillo –pero nunca hubiera pensado que podía existir tan elevado número de tuertos entre tan pocos efectivos y en tan determinado espacio–. Aunque bien es verdad que unos cuantos –desoyendo las directrices bien proclamadas por papá– se presentaron con parche, lo cual nos hizo pensar inevitablemente en el fraude, algo mucho más frecuente. La trampa y el engaño, tan de nuestra tierra. «Instructores para caminar sin gravedad», lo que hacía pensar en el disparate de que papá buscaba algún astronauta en los miembros de un pueblo entre los que se encuentran, no uno ni dos, de lo que apenas si saben leer. O «Los observadores de la pared», el más frío y cruel que recuerdo, una degeneración del concurso (generosamente dotado) convocado en el 88, acerca de «Ver la hierba crecer y además describirlo». Algún que otro hombre bala y mujer barbuda, con los consiguientes accidentes (algunos bastante graves), los intentos, otra vez de fullería –barbas postizas, y algunas sorprendentes y auténticas tullidas barbas entre las féminas que habían encontrado al fin una excusa poderosa para no rasurarse.

«Desconozco por completo cómo se llevaron a cabo las audiencias, pero en menos de una semana contábamos con cuatro traductores dispuestos a descodificar el aparato eslavo.»

Todo eso sin la menor réplica, ni por parte de mamá, ni por parte de Ágata, y ¿qué podía hacer yo tan joven e inocente como era? Una ligera, muy ligera reprimenda por parte de Ágata cuando en aquella mañana que nos disponíamos para una excursión en alguna de las fincas de la montaña, mi padre nos informó de nuestra nueva ascendencia rusa. Ya en el auto, mientras viajábamos, papá dijo que había encontrado, rebuscando entre los legados y recuerdos personales, entre los baúles y cofres abandonados en alguno de los sótanos, un volumen de un antepasado suyo, su tatarabuelo: Nikolaj Todorov, que había escrito unas importantes memorias en las que se detallaba con «gracia y saber hacer» las andanzas de su familia rusa, también bastante acomodada. «¿Y adónde se quedó el Todorov?», replicó Ágata

con malicia, refiriéndose a la generación en la que sus apellidos (los de padre: Vargas Mendoza) habían perdido el Todorov ruso. «Y qué importa eso, lo importante es que llevamos su sangre», fue la respuesta de papá. Después hubo un silencio, y papá entonces declaró abierto el proceso de selección de traductores del ruso, para trasladar aquellas aventuras biográficas a una lengua muchísimo más legible. Lo que, visiblemente, dejó ya mucho más relajada a Ágata y a la incertidumbre de mamá, una vez, interpretado o aclarado, según ellas, probablemente, que el asunto nada tenía que ver con el patrimonio y la herencia.

Desconozco por completo cómo se llevaron a cabo las audiencias, pero en menos de una semana contábamos con cuatro traductores dispuestos a descodificar el aparato eslavo. ¿Es que podía haber algún traductor del ruso entre los miembros de nuestro pueblo? ¿Es que podía haber siquiera algún traductor? ¿Tal vez alguien que mascullara el ruso? Pero papá los metió a los cuatro en una extraordinaria biblioteca que mandó instruir para el caso, donde «debían ejercitarse los letrados amanuenses». Primero, dividió el volumen del abuelo Nikolaj en numerosas partes, mandando, como primera tarea, la simple copia fidedigna del ruso en un papel especial de pergamino que después papá encerraría en sus vitrinas más queridas y personales, como copia de seguridad y legado familiar. A continuación debía de sucederse la traslación a nuestro idioma, repartiendo entre los traductores las partes sesgadas del gran manuscrito, pero papá comprendió que si los traductores trabajaban con las copias en pergamino (sabiendo como sabía que eran sucios y tarugos) éstas acabarían por estropearse, lo que significó la nueva adquisición de otros tres amanuenses (esta vez no era imprescindible el conocimiento del ruso) para hacer una segunda copia con la que trabajarían los traductores en «última instancia». (Conrad me dijo, no hace mucho, que a éstos tres últimos contratados, les hizo copiar el manuscrito con la mano izquierda si eran derechos y con la mano diestra si eran zurdos, como paliativo a su desconocimiento del ruso, cosa que yo no llegué a creer del todo porque Conrad es un poco exagerado y le encanta fabular en torno a papá y dilatar su prestigiosa extravagancia). El trabajo se llevó a cabo. Nosotros, como es obvio, y no hace falta decir, nos mantuvimos al margen.

Pero una tarde, Conrad vino a buscarme: «Señorita Sofí, su padre la llama». Para encontrarme con él yo tenía que seguir a Conrad porque papá ya empezaba a perderse por los sótanos y galerías, y al menos una tercera parte de mi casa, aún a día de hoy, me sigue siendo desconocida. Cuando llegamos Conrad me indicó la habitación y se dio vuelta (papá dormía, o eso es lo que decía él, cada noche en una habitación distinta, lo cual a mamá le resultaba indiferente porque hacía probablemente lustros que no compartían noche; ya por entonces, los días se sucedían sin verse), entré, pero papá no estaba, había una gran mesa, con un libro encima, apenas había otras cosas. Descubrí que era el volumen del abuelo Nikolaj, rápidamente me dio la impresión de que papá lo había dejado a propósito, pero no hice nada temiendo que entrara en cualquier momento. Esperé algunos minutos, asomándome al pasillo para comprobar si alguien se acercaba, Conrad tampoco daba señales, me acerqué de esta manera hacia el volumen, comprendiendo, tal vez, que si no lo hacía, aquella escena no acabaría nunca. (Yo, sola, no podía regresar, ya que corría el riesgo de perderme entre pasadizos subterráneos, y lo que era peor, llegar tal vez hasta alguna sala en donde morara la servidumbre). Agarré entonces el libro, papá le había construido unas solapas para protegerlo, supuse, en las que, en castellano, estaba escrito: «Memorias de una insigne familia; Nikolaj Todorov». Pero al abrirlo, instintivamente, las solapas se despegaron (con demasiada facilidad) y leí un título en ruso; sin embargo, curiosamente, lo que yo adiviné como el autor, era un nombre español: Gonzalo Torrente. En ese instante entró Conrad diciendo que «perdone usted señorita», que «su padre finalmente se encuentra en otros menesteres», que «luego», que «ahora ocupado». Me acompañó (me guió) de nuevo hasta la planta ocupada por nosotros.

Aunque yo era todavía joven para la sospecha y la suspicacia, no dejé de notar aquel sainete preparado por papá. Aquella misma noche, extrañándonos a todos un poco (últimamente no aparecía en la cena) aproveché para pedirle, con timidez y disimulo (si es que un niño puede disimular), «si podía yo tal vez hojear el volumen del abuelito Nikolaj». Para mi sorpresa, no sólo me dio permiso, sino que pareció alegrarle (llegué a pensar, mientras me acababa la cena, que había venido a propósito). Me dijo: «En cuanto estés en tu habitación, el bueno de Conrad te lo hará llegar». Lo que supuso que, nada más finalizada, me fuese sin dilaciones a mi habitación, esperando que llegara Conrad. Mi entusiasmo, seguramente, nada tenía que ver con el manuscrito de nuestro antepasado ruso, se debía, ahora lo comprendo, a una mezcla de curiosidad, alentada por el acicate de haber comprendido y adivinado un juego, de haber intuido alguna trama y de haber sabido responder, reaccionar, de haber sabido jugar.

«Para encontrarme con él yo tenía que seguir a Conrad porque papá ya empezaba a perderse por los sótanos y galerías, y al menos una tercera parte de mi casa, aún a día de hoy, me sigue siendo desconocida.»

Cuando Conrad me trajo el volumen –que todavía conservo y nunca papá ni nadie me instaron a devolver; lo trajo en una bandeja, como si fuese algún manjar– se disiparon todas mis ingenuas dudas acerca de su intencionalidad o no. Además del volumen, había añadido diversos fragmentos de la traducción que ya se habían realizado, incluidos los propios fragmentos copiados en ruso. No me resultó muy difícil comprender que aquella obra sobre nuestros antepasados rusos era, en realidad, una traducción al ruso de una novela de un escritor gallego titulada «La saga/fuga de J. B». A la mañana siguiente le pedí a mamá que me comprara el original la próxima vez que fuese a la ciudad, lo que significó, evidentemente, una razón perfecta para salir aquella misma tarde, acompañada obviamente de mi hermana Ágata y de unas ansias perfectas para comprar el libro y otras cosas «secundarias que hacían falta».

Donde estaba escrito:

Evidentemente yo hubiera podido escoger como interlocutores particulares al Obispo Bermúdez y al Canónigo Balseyro, al Almirante Ballantyne y al Vate Barrantes, bien uno a uno, o por parejas, o, digamos, en equipo. Pero es el caso que no se me ocurrió escoger, acaso porque entonces no estuvieran de moda todavía.

La traducción decía:

Ha sido y fue, entre los miembros de nuestra familia, las gentes dedicadas al espionaje, siempre metidos hasta el fondo en los más raros acontecimientos. También muy frecuentes los

constructores de trineos.

Me llamaba especialmente la atención el hecho de que el traductor ni tan siquiera hubiese notado la presencia de los nombres propios, por no hablar de un tono que perseguía la erudición. Proliferaban, eso no hay que decirlo, las faltas de ortografía; lo menos importante en estos casos. Estaban, eso sí, muy bien repartidas, entre cada texto, y en cada uno de los traductores.

Otro, por ejemplo:

Don Torcuato perdió a su diaconisa, blanca a la vista, olorosa a heno, deliciosa de escuchar cuando cantaba, agridulce a los labios y suave a la mano estremecida que la exploraba, según comunicó a sus amigos, compungido, desolado por la pérdida. Y aquí se juntan los divergentes caminos, porque la perorata en cierto modo indignada y en cierto modo política de don Torcuato, puede resumirse en la frase, pronto convertida en lema, propaganda y cartel de desafío: «No podemos permitir que los godos nos roben nuestras hembras»; y el adjetivo posesivo estaba usado en un sentido más amplio y algo más enérgico que el aceptado por la legislación vigente.

El traductor había escrito:

El abuelo Don Torcuato tenía unas barbas bastante agradecidas. Muy blancas como las de papa Noel, ya de viejo, cuando era viejo. Le gustaba de joven, cuando era joven, la caza, matar bisontes sobre todo y otros animales. Después los disfrutábamos juntos los Domingos por la mañana en unas barbacoas que organizaba.

Este, al menos, aseguraba haber mirado el texto en ruso, dada la presencia de Don Torcuato. En otros, la desvergüenza era exagerada.

Donde:

Un muy estimado amigo nuestro, famoso por su ciencia y por el calibre y potencia de fuego de su artillería, fue visitado, el martes por la tarde, en su domicilio, por una comisión de damas de las que ejercen en el Pasaje de la Violada la antigua y acreditada industria de proporcionar a los varones paraísos efímeros a precios accesibles.

O

Todo lo cual actuaba como un sistema de claves que permitía interpretar la significación de los círculos, puesto que en cada uno de ellos habían dibujado un tocado y un vestido, hasta cuarenta y nueve combinaciones. Busqué inmediatamente «Mitra-Casaca», y la encontré en la intersección de la primera fila con la tercera columna. Puse mi dedo encima. –“Estoy aquí. ¿Cómo puedo salir?”

Quedaban cosas como:

*Este *...---- loco hijo de perra* viejo chalo... El hijo de perra.** porr... de... Estoy muy pero que muy... El asqueroso. Un cigarrillo por favor, necesito un cigarrillo. Loco, imbéc... Vete a tomar por culo.*

Entre todos, sin embargo, encontré esto:

Ese día, o más bien esa noche, me encontré con que yo ya no era quien solía, sino yo mismo. Bueno. Dicho así, de repente, puede parecer raro, fantástico, e incluso ofensivo, sobre todo para los que no dejan de ser quien son durante un año entero, día tras día, al levantarse de la cama, al salir de la casa, al entrar en la iglesia, al comer y al dormir.

Cuya traducción era demasiado exacta para ser verdadera:

Ese día, o más bien esa noche, me encontré con que yo ya no era quien solía, sino yo mismo. Bueno. Dicho así, de repente, puede parecer raro, fantástico, e incluso ofensivo, sobre todo para los que no dejan de ser quien son durante un año entero, día tras día, al levantarse de la cama, al salir de la casa, al entrar en la iglesia, al comer y al dormir.

La tontería era demasiado obvia para pensar que alguien se burlaba de papá, pero de todas formas fue difícil (es difícil) estar segura de lo que se siente, de lo que papá reclamaba o solicitaba, de qué es lo

que demandaba, aunque, en el fondo, yo, aún imaginando que era papá el que se burlaba de ellos, de nosotros, sentí y siento un poco de pena, algo confundida, porque al mismo tiempo que comprendí que se burlaba de nosotros también noté (sentí) que estaba pidiendo ayuda. Si es que esto es posible: burlarse de alguien al mismo tiempo que se le pide ayuda.

Como esperaba, apareció pronto al encuentro, pero yo entonces no supe jugar, no supe interpretar aquellas sutilezas, sus intenciones indirectas, no supe reaccionar a su órdago, y aunque me di cuenta de que esperaba algo, que algo le brillaba aquel día en sus ojos, callé, los dos permanecimos en silencio, mientras consumíamos el desayuno, ¿qué podía hacer yo, tan joven, si los demás permanecían indiferentes? Él quedó y se marchó triste, tal vez un poco decepcionado, yo también, aunque abrumada y extraña.

Hasta que papá anunció El Horla (dos o tres semanas después). Ahí pareció desencadenarse una despedida irreversible, una renuncia o adiós, un, tal vez, haberse rendido. Yo no había vuelto a verlo desde entonces, y juraría que mi hermana y mamá tampoco, pero eso es difícil de saber, a juzgar por su indiferencia. Dos o tres semanas sin verlo hasta que, mientras almorzábamos, dijo con seriedad, rompiendo el silencio: «Al fin conseguí El Horla». Hubo algún tipo de reacción, una reacción quizá manifestada en fases. La primera, que respondió a un detener un poco la cuchara y mirarse tímidamente a las caras entre nosotras, como preguntándose si alguien debería compartir aquel deseo de papá, si alguien debería saber de qué estaba hablando o a qué se referiría. La segunda, mucho más íntima y callada, fue la que cada una se llevó a sí misma, manifestada en una leve fricción de cejas y mirada perdida, fugaz, en la que nos estábamos preguntando: ¿Qué es un Horla? La tercera, muchísimo más evidente y sin concesión a las conjeturas, fue un «las cosas de papá», manifiesta con rotundidad en el silencio que obtuvo su anuncio o información.

Hicieron falta, por lo menos, el paso de tres o cuatro meses para que mamá reparase en su existencia. Antes debió hacer un gran esfuerzo para, remotamente, recordar la última vez que papá se había dejado ver. Dijo algo así: «bueno, ¿y que tal estará el Borla?».

«Sin embargo, desde hace poco, ahora que lo imaginamos envejecido y estropeado, se ha despertado un nervioso aire de especulación, una inquietud de interrogante, como de halo.»

El tiempo ha ido pasando, los años se han ido cumpliendo. Existieron rachas en las que papá hizo presencia más o menos continuada; lo que significaba su asistencia a las cenas y de vez en cuando al desayuno para acompañarnos a mí y a Ágata. Tal vez, papá estaba ofreciéndonos las últimas oportunidades, tal vez demasiado costoso para él, como para cualquiera, una rendición definitiva. Lo volvimos a ver sentado en la mesa del gran salón, esperando a la cena, con unas barbas larguísimas, un parche en un ojo y un garfio como mano derecha. Lo peor, de todas formas, fue que sobre su hombro había un loro. La cena transcurrió sin el

menor contratiempo, nadie osó un «qué está pasando». La última vez (la verdad no puedo recordar cuánto tiempo), le vimos aparecer (nosotros ya esperábamos sentados a la mesa) con una escafandra, como si estuviese llegando a Júpiter, sin embargo, llevaba su vieja bata azul celeste y sus queridas pantuflas. El número solo mereció, una vez incorporada de nuevo la escafandra (con ella no podía sorber la sopa) y abandonado el gran salón como regresando a la nave, un «lo mismo El Horla produce algunas radiaciones», por parte de Ágata.

Sin embargo, desde hace poco, ahora que lo imaginamos envejecido y estropeado, se ha despertado un nervioso aire de especulación, una inquietud de interrogante, como de halo. Un algo preocupado. A mamá se le nota en la cara un poco congestionada que lleva de aquí para allá, algo atolondrada también, como si fuese un camello buscando el ojal de la aguja, y Ágata (maravillas de la naturaleza) adquirió de repente la capacidad de hacer preguntas. Hace muy poco, enfurecida, me preguntó: «¿de qué se alimenta un Horla?». «Y yo qué sé», le contesté. Y cuando menos se lo espera, es fácil verse sorprendido por interrogaciones del tipo: «¿Acaso más que un perro dura su vida?»; «¿Quince o dieciséis años la vida de un perro?»; «¿Y un Horla, qué pasa con un Horla?»; «¿Adónde duerme ese bicho?»; «¿Adónde, qué es lo que necesita?»; «¿Por qué ese afán tan de estar todo el día?». El caso de Ágata es particular, se le ve ahora claramente estresada, muy perturbada; ese incierto destino, el patrimonio de papá. Hace un par de noches, y como ahora a cada ruido o pasos de silencio por nuestra planta me acerco sigilosa por si fuese papá, la encontré —yo miraba desde el umbral— mirándose al espejo mien-

tras relinchaba imitando con dedicación el suave trote de un caballo. Hace poco que les dio por la hípica.

Una preocupación que no solo nos afecta a nosotras, también a un dilatado perímetro que circunda a papá. Una basta familia, parientes variopintos y más cercanos. Por no hablar de todo el legado de empleados, nuestro dilatado servicio. Parece que una pregunta se ha incrustado en nuestro instinto de supervivencia: ¿Qué es un Horla? La semana pasada estuvo por aquí nuestro primo Aurelio, visiblemente compungido, lanzando hipótesis, a cual más inverosímil. Primero, mientras sorbía el cigarrillo y se rascaba la perilla, dijo: «En el pueblo dicen que el tío está cavando un agujero hasta el infierno, desde su propia habitación», a lo que mamá y yo le contestamos: «eso será una metáfora». «Para nada», contestó él, «¿desde cuándo al pueblo le interesan las metáforas?». Mamá se resiste al enigma, al esperpento, sencillamente a lo incomprensible, y apuesta por sus nítidas versiones: «cosas de la aristocracia, cosas de un hombre cansado, que ha trabajado mucho, que lo ha peleado», dice cuando otros, alguno de nuestros tíos, vienen y nos hacen saber que han oído... que en el pueblo han dicho... que alguien lo ha visto a papá paseando de madrugada con El Horla, otras veces por las lindes y por los senderos del campo.

«Que El Horla es una mascota, no hay más», «que El Horla es algún plano o mapa secreto, que esconde el tesoro», fantasías de gente aburrída, «que El Horla es una complicada inversión, que hay que estudiarla con detalle, concienzudamente», los más optimistas: mi prima Ángela, por ejemplo, «que El Horla es alguna zona, en dónde mora, para entretenimiento, ¿y qué malo tiene?». «Que El Horla es un animal de las indias, absolutamente inofensivo, y yo vi uno cuando estuve de viaje». «Que El Horla es un juego de azar, de origen mameluco, clarísimamente». «¿Parecido al ajedrez?». «He dicho de azar».

Dicen, también, que el servicio ha disminuido en gran cantidad, que papá ha descuidado las nóminas, que son muchos los que se marchan voluntariamente de nuestro castillo, y que otros que aún permanecen en nuestras galerías piden limosna o se prostituyen, roban y duermen borrachos sobre el suelo, casi amontonados sobre el suelo, lo que alguna vez fueron pasillos. Que hay peleas y detritus, mucho detritus. Pero esto no puede saberse, nada con seguridad, y yo ni nadie de nuestra familia puede saberlo. ¿Qué es lo que ocurre o pasa en nuestras galerías, en nuestros sótanos? Como tampoco se puede saber si es verdad que papá se relaciona o se mezcla con la gente del servicio, eso no puede saberse. Y mientras tanto las especulaciones y la incertidumbre, probablemente hasta que alguien, al fin, alguien de nosotros o de ellos, se atreva a lanzar un: «¿Por qué?». Un «¿Por qué, por qué lo haces?», «¿Por qué hace eso?».

«Una preocupación que no solo nos afecta a nosotras, también a un dilatado perímetro que circunda a papá. Una basta familia, parientes variopintos y más cercanos.»

Pero... ¿Qué ocurre con Conrad?, ¿qué sabe ése de El Horla, qué sabe de nosotros, qué sabe de papá y de sus más guardados secretos, qué ocurre con esa mano derecha, qué es lo que trama permaneciendo ahora semioculto, apareciendo de vez en cuando con su gesto grave y fingido? ¿Qué secretos calla? ¿Acaso trama y nos está dominando? ¿Acaso tan sólo trama? ¿Qué mal intencionado enigma significa ése Conrad? Y mientras tanto siguen pasando las jornadas sin que nadie se desprenda de su complejo de normalidad, temiendo quedar en evidencia por no comprender la extravagancia, la extravagancia de papá. Cuando él quizá nos haya pedido ayuda o nos esté pidiendo ayuda, aunque se ría de nosotros. Mientras nuestro padre se aleja y se aleja de nosotros, perdido por las galerías de nuestra casa, desaparecido y secretamente encerrado con El Horla, por nuestra culpa, por la culpa de nuestro mediocre carácter. Mientras se deteriora y queda en entredicho su honor, sobre todo en la incertidumbre el destino de su patrimonio. Esperando e imaginando qué pasará o qué podemos hacer cuando vuelva, si es que vuelve a aparecer, y por eso escribo estas cosas.

© **Damián Cordones**

El autor:

Damián Cordones. (Arjonilla, Jaén 1980). Ha escrito los libros de cuentos *Algunos seres plúmbeos* y *Ludos, ocio, gandula* (al cual pertenece este relato). El volumen de novelas cortas titulado *Lugar baldío en cabeza humana*, el libro de microrrelatos *Ómphalos*. La obra de poesía titulada *Fabuloso cénit* y las novelas *Ornitorrinco* y *Bröste*. Todo inédito.

BULLDOZER

por Luis Topogenario

Cabeza, tronco, talones, cómo será sentir, maldito cadáver, cuando te desentierran, todo de vuelta, y para cuándo, y para cuándo te desentierran. Y quiénes. Los gusanos ya te harinaron. Maldito inmigrante. ¿Estás completo? ¿O estás esparcido entre millones de interesantes estómagos? Tenías cadera, cintura, cartílago, hombros para cananas, cacha para la pistola. Tenías rodillas, piernas con callos, el hambre en el pensamiento, desplazándose sobre todo lo conquistado como un mariscal de campo. Eras ideas, o pensamiento, como para varias hambres. Cara, cogote, una cabeza negra, casi morada, parecida a un balón. Maldito negro. Bajo tierra, finísimos cauces, galerías, mandíbulas, ojos simples, nutriéndose de tu numen, maldita mujer nutrida, y para cuándo, por favor, para qué hora, jodido. Ey... ¿y por qué no sales con tu pensamiento a perseguirlos? ¿Serviría? ¿Ya vendrán? Se sienten en nuca, espalda, nalgas, hueco poplíteo, talones, el peso de los metros cúbicos de tierra, ¿se sienten?, quizá te equivocaste, en un número o dos, gente, escarbadores, vehículos, ¿se siente?, ¿o es sólo uno de esos placebos? Los gusanos te agujerearon. De la cabeza, por las espaldas, llueve, llovía, llovía, ¿o era otro placebo la lluvia?, los órganos ahogados, es difícil, desear la resurrección, cuando llueve, se filtra, malditos maricas. ¿Por qué no te hicieron de agua antes de matarte? Qué dirán, para cuándo, tus nuevas manos al destaparte, y encontrarse tus viejas manos, reunidas en un rollo, alambres de púas. El óxido no aserró los alambres, los gusanos se saltaron tus puyas, eso no vivirá. ¿Es cierto que te arrojaron boca abajo? Un machete cercenó un brazo, pero el brazo no se fue muy lejos, bien, buenos alambres, puyas, gracias. Gracias. Que traigan la pala mecánica, se oye, ¿se oye?, se oye, son las entrañas, los engranajes, del bulldozer, hermano bulldozer. Cabellos, uñas, dentina viva, líneas nucales sobadas por una mano, cómo será sobar, sin ser descubierto. Agua filtrada, cuerpo lleno, llueva la lluvia, humus, a quemarropa. Limpiaron las sangres, aplanaron la tierra, rellenaron la zanja, en todo caso lo arrojaron a la zanja, luego mataron el cadáver, de cada hoyo manaba una sangre más caliente que la anterior, después le quemaron los tobillos y le desollaron las muñecas, sobrevivió el alambre, por último le preguntaron Cómo se hizo, Quiénes, No quiere cooperar, Quiénes, además le enrollaron las muñecas y los tobillos con rollos de alambres de púas, le prendieron fuego a lo que más quería (¿tu casa, tus escritos, tus conocidos, tus embarazos, ese libro?, ¿ese libro?, ¿instrucciones de vida?, ¿tus últimas ideas, juguetes, mentales?, ¿qué ardía?, ¿todo ardía?, malditas masas, ¿qué era lo que más querías?, ¿tu inmortalidad?, ¿tu patetismo?), le ametrallaron las paredes, lo capturaron (eran cien, y millones, contra uno), No quiso aceptar el trato, lo invitaron a entregarse a cambio de un trato, lo arrinconaron en una casa, lo detectaron, gracias, lo delató, de entre las masas, un hombre, anónimo, muchas gracias, todo esto, no en ese orden, estricto, de cosas, eventos, perimortem, no. Gracias por todo. Luego de que pasó el escándalo del cadáver, malditas viejas reaccionarias tira-la-piedra-y-retrae-la-garra, y se asentó el polvo de la vida, calma, calma acalmia, te adentraste en una selva de pensamientos inconclusos, Cómo se hizo, Para qué se hizo, Quién lo hizo, Por qué se hizo, ¿Se hizo?, con decentes resultados. Se hizo. Te consta. Maldito inmigrante. Fuera. ¿Ya te dijeron que serías parásito en cualquier patria? Fuera. Tus pensamientos se gatillan, al saber que se hizo, cómo será sentir el pensamiento, las preguntas que lo forman, las mónadas que lo decoran, la tierra que, en otras entrañas, calientes, lo reclama, lo enseña, como suyo. Esto es mío. La columna vertebral se te desvencijó, ajá, y quedaron, a flor de tierra, los nervios, lo que recordaban tus nervios, cómo gritar. Ajá. Rostros emocionantes, pasar, malditos negros, ojos de júbilo, oídos para la ira, años de ira, maldita mujer, generaciones levantadas en sedición, gritaste, aseguras, pero más alto gritan los vivos, ey. Gritar que se recuerda ya es más vital que recordar, ¿estás de acuerdo?, parece, no se siente, no eres, cómo se siente ser, enemigo del silencio, cómplice de los hombres, y sus perturbaciones. Maldita patria. Brrr, aún te queda poder. Esta columna vertebral que tienes, vértebras cariadas, no importa, calma, calma, ya te apoyarás, acalmia, en otras columnas. La raíz de un álamo cercano buscó pulmones, sintió pulmones, los halló, te introdujo en la boca nuevas raíces, las hizo crecer, una de ellas creció por tu garganta, tráquea, te rompió la caja torácica, cómo será sentir que te la recompongan, ajá, ya te rehabilitan, entonces. Aquí, pasándola

en agua estancada, sin dos o tres flagelos, cilios, que te habiliten nadar, ni cilios. Ni nada. Todo tu cuerpo parece que inmóvil. ¿Por qué no sales a perseguirlos con tu pensamiento? Que traigan la pala mecánica, batir el terreno con cuidado, que aquí no se are ni se siembre nada, y si la uña de la pala mecánica te cercena la cabeza del cuello, sin querer, ¿sentirás dolor, agobio, vértigo, sosiego? Maldito cadáver. Se oye, ¿se oye?, se escucha, son las mandíbulas del bulldozer. Cava con pereza, como una máquina recién despertada, su acero bosteza, dibujará bucles mecánicos en el aire, antes de apuntarte, y para cuándo, y para cuándo te desentierran. ¿No hay nadie que te necesite, hasta las ongs tienen que comer, algún vendedor de lotes, o alguien que necesite este pedazo, mejorado, de tierra? Esa orden, ¿tiene que pasar por demasiados despachos? Qué pensarán tus nuevos pies cuando se atoren con tus viejos pies, enrollados en varias vueltas de alambres de púas. ¿Hay que aprender a caminar todo de vuelta? Cómo remontabas, ideas altas, cerradas e inaccesibles, como muros, sino con estos pies. De dónde te salían hombres, sino de estas manos, llenas de puyas. Las primeras paladas de tierra no te molestaron. Las hormigas en los agujeros, los gusanos en las glándulas, se toleró. Todo porque se hizo. Todo por cómo se hizo. Todo por quien lo hizo. Todo para lo que se hizo. Las primeras lluvias, anegando tu zanja rellenada, poco perturbador. El sol, apaleando el aire, hirviendo las horas, como si fuesen trapos, hinchando lo huesos, se acepta, se aceptó. No hubo cal, cal viva, qué lástima. Gracias. El álamo, hermano álamo, despedazándote, convirtiéndose en pulmón tuyo, en corva, más adelante en canilla, codo calcáneo, ajá. Esperemos más hordas, movimientos, más invasiones. El hermano bulldozer masticó la tierra de la zanja, cómo será sentir, tronco, troncos, cabeza, cabezas, los gusanos te harinaron, el agua que te granuló, el sol que te deshizo en diminutas trabéculas, cómo será el pensamiento, en esas trabéculas. Esto es mío. El brazo, cuando lo arrancaron con el machete, lo habían afilado largo rato, hermano machete. El brazo no se fue muy lejos, lo retuvo la mano en el rollo de alambres, quedó colgando, al alcance del cuerpo. Estás completo. Esto es mío, hermana trabécula. Te sentirás completo. ¿Volverás a ser ambidextro? ¿O elegirás la zurda? Por la zurda se abraza. Por la zurda se gatilla y se bruñe el diapasón. Por la zurda se llega a la derecha. Por la zurda se conoce la derecha. Por la zurda se regresa de la derecha, luego de algunas vacaciones. Están excavando. Prepárate. Te van a interrogar. Los instrumentos te van a interrogar. Hermano instrumento, quiero empezar por mi pensamiento. Pero a tu brazo arrancado, ¿quién lo sentará en una silla y lo sobará? El hermano bulldozer, las hermanas bolsas plásticas negras, te estás anticipando, aquí, sobre tu zanja, maldita patria, la tierra se erizó de grama, en todo este tiempo, el reino de los álamos te agradece. Las horas, cómo será sentir las horas, se constelaron de nombres nuevos, legislaciones más avanzadas, más patrullas, más patrullas, teorías recién salidas de los hornos, gestos abrumados por el buen sexo. Se prohibió aglomerarse. Se prohibió atomizarse. Se prohibió arreglarse. Se prohibió desarreglarse. Algunas pantallas han funcionado. ¿La humanidad dirá También esto es mío? Tus pensamientos se gatillan, en breve llenarás un hombre, ajá. ¿Cómo será sobar? ¿Cómo será preguntar? Todavía cuelga sobre ti una pregunta: ¿los habrías fusilado tú primero? Luego de haberse matado al cadáver, las arpas desnudas humeantes, los estandartes revolcados, las palabras cabeza abajo, ¿quién se dedicó a cubrir la zanja, quién a celebrar, quién a visitar despachos? Hombre ovívoro, recolectaron tus huevos. Preguntas, preguntas, más preguntas, más patrullas. Qué lástima que las preguntas no lloran. Qué lástima que las respuestas no ven. Las narraciones no enjuagan, tú, que te pensabas lavado. Cabeza sorda. Pies embarazados. Ojos que son el intersticio del último horizonte que observaron, ajá, y eso qué es, roce. ¿Y eso qué es? Los ronrones del motor, motores, las máquinas están sonando. Engrana, una palanca, engrana otra, otra palanca, la tierra se estremece. ¿Ya están aquí? ¿Exactamente aquí? ¿Te rozó la uña metálica del bulldozer? Casi, ya te están descubriendo. Así que era cierto. Se retarda, tarda. ¿Qué pasó, machacan? Más rápido, por favor. La zanja está casi vacía. Esto que era frío, no lo recuerdas. Recordar se devaluó en el crash, según las estadísticas. Con preguntar (¿Esto es el frío?) ya sobra, y alcanza. Escuchaste un silbido, ¿lo escuchaste?, chiflido muy fuerte, como entrenado en barracas o en la hinchada, Paren, chiflido, Ey, ¡paren!, eso es distinguible, entre los ronrones. Estuviste años y años de conversación con este momento, muy bien conservado, se acercan, Apágalo, más órdenes, ¡Apágalo!, se están atreviendo a acercarse. Algo de claridad, lumbre matinal, te llena, la zarpa mecánica del bulldozer te rozó, sin estremecerte, la tierra respira, la tierra respiró. Cabeza, púas, ¡bienvenidas a la mañana!, gracias, estas ulnas que ahora son cordilleras, prepárense, ¡Prepárense! Estás casi boca abajo, desafortunadamente, el orbe te saluda de espaldas, te regresas a la vida por atrás, rebobinando el mismo movimiento rectilíneo con que te botaron. Suena el sonido, lo que antes imaginabas, suena. Cabeza,

corva, uñas viejas, Es éste, se escucha, entre una estampida de páginas repasadas, estrujadas, por dedos nerviosos, manos no coordinadas, regateo en el papel, con papel carbón, más páginas repasadas, listado, sobre el cartón de una carpeta, por un índice sin saliva, pisando y subrayando las letras que esperabas oír, apareció otro Es éste, sí, sí, sentís en las apófisis vertebrales un tercer dedo escrutador que te señala, querido espinazo descubierto, ¿Éste es?, agregó, revisar, revítese, más páginas repasadas, más caras consultadas, ¿Es éste?, pausa, estampida de pausas, Éste es, sí, sí, no hay duda, bien, parece que sí, sos vos. Vos sos vos. Pisadas alejándose, pisadas acercándose, pisadas machucándose en derredor, coro de pisadas, rodeadas, por vibraciones concéntricas en la tierra, Bueno, se escucha, Tráiganlo, pausa, Sáquenlo de la bolsa plástica, negra, coro de pausas, gruñidos, síes, restregados al plástico, Bótenlo allí, dedo indicador, Sobre ése, estampida de pausas, gruñidos, bíceps, síes, músculos contráctiles, deltoides resaltados como culebras, soportando vaivén de cuerpo, movimiento rectilíneo, en el aire, va cayendo, sobre tus espaldas, otro par de espaldas, su par de alambres de púas se enreda con tu par de alambres de púas, Bien, se escucha, Bueno, chiflido entrenado en hinchadas, barracas, ejercicios coordinados, Ey, llamen al bulldozer, respiró, respira, sonrió, débilmente, Que venga a tapar estos trapos, resonancia, eco, cese. Sonido de sonidos. Llantas gruesas macerando, se acerca, se acerca cerca, mandíbula, zarpa, brazas metálicas, bucles en el aire, nueva tierra, tierra respirada, y otro. ¿Y este otro? Ey, pero no responde aún, tarda, su muerte todavía está tímida, sus recelos no se debilitan, su desconfianza hacia tu cuerpo aún no se disuelve, quizá su vida aún no se desactivó, Ey, ¿y se hizo? ¿Se hizo? Pausa, Sí, respondió, Se hizo. El bulldozer acumuló toda la tierra de vuelta, tapó las viejas galerías, ensartó gusanos, sus dos orugas se condujeron por la superficie para apisonar. El bulldozer se alejó, se pierde sin apagarse, su araña hidráulica ronronea, sólo se pierde, ¿Y cómo se hizo?, Se hizo bien. ¿Y quién lo hizo?, Nosotros. ¿Nosotros? Nosotros. Brrr, alegría, esa emoción parásita de la compañía, ahora que, gracias por todo, estás acompañado. Ah, nosotros, cómo será ser nosotros, cabeza, estampida. Esto es nuestro. Te echaron boca arriba, y me botaron boca abajo. Qué lástima que no vamos a poder vernos las caras. Maldita cara. ¿La cara es importante? La cara es importante. Querida espalda, no te desvanezcas. Ahora que sos mi cara. ¿Y llueve mucho aquí? Es difícil. ¿Lloverá mucho? ¿Arderá seguido? ¿Cómo será preguntar?, ¿Y cómo será responder? Maldita patria. Cabeza, tronco, talones, y para cuándo, Ey, y para qué.

© Luis Topogenario

El autor:

Luis Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Ha publicado la novela *Fat boy* (Montevideo: Gráficos del sur, 2010). e-mail: topogenario@gmail.com

* * *

Relato

EL DUELO

por Sergio Cossa

Nos observábamos de frente, recostados en cada pared. La distancia exacta, los brazos en arco, las manos crispadas y nuestras bocas dispuestas a disparar.

Pensé que si atacaba primero ejercería más daño, así que lancé mi burla apuntando a su cabeza. Pero ella, con sus defensas intactas, la esquivó con una mueca y contraatacó con un áspero sarcasmo. No esperaba su brusca reacción y acusé el golpe de la onda expansiva. Solo dudé unos segundos y dis-

paré uno de mis mejores dardos venenosos. Mi ofensa inmovilizó su hombro izquierdo. Mientras se frotaba por el dolor, me espetó una serie de improperios y agravios que nunca escuché de su parte. La sorpresa produjo un calambre en mi estómago y casi caigo de rodillas. Conseguí inspirar profundo y un insulto escapó rasgando mi garganta, por el ácido que cargaba. Y le dolió. Vaya si le dolió, que le saltaron lágrimas y se tapó los oídos.

Así continuamos, dos Templarios batidos a duelo, lastimándonos con nuestros mandobles. La batalla finalizó cuando las menguadas energías nos impidieron emitir sonido alguno.

Empate.

Luego nos propusimos aunar esfuerzos en seguir adelante, sin enfrentarnos más. Pero los dos sabíamos que las heridas infligidas eran profundas y volverían a abrirse periódicamente, desangrándonos.

© Sergio Cossa

El autor:

Sergio Cossa. Reside en la ciudad de Río Cuarto (Argentina). Es un escritor inédito. Miembro de la Sociedad Argentina de Escritores, Filial Río Cuarto. Tiene una novela terminada en el año 2011: *El vuelo del ranoraky*. Una fantasía juvenil contemporánea de 240 páginas. Escribe cuentos y relatos que pueden ser leídos en su blog: www.sergiocossa.blogspot.com. Desde hace unos meses encontró un género que lo apasiona, que es el microrrelato o minificción. Lleva más 100 micros escritos, algunos publicados en varios blogs literarios. Espera llegar a los 200 en unos meses. Todos entre 8 y 300 palabras. Cuando los termine, los editará en papel.

* * *

Relato

TITO *TIGRE* FERNÁNDEZ

por Dominique Vernay Juillet

El entrenamiento había sido especialmente duro y Pedro recibió el aire frío de la noche como el agua con la que le espabilaban entre asalto y asalto. No eran más de las ocho, pero las calles estaban casi desiertas en ese barrio junto a los muelles, donde solo quedaban unos cuantos almacenes destartados de negocios muy rentables una década atrás, pero reciclados ahora en refugios de clandestinos y okupas.

El hombre respiró hondo y dudó un momento si acercarse al bar de la esquina cuyo dueño, un viejo xenófobo, había sobrevivido a la crisis; despreciaba abiertamente a su nueva clientela multiétnica, a la que se dignaba a servir por los pocos ingresos que le reportaba.

—¿En qué se ha convertido un país cuando su gente tiene que recurrir a ratas extranjeras para poder pagarse un entierro digno? —preguntaba a menudo.

Pedro no le solía contestar nada. Ni la compañía del viejo ni sus ideas racistas le agradaban y sabía de sobra que en aquel cuchitril de bar, las preguntas y las respuestas corrían a cargo del mismo hombre; sin embargo, aquellos reiterados monólogos eran para el boxeador mejor que la soledad de su piso desde que la Nati le había dejado.

—Pues te lo voy a decir... un país así es una puta mierda de país —lanzaba el viejo en voz alta, mientras limpiaba con una bayeta de un gris dudoso el falso granito gastado de la barra.

Antes de haber podido decidirse hacia dónde tirar, Pedro oyó unos gritos de socorro y, en la luz de la única farola frente al gimnasio, vio a un chaval de unos doce años que le miraba fijamente. Después de recuperar el aliento, el chico se puso las manos en los bolsillos para disimular su nerviosismo –tanto por lo que estaba ocurriendo no muy lejos de allí, como por la impresión que le causaba el estar hablando con el mismísimo Tito *Tigre* Fernández.

Así se conocía a Pedro en el mundo del boxeo donde había sido el mejor peso medio a nivel nacional. Luego la Nati le había dejado y con ella su buena estrella.

Pedro se fue acercando al niño que seguía mirándole fijamente.

–Habla más claro chaval si quieres que se te entienda, que pareces una nena lloricona –le soltó el hombre sin más.

Lo de nena lloricona era un golpe bajo que el niño recibió sin pestañear, no había tiempo para mosqueos de ese tipo.

–Mi hermano necesita ayuda, lo va a matar si no le ayudas –contestó el chaval–, ¡por favor Tigre ven conmigo!

Pedro no contestó pero asintió con la cabeza.

El niño ya estaba corriendo en dirección hacia el pasadizo que iba desde el lateral derecho del gimnasio, hasta una especie de tierra de nadie donde se amontonaban restos de obras. De vez en cuando se paraba para asegurarse de que el hombre le iba siguiendo. Al pasar de la oscuridad del callejón al descampado iluminado por las farolas de una autopista cercana, Pedro tuvo la sensación de estar saliendo del túnel de los vestuarios hacia el ring y su pulso se aceleró.

De nuevo estaba el chaval a su lado suplicándole que separase a los contrincantes, ya que era evidente que no era para nada un combate justo ni amistoso.

–Oye mocoso, que yo no soy una hermanita de la caridad y si estos dos se quieren zurrar sus motivos tendrán –gruñó Pedro que, más que separarlos, tenía ganas de colocarse en una de las esquinas de aquel ring improvisado, para darles unas cuantas recomendaciones sobre golpes contundentes.

El niño no se quería dar por vencido. Olvidándose por completo del respeto que le imponía la nariz hundida de Pedro, así como de las dos cicatrices que le deformaban la cara, se puso de rodillas ante él y, tirando de su cazadora, le suplicó que no dejara que aquel grandullón se cargase a su hermano.

–A mí nunca me gustaron los combates amañados, que gane el mejor –lanzó el hombre en tono despectivo–. ¡Suéltame!

–¡Pues no es lo que dicen por ahí! –gritó con rabia el pequeño cuando el boxeador estuvo lo suficientemente lejos de él.

Eso también era un golpe bajo, pero antes de que Tito *Tigre* Fernández pudiera reaccionar, el más fuerte de los dos combatientes estaba rematando la faena añadiendo insultos a sus patadas.

–Toma, rata extranjera.

Entonces Pedro –Pedro el que había sido el mejor boxeador del país, Pedro el que la Nati había dejado KO– se fue hacía aquel bocazas grandullón para reventarle la boca de un potente directo en toda la mandíbula.

© Dominique Vernay Juillet

La autora:

Dominique Vernay Juillet (5 de enero de 1953. Chazelles-Sur-Lyon, Francia). Estudios de español en la universidad de Saint-Étienne (Francia). Ya en España colaboradora de traducción en revistas científicas así como en guiones de cortometrajes. Grabación de cursos de francés online. Desde la infancia ha practicado el género epistolar, hasta que empezó a interesarse por la ficción. Blog: <http://dominiquevernay.blogia.com>

CIELO SIN NUBES

por Patricia Nasello

*Todo el mundo es consciente de que la vida es paródica y necesita una interpretación.
Así, el plomo es la parodia del oro.
El aire es la parodia del agua.
El cerebro es la parodia del ecuador.
El coito es la parodia del crimen.
Georges Bataille*

—En este mundo que me rodea, hecho con abundancia de tierra pero poca agua, pretender acabar con el polvo es un acto de soberbia —dijo ella. Y decidió no limpiar más. Ni limpiarse.

Tanto sobre esa tierra que constituía su mundo, como sobre las rocas, el caserío, los espinillos y los cardones que se alzaban en ella, se extendía la mica, mucha mica que parecía salpicar hasta el polvo suspendido en el aire, como astillas de un espejo colosal.

Siguiendo un impulso buscó un espejo de mano y observó su rostro. Le costó reconocerse. Se culpó por haber permitido que el tiempo pasara sin ocuparse de aquellas cosas de las que se ocupa la gente que sí se reconoce. Dejó el espejo sobre el piso, cuidando que el reflejo quedara oculto para no correr el riesgo de reencontrarse y dispuso sobre la cama la ropa que él usaría. Ropa a estrenar, fresca y suave al tacto, sobre sábanas revueltas, viejas. De ningún modo iba a estirarlas, ni hoy ni mañana tampoco. Nunca más. Tender la cama le parecía ahora un trabajo extenuante, la veía tan grande, tan sola, que habría sido demasiado el camino a recorrer para abarcar el desierto de su extensión. Una vez él había sido grande y fuerte. Él, grande y fuerte como era le había enseñado a reír, a mostrarse paciente y a quedarse quieta. Pero él, quizá por grande y fuerte, se aburría pronto. Ahora pretendía confundirla regresando indefenso, regresando niño.

*«Siguiendo un impulso
buscó un espejo de mano
y observó su rostro. Le
costó reconocerse. Se
culpó por haber permitido
que el tiempo pasara sin
ocuparse de aquellas
cosas de las que se ocupa
la gente que sí se
reconoce.»*

La chomba nueva que ella había comprado para él era verde y cuando buscó medias que hicieran juego encontró cierto par blanco con una línea igual de verde, como sus ojos. Los ojos de él la habían enamorado antes que él. Lo amaba con locura. Una vez ella le había dicho «sos más hermoso que un muñeco», él reaccionó enojándose. Antes se enojaba a menudo, antes, cuando se tomaba el trabajo de determinar la vida de los dos: dónde ocuparse, qué comer, cuántas horas dormir, cómo amar o cuándo estaban dadas las condiciones para permitirse el lujo de una ilusión. Ella siempre había obedecido cuando él, su rey hermoso, su muñeco irascible, estuvo a cargo del mundo.

A través del cristal de las ventanas miró el patio y más allá el ligustro que su padre había plantado tantos años atrás. En medio del patio, desparramando sombra donde antes calcinaba el sol, se erguía el lapacho sobre el que fijó su vieja mirada tranquila, como si fuese un centinela en el que confiara plenamente. Así había sido su padre, capaz de privarse del agua que necesitaba con tal de asegurar la vida de aquél que estaba para engendrar flores. Con el hilo de agua que por aquel tiempo brotaba de la canilla del fondo lo había regado. Ella aún creía percibir aquel olor a tierra húmeda, recién paleada, aún creía ver aquella espalda ancha, protectora, generosa, doblada sobre el cantero.

Miró las sierras, el cielo sin nubes y el sol: podía observar el mundo desde su ventana. Excepto la calle, el ligustro la tapaba, de todos modos no deseaba ni necesitaba verla: sobre ese polvo apisonado que llamaban calle, los que debían pasar ya habían pasado. Ahí afuera estaban el patio y el

cielo, más allá la calle invisible y más lejos de allá, según ella aseguraba, los recuerdos. Trozos de recuerdos partidos y vueltos a partir. Trozos mínimos algunos, astillas filosas, otros.

—No sólo la tierra abunda, aquí también hay un exceso de astillas —susurró. Su gesto era el de quien ha encontrado, por casualidad, un origen, una causa para el mal que sufre.

Evidentemente el mundo era algo que sucedía afuera, pero para estrenar ese nuevo tiempo suyo libre de jabón y escobillones, nada mejor, supuso, que quedarse dentro. Cerró todos los postigos, corrió todas las cortinas e iba a colocar el pasador a la puerta cuando él se despertó. No era justo que él se quedara a acompañarla, pertenecía al mundo. Por eso a él lo dejó contra la puerta pero del lado de afuera. Boca abajo, carita girada a la izquierda, como lo ponía en la cuna.

La siesta era calurosa pero a él lo había dejado bajo la sombra del lapacho, así que su ánimo estaba tranquilo cuando, por fin, se encerró y para que ese encierro fuese completo cerró también los ojos; no había motivo para mantenerlos abiertos, igual no podría verlo. Él comenzó a llorar. Cómo cerrar los oídos, su llanto le estremecía el corazón. Intentó distraerse pensando que con esa ropa nueva que

«Evidentemente el mundo era algo que sucedía afuera, pero para estrenar ese nuevo tiempo suyo libre de jabón y escobillones, nada mejor, supuso, que quedarse dentro.»

le había puesto y su pelo, del mismo color que el oro viejo, parecía un muñeco. Dentro de su casa cerrada ni siquiera el polvo volvería jamás a brillar como oro. Sin embargo, y de esto no le cabía la menor duda, sobre el piso, sobre los muebles, sobre su propia piel, se iría acumulando un polvo gris como el plomo, un polvo suelto sólo útil a la hora de escribir cartas con el dedo. Quizá algún día le escribiese a él. «Querido» escribiría en el polvo acumulado sobre su cama solitaria. Con letras encimadas escribiría: «Querido, tengo un colchón de plomo tenue. Pronto habrá pasado el tiempo suficiente, podré poner las manos en garra y escarbar en ese colchón hasta hacerlo cobija.»

Ella también lloraba, las lágrimas le empapaban la cara. Lloraba ahogándose en su propio llanto y recordando haber llorado mientras él, desde su grandeza, la miraba aburrido. Recordaba que había suplicado y había proferido los gritos más terribles mientras él, tan fuerte como siempre, se marchaba. Tal vez fuesen esos gritos los que aún vibraban como golpes sobre su cuerpo, cuando contra la puerta, del otro lado, él dejó de llorar.

El recuerdo del llanto, sólo eso quedaba. Un recuerdo completo y perfecto en aquel primer instante, pero los instantes sucesivos lo desgastaron hasta dejarlo mínimo, apenas un gemido en la memoria, una queja, nada.

—No llora porque es un muñeco —afirmó en voz baja, repentinamente serena.

Ese silencio no la asustaba, podría resultar el presagio de algo bueno. Tal vez, caminando por la calle polvorienta un hombre generoso se acercaba. Quizá ese hombre confiable y bueno estuviese a punto de golpear a su puerta. Y ella con la cara húmeda. Debía secarse, buscar inmediatamente la cartuchera aquella, largamente perdida, donde guardaba el rubor, la pintura de labios y el cepillo con el que se alargaba las pestañas. Debía encontrar rápido un espejo.

El sol se ocultaba tras las sierras.

© Patricia Nasello

La autora:

Patricia Nasello nace en Córdoba (Argentina) en 1959. En la Universidad Nacional de Córdoba obtiene el título de Contadora Pública, profesión que no ejerce. Lectora empedernida, en 1999 comienza a narrar por escrito sus propias historias. Obtiene diferentes galardones, Segunda Mención en Cuento Certamen Franja de Honor S.A.D.E. 2000 (Sociedad Argentina de Escritores), Primera Mención Género Narrativa Concurso Manuel de Falla 2004, Primer Premio Género Ensayo Concurso Manuel de Falla 2004, Mención Concurso La Mañana de Córdoba 2005, entre otros. A partir del año 2010 edita un blog, **Esta que ves**, donde publica textos propios. Su trabajo en la red le ha reportado publicaciones en otras bitácoras, revistas culturales y periódicos. A partir del año 2005 colabora con la revista Otra Mirada S.A.D.O.P. (Sindicato Argentino de Docentes Particulares) a través de su columna Para leer y disfrutar. Coordina talleres de creación literaria.

TRAMPOLÍN DE MIERDA

por Txema Torrent Santamaria

Un instante de lucidez, sólo uno; y las redes de lo vulgar se abrirán para que podamos ver lo que somos: ilusiones de nuestro propio pensamiento.

¿La estupidez? Ser compinche del mundo.

E.M. Cioran

Dije basta y suspiré. Casi lloro de cansancio, algo que nunca me había ocurrido, pero pude reprimir el sollozo a tiempo y dejarlo todo contenido en una palabra y un silencio.

Para los que aún no lo sepáis mi nombre es Mario, y a grandes rasgos, en lo más básico, no me distingo de vosotros en nada. Oh, claro, no sabéis a qué me refiero con *básico*, es como si pudiera ver vuestras caras leyendo esto. Con básico me refiero a todo aquello que vuestras lógicas y sentidos comunes han determinado que debe trazar la diferencia entre Mario y vosotros, es decir, lo que me convierte a mí en un ser sustancialmente distinto, merecedor de una eme mayúscula cada vez que debe ser referido, e indigno (en estas circunstancias estoy en condición de llamarlo así) de pertenecer al conjunto *nosotros*. Eso es lo básico.

No me fueron muy bien las cosas, ¿pero a quién sí? ¿A vosotros? Sí, es cierto que con toda probabilidad vosotros ni os encontraréis en el lugar donde yo me encuentro ni hicisteis nada parecido en vuestra vida a pesar de que la mayoría estabais como yo e incluso algunos mucho peor, no voy a negarlo, pero tampoco me negareis que la cosa estaba que echaba chispas y que acciones como la mía hicieron que os sacudierais el polvo. En vuestro posible triunfo, ahora que todo pinta mucho mejor, yo no tendré espacio, lo asumo, y pienso que no está del todo mal que sea así, pero jamás permitiré que penséis –quizás sí que lo digáis, pero no que lo penséis– que lo que hice no sirvió de nada.

Lo que no os han contado es que todo empezó en un lugar parecido al de ahora. Bueno, no, la habitación de mi casa en la calle Sant Pere tenía más color, más luz; aquí parece que el gris plomizo y triste del hormigón tenga que tragárselo todo para que nos quedemos solos yo y él. Aunque casi diría que era más grande, recuerdo mi habitación como un espacio minúsculo y abigarrado. En mi memoria siempre he retenido la misma imagen inmóvil por más que el tiempo la haya cambiado; hace mucho que se escapó del fuero del tiempo. Ya sabéis, la memoria es selectiva o no es, y por eso mismo todos mis motivos quedarán soterrados bajo la aberración y el sinsentido.

«Si ahora ya rozo los treinta y cinco años, tengo la sensación de que durante los últimos veinte (salvando estos cuatro, por supuesto) mi despertar ha sido una escena siete mil trescientas veces repetida.»

Si ahora ya rozo los treinta y cinco años, tengo la sensación de que durante los últimos veinte (salvando estos cuatro, por supuesto) mi despertar ha sido una escena siete mil trescientas veces repetida. Si lo pensáis bien es algo frustrante y jodidamente perturbador echar la mirada siete mil trescientas mañanas atrás y ver las mismas paredes color crema, el mismo suelo de baldosas marmóreas, las mismas zapatillas (que por más que cambien siempre son las mismas putas zapatillas) y las mismas cortinas blancas llenas de cenefas. No sólo eso, también lo que representan. Aquí hay tiempo de sobra para calcular este tipo de cosas, sabéis.

Claro que hubo temporadas y temporadas: estuvo lo de Clara, que ya da igual, o cuando llegué a

intentar independizarme, pero también mi memoria es selectiva y, al margen de esto, la escena matutina de la práctica totalidad de mi vida no ha dado para más. Decidme que no es para volverse loco.

No me malentendáis, yo no nací derrotado. El listón es algo que, en nuestro caso, hemos bajado de forma paulatina con los años y que ha precedido al abatimiento. No nacimos derrotados, pero nos hicimos mayores presintiendo la derrota, masticándola y asumiéndola, preparando el terreno de la auto compasión. Fue así. ¿Qué queráis ser de niños, cuando el color crema de las paredes de mi habitación supongo que aún no tenía desconches, ni posters, ni golpes de escritorios y estanterías? Yo también; un imposible, que para algo fuimos niños y tuvimos el efímero derecho a soñar. Hasta aquí nada había cambiado. Pero hagámoslo distinto: ¿La mayoría de vosotros pensabais, en vuestro segundo, tercer o cuarto año de carrera, que seríais lo que hoy en día sois? Sigo pudiendo ver vuestras caras, y sé que algo se os ha nublado en la mirada. Exacto. No fue la rutina. No fueron las paredes, ni las cortinas de los cojones, ni mi cama, cada vez más estrecha e infantiloides conforme pasaban los años. Fue no ver su final, la desabridez de su realidad.

Al principio acepté las explicaciones graves y sesudas que en la radio, la televisión y la prensa hacían un alud de repentinos expertos surgidos de la nada. Nunca culpables, muchos parecían descendidos de los cielos para evangelizarnos, para profetizar algo que solía acogerse entre nosotros como poco más que una petulancia. Periodistas especializados, catedráticos, políticos de todos los colores, signos y matices; más tarde se unieron sindicalistas, portavoces de plataformas, presidentes de asociaciones y otros, cada uno menos experto y más iracundo que el anterior. Digamos que el

« No nacimos derrotados, pero nos hicimos mayores presintiendo la derrota, masticándola y asumiéndola, preparando el terreno de la auto compasión.»

turno de palabra en lo relativo al problema se fue democratizando, por rescatar términos de los que usábamos entonces. Algunos de ellos –los más avezados en la materia, que fueron los primeros en alzar la mano–, con camisa y corbata como primer argumento de peso, parecía que estuvieran describiendo una situación que, aunque interesante, les era completamente ajena, como un biólogo relatando el apareamiento de la mantis religiosa y su consabido final, un historiador analizando el índice de mortalidad de cualquier peste de la edad media, o un médico confirmando el tumor cerebral de un paciente al que no conoce.

Debo admitir que yo actuaba con pretenciosidad ante tan apocalípticas predicciones. Trataba de no incluirme en el cerco. Me licenciaría al año siguiente, y todo apuntaba a que sería con notas sobresalientes. ¿Se me podía incluir a mí en el saco donde estaban Jorge, Adrián, Rubén y otros de mis amigos que veían cómo el imperio del tocho que financiaba su nivel de vida, (muchísimo más alto que el mío, precariamente sustentado por mis padres) se venía abajo? A ellos, más allá de mantener su trabajo, poca cosa les quedaba, poco horizonte, pero a mí... ¿se me podía augurar un futuro tan aciago? Joder, Mario, pues claro que no, resonaba en mi cabeza mientras reseguía con el índice a pie de página las referencias profesionales de los autores de artículos de opinión y análisis más leídos, algunos de ellos profesores míos.

Y así fue. Al año siguiente se cumplieron las previsiones. Ambas. La primera de ellas, académica, fue mi licenciatura en derecho. Para mí la carrera era un trámite, un trampolín cualitativo para distanciarme de toda la tradición de trabajadores humildes y sin formación que imperaba en mi familia. Ellos acogieron mi pequeña hazaña como un triunfo colectivo, y no les faltaban motivos. El gris antropófago de este maldito lugar aún no ha podido arrebatarme el verde de los ojos llorosos de mi madre el día de la ceremonia de graduación, ni sus dedos hinchados y toscos de trabajar para pagar libros, matrículas y tasas. Vino con unos tejanos holgados y un jersey *quechua* escondido con timidez bajo una sencillísima chaqueta negra, arreglada y modosita a su manera. Lo recuerdo porque me impactó verla así entre tanta falda, vestido, encaje, tacón, fular y recogido de peluquería. Pero me dio igual, ella estaba orgullosa, y esos ojos eran impagables, maldita sea. Tampoco el bigote exagerado de mi padre sobre su boca sonriente, que dejaba entrever unos dientes apretujados y amarillentos de los ducados que fumaba desde tiempos inmemoriales. Me había dicho dos días antes que Ginés, su compañero de patrulla, le había confesado morirse de envidia cuando le comunicó que pediría el día libre en el cuartel para ir a la graduación de su hijo. Como podréis imaginar, el título

no colgó nunca de la pared de mi habitación, sino de la del salón del número dieciséis, 1º puerta C, de la calle Sant Pere.

La segunda fue que también los peores pronósticos de *los que saben*, como les llamaba mi padre para contar con un argumento más a su favor durante nuestras discusiones a la hora de cenar, entraron en escena, y poco a poco fueron subsumiendo a muchos y pervirtiendo (en algunos casos, aun más) a otros pocos, hasta llegar a hoy. Aunque, si no el que más, soy de los que peor terminó, también fui de los últimos en dejarme arrastrar. Libre de toda obligación, las entrevistas de trabajo eran cuestión de tiempo en alguien de mi valía, a quien incluso habían ofrecido realizar el doctorado en la universidad, por lo que todo era cuestión de buscar ofertas, mandar los currículos correspondientes y el propio mercado se encargaría de devolverme lo que había sembrado.

Como pensé que la faena surgiría pronto no creí necesario perder el tiempo trabajando en algo que no fuera de lo mío. Lo más sensato, y así me lo recomendaron también mis padres, era poner todo el empeño en encontrar un trabajo acorde a mis cualificaciones y, mientras tanto, seguir viviendo en mi casa. No me pareció mal, y los vi tan ilusionados que plantearles cualquier otra cosa hubiera significado pinchar el globo de la atmosfera rimbombante que se vivía en mi casa. Ni hablar del Badia, un pequeño bar costero cercano a mi pueblo donde algún verano solía trabajar de camarero, aunque lo cierto era que con veintitantos años ya empezaba a necesitar una fuente de ingresos medianamente seria.

Sobres, currículos, fotocopias, fotocopias de fotocopias, números de contacto que anotaba a toda prisa en la esquina de un trozo de papel mal arrancado, y cartas de presentación en todos los formatos imaginables inundaron mi pequeño escritorio. También periódicos: tres o cuatro distintos que cada mañana después de desayunar bajaba a comprar al quiosco de la plaza. Los podía consultar por internet, pero llevarlos doblados bajo el brazo de vuelta a casa, desplegarlos junto al montón de documentos ordenados de la mesa y echarles un vistazo fugaz a las portadas le daba seriedad e implicación a mi nueva tarea. Manuales, códigos y apuntes ya habían cumplido su función y permanecían, tan altisonantes y soporíferos como eran sus títulos en sus gruesos lomos, retirados respetuosamente sobre el anaquel. Cuando terminaba de buscar ofertas, páginas web, direcciones postales y electrónicas, de llenar sobres y doblar papeles, escudriñaba con tranquilidad El País, el Ara, El Mundo, el Público y el ABC. Uno a uno mi cabeza desmenuzaba artículos de opinión y análisis; uno a uno mi dedo índice seguía repasando el nombre y la breve referencia al pie de página; uno a uno, joder, Mario, pues claro que no.

«Como pensé que la faena surgiría pronto no creí necesario perder el tiempo trabajando en algo que no fuera de lo mío. Lo más sensato, y así me lo recomendaron también mis padres, era poner todo el empeño en encontrar un trabajo acorde a mis cualificaciones y, mientras tanto, seguir viviendo en mi casa.»

Sólo recuerdo con nitidez la primera entrevista. Lógico. De las otras únicamente guardo un vago recuerdo, y no creáis que fueran muchas, sólo que se me entrelazan. Las hice en catalán, castellano, e incluso alguna en inglés; en bufetes de abogados, despachos de procuradores y departamentos jurídicos de empresas relativamente grandes. No voy a entrar en ello, no tengo ganas, pero todas tuvieron el mismo final: una sonrisa postiza y un ya le llamarán. Los hijos de puta cobardes me sentenciaban y no tenían ni los huevos ni la decencia de despedirse en primera persona. Aunque los había de todas clases, los recuerdo a todos como el mismo tipo espigado y repeinado, en el umbral de los cuarenta, con una barriguita resultona mal disimulada bajo la camisa y la americana abrochada, con una seriedad profesional e incómoda, distante y mezquina. El fiel lacayo sibilino y metódico del malo de las películas. Casi podía ver a cada uno de ellos poniendo una crucecita roja al lado de mi nombre en la lista mientras yo cerraba la puerta, una lista de varias páginas grapadas por la esquina, siempre bien visible a su lado durante nuestro breve encuentro, en la que, de tantos que había, no podías ver tu nombre. ¿Una prueba de presión? Ni me lo planteé. Confiaba en mí, ¿tenían ellos un solo motivo para no hacerlo? Menudos gilipollas, pensaba unos días después, mirando la impasibilidad muda del móvil sobre la elegancia de los periódicos.

Como ya he dicho, no guardo una imagen nítida de esas escenas en mi cabeza, pero sí recuerdo cómo me echaron a temblar las piernas cuando, en la última entrevista de trabajo que tuve antes de

llamar al Badia para solicitar un empleo a media jornada, vi el papel con los nombres minúsculos y mecanografiados sobre la mesa. Al irme juraría que miré hacia dentro de la sala buscando algo de misericordia, anticipándome a mi injusta sentencia sin posibilidad de apelación.

Sería sólo de nueve a dos. Sólo hasta semana santa, para cuando ya habrían filtrado todos mis currículos en los procesos de selección y habría tenido tiempo de mandar algunos más. Todas las mañanas de lunes a sábado a cambio de quinientos cincuenta euros al mes y una prórroga para seguir buscando. Dentro del desencanto, no dejaba de ser una oportunidad. La misma mañana solapada sobre la anterior, idénticas todas, con el mismo suelo marmóreo, la misma cama obsoleta y pueril, los mismos manuales anotados y subrayados en el anaquel, que no entendían nada.

Pedro era un buen tipo. Hablo del dueño del Badia. Sabía que yo estaba allí por necesidad, y era consciente de que a alguien que hasta hace menos de un año era un jurista prometedor que, en un futuro no demasiado lejano, entraría en tu bar un par de veces por semana a tomar un cortado rápido mientras te contaba la última que le había sucedido en el despacho o en el juzgado y tú le decías riéndote «chico, con lo torpe y niño que eras, quién te ha visto y quién te ve», no le podía pedir entusiasmo, sólo eficacia. Me animaba a menudo con un par de palmadas en la espalda a media mañana, cuando el bar se vaciaba y salíamos del trance que supone el ir de aquí para allá pensando en las comandas que te quedan por hacer y escuchando las que te piden dos o tres voces a la vez. ¿Cómo va lo tuyo, chico, algo nuevo? Una negativa con la cabeza, y se iba esbozando una sonrisa de educada condescendencia a la vez que se secaba las manos con un paño. Fue una pregunta que se repitió durante meses, aunque cada vez menos, lo que siempre he pensado que fue una consideración con gran dosis de humanidad.

«Los taburetes de esa barra sólo conocían dos clases de personas: las que no tenían nada que hacer y las que iban de culo. Eran dos polos opuestos con un único punto de conexión en la barra del Badia.»

Los taburetes de esa barra sólo conocían dos clases de personas: las que no tenían nada que hacer y las que iban de culo. Eran dos polos opuestos con un único punto de conexión en la barra del Badia. De los muy ocupados, muchos solían dejar la maleta y el papeleo sobre la barra durante los cinco minutos que tardaban en liquidar el café y echarle un vistazo al periódico deportivo, por lo que a menudo me sorprendían mirando de reojo el título de un libro o la naturaleza de un papel. Si eso pasaba, levantaban la mirada del periódico y la clavaban en mí durante medio segundo, analizando al ser de devantal ajeno a su mundo de corbata. Acto seguido me pedían la cuenta y reiniciaban su lectura en la línea

donde lo habían dejado como si nada hubiera ocurrido.

Hasta entonces me había sentido injustamente desubicado, casi por error, desaprovechado, pero ahora, por primera vez en mi vida, tenía una cáustica sensación de inferioridad.

Pedro me mantuvo en el trabajo como pudo hasta un poco antes de lo previsto. La regresión de la economía le estaba pegando de frente y, aunque el Badia seguía teniendo clientes cada mañana, sólo daba para su boca y la de Adela, su mujer. Sintetizando, esos quinientos cincuenta euros ya le hacían falta. A mí también. No era un tipo de andarse con demasiados rodeos, pero sabía cuidar bien sus palabras. Me ofreció una salida: en la ciudad conocía un antiguo socio del Badia que ahora tenía un pequeño restaurante en el centro, uno de esos de menú al mediodía y a la noche. Era de confianza, un *bon paio*. No quería dejarme tirado, así que, literalmente, me había enchufado allí. Esas fueron sus palabras. Si quería, empezaba dos días después.

Había dejado el Badia sin recibir una sola respuesta a mis solicitudes de trabajo. Cinco meses después, cuando pude escaparme del Riuet –la nueva etapa de mi periplo laboral–, seguía igual. Fui al restaurante un día antes para hablar con el jefe acerca de las condiciones de trabajo, los horarios y mi sueldo, y relacionarme con el ambiente del local. No tenía expectativas de mejorar demasiado, pero esperaba que, siendo amigo de Pedro, él ya le hubiera puesto al corriente de la situación. Pronto pude comprobar que no. En mi vida he visto un hijo de puta de semejante calibre. De once a cuatro y de siete a doce, este era mi nuevo horario. El sueldo, poco más de novecientos euros al mes. De lunes a sábado con medio lunes de fiesta. Cuando le pregunté si había alguna posibilidad de adaptar mi horario a la búsqueda de un trabajo que se adecuara a mi titulación se echó a reír soca-

rromamente. ¿Titulación? ¿De qué titulación me hablas chico? Era evidente que Pedro no le había dicho nada, y enseguida comprendí el motivo. Al decirle que era abogado una sombra nubló su cara, y la sonrisa burlona cedió paso a la advertencia más colérica.

—¡Pedro me ha dicho que eres un chaval comprometido y responsable, así que nada de cantinelas! Te estoy haciendo un favor, *cullons*. Aquí venimos a trabajar, compréndelo.

Las semanas que siguieron a aquella peculiar presentación dejaron una convicción clara en mí que me asaltaba cada mañana, como si hubiera estado esperando toda la noche a que me despertara acurrucada entre el anaquel y mi viejo escritorio, sobre el que los periódicos de quince días atrás me daban una idea de cuándo lo había entendido: yo también estaba irremediabilmente dentro del cerco. Ese convencimiento duraba de diez de la mañana a doce y media de la noche. Llegaba exhausto a mi casa, y dormir parecía la única forma de revitalizarme y ahuyentar mi antiguo miedo. Dormir era mi complejo vitamínico. Sólo durmiendo era feliz, creedme. Me gusta pensar que mientras dormimos estamos despiertos en otra parte, tal y como me dijo Clara que sucedía en no sé qué ciudad de no sé qué cuento de Borges, pero no me sirve de nada, porque yo ni soy dos hombres ni tengo dos vidas.

No quería hablar de Clara, pero por lo visto este lugar no lo deja a uno tan frío e impermeable. Sigo sin querer hacerlo.

A Clara la había conocido en el Badia. Aunque nacida en Alemania, de allí sólo conservaba la lengua —que sólo usaba conmigo bromeando— y sus ojos azules, pues había vivido toda la vida en Sant Cugat. Qué manos tan lindas tenía, sencillas y limpias. Su padre trabajaba en Bayer y lo habían trasladado aquí con ella aún por nacer, por lo que esto que os cuento perfectamente me lo podría haber ahorrado. Los muchos años que llevaban viniendo a pasar los fines de semana en un apartamentito de la cosa habían forjado una particular amistad servicio-cliente entre sus padres y Pedro, así que yo, su cacaolat caliente y ella coincidíamos todos los sábados por la mañana a la hora del desayuno. Durante el otoño y el invierno la costa catalana no destaca por la afluencia de gente joven, y con lo cuadrados que eran sus padres acabó prefiriendo dormir un rato más y bajar a desayunar sola para hablar con el camarero. No voy a entrar en cómo fue todo. Fue como suelen ir este tipo de cosas y punto; puede que el amor sea excluyente, pero no es exclusivo. Lo que importa de Clara es que no pudo trascender. Lo que importa de Clara es que me quiso sin condicionantes, pero nada más. Clara no podía entenderlo. Clara sigue aun hoy sin entenderlo allá donde esté y piensa que un día se enamoró de un perturbado y que al fin y al cabo debe agradecer su suerte, y no se lo reprocho. Clara no podía hacer más. Clara me daba una tregua pero no podía bajar a mis infiernos, al núcleo de mis frustraciones y al tedioso bucle de las cortinas, las paredes color crema y las zapatillas. A Clara no le podía chillar en la cara ¡Joder, Mario, pues claro que no!, y no se puede vivir de treguas lanzadas como limosnas. No se puede vivir sin paz.

«Dado que mi situación laboral era dudosamente regular, Andreu, mi jefe, no rechazó demasiado cuando lo mandé a tomar por culo. Quizás iría hasta el cuello un par de semanas, pero pronto encontraría a otro y listos.»

Dejemos mi paso por el Riuet. Prefiero ahorrarme tener que escribíroslo, os lo podéis imaginar, ya que con toda seguridad algunos habréis pasado por situaciones semejantes. A menudo el medio lunes de fiesta no existía, los novecientos y pico euros acababan siendo novecientos euros clavados y no empezaba a las once sino a las diez. Y eso acababa importando más bien poco, hubiera firmado estas condiciones en otro lugar. A los dos meses de estar allí Clara y yo habíamos dejado de vernos, y no volveré sobre ello. Quería dormir y pensar que Borges no era un embustero.

Dado que mi situación laboral era dudosamente regular, Andreu, mi jefe, no rechazó demasiado cuando lo mandé a tomar por culo. Quizás iría hasta el cuello un par de semanas, pero pronto encontraría a otro y listos. Yo, después de más de un año, volvía a estar en el punto de partida, en la calle Sant Pere número 16.

Ahora me levantaba tarde, hacia a la hora de comer. Cuando mi padre había tenido turno de noche y comíamos todos juntos solía poner las tertulias televisivas de mediodía y les chillaba alzando los brazos a los intervinientes como si él mismo estuviera en el programa. Luego nos miraba buscando

la aprobación de sus reproches. Mi madre asentía en silencio, y yo callaba.

¿Sabéis cuándo te das cuenta de que desistes? Cuando ya no te cabreas, cuando aguantas el chapa-rrón de turno como si te hablaran en una lengua distinta, cuando todo alrededor es una imagen des-dibujada e indefinible pero tremendamente pesada y áspera sobre tú cabeza, sobre tus ojos y tus manos, y ya ni siquiera polemizas con tu padre como hacías en tu época de universitario porque notas el agotamiento como una metástasis que se apodera de ti.

Siempre me levantaba con diez euros encima de la mesa del escritorio. A veces veinte. Los dejaba mi madre antes de ir a trabajar. Llegados a este punto, te humilla más la vergüenza que el fracaso, preso de una habitación de la que parece que no saldrás jamás. No compraba periódicos, ya no; iba andando en calzoncillos hasta el salón y miraba el título enmarcado, el fetiche de mis padres, mi trampolín de mierda. Luego volvía a la habitación, encendía el ordenador y miraba la bandeja de entrada de mi correo: cuatro correos de publicidad y tres currículos descartados, uno para un puesto de administrativo, otro en un colegio y uno para una vacante de comercial; tres correos, todos publi-cidad; un correo de alguien; dos correos informándome sobre posibles cursos a realizar. Apagaba el ordenador y me metía en la cama otra vez.

«Siempre me levantaba con diez euros encima de la mesa del escritorio. A veces veinte. Los dejaba mi madre antes de ir a trabajar. Llegados a este punto, te humilla más la vergüenza que el fracaso, preso de una habitación de la que parece que no saldrás jamás.»

Salieron algunas cosas más. Era un trabajador de temporadas. Dos meses en un bar, otros cuatro en una tienda de electrodo-mésticos, y luego parado otra vez. Las navidades en una tienda de ropa u otra. Cada curro distinto suponía empezar de cero, un embate más, ralentizar algo que antes hubiera sabido definir pero ahora ya no. Cuando el horario me lo permitía también daba clases particulares a niños de primaria y secundaria. Me gustaba preguntarles qué querían ser de mayores, dejarles hablar y escuchar en silencio. Si entre ejercicio y ejercicio me pregun-taban de qué trabajaba, lanzaba evasivas. Era la contrapartida de darles confianza, un riesgo que me costó asumir. Los más pe-queños me decían que de mayores serían como Iniesta o como Casillas y que tendrían una empresa tan grande como Apple y

muchas casas y muchos coches, y yo les alborotaba el pelo con una mano y les pedía que me conta-ran más. Acordábamos que me regalarían un coche, un iPod y que me dedicarían un gol en la final de la *Champions* a cambio de que descansáramos cinco minutos. Lo que me contaban los más mayo-res ya había perdido algo por el camino, había adquirido una racionalidad de la que estaba empa-chado, y no me interesaba demasiado. Lo que me daban esos niños era algo semejante a lo que me daba Clara. Joder, otra vez con Clara.

Calculo que esta situación duró un año más o menos. Lo he resumido en un solo párrafo, lo sé, pero es que forma un conglomerado de lugares y personas en mi retina. Soy incapaz de arrancarme una línea más aunque me lo proponga. No recuerdo con exactitud cómo era cada uno de los sitios donde estuve. No recuerdo los detalles físicos de mis compañeros de trabajo ni sus manías. Tampoco el nombre de mis jefes, ni cómo solían putearnos, y, aun así, a medida que avanzas (que te deslizas, más bien) inviertes el orden de tus fijaciones y ya no piensas en qué harás, sólo eres capaz de mirar atrás para buscar el momento en que lo echaste todo a perder. En realidad comprendes que no hay espacio, ni un transcurso lineal de los sucesos, ni saltos seculares de un estado a otro, sólo una elon-gación aberrante del tiempo. El futuro no existe, lo convirtieron en algo absurdo.

El último sitio en el que trabajé antes de que todos supierais quién soy fue una imprenta. Los hora-rios me ocupaban la práctica totalidad del día, y el funcionamiento de las máquinas aislaba a cada uno de nosotros como a pequeñas islas entre un espeso mar de ruido, emponzoñándolo todo de un clima sórdido. Como además de monótonas, nuestras tareas eran mayoritariamente individuales, podría decirse que estaba solo las ocho horas de trabajo, salvo para comer. Por primera vez no tenía la necesidad de residir simultáneamente en dos mundos. Quién hubiera dicho que sería por una con-fabulación del tedio y el ruido.

Dado que la imprenta me cogía un poco lejos de casa, para ahorrarme algo de dinero me llevaba un *tupper* con el almuerzo y me lo comía en una especie de comedor que solíamos usar para la pausa

del desayuno. Allí coincidía con el más veterano de los trabajadores, el señor Lluís, y como todos se iban a comer a sus respectivas casas, siempre pasábamos juntos aquella escasa hora y media.

Debido a los años que llevaba encerrado allí dentro, el señor Lluís estaba un poco sordo, cosa que él mismo te aclaraba constantemente cuando te pedía que repitieras algo, diciéndote «perdona eh, es que después de tantos años aquí encerrado ya ves que *sordeo* un poco». Ambos comíamos poquito, pero hablábamos a gusto, y de vez en cuando me invitaba a un pitillo y a un cortado de la máquina de la que disponíamos en la vacuidad de que aquella salita desprovista de todo, completamente deshumanizada. Le encantaba suponerse situaciones en voz alta y preguntarme cómo podía salirse con la suya en los tribunales, y sólo lo hacía conmigo, el chico que había ahuyentado la perenne soledad de sus comidas de vete a saber cuántos años. Y si quiero irme con una rusa veinte años más joven que yo ¿cómo lo hago para que mi mujer no me deje en pelotas?, me decía, esperando una respuesta igual de extravagante. Y si a la rusa le pago dos tetas postizas de esas que están tan de moda, ¿cuando ya no se me levante le puedo reclamar que me las devuelva? Y si tiro al cabrón de Gerardo dentro de la máquina y lo hace pedazos ¿cuánto crees que puede caerme, chico?

Era el único periodo del día en que me reía con ganas. Él no era alguien que bromeara, creo que sólo lo hacía porque le jodía ver en alguien tan joven una imagen tan decaída. Él no se reía nunca con sus bromas.

¿Por qué os cuento todo esto? Muy simple. Os lo cuento porque una conversación con el señor Lluís fue el desencadenante de todo, la última gota que derramó el vaso de mi resignación.

Estábamos fuera, en la calle, fumando un cigarro después de comer. Los dos íbamos con el mono azul puesto, pero él llevaba la parte de arriba desabrochada y le caía sobre las rodillas como un devantal, dejando ver la camiseta de tiras blanca, roñosa y sudada, que siempre llevaba debajo. Teníamos la costumbre de no decirnos nada durante las tres o cuatro primeras caladas, de fumar en silencio ceremoniosamente. Apoyados en la pared, yo le miraba con el cigarro en la mano y él observaba abstraído el humo que salía de su boca y se fundía con el azul del cielo. Parecía suplicarle que no se fuera dejándolo allí. De pronto, vio cruzar un avión frente suyo.

—Qué cobardes sois hoy en día, cuánta sangre os falta.

No entendí a qué venía eso.

No recuerdo qué hizo después de lanzarme esa reprimenda, ni si me miró, ni si dio una calada, ni si bajó su mirada lóbrega de viejo al suelo. Qué importa, si lo importante aquí es la frase.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, chaval. Cobardes, maricones, nenazas. Si yo fuera tú me iría muy lejos, cogería ese avión (lo señaló cuando ya casi se perdía tras las nieves, de eso sí me acuerdo) y me largaría de esta mierda. Llevo más de treinta años metido en este cuchitril, ¿y de qué me ha servido? ¿Para quedarme sordo? ¿Qué cojones estás haciendo aquí? ¿Qué harás mañana?

Hizo un silencio. Me acuerdo de ese silencio, de que quise pensar rápidamente una respuesta pero no me dejó.

—Quién soy —sonó como un martillazo sobre un cráneo.

Lo dijo casi amenazándome, casi extirpándose. Temí qué contestarle por miedo a que me sacudiera.

—Y a dónde voy, Lluís.

No quise decirle esto, quise decirle que no confiaba en mí lo suficiente, que el suelo marmóreo y el anaquel de mis frustraciones me ataban a mi habitación celosa, que el peso del futuro defenestrado, del cerco que se ataba a mi cuello como una soga y del título que colgaba desesperanzado en el salón de mi casa me habían caído encima sin ninguna clemencia y habían roto mis músculos y mis ligamientos. Quise decirle que yo también era alguien ignoto como él, condenado al desvanecimiento paulatino, una pregunta estéril que sólo quiere resonar en el vacío para reafirmarse como un

«Apoyados en la pared, yo le miraba con el cigarro en la mano y él observaba abstraído el humo que salía de su boca y se fundía con el azul del cielo. Parecía suplicarle que no se fuera dejándolo allí.»

organismo vivo, a quien le sobran los interrogantes.

–¿Cómo dices?

–Nada, déjalo.

Habían sonado voces, pero hasta el momento sólo eran rumores a la hora del almuerzo. La imprenta no andaba sobrada de faena, pero cuando te acostumbras a moverte en este tipo de situaciones dejas de vivir en un estado de permanente alerta, por lo que la llamada al despacho del gerente me cogió casi de improviso, pero no me sobresaltó.

Esa misma tarde nos comunicaron a mí y a Marta –una chica de la que apenas sabía nada, sólo que estaba arriba en los despachos trabajando de administrativa– que no renovarían nuestros contratos temporales. Éramos los más jóvenes. Lo siento, Mario, ya sabes cómo está la cosa, lo siento, si más adelante surge algo, si remontamos, te llamaremos, no te preocupes por eso. Un apretón de manos fláccido, como sellando un trato que se pretende incumplir, y media sonrisa.

«La mañana siguiente me desperté temprano. A pesar de haber dormido poco, recuerdo perfectamente que estaba exhausto pero nervioso.»

No le dije nada a Lluís cuando bajé por las escaleras, ya había hecho bastante. Era un buen tipo.

Aquella noche casi no pude pegar ojo. Preso del insomnio, de la oscuridad, que de pequeño me atenazaba entre las sábanas y ahora encontraba densa y asfixiante, me fui al salón, y allí estaba, tras el brillo delicado del cristal, perfectamente centrado en el marco de roble, mi título, mi pasaporte a un futuro sesgado, mi apuesta fallida. Lo descolgué y me lo llevé conmigo a la habitación. Lo estuve sosteniendo un rato en mis manos, descalzo y semidesnudo, sin preguntarle nada, sólo acariciándolo, y lo guardé donde debía estar, sobre los libros del anaquel, junto a un pasado del que se iban difuminando los contornos y la altivez. Lloré de rabia.

La mañana siguiente me desperté temprano. A pesar de haber dormido poco, recuerdo perfectamente que estaba exhausto pero nervioso. Me aseguré de que no hubiera nadie en casa y me fui a la habitación de mis padres. Sabía dónde estaba lo que no me había dejado dormir en toda la noche; llevaba en aquella pequeña cárcel toda mi vida y, como buen preso, conocía bien los secretos de mi celda.

Me di una buena ducha fría, me puse mi mejor traje –el mismo que en la puesta de largo de la ceremonia de graduación, pero sin la corbata– y salí a la calle. Hacía un día soleado y limpio, ideal para surcar el cielo. Paseé sin un rumbo fijo, y acabé metiéndome en la calle principal de la ciudad, doblé a la izquierda, cincuenta metros, luego a la izquierda otra vez, y me descubrí ante un gran edificio por el que siempre pasaba con mi madre de la mano para ir al colegio donde todo empezó, donde me preguntaban qué quería ser de mayor y me seguían el hilo.

Nunca había entrado, pero ya de pequeño me había parecido que transmitía sofisticación y éxito, y ahora que nunca paseaba por la ciudad ni por sus calles, que se olvidaban de mis pasos, pude alzar los ojos y ver que aún me transmitía el mismo respeto. Miraba el cartel, *L&X S.A.*, y me puse muy nervioso, me temblaban las manos.

Dije basta y suspiré. Casi lloro de cansancio, algo que nunca me había ocurrido, pero pude reprimir el sollozo a tiempo y dejarlo todo contenido en una palabra y un silencio.

La puerta automática se abrió a mis pies y entré. Pensé que debía ser cierto, que cuando dormimos estamos despiertos en otro lugar. No ralenticé mis pasos. Tampoco bajé la vista cuando me enfrenté al rostro de la chica rubia, que desde detrás del mostrador asomaba la cabeza para atenderme, ni me tembló el pulso cuando saqué la pistola de colección de mi padre de debajo la americana y la encañoné, la vida y la muerte apenas a un palmo, tan ridículas y ficticias, y ella hizo un espasmo y ahogó un grito, y yo quise disparar siete mil trescientas veces.

© Txema Torrent Santamaria

El autor:

Txema Torrent Santamaria. Gironí nacido en abril de 1990. Estudiante de derecho y filosofía. Lector, descreído generacional y especialista en huidas, por este orden.

COLECCIONISTA DE ALMAS

por Alicia Rodríguez

—Vamos a tener que documentarlo todo, así que ¿por qué no nos facilita el trabajo?

El policía estaba un poco pálido. Supongo que por la mezcla de olor a podrido y calor. Yo no dije nada, pero después de despejar un poco la habitación encontraron los cuadernos igualmente. Los había guardado en una estantería cuando todavía llevaba una documentación rigurosa. Antes de que la falta de espacio hiciera que tuviera que elegir entre documentar o recoger. Y para entonces ya no había elección posible, siempre fueron los objetos los que me elegían a mí.

La primera vez que vi un objeto con alma estaba tomando una cerveza en una cafetería del centro que había empezado a frecuentar después de que me dejara mi mujer. No era un sitio muy acogedor, pero era barato y ese día había una pareja joven sentada delante de mí a la que no dejaba de mirar. Les miraba porque parecían felices. Cosa rara aquel sitio. Eran un poco como esas fotos de muestra que ponen dentro de los marcos en las tiendas. Con todo como hecho a medida. Pero era bonito verlos.

El camarero le sirvió un café a la chica y un sándwich a él, y los dos le dieron las gracias. Daba gusto mirarlos. El chico empezó a comer y ella removió el café y chupó la cucharilla antes de dejarla en el borde del plato.

Y entonces ocurrió.

En un segundo pasaron de ser pareja feliz, a restos de un naufragio. En cuanto ella levantó la vista. Aunque no oía claramente lo que decían, por los gestos y la cara de él, estaba claro que estaban rompiendo. Así sin más. La chica chupó la cucharilla, cambió de expresión y la transformación se produjo.

Sólo que no fue sin más.

Ese día, en la cafetería, la chica percibió de refilón algo que yo vi claramente. La cucharilla que acababa de chupar no era sólo una cucharilla. Tenía alma, y algo de esa alma la rozó.

De algún modo, algo que parecía sólo acero inoxidable había condensado años de historias en aquella cafetería de mala muerte, y día a día, toda esa miseria se le había contagiado. Cientos de historias, cientos de fracasos habían dejado parte de sí en aquella cucharilla. Borrachos y fracasados que habían ido a acabar allí una mala noche. Ancianos de la residencia cercana que a veces tomaban café mientras esperaban que llegase la hora de la cena. O de la comida. O el autobús.

La angustia de las putas que se tomaban un whisky antes de hacer un trabajo, o las nauseas que sentían al terminar. La sed resacosa de los chavales que bebían coca cola y hablaban de los recuerdos borrosos de la noche anterior. Mis propias miserias, en las docenas de veces que había ido allí desde que mi mujer me dejara. Cada vez un poco más hundido, cada vez un poco más acabado. Tanta basura. ¿Cómo no iba a haber consecuencias?

Aquella chica no lo entendió entonces igual que la policía no lo entiende ahora, porque para verlo hay que saber mirar; pero yo me di perfecta cuenta. Al principio fue más una intuición. Tardé un tiempo en darme cuenta de que algunos objetos tienen la capacidad de incorporar a su propia naturaleza las historias de las que son testigos. Que codifican, por así decirlo, parte del *alma* de lo que les rodea en un lenguaje que sólo yo sé descifrar. Por eso quería documentarlo todo, porque era mi responsabilidad. *Tenía* que dejar constancia.

Aquel día en la cafetería, mientras la pareja gesticulaba, yo percibía cada vez con más claridad los susurros de los cientos de historias que bullían incitándome a que las escuchara. Ansiando pasar a

*«En un segundo
pasaron de ser
pareja feliz, a
restos de un
naufragio. En
cuanto ella
levantó la vista.»*

formar parte de mí, igual que yo formaba ya parte de ellas. Mi nerviosismo era cada vez mayor, tenía que acercarme más, que tocarla. Así que al levantarme a pagar la cuenta, aproveché un descuido del camarero y metí la cucharilla en el bolsillo. Sentí como si me quemara en los pantalones. Crucé la puerta sin mirar atrás y mientras caminaba a casa experimenté una excitación como nunca había vivido antes. La euforia era tal que me costaba caminar en línea recta. Era como si acabase de descubrir alguna verdad fundamental que me abría las puertas de una vida nueva.

Cuando llegué a casa pesé la cucharilla, la fotografié y empecé a describir en una libreta cada una de las peculiaridades del alma que se escondía tras ella. Cada una de sus historias.

Un padre de familia que contrataba periódicamente a los servicios de prostitutas orientales menores de edad y se tomaba un café después de cada servicio antes de volver con su mujer. Una chica de dieciséis años preocupada por el recuerdo de una noche confusa y un retraso en su periodo que no conseguía explicar. La enésima entrevista de trabajo sin resultados después de cinco meses en paro mientras se acumulaban las facturas... Estaba todo allí. Podía verlo todo, saberlo todo. Nunca había estado tan vivo. Trabajé toda la tarde y cuando terminé estaba casi en estado de éxtasis. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Cómo había estado tan ciego?

Aquella cucharilla fue sólo la chispa que abrió los ojos, y a medida que aumentaba mi colección de objetos y almas, mejoraba mi capacidad para reconocerlos entre el mundo de banalidades en el que se movían los que aún permanecía ciegos.

«Con el tiempo, la oleada de euforia que me invadía cada vez que el alma de un objeto se me revelaba, dejó de ser una sorpresa imposible de predecir, para convertirse en una función fisiológica más.»

Con el tiempo, la oleada de euforia que me invadía cada vez que el alma de un objeto se me revelaba, dejó de ser una sorpresa imposible de predecir, para convertirse en una función fisiológica más. Dejó de depender de mí, ocurría sin más, simplemente *estaba* ahí. Como respirar. Igual de innato e igual de necesario.

No sé cuánto tiempo pasó, pero para cuando los vecinos empezaron a quejarse del olor, ya no había posibilidad de elección de otra forma de vida. Aunque tampoco lo hubiera querido. Había descubierto una nueva dimensión de la realidad, y no pensaba renunciar a ella. Ahora que veía, no podía sino compadecer a toda aquella

gente que todavía se movía entre la oscuridad.

El hombre cuyo hijo olvidaba la figurita de un indio en el banco del parque, ignorando que ésta revelaba el difuso temor del niño cada vez que su padre iba a darle las buenas noches a la cama.

La mujer que en el trabajo trataba de ocultar sus promiscuas noches de alcohol detrás de sus gafas oscuras, sin sospechar que estas proclamaban abiertamente la opinión de su último escarceo, que la acusó de ser «sólo una mala noche» antes de salir por la puerta.

Mi ex mujer, y su insípido abogado, que aprovecharon el encontrarme un par de veces rebuscando entre la basura de su chalet para arrancarle al juez una orden de alejamiento.

Ninguno de ellos entendía.

Ninguno veía la cantidad de vida que latía en el alma de los objetos que para ellos eran desperdicios. Ignoraban cómo esa vida podía iluminar la oscuridad para quienes sabíamos *ver*.

Antes de la orden de alejamiento, conseguí rescatar de la basura el cepillo de dientes usado de Linda. Me llamó desde el otro lado de la acera, pude sentir su luz incluso por debajo de dos bolsas de basura orgánica. Ese fue el último día que me pude acercar a Linda. Pero ya no me importó porque en su cepillo habitaba su voz y nuestra historia entera para revivirla siempre que quisiera. Incluida su última petición, su último ruego antes de marcharse: *¿no puedes volver a ser el viejo tú? ... El tú con el que me casé.*

Bueno, ahora soy más yo que nunca. *Estoy* más vivo que nunca.

* * *

Dejé de ser capaz de seguir el ritmo de documentación. O a lo mejor dejé de importarme. El caso es que ya no me hacía falta escribirlo todo y, además, empecé a asumir que no serviría de nada. Que nunca lo entenderían.

Cuando las quejas de los vecinos empezaron a ser más insistentes, supe que no tardaría en acabar. Que cualquier día aprovecharían una de mis salidas para llamar a la policía y ejecutar la orden de desinsectación. Por eso decidí dejar de salir y quedarme aquí. De todos modos, ahora soy tan bueno que si me concentro lo suficiente, puedo percibir las almas de los objetos a través de las paredes. Conocer sus historias.

Hace dos días me avisaron que el ayuntamiento vendría a limpiar y desinfectar mi vivienda me encontrase dentro o no. Y me aconsejaron que no opusiera resistencia.

No lo he hecho. Cuando esta mañana han llegado los servicios municipales de limpieza les he abierto la puerta. Sólo que en cuanto han visto esto han llamado a la policía.

Y por eso estoy aquí sentado mientras meten sus narices en mis cuadernos y menean la cabeza.

El policía que hace un rato me ha pedido que les facilitara el trabajo se vuelve hacia mí alzando un reloj de oro y una sortija que han aparecido dentro de una lata de sardinas.

—¿Puede decirme cómo consiguió esto?

Yo sé que es imposible que vayan a entender nada, pero me resigno y le respondo de todos modos:

—Siempre han estado conmigo.

© Alicia Rodríguez

La autora:

Alicia Rodríguez. (Córdoba, 1980) Licenciada en Filología Inglesa y traductora por convicción, que no por profesión. Interesada en la literatura desde siempre, y escritora de relato corto (en espera de algo más largo), desde hace poco. Actualmente formo parte del grupo de crítica literaria El Club de la Serpiente, junto a otros escritores que también han colaborado en esta revista, y gracias a cuyo estímulo empiezo a escribir de forma más activa, e inicio un blog en donde publico entradas propias y traducciones de autores anglófonos. www.losdiasmascortos.wordpress.com

* * *

Relato

MICRORRELATOS

por Rubén Gozalo

DE LIBRERÍAS

No me gustaba ir a firmar libros a las librerías porque en cuanto los lectores me conocían dejaban de leerme. A veces, venían algunas madres y me atribuían hijos ilegítimos. Algunas señoras mayores, después de estampar mi autógrafa en sus novelas, me preguntaban si también era médico. Otras veces, se presentaban acreedores para que les extendiera cheques. Un día me convencieron para acudir a la librería de Javier. Y para mi sorpresa descubrí, que en la tercera fila, estaba mi esposa esperando para que le firmase el divorcio.

* * *

NOCHES DE TERROR

Algunas noches junto a la chimenea, el abuelo me solía contar historias de miedo. Mientras la leña

crujía y formaba sombras chinescas, me hablaba de personas que se convertían en lobos, de murciélagos que se transformaban en vampiros y de hombres normales que un día se tornaban en despiadados homicidas. Era minucioso en sus detalles y describía a la perfección la sangre bañando las escenas del crimen, los colmillos seccionando una yugular o los trozos de cráneo esparcidos por las paredes. Entonces, su único ojo me miraba con fijeza y su boca, un puzzle ajedrezado de dientes, formaba una sonrisa. A mí, esos relatos que me contaba no me producían el más mínimo temor. Sin embargo lo que sí me asustaba de verdad, lo que verdaderamente me daba pánico, eran las noches en que venía a mi habitación, se desnudaba y me empezaba a tocar.

* * *

UN MANDO MUY ESPECIAL

Es verano en la isla. Y en la casa del abuelo el televisor se estropeó hace meses. Desde entonces nadie se ha molestado en arreglarlo. Aun así, cada tarde el yayo se sienta en la silla del salón, coge un libro y, cuando empieza a leer, las palabras cobran vida y se transforman en imágenes. Es el hechizo de una novela lo que se plasma en la vieja pantalla de veinticinco pulgadas. Hoy toca *La isla del Tesoro*. Ayer fue *El Quijote*. Y mañana, quién sabe.

—Abuelo —me dice mi nieto cuando viene—. No sé cómo puedes vivir sin tele.

* * *

REDES SOCIALES

Comenzaba el día a eso de las ocho abriendo correos y contestándolos. Una hora más tarde actualizaba el blog y ponía comentarios en las bitácoras de sus amigos. Más tarde, subía algunas de sus fotos a una conocida red social. A continuación, chateaba con personas al otro lado del océano. Después abría su cuenta de twitter y oía canciones en el *spotify*. Luego subía videos a *youtube* y leía los periódicos digitales. Cuando quería darse cuenta eran las diez de la noche y su otro yo, el real, todavía no había vuelto del trabajo.

* * *

CLASE DEL 88

Decidió acudir a la reunión de antiguos alumnos solo por ver qué había sido de sus compañeros. Aquella era una clase en la que todos los profesores del instituto tenían puestas grandes esperanzas. De allí, iba a salir la élite del país. Políticos, empresarios, gente con poder e influencia para cambiar y hacer enorgullecer a una nación. Cuando llegó se encontró a lo mejor de cada casa: putas, yonquis, delincuentes, estafadores, vagabundos, políticos corruptos y maleantes. Él, al menos, había hecho carrera: tornero fresador.

© Rubén Gozalo

El autor:

Rubén Gozalo Ledesma (Mondragón 1978). Licenciado en Ciencias de la Información especialidad Periodismo y en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad Pontificia de Salamanca. Afincado en Salamanca desde hace más de 15 años, trabaja como publicista en una agencia de comunicación. Ha ganado entre otros el I Concurso de Microrrelatos sobre política y/o polític@s (2011) el I Concurso de Noticias Microrrelatadas Castillos en el Aire (2011), el VI Premio «Saigón» de Literatura (2011), el I Certamen de Microrrelatos Jim Morrison (2011), el Concurso de microrrelatos Ser Castellón, el I Certamen de Microrrelatos La librería de Javier (2011), el Concurso de Microrrelatos Centro de Estudios Olímpicos C.E.O (mes de julio 2011), el Certamen de Microrrelatos de La Cadena Ser (Tema: Ciencia Ficción año 2011), el Concurso de Microrrelatos IV Feria del Libro Sierra Oeste de Madrid (2011), el Certamen Cuenta 140 de El Cultural (Montero Glez, tema: Lorca, tema: Libre), el Certamen de Microrrelato Acbconfidencial (2010), accésit en el III Premio Ediciones Beta de Relato Corto (2009) y en el I Certamen de Relato Breve Enrique de Sena (2006). Ha sido finalista en numerosos concursos y cuenta con más de una veintena de publicaciones en diferentes antologías.

MAGNOLIO

por Arnoldo Rosas

Para Agucho

Salimos muy de madrugada. Suéter y chaqueta. Sin prender el aire acondicionado. Dos horas y pico sin detenernos. Por la serranía. En la neblina perenne. No importa que ya el sol brille a media asta.

El pueblo está vivo. Pequeños camiones llevan mercaderías. Ambulantes pregonan sus productos. Peatones se atraviesan en el medio de la calle. Carretilleros esperan la contrata en la plazuela de flores variopintas. Estudiantes en uniforme van ágiles para no perder el transporte.

–Vamos a preguntar.

Nos señalan hacia delante e indican un cruce a la derecha. Tres cuadras más y, en el semáforo, a la izquierda.

Avanzamos lento por la calle. Números y nombres. Cinco cuadras.

En la esquina se detiene.

–De aquí llama el cabrón.

Se baja, y se asoma a la reja.

–¡Hola!; dice perseverante hasta que alguien aparece.

También salgo. Permanezco junto al automóvil.

Habla con una señora aindiada que apenas se distingue en la oscuridad interior. El tono amable inicial parece haber variado. Se nota que discuten, que argumentan. No oigo; presumo la dificultad. Insiste sin apartarse de la reja. Voy hacia allí, siempre rezagado, pero a la vista. La mujer me nota, calla como si meditara, y dice:

–¿Les debe? Él viene y llama. Como cualquier otro, pues. Para eso tenemos el teléfono de pago; para quien necesite, ¿no? Pagan el minuto, el tiempo que usan... No sé quién es. No sé dónde vive... ¿Tienen negocios? A veces se mete en problemas y, bueno... ¿Para qué lo buscan? Si vuelve por acá, yo le doy razón... No estoy muy segura de conocerlo, señor. La verdad...

«Enciendo un cigarrillo mientras escucho la plática y me quedo mirando el alar, las tejas, el pórtico, las ventanas, los barrotes... Siento los ojos de la mujer. Me estudia.»

Enciendo un cigarrillo mientras escucho la plática y me quedo mirando el alar, las tejas, el pórtico, las ventanas, los barrotes... Siento los ojos de la mujer. Me estudia.

Vuelve a hablar.

–Él vive en las parcelas. En la última etapa. En la más nuevita, pues. Por allá les pueden decir. Derechito por esta calle se sale del pueblo y, más tarde, vienen las parcelas. Pero yo no sé nada. Si tienen negocios entre ustedes, yo no sé nada. No hemos hablado. No los he visto.

La trocha es de tierra amarilla, arenosa, con piedritas minúsculas que saltan y golpean la carrocería, y las lunas de las ventanas, y el parabrisas, según avanzamos. Un autobús prehistórico se nos cruza a velocidad insólita y se nos pierde en una humareda de polvo.

–¡Carajo con estos tipos!

Las parcelas son esas chozas de palma y palos y láminas de zinc que se perfilan sobre unos montes truncos como terrazas en este desierto frío, suponemos.

No hay nadie por las veredas zigzagueantes y mal trazadas que sirven de calles.

–Hay que preguntar.

Nos detenemos ante una de las tantas chozas donde un perro flaquísimo duerme miserias. Bajamos con las manos en los bolsillos, sin quitarnos los lentes de sol.

–¡Hola!

Nadie responde. Traspasamos el límite de la mampara que hace de puerta. Huele mal; a clóset con chiripas y orines de borracho. Quedo allí. Él avanza.

–¡Hola!

En el fondo, una chica de unos once... O unos trece... O unos quince... O... Se aproxima. No habla. Sin miedo, espera a que le hablen. Está sola.

–¡Qué tal! Buscamos la nueva etapa. ¿Es ésta?

La chica sonrío. Está con un camisón ligerísimo, de tirantes. Parece no llevar ropa interior. Sus senos se insinúan y atormentan... Y con el frío que hace...

–No. Es mucho más allá. ¿A quién buscan?

–Buscamos a un amigo. Vive por aquí. En la nueva etapa. Magnolio se llama.

–¿Magnolio?

*«En el fondo, una
chica de unos once...
O unos trece... O
unos quince... O... Se
aproxima. No habla.
Sin miedo, espera a
que le hablen. Está
sola.»*

La chica no cambia la expresión, pero me mira con detalle mientras prendo un cigarrillo con las manos ahuecadas para proteger la candela de la brisa que se escurre por las paredes del rancho.

–Sí. ¿Lo conoces?

–No. No lo conozco... Está de viaje... ¿Tienen negocios con él? ¿Les debe?

–Es un amigo. Queremos verlo. Hablarle. A lo mejor algún trabajo. ¿Dónde vive?

Los ojos de la chica, en la lumbre del cigarrillo.

–No. No sé... Vive en la nueva etapa. Más allá... Está de viaje, creo.

–¿Conoces a Magnolio, o no lo conoces?

–¿Les debe? ¿Tienen algún problema? Está de viaje. Vive más allá.

La chica no se ha alterado. Habla como zombi. Como en automático. Sin quitarme la vista.

–¿Hacia dónde es la casa? Nosotros la encontramos. Queremos hablarle. A lo mejor... Y hasta un trabajito.

La muchacha parece resignarse. Sigue con la misma sonrisa de cuando apareció: mecánica; los ojos no acompañan a los labios.

–Yo los llevo. No van a saber.

Se monta en el asiento de atrás... Sola... Medio desnuda... Con unos desconocidos... En este desierto... Sin que nadie sepa... Y tan tranquila... Sin pedir nada a cambio...

–Magnolio está de viaje –nos dice en voz baja -. Se fue a la sierra. Mi primo está solo en la casa.

–¿Magnolio es tu tío?

–Sí. Pero está de viaje. ¿Les debe?

Quince minutos por un laberinto de arena, polvo, piedras y chozas idénticas.

Otra casa con un perro flaco durmiendo en el umbral.

Nos bajamos. La chica permanece en el carro, mirando, como en otro mundo, por la ventanilla. Yo, de pie, al lado del automóvil. Mi compañero, cauto, va hacia allí.

Un adolescente sale a recibirnos. No saluda. Ni a nosotros ni a su prima. Parece recriminarla con los ojos: «¿por qué los has traído?»; pero no lo dice. Sólo se planta en la puerta, y nos mira.

–¡Hola! ¿Está Magnolio?

–¿Quién lo busca?

–Unos amigos. Queremos hablar con él. ¿Está?

–No sé... Por ahí anda...

–Sólo queremos saludarlo. Ver cómo está. Cosas de amigos.

Me precisa cuando me ve encender el cigarrillo apoyado en el techo del automóvil. Una ligera inquietud se le nota. Como si dudara.

–Está de viaje. A las montañas se fue.

–¿Cuándo vuelve?

–No sé... Quién sabe... Depende... Depende de tantas cosas... Hasta de la suerte depende... ¿Quién lo busca?

–Unos amigos. Queremos hablar con él. Saludarle. Quizá hasta un trabajito le salga.

–¿Les debe? ¿Tiene deudas con ustedes? Él cumple. Está por las montañas, de viaje.

–Dile que vinimos. Acá está mi tarjeta. Él sabe.

–¿Les debe?

Volvemos con la chica, sin hablar. La dejamos en su casa... Tuvo suerte.

De regreso a la ciudad, escuchamos música y paramos a comer en una posada hermosa con jardines y terrazas, donde se disfruta de unos legendarios camarones de río, y se aprecian antológicos atardeceres de serranía.

–Ya el cabrón sabe; nos dijimos.

«Nos bajamos. La chica permanece en el carro, mirando, como en otro mundo, por la ventanilla. Yo, de pie, al lado del automóvil. Mi compañero, cauto, va hacia allí.»

© Arnoldo Rosas

El autor:

Arnoldo Rosas (Porlamar, Venezuela 1960). Perteneció al Taller de Narrativa del Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" (1981-1982). Tiene la Diplomatura en Literatura Creativa del programa UNIMET-ICREA (2010). Sus trabajos han merecido los siguientes reconocimientos: Premio de Narrativa "Régulo Guerra Salcedo" 1987. Premio de Narrativa "Rosaura Rosa Acosta" 1988. Mención especial concurso literario "Andrés Silva" 1991. Primer finalista Bial Literaria Nueva Esparta "Chevige Guayke" 1991. Mención de Honor Bial Latinoamericana de Literatura "José Rafael Pocaterra" 2000. Mención de Honor del Jurado VII Concurso Nacional de Cuentos Sacven 2009. Ha publicado los libros de relatos *Para Enterrar al Puerto* (1985), *Igual* (1990), *Olvídate del Tango* (1992), *La Muerte No Mata a Nadie* (2003) y las novelas *Nombre de Mujer* (2005) y *Uno se Acostumbra* (2011). Textos suyos están presentes en las siguientes antologías: *Antología de Narradores Neoespartanos* (1993). *Antología de Narratistas Orientales* (1994). *Recuento, Antología del Cuento Breve Venezolano* (1994). *Quince que Cuentan* (2008). *Cuentos Sacven 2009* (2010).

PARÍS - DAKAR

por Javier Viveros

Hay tres hombres uniformados en una oficina parisiense. Son cosas que pasan por no abrocharse el cinturón; además, si sentía frío ¿por qué no pidió una manta a la azafata?, dijo el primer policía, mientras deshacía un *croissant* a dentelladas. Tal vez el botón para llamarla no funcionaba, respondió el segundo policía y tomó una porción del panificado, directamente de la mano derecha de su compañero, antes de agregar: me enteré de que en esa clase la comida no es muy buena.

Sentado al escritorio, el jefe hablaba por teléfono; escuchaba más de lo que hablaba, tal como recomienda el viejo proverbio. Se lo veía prendido al tubo telefónico, pero también miraba al par de policías que tenía en frente, como atento a las conversaciones en simultáneo. Era un jefe nuevo, venido de otro distrito, por lo que los oficiales que estaban en su oficina poco aún podían conocer de su carácter. Una incógnita.

Quiero que vayan ahora mismo a soltar a ese infeliz, les dijo, seguro de sí mismo, una vez que llegó a su fin el monólogo telefónico. ¡A su orden, *chef!*, respondieron los dos, casi al tiempo. Y respecto a lo que estaban hablando recién... levantó la voz el jefe y sus subordinados tragaron saliva. Eso... ¡eso es humor negro!, sentenció y los tres prorrumpieron en risa.

* * *

El hombre, que minutos antes había cortado un semicírculo en el alambrado para colarse a través de él, está ahora oculto entre el pastizal, palpando el suelo como una serpiente. Levanta un poquito la cabeza, escruta el entorno y se arrastra en dirección a la cinta asfáltica. A poca distancia de su posición, los haces de las linternas lastiman la obscuridad. Se dirige hacia ellos. La luna de Dakar está hoy ausente, situación que favorece sus propósitos. Es una noche barrida por el arenoso *harmattan*, lo que le juega en contra. Sin embargo, la suerte está echada. Tiene otra oportunidad y la tomará. Intuye el éxito. Avanza. La luz de las linternas no ha rozado su piel, que es oscura entre lo oscuro. Se lo ve correr a todo vapor.

El bostezo de un avión hace temblar un poco los pilares de la noche.

* * *

Fueron cinco, sí. Cinco años transcurrieron desde que Momar abandonó Senegal, para vivir en las afueras de París, a pocos minutos del aeropuerto, en una de las comunidades de extranjeros pobres, inmigrantes ilegales de Asia y africanos, en su mayoría. Con una mezcla de paciencia y resignación pudo adaptarse a la vida en la capital francesa, tan diferente a Saint-Louis en su belleza, pero también en su hostilidad. Esa mañana despertó muy temprano para ir a trabajar, y mientras cepillaba sus dientes en el baño del desván que le alquilaban, un estruendo de guerra lo sobresaltó. Aún con espuma de pasta dental en la boca, se dirigió hacia el origen del sonido. Vio un gran agujero en el techo, la precaria mesa de madera era tan sólo un recuerdo, los cristales de las oblicuas ventanas estaban desperdigados en el piso como monedas, y allí también estaba el cadáver semicongelado de un adulto: un amasijo de huesos y carne desparramado sobre una alfombra de sangre. Apostar que un experto forense hablaría de politraumatismos, fracturas expuestas, roturas capsulares, hemorragias internas y pérdida de masa encefálica era hacerlo sobre seguro.

Pero Momar no estaba para apuestas. Por varios minutos, asustado por demás, no supo qué hacer. Después, dubitante, revisó al muerto en busca de alguna documentación. Nada. Ni un fragmento de papel en los bolsillos. Se arrepintió de haberlo tocado. Veía venir problemas en el futuro cercano. El cuerpo correspondía a un individuo de su misma raza y estaba en su cuchitril, sabía que la policía diría que no fue otra cosa que un ajuste de cuentas entre ilegales, gente para quienes los uniformados

dos nunca tenían demasiadas ganas de investigar, prefiriendo decantarse por la navaja de Ockham del prejuicio y los estereotipos.

Momar entró en pánico. Las interrogantes lo desbordaban. ¿Por qué le tocaba esto a él? ¿Quién había matado al hombre? ¿Cuál era el motivo? ¿Cómo llegó a su habitación? ¿Le tendieron una trampa? ¿Por qué le querían achacar la autoría? Aunque él se sabía inocente, las circunstancias lo incriminaban por todos los flancos. Desesperado, decidió actuar, casi por instinto. Se enguantó las manos con unas bolsas plásticas, arrastró el cadáver y con alguna dificultad lo ocultó bajo su cama. Maldijo. Respiró. Maldijo. Limpió malamente la sangre del piso, después salió a trabajar, con una estudiada naturalidad. El problema, sin embargo, ya no abandonó su cabeza en todo el día, porque es posible esconder el fuego, pero ¿qué se hace con el humo?

* * *

Cuando regresa del trabajo, encuentra a la policía aguardándolo. Alguien había oído el gran ruido o lo había visto arrastrar el cuerpo e hizo la denuncia. ¿Quién fue? Un barrio como el suyo está acribillado de ojos. Y un muerto bajo la cama no es el camino más recomendable hacia la obtención de la ciudadanía. Mientras Momar es conducido al Departamento de Policía, al cadáver le toman las huellas dactilares para su envío a Interpol, antes de ser entregado al forense. Interrogatorio. Yo no sé nada. Apareció en mi habitación; lo tiraron de arriba. Les juro que digo la verdad. Debe ser cosa de los nigerianos. Por favor, no quiero volver a Senegal. El policía bueno y el policía malo. Homicidio. No lo deportarán. Momar suspira aliviado. Le dicen que envejecerá en la cárcel. Vuelve el miedo a su rostro. Todo conspira para la destrucción de su vida. Las cosas estaban en orden y de súbito el caos caía como un meteorito a desordenarle el tablero. Ya entre barrotes, siente el chirriante arrastrarse de las horas.

Luego de dos días, con una patadita en el culo, una sonrisa de protocolo y sin una explicación, lo sueltan. Momar está libre. Puede continuar su vida exactamente desde el punto en que la dejó. Quiere saber qué pasó, pero la policía da pocas respuestas. Ya su mente se ocuparía de borrar ese episodio amargo para permitirle otra vez escandir sus días, iguales y repetidos.

* * *

Estas linternas son la herramienta de trabajo. Es lo que nos proporciona el aeropuerto de Dakar. Ojalá tuviéramos faros más potentes. Es seguro que los *yankees* tienen detectores de calor y toda esa tecnología que se ve en sus películas. Aquí tenemos que arreglárnoslas como podemos. Son mejores estas linternas que las antorchas y bolsas de luciérnagas que usan en Kinshasa, el peor aeropuerto del planeta. La gente dice que mis compañeros y yo somos como el perro del hortelano, que no come ni deja comer. Nosotros no volamos y tampoco los dejamos volar, porque es nuestro trabajo, además el riesgo es demasiado grande. Allí arriba hay temperaturas menores a cero y poco oxígeno. Ese pequeño compartimento no es una habitación de hotel. La desesperación no es buena consejera y nunca puede ser un buen consejo jugarse todo a una sola carta. Las noches sin luna o con poca luz lunar, como ésta, son las peores. Dificultan.

Aunque nuestra misión es impedirles viajar, a veces me digo que un día seré yo mismo quien se meterá en el compartimento del tren de aterrizaje del siguiente avión que despegue, me veo dándome la gran vida en París. Este no es oficio para viejos. Sé que pronto lo abandonaré, porque veo cada vez menos y me cuesta cada vez más correr tras ellos, que lo intentan con mayor frecuencia. El desesperado se juega, porque ya no le queda de otra. Sabe que si lo consigue, será el final de su vida actual: una vida nueva le abrirá los pétalos en una nueva tierra. Pero si no lo consigue también será el final de su vida. El porcentaje de éxitos es bajísimo: un solo dígito.

Ayer nomás se me escapó uno. ¡Bah!, lo dejé hacer. Vino por mi sector. Detecté al bulto alargado que corría tras el *Air France* en plena maniobra de despegue, pero simulé no verlo. Se movía a gran velocidad. Me bastaba un llamado por radio a la Torre de Control para iniciar toda la cadena de eventos: avión regresa a tierra, pasajeros fastidiados, quejas, pasajeros fastidiosos, retraso de horas, monta-ruedas arrestado, doble trabajo para todos. Me encontraba con demasiado sueño y preferí dejarlo ir. Tengo que buscarme con urgencia otro empleo, porque lo más probable es que el nombre

del polizón de ayer esté ahora engrosando la estadística de los fracasados, otro Moisés que muere muy cerca de pisar su tierra prometida.

© Javier Viveros

El autor:

Javier Viveros (Paraguay, 1977). Ingeniero en informática. Lleva publicados tres poemarios y tres libros de cuentos: *La luz marchita*, *Ingenierías del Insomnio* y *Urbano, demasiado urbano*. Su relato *Misterio JFK*, del último libro, resultó finalista del Premio Juan Rulfo 2009. Cuentos suyos fueron incluidos en antologías internacionales de narrativa contemporánea, como la alemana *Neues Vom Fluss* (2010), la antología cubana *Cuentos del Paraguay* (2011) y la antología argentina *Los chongos de Roa Bastos* (2011) y una antología española. Su último libro, *Manual de esgrima para elefantes*, será publicado en el 2012.

* * *

Relato

INSOLENTE SIMETRÍA

por Carlos Manzano

Almudena tenía un pecho más grande que el otro. Más grande o que le colgaba un poco más, al cabo da lo mismo. En eso éramos parejos: mi testículo izquierdo es más largo que el derecho. A mí esa cualidad compartida me hacía gracia y le decía que parecíamos dos seres deformes y malditos obligados a vivir al margen de la sociedad. Ella me contestaba que eso sería cierto en el caso de que fuésemos desnudos por la calle, porque vestidos nadie podía advertir nuestros defectos físicos. Pues salgamos desnudos a la calle, le decía yo un poco para provocarla, y exhibámonos sin recato orgullosos de lo que somos, dos seres imperfectos en un mundo homogéneo, metódico, exacto. Pero ¿no te acuerdas de la última vez que lo hicimos?, me respondía ella. Claro que me acuerdo, le decía yo, por eso mismo te lo digo. ¿Pero es que acaso te has olvidado de la envidia mezquina de sus ojos, de aquel horror esclerotizado anidando en sus rostros, del miedo inveterado que gobernaba sus gestos?, insistía ella. Sí, claro que me acuerdo, respondía yo, por eso te lo digo precisamente. Pero ella no se daba por vencida: ¿Se te ha olvidado cómo supuraban sus babas fétidas y espumosas a nuestro paso, su aliento corrompido por la rabia, la hilada de escamas que se desprendía de sus torsos? ¿No recuerdas con qué afán trataban de tocar nuestros miembros inauditos, nuestros aún hermosos cabellos negros, la impúdica tersura de nuestra piel? ¿Ya no te acuerdas de cómo arrastraban sus cuerpos sedientos de vida, cómo lloraban anhelando lo que quizá una vez fueron, cómo imploraban nuestra lástima y nuestra compasión? ¿Acaso ya no sientes aquel amargo llanto por lo perdido, por lo ido, por lo ya para siempre irrecuperable? Entonces yo le miraba el seno más grande, o el más caído, al cabo da lo mismo, y trataba de imaginarlo túrgido como una fruta jugosa, rebosante como un odre de miel. Pero siempre se cruzaba ante mis ojos la herida cada vez más purulenta de su brazo, la lenta descomposición de su costado, la violenta invasión de sus estrías, y me decía que al fin y al cabo la imperfección es hermosa, que no hay mácula que no contribuya a mejorar el conjunto, que en realidad todos estamos hechos de una amalgama de imperfecciones. Era en ese instante cuando la quería con más fuerza, con más ímpetu, cuando la deseaba con más ardor. Y también cuando mi testículo caído se endurecía como una nuez hasta quedar igualado con el otro, el más enhiesto, hasta alcanzar una perfecta, intachable, casi insolente simetría.

© Carlos Manzano

El autor:

Carlos Manzano (Zaragoza, España. 1965). Ha publicado las novelas: *Fósforos en manos de unos niños* (Septem, 2005), *Vivir para nada* (Mira Editores, 2007), *Sombras de lo cotidiano* (Mira Editores, 2008) y *Lo que fue de nosotros* (Nuevos Rumbos, 2011). <http://www.carlosmanzano.net>

OBJETOS PERDIDOS * (1^{er} Capítulo)

por Miguel Baquero

Me topé con la vocación de mecánico al acabar el Bachillerato. Todo mi ser me empujaba, por aquellos tiempos, a meterme debajo de un coche, aflojar tuercas, ajustar manguitos, desenroscar válvulas, y limpiarme luego con un trapo las manos llenas de grasa. Pero –y aquí radica la clave de lo que vino después– siempre he sido un tipo de poco carácter. A mis padres no les gustó en absoluto que, concluido el ciclo de enseñanza superior, desdeñara de ese modo la Universidad, renunciara a las cumbres formativas para dedicarme a un oficio tan vulgar como el de arreglar automóviles y/o vehículos industriales. Cuando mis padres establecieron que de mecánica nada y que tenía que aspirar a metas mayores, lo único que me cupo hacer fue encogerme de hombros y aceptar su decisión. Y dado que, según decían –ellos, mis padres–, no parecía yo muy capacitado para los números, decidí matricularme en Periodismo, pues no se me daba demasiado mal eso otro de escribir.

Yo era entonces, recuerdo, muy amigo de Santiago. Santiago era un viejo colega de los días del instituto y también él, por esa época, comenzaba su carrera universitaria. De igual manera que en mí, había surgido en Santiago desde hacía unos meses una honda vocación: en su caso, la carpintería. Él soñaba con grandes troncos a desbastar, con la lija deslizándose suavemente por el banco de ebanista hasta obtener tablones, planchas de pino, nogal o sapelli que luego uniría entre sí hasta formar complicadas *boisseries*...; pero de igual manera que los míos, los padres de Santiago habían sido también de la opinión de que ni maderas ni clavos ni gubias. Y le habían matriculado en Derecho.

He dicho ya que soy dócil, pero, además de eso, soy fácilmente maleable, así que no sólo acudí a la primera clase resignado, sino que pronto me sobrevino cierta ilusión. Ya puestos, me decía, ¿por qué no ser periodista y, dentro de la profesión, reportero? Enseguida descubrí que me gustaría hacer reportajes poco menos que sociológicos sobre tal segmento de la población, cual grupo de edad, esta o aquella tribu urbana... Muy pronto acabé por centrar completamente el foco.

«He dicho ya que soy dócil, pero, además de eso, soy fácilmente maleable, así que no sólo acudí a la primera clase resignado, sino que pronto me sobrevino cierta ilusión.»

–He estado revolviendo en mi interior en busca de aquello sobre lo que me gustaría hacer mi primer reportaje, y ya lo tengo claro... –le contaba yo a mi antiguo compañero Santiago en aquellos primeros días universitarios, octubre aún, cuando a la salida de nuestras respectivas clases nos sentábamos en un banco del

parque a compartir un litro de cerveza y unas bolsas de pipas–. He pensado, amigo Santi, que voy a hablar sobre la cara oculta del Arte, ¿qué te parece? Esos talleres donde se fabrica el lienzo por metros cuadrados; los artilugios y procedimientos mecánicos por los que se crea la pintura y se introduce en los tubos; los camiones que transportan de aquí para allá los tesoros culturales, por carreteras nacionales y comarcales, soportando atascos y retenciones; los tipos que descargan con maromas y poleas los pianos de cola; las señoras de la limpieza que barren el suelo y pasan el trapo por las arañas del techo y las barandillas chapadas en oro después del concierto de la Filarmónica. La cara oculta del Arte. ¿Qué me dices, compañero?, ¿qué te parece el reportaje?

–Ehhh...

–Dilo con total sinceridad –le conminaba yo a mi amigo Santiago.

Y aquí fue cuando empecé a darme cuenta de que, pese a que sólo llevábamos apenas un mes en facultades distintas, los gustos de mi amigo y mío habían comenzado ya a divergir, nuestras opiniones se hacían cada vez más diferentes y nuestras existencias, poco a poco, se iban separando.

Aunque ilusionado, al principio, con la idea de escribir tamaños reportajes, muy pronto me imbuí, sin embargo, del espíritu universitario. Traducido a algo tangible, estoy hablando de cinco años viendo

* 1^{er} capítulo de la novela *Objetos perdidos* (Editorial Eutelequia), cuya aparición está prevista en mayo de 2012.

crecer la hierba, analizando el vuelo de los pájaros, persiguiendo a las chicas, leyendo a Joyce... De las muchas locuras y excentricidades que uno hace en su juventud, la más descabellada fue, sin duda, estudiar una carrera. Y lo que es todavía más irresponsable: terminarla.

—Al ver esas estanterías, que podrás contemplar en cualquier bufete, repletas de Aranzadis de una pared a otra, ya no pienso, como antes, en baldas combadas y estanterías alabeadas —el que habla ahora es mi viejo amigo Santiago—. Lo que se me viene ahora a la cabeza son hondas reflexiones sobre el ser humano y lo inalcanzable de la jurisprudencia. Fíjate que no digo lo infinito de la jurisprudencia, porque los seres humanos y las circunstancias en que tienen que vérselas con los tribunales son incalculables, sí, pero al fin tienen un número. Digo inalcanzable, porque cuando ves ya en el horizonte el último tomo, entonces te sacan otro de actualización. Y así continuamente. Es una situación angustiada, agobiante, que muchas veces me impide dormir. ¿No sentirías tú lo mismo, compañero? Dime tu opinión.

Así hablaba Santiago. Ya he apuntado arriba que, con el paso de los cursos y el discurrir de nuestras carreras, nuestras opiniones, nuestros gustos e incluso nuestras cosmogonías se iban diferenciando. Pese a todo, aún quedábamos citados en el viejo banco a compartir cerveza y comer pipas. Entre las ventajas de la vida universitaria está el que te hace más tolerante al alcohol, y puedes beberte hasta cinco litros de cerveza, o seis si hace calor, sin embriagarte demasiado. Las pipas, sin embargo, seguían cayendo en la misma cantidad: bolsa, bolsa y media por jornada.

Cuando al cabo de los cinco años me dieron el título, me fui con él muy ufano a varios periódicos y emisoras de radio. Pedía hablar con el jefe de personal y, cuando le tenía enfrente, le ponía el papel verjurado, firmado por Su Majestad, delante de los ojos. Él ni siquiera lo miraba.

—¿Y? —me preguntaba.

—Vea usted: licenciado en Periodismo —carraspeaba yo—. Ahí lo pone bien claro.

Tras dar así muchas vueltas por distintas redacciones, cada vez más apartadas del centro, encontré al fin un director que me hizo caso. Vivía en un pueblo a casi cincuenta kilómetros de la ciudad y se quedó mirando mi título al trasluz, por si estaba falsificado. Luego dijo: «Pues aquí nos hace falta un periodista», y me contrató. O mejor dicho: me estrechó la mano, porque «entre hombres de palabra no hacen falta papeles».

—¿A ti te gustan las rosquillas?

—Sí.

—Pues toma una.

Y de este modo cerramos nuestro contrato. Mi primer contrato de periodista. Nunca se me olvidará.

El periódico en el que entré a trabajar se llamaba *El Deportivo* y cubría, pues eso, toda la información deportiva —fútbolera, a qué engañarnos— de la provincia. A nivel categoría preferente y regional grupo I. Mi trabajo iba a consistir en desplazarme, todos los sábados y los domingos, a los diversos campos de la «geografía regional» —le gustaba mucho al director hablar así—, a hacer la crónica de los partidos en la cumbre.

—¿De acuerdo? —me preguntó.

—De acuerdo —dije.

—Otra cosa: ¿no tendrás por ahí un par de euros para prestarme, que me he dejado el monedero en casa? No te preocupes, que con tu primer sueldo te los devuelvo.

Componían la redacción de *El Deportivo*, además del director y yo, un tipo que se encargaba de la maquetación —no recuerdo cómo se llamaba—; un hombre de aspecto enfermizo que tenía pinta de estar en las últimas. Me acuerdo que le di la mano y se me quedó mirando con un gesto lánguido, como desvaído, a punto del desmayo.

Dos días después, sábado ya, me desplazé al Municipal Evaristo Gómez —también llamado «estadio multiusos» porque en verano, con el buen tiempo, ponían mesas de ping-pong— con una libreta de

espirales en la mano y dos bolígrafos, por si acaso se me acababa la tinta de uno, en el bolsillo de la camisa. Iba dispuesto a dejar mi impronta. Conviene aclarar que, por aquellas fechas –hablo de hace quince años–, todavía los escritores y los filósofos aborrecían el fútbol públicamente y consideraban a los aficionados ya no sólo gente poco elegante, sino a duras penas educada; en este sentido, fui un pionero a la hora de acceder al multiusos, y el matiz literario que, desde un principio, pretendí darle a mis crónicas de los partidos era original de todo punto, e inédita para el gran público.

Caía la tarde sobre el estadio municipal Evaristo Gómez cuando Chuchi, con el 7 a la espalda, de manera imprevista y causando la perplejidad de todos, comenzó a correr la banda y pasó la medular. Entre los espectadores, no bien se hubieron sacudido el estupor, se hizo eco la siguiente pregunta: ¿Centrará o no centrará? Pronto tuvimos la respuesta: Chuchi centró. El portero del Dínamo, un tipo por lo demás tranquilo, de opiniones mesuradas, votante de centro, y que hasta aquel momento había dado sobrada muestra de serenidad, por una de esas extrañas reacciones de los seres humanos falló en su intento de despejar de puños. Inexorable entonces, impertérrito ante aquel clima de gran carga emocional, Antoñito, el famoso 8 de la Balompédica, remató con el paretal directo a la red.

El director de *El Deportivo* leía mi crónica del Balompédica-Dínamo, que acabó 1-2, crónica que ocupaba casi cuatro folios, y se rascaba el mentón dubitativo. «No sé, no sé», y me miraba de reojo. Pero yo ya le había advertido que ni se le ocurriera cambiarme una coma.

Pasado el mes fui a cobrar y me encontré con que el garaje donde se ubicaba la redacción estaba cerrado y en el teléfono del director no contestaba nadie. No prolongaré la intriga: el tipo se había fugado. Iba a decir que se había fugado dejando a varias familias en la calle, pero aparte de mí, como digo, sólo trabajaba en el rotativo aquel tipo de aspecto enfermizo que, la verdad, no creo que durase mucho.

Transcurrieron así un par de meses y, cierto día, vi un cartel pegado en una pared donde se anunciaba la inminente creación de un periódico en el barrio. Con tal motivo, se solicitaba gente dispuesta a colaborar: redactores, publicistas, maquetadores... La cosa la organizaba una asociación de vecinos y allí que me presenté yo, en la cafetería donde estaban reclutando gente, con mi título y mi currículum. El que iba a ser director echó un vistazo a mi artículo, ese del que he dejado un fragmento arriba sobre la victoria del Dínamo, y me dijo:

–Llevas el periodismo en la sangre.

Y yo le respondí: –Ya te digo.

Total, que me nombraron responsable de cubrir la información de la Junta Municipal del Distrito. Aunque sonara un tanto aburrido y burocrático, yo vi en aquello la posibilidad de iniciarme en la crónica parlamentaria, que tampoco es mala actividad periodística. Con la misma fe y los mismos principios con que escribía mis resúmenes futboleros, y en el deseo de convertirme en un nuevo Carandell, así informaba yo a los lectores de cómo:

Caía la tarde (esto era la «marca de la casa») sobre el Pleno municipal; las siete marcaba, de hecho, el reloj sobre la tribuna – y eso que suele atrasar bastante– cuando don Alfredo Matesanz, delegado de Obras Públicas, pidió la palabra. Una vez en posesión de ella, don Alfredo se mostró molesto no, como debiera, por la cantidad de baches que asuelan, y pocas veces mejor dicho, nuestras calles, sino por las dudas que desde hacía un tiempo pesaban sobre su honor. Por ello, dijo aprovechar la ocasión para declarar ante todos, «y ante los medios de comunicación aquí presentes» que si su patrimonio había experimentado un incremento notable en los últimos tiempos era debido a una asombrosa concatenación de casualidades. Declaró Matesanz, de pie en el estrado, que no era culpa suya si, en apenas un mes, había recibido una herencia de un tío mexicano, de cuya existencia conocía sólo por fotografías, había acertado, una semana después, cuatro números de la lotería primitiva, había sido agraciado con el cupón de la ONCE y había ganado la porra en el bar de debajo de su casa. «Por raro que pueda parecer, esas cosas suceden. Es mera cuestión de suerte», señalaba; y ante las miradas incrédulas de los asistentes al Pleno, exclamó: «¿Es que acaso un hombre, por el sim-

ple hecho de ocupar el cargo de delegado de Obras Públicas, no tiene derecho a ser agradecido por la fortuna?».

La revista del barrio publicaba mis artículos como yo quería, sin cambiar una coma. A cambio, no me pagaba por ello; como mucho, me pagaba cuantos cafés y cuantos cruasanes pudiera consumir –pero sin pasarme tampoco– en la cafetería donde teníamos nuestra redacción. Era una redacción «semoviente», por emplear una palabra ilustrativa, una redacción cuasi portátil, porque debíamos de pronto levantar los papeles, alzar las máquinas de escribir y movernos de nuestros asientos porque el camarero debía barrer bajo nuestras sillas o pasar la bayeta por la mesa.

–Perdón –decía, muy educado.

–Nada, nada –le respondía el redactor de Internacional.

Ignoro en virtud de qué antiguo acuerdo nos permitía el propietario del bar estar allí, ocupando una o dos de sus mesas, sin consumir, o con un café para seis, durante toda la tarde. Sí sé que en las cláusulas de tal acuerdo estaba, sin duda, especificado que en el caso –aunque rara vez ocurría– de que el establecimiento de pronto se llenase y no hubiera mesas disponibles para los clientes, debíamos entonces dismantelar nuestra redacción, evacuar cuanto antes y buscarnos, para lo que quedaba de tarde, otro lugar donde esparcirnos (porque, en efecto, allá donde fuéramos era llegar y empezar a esparcir por las mesas papeles, recortes, bolígrafos). «¿Vamos a la bodega de Joaquín?», aventuraba uno. «Allí no hay sitio para todos». «¿Y al bar La Rueda?». «Cierra hoy». Nos mirábamos en silencio durante varios segundos. «Joder –exclamaba el director al fin–, que diga algo el responsable de la sección de Ocio. ¿A qué bar podemos ir?»

«La revista del barrio publicaba mis artículos como yo quería, sin cambiar una coma.»

Había algo extrañamente atractivo en aquello de tener la sede en una cafetería. En eso de estar sumido en la tarea mientras en torno suena la vajilla, las cucharillas contra el plato, la máquina tragaperras, el bote cuando un cliente deja propina... El encargado de la sección de Economía y Bolsa me daba, de pronto, un codazo en las costillas: «¡Mira, mira, a las menos cuarto!». Y yo giraba la cabeza en el sentido de las agujas del reloj para fijar la vista en la dirección que me indicaba y encontraba allí una hermosa joven, digna de admiración y de todo tipo de encomios. Pero en aquel momento yo estaba ocupado y retornaba a mi labor. Nuevo codazo en las costillas del redactor de Economía y Bolsa: «¡Fíjate, a las y veinte!». «Mira allí, a las menos diez». Así no había forma de escribir una crónica parlamentaria como es debido y así se lo hice notar, finalmente, al compañero de Economía y Bolsa. Un tipo que tenía la rara habilidad de escribir un par de páginas sin perder ripio de los especímenes femeninos que entraban, salían o se acomodaban en la barra.

Una tarde llegué a la cafetería y me encontré al director mustio, con la mirada perdida al otro lado de la ventana. Me sorprendió que no hubiese nadie junto a él, que no anduviese desplegado en torno el peculiar trajín de las redacciones. Me senté a su lado e hice gesto de llamar al camarero para que me sirviese el acostumbrado café con su correspondiente cruasán; sin embargo, el director me detuvo en medio del ademán y me bajó los brazos. «Tengo una noticia que darte», me dijo. Y tras tomar aire prosiguió: «La mercería Puri nos ha retirado su apoyo». Y quedó callado, mirando al suelo. Ambos sabíamos lo que significaba eso. Mercería Puri era nuestro principal, por aquellos tiempos casi nuestro único, anunciante, y por tanto nuestra fuente de ingresos y la que mantenía vivo el periódico. Por esas cosas del mercado, la brusca bajada de bragas y sostenes (en ventas, entiéndase) había provocado, al fin, que mis sueños periodísticos se estacionasen, de nuevo, en una vía muerta. «Entonces –le pregunté al director–, hoy no hay cruasán...»

Y así fue como me quedé sin desayunar y sin trabajo.

© Miguel Baquero

El autor:

Miguel Baquero (Madrid, 1966) es autor de novelas y cuentos. Como novelista, ha publicado las obras *Vida de Martín Pijo* (año 1999; 2ª edición en 2007), *Matilde Borge, aviador* (año 2003), y *Vidas elevadas* (año 2010). Para mayo de 2011 está prevista la publicación de su novela *Objetos perdidos*.

Lilian Elphick

Santiago de Chile (Chile)

<http://lilielphick.blogspot.com>

* * *

Licenciada en Literatura y con estudios completos de magíster en Literatura Hispanoamericana y Chilena, por la Universidad de Chile. Escritora, directora de talleres literarios y editora de la página web de la Corporación **Letras de Chile**.

Relatos

- *La última canción de Maggie Alcázar*. Santiago de Chile: Mosquito Comunicaciones, 1990.
- *El otro afuera*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 2002.

Microrrelatos

- *Ojo Travieso*. Santiago de Chile: Mosquito Comunicaciones, 2007.
- *Bellas de sangre contraria*. Santiago de Chile: Mosquito Comunicaciones, 2009.
- *Diálogo de Tigres*. Santiago de Chile: Mosquito Comunicaciones, 2011.

Antologías

- *Cuento Aparte*. Santiago de Chile: Editorial Huelén, 1986.
- *Santiago, Pena Capital*. (Antología del Taller Literario Heinrich Böll, Prof. Antonio Skármeta). Santiago de Chile: Editorial Documentas, 1991.
- *Urgentes y Rabiosos* (Cuentos ganadores del Concurso de Cuentos Manuel Rojas). Santiago de Chile: Editorial Mosquito Comunicaciones, 1991.
- *Andar con cuentos*. Antología de la Nueva Narrativa Chilena. Santiago de Chile: Editorial Mosquito Comunicaciones, 1992.
- *Cuento Chileno Contemporáneo*. Breve Antología. (Poli Délano/Rafael Ramírez Heredia, Compiladores). México: UNAM, 1996; Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- *Salidas de madre*. Antología de narradoras chilenas. Santiago de Chile: Edit. Planeta, 1996.
- *Voces de Eros*. Antología de cuentos eróticos. Santiago de Chile: Edit. Grijalbo-Mondadori, 1997.
- *Hielo* (Antología de los cuentos finalistas de Revista Paula). Santiago de Chile: Edit. Alfaguara, 1999.
- *Cuentos 2000*. Santiago de Chile: Editorial Lom, 2001.
- *El cuento hispanoamericano actual*. Selección de Reni Marchevska, Sofía, Bulgaria, 2002
- *Después del 11 de Septiembre. Narrativa Chilena Contemporánea* (Poli Délano Antologador). México: Editorial Ficticia, 2003; Buenos Aires: Ed. Desde la gente. 2003.
- *Palabras en Torbellino*. Obras seleccionadas de los Concursos Interamericanos de Cuentos 2000-2002 de la Fundación AVON para la Mujer. Selección y prólogo de Angélica Gorodischer. Buenos Aires: Editorial Vinciguerra, 2004.
- *MicroQuijotes* (Selección de Juan Armando Epple). Barcelona: Thule Ediciones, 2005.
- *Con pocas palabras*. Muestra de microcuentos. Santiago de Chile: Mosquito Ediciones, 2005.
- *Al Sur de la palabra*. Cuentos y Ponencias del IV Encuentro Internacional de Escritores por el Fomento del Libro y la Lectura. Santiago de Chile: Corporación Letras de Chile, 2005.
- *El lugar de la memoria*. Antología. Selección de Isabel Gómez y Alejandro Lavquén. Santiago de Chile: Editorial Ayún, 2007.
- *Créditos. Homenaje a Juan Armando Epple*. Antología de microcuentos. Santiago de Chile: Ergo Sum, 2008.
- *Porotos granados*. Una antología del cuento breve chileno contemporáneo. Selección de Tito Matamala. Editorial Catalonia, Santiago de Chile, 2009
- *Nouvelles du Chili*. Collectif. Traduit de l'espagnol (Chili) par Nahed Nadia Noureddine, Marie-Ève Létourneau-Leblond et Louis Jolicœur, avant-propos de Louis Jolicœur. Québec: L'instant même, 2009.
- *Las mujeres cuentan. Relatos de escritoras chilenas*. Antología. Santiago de Chile: Simplemente Editores, 2010.

- *Velas al viento. Los microrrelatos de la Nave de los locos.* Antología. Granada: Cuadernos del Vigía, 2010.
- *Arden Andes.* Minificciones argentinochilenas. Selección de Sandra Bianchi. Buenos Aires: Editorial Macedonia, 2010.
- *Grageas 2. Cuentos breves hispanoamericanos.* Selección e introducción de Sergio Gaut Vel Hartman. Buenos Aires: Ediciones Desde la Gente y el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. 2010.
- *Los comprimidos memorables del siglo XXI.* Antología de minicuento. Bogotá: VI Congreso Internacional de Minificación, 2010.
- *Basta. Cien mujeres contra la violencia de género.* Antología de microcuentos. Pía Barros Comp. Santiago de Chile: Editorial Asterión, 2011.

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *¿Cómo resumirías tus comienzos literarios y el camino recorrido hasta ahora?*

LILIAN ELPHICK: Creo que nací escribiendo. Siempre me gustó leer, actividad íntimamente comprometida con la escritura. Primero, era la poesía: Neruda, Parra, Machado, Aleixandre, Lorca, Hernández, y así... Luego, los cuentos, las novelas. A los veintitantos asistí al taller de José Donoso. En la entrevista, me preguntó si había leído a los rusos. Le dije que había leído principalmente a Chejov y, para darme ínfulas, agregué que ya había leído *Ulysses*, de Joyce, en su idioma original. Y no era mentira. Viví en Nueva York a los 20 años y saqué toneladas de libros de la biblioteca de la Universidad de Columbia.

Escribí poesía hasta los 23 años. Creo que mis textos más breves, los narrativos, lo demuestran. No creo en la tríada aristotélica lírica-épica-dramática. Ahora, en 2012, no podemos hablar de géneros puros.

N.: *Tu trabajo literario se centra sobre todo en el relato, y dentro de este se diría que tienes una especial predilección por el microrrelato. ¿Qué posibilidades te ofrece el texto hiperbreve frente a otros géneros más extensos?*

LE.: Como te decía en el último párrafo de la pregunta anterior, el microrrelato o microcuento me ofrece volver a la poesía sin etiquetarme de poeta (y aquí me río). La verdad, me gusta escribir verticalmente, reducir la anécdota y el bla bla de los personajes. Alguna vez dije que los grandes macrorrelatos ya están escritos; las novelas utópicas latinoamericanas, el famoso *boom*, las «grandes obras», en general. La idea de lo mínimo me parece atractiva en estos tiempos de fugacidad cibernética. Ahora, y esto lo recalco, lo mínimo no es sinónimo de fácil. He visto textos pútridos en Tweeter y otras redes sociales que generan sólo chiste, una risa a medias. Lo mínimo es concentración, es apuñalar al otro sin que se dé cuenta; es el aleph.

N.: *Tus microrrelatos a veces parecen más bien propuestas, invitaciones, ideas primigenias que el lector debe continuar, de lo que se deduce que te interesa ante todo un lector activo, consciente de su papel, que participe en el relato más que lo lea como simple receptor.*

LE.: Claro, por supuesto, el microrrelato no necesita del lector-hembra (machista concepto de Cortázar, al cual amo); al contrario, éste debe funcionar con la ayuda del lector/a. En una entrevista que me hizo la Internacional Microcuentista me referí a la teoría del iceberg, de Hemingway. Lo más importante nunca se cuenta. Es el lector/a quien debe desentrañar la historia profunda (partiendo de la base de que existe una historia superficial, como el texto de los zapatitos de bebé del propio Ernest).

Y está, también, la intertextualidad, en donde el lector/a deberá conocer el texto N°1 para poder interpretar la reelaboración del texto N°2.

N.: *Diriges la revista de literatura Letras de Chile. ¿Qué puntos de conexión pueden existir entre las tareas propias de dirigir una revista con las aparentemente más libres y atrevidas de la escritura propiamente dicha?*

LE.: Se trata de una página web que nació el año 2002-2003. Ha tenido varios editores y, actualmente, somos tres los que editamos contenidos: los escritores Diego Muñoz V. y Miguel de Loyola, y yo.

Letras de Chile es un sitio destinado a la difusión de la literatura chilena, pero también de otros países. Como corporación cultural y sin fines de lucro, Letras de Chile intenta darle cabida al tra-

bajo literario de sus propios socios/as y público joven (estudiantes secundarios y universitarios). Se difunden textos, concursos, noticias, comentarios, etc.

Personalmente, soy socia de esta corporación desde el 2000. Participé de su directorio durante muchos años y hemos organizado lecturas públicas gratuitas, congresos, foros, y otras actividades relacionadas con el fomento del libro y la lectura. No soy una escritora de trono, por así decirlo. Siempre he estado ligada a la programación de actividades culturales y literarias. Entonces, la conexión es muy grande, entre mi quehacer particular y los otros quehaceres.

N.: *Entre otros proyectos digitales que ofreces en la red, mantienes un blog donde das cabida a diversos textos escritos por Alejandra Pizarnik. ¿Qué influencia dirías que han tenido la obra de esta escritora en tu trabajo y en tu actitud frente a la literatura?*

LE.: Bueno, ese blog de Pizarnik no lo actualizo hace mucho tiempo. Hay, sí, muchos textos y algunos míos colados en algún rincón. Pizarnik es un referente importante. Su modo escritural, su posición frente a la realidad y su actitud lúdica hacia lo superreal. La entrega total a lo literario, al mundo ficticio, como Cortázar y Kafka, por nombrar a algunos. Ella es una de las escritoras que me estremece y me conmueve. Me saca del centro para ser periferia.

N.: *En otro de tus blogs, Por la patria, haces especial hincapié en la literatura escrita por mujeres. ¿Dirías que hay alguna diferenciación de fondo y de planteamiento entre la literatura que escriben o han escrito hombres y mujeres?*

LE.: Me preguntas algo ultra complejo. Tengo un ensayito dando vueltas en internet: <http://lilielphick.blogspot.com/2011/12/yo-la-mas-subalterna-de-todas.html>; quizás ahí se encuentren respuestas.

N.: *¿Qué hay en la cabeza de Lilian Elphick antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?*

LE.: En primer lugar, las historias no las concibe Lilian Elphick, sino los múltiples seres que *la* viven. Me gusta pensar como Julio Cortázar y su *intersticio* o zona escritural. No hay nada racional en la génesis de una historia. Aflora, simplemente, en la intuición y en la sincronía. Luego, viene el vómito. Por último, la corrección, el tijereteo.

N.: *Como lectora, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

LE.: Últimamente, devoro libros de microrrelatos; antologías y autoriales: Ana María Shua, Pedro Guillermo Jara, Raúl Brasca, Luisa Valenzuela, Muñoz V., Barros, Aguilera, Sánchez.

En novela y cuento me quedo con Diamela Eltit, Cortázar, Rulfo, Poniatowska, Borges, y mil más.

N.: *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando Lilian Elphick?*

LE.: Estoy trabajando en mi cuarto libro de microrrelatos.

* * *

Microrrelatos

MONSTRUOS ¹

por Lilian Elphick

MONSTRUO I

Tiene dos ojos, una nariz aguileña y delgados labios. Cuando aparece en el sueño, es él el que corre despavorido y soy yo la que tiene la llave en la mano. Él trata de abrir la puerta, mientras yo lo arrincono y le pongo la cadena al cuello. Lo llevo al sótano y ahí lo encierro. Antes de despertar, le grito: No digas que no te lo advertí.

MONSTRUO II

Soy un monstruo discreto, de finos modales. Busco compañía. No importa la especie. Esto no es una broma. Estoy solo en los altos de un campanario, a las afueras de K., Biblioteca Municipal, Libro de las Mentiras, tomo XIII, página 2347.

¹ Microrrelatos pertenecientes al libro *Diálogo de tigres* (Mosquito Comunicaciones, 2011)

MONSTRUO III

A Diego Muñoz V.

[cuando se me llueven las manos viene el loco a leerme el libro de las esperas me dice que confíe en esas horas malignas donde el hombre lobo traiciona a la luna escarmenando la lana del cordero me dice que tres deseos bastarán para sanarme del tiempo que cuelga del colmillo de un ángel me dice que la palabra entra y sale del hocico de Aión me dice que ya vendrán soledades mejores que sobe la pata de mono que beba mi sangre y toque y devore este espacio de escritura tan mío y tan tuyo la única tibieza].

MONSTRUO IV

Como si quisiera ir al encuentro de mi cuerpo, me monto en mi joroba y desando el infortunio. No sé callar: la oscuridad me ha dotado de muchos espejos luminosos por donde entra la normalidad. Viajo por mis cicatrices; cada una de ellas es una historia que otros cuentan con la voz impostada del terror. Recorro mis distancias, mis dientes podridos, el repliegue de mis alas. Alguna vez tuve un nombre que ahora olvido. Soy, en mi orgullo, un dolor flameando al viento.

MONSTRUO V

Las teratologías señalan que soy abominable y un vulgar críptido. Gengis Khan y el ejército mongol jamás me soñaron huyendo por las estepas en un takhi de crines rebeldes; Marco Polo no me divisó en ninguno de sus viajes; Darwin no habló de mí. Sólo el Dalai Lama aseguró que era la duodécima reencarnación de Buda. No sé quién es Buda. Ni siquiera sé dónde vivo. Todo es blanco; yo soy blanco. Incluso, la peluda leyenda que vive conmigo, jugando a ser feliz.

MONSTRUO VI

Todo monstruo es también mago. De tanto aparecer, desaparece. Nadie lo ve ni lo escucha.

Yo, por ejemplo, trato de asustar a las damas, pero ellas abren sus paraguas para protegerse de la lluvia que les acaricia las manos y, luego, moja el ruedo de sus vestidos, tan largos como mi ansia. Y ese mismo temporal, combinado con un viento feroz, da vuelta los paraguas y los raja. Ellas gritan, mientras el armado fastuoso de sus cabelleras se deshace, y les chorrea laca y tintura por la cara; los ojos maquillados son una ruina. Las damas lloran aterradas; sienten que «algo» les sube por las piernas: una rata, una araña, una culebra. Y caen al suelo dando patadas, se revuelcan en el barro, profieren insultos, alborotan sus pechos, se abren al placer de mis babas, de mi torrencial impulso.

Las lluevo una a una, hasta que todos somos un charco evaporándose lenta y definitivamente.

MONSTRUA I

Un brillo. Una luz. Ahora. Un dolor irisado se te ve en los ojos. Así me miras cuando hemos estado perdidos en la noche, lenguajeando, mientras yo te extraño porque te vas y te quedas y ningún beso florece sobre las almohadas.

Desgloso tus pequeñas trizaduras: es por ahí que te escapas, sin aristas, desarenado, limpio. Y es ahí que soy la piel ajena que a veces guarda la tuya en forma de mi recuerdo. O el hielo que quema su confesión: ¿Sabías que las palabras pueden manifestarse como un puño? ¿Alcanzarás a cobijarte bajo la sombra de mi mediodía?

Poco quiero decir de la añoranza: ritual espejeante; la brutalidad de la máscara.

MONSTRUA II

Pura subjetividad yo era en la sintaxis imposible del olvido; me miraban con asco, o con lástima. Nunca pude distinguir aquellos ojos donde el artificio se posaba como un cuervo, graznando la im-

periosa categorización del espíritu.

Se borraban los epígrafes dada mi condición de huérfana: no tenía de dónde asirme porque toda yo era un mango, asa del destino, gancho puntiagudo; y así continuaba mi cuerpo elaborando estratagemas para no morir colgada, sujeto mi cuello a la sogá que, aferrada al clamor de las panderetas, oprimía mis sueños con alevosía.

Me mataron: por mostrarme en la vía pública.

Sólo era una estatua con hilachas de sentimientos.

MONSTRUA III

Aspiro pegamento echada en la última esquina de esta ciudad amurallada. Una «M» cosida a la espalda me identifica. No soy pordiosera, pero la gente insiste en arrojar basura a la geografía de mis cuatro faldas. Sé que el sol sale por ahí y que los perros cuidan mis cosas: el canasto vacío, la remendada capa roja. Mi abuela, antes de morir, me dijo: lleva en tu tobillo este ramito de romero. Y así lo hice. No me gruñen los malos espíritus, aunque a cada rato siento que el verdadero colmillo del lobo se entierra en mi estómago y retuerce los sueños del bosque, donde yo era una niña muy pequeña que estaba enamorada de su hambre.

MONSTRUA IV

No tengo piernas; un accidente, ya saben. Pero, me movilizo en un carro. «Cortadita» me llaman los amigos, los que me suben al colectivo. A veces me lleva el bueno de Jonás y no fustiga al caballo para que yo no de tumbos entre lechugas desarmadas y tallos de zanahorias. Los que no me quieren me tiran piedras y aquí en el descampado hay muchas. Yo sé asustar; me defiendo. Lo que más me cabrea es el silencio. Viene a susurrarme tonteras: monstrua fea, remedo de hembra; mátrate, lánzate cerro abajo. Por mientras, aceito las ruedas y afilo el cuchillo para trozarlo en dos cuando lo pille desprevenido.

MONSTRUA V

Diré la verdad: tengo una cola larga y peluda, más parecida a la de un castor que a la de un gato, seres traicioneros que dormitan en las camas de los humanos.

La he tenido escondida desde la aparición de mis alas. No quería que los demás se burlaran o que me acusaran al que tiene las llaves (si lo nombro, me descubre). Cosí yo misma la túnica con el guardador de nube comprimida. Ahí vive ella, enroscada como una serpiente, esperando.

Cuando bajo a la tierra, la libero y ella, cómo no, se agita, se menea, y yo soy feliz acicalándola, trenzándola, escarmenándola. Es aquí cuando se produce el milagro: una niña sin dientes, apenas vestida, que duerme bajo un puente, me indica con su dedito y ríe.

Entonces, las dos percibimos la crecida del río.

MONSTRUA VI

Tú, que has sido más monstruo que todos los monstruos juntos, dime, ¿qué tengo que hacer para que me mires?, ¿cuál dignidad debo lucir cuando el tercer ojo se esconde en los pliegues de mi conciencia?, ¿qué palabra elegir (como si se tratara de vainilla o chocolate amargo) en el momento que mis excrecencias me aprisionan, ¿dónde ir cuando tu ausencia es el espacio sagrado, intocable, impenetrable; a veces, tan innecesario? ¿Dónde alcanzarte mi mano tullida? Porque debes saber que mi mano te buscó en bosques y desiertos, en los páramos de los cibernautas; y la mano no pudo ser mano sin ti. Ahora es la pequeña garra que escribe esto, a duras penas, en mi ciudadela invisible.

© Lilian Elphick

LITERATÚRAME: POR Y PARA LA LITERATURA

por Carlos Manzano

La revolución que los avances en el mundo digital y las nuevas tecnologías vienen produciendo en nuestra vida diaria desde hace ya unas cuantas décadas está fuera de toda discusión. Sin ir más lejos, esta misma revista, *Narrativas*, es hija directa de todo ello, de hecho no existiría de otro modo: *Narrativas* solo tiene sentido desde el momento en que los avances tecnológicos posibilitaron la creación de revistas electrónicas de difusión internacional y circulación inmediata sin exigir un largo y costoso proceso de edición. Esta revista, obviamente, es tan solo un ejemplo –y no de los más espectaculares– de la amplitud de todos esos cambios, pero pone de manifiesto de qué manera las transformaciones tecnológicas han llegado a afectar a uno de los campos que hace apenas unos años parecía al margen de la nueva era digital: la lectura.

Hoy en día, palabras como PDF, ePub, iPad, Android o eBook, por citar solo unas pocas, nos son tan comunes como las centenarias papel, libro, portada, encuadernación o librería. La lectura en formato digital es ya tan habitual entre los jóvenes de todo el mundo que carece del menor sentido cuestionarse la prevalencia de uno u otro formato, las ventajas de una u otra forma de contener y distribuir información. Es ese un debate no solo pasado de moda, sino incluso ridículo y me atrevería a decir que absurdo. La única distinción posible y admisible que puede darse al respecto debería circunscribirse a la dicotomía entre literatura propiamente dicha y lectura de evasión o entretenimiento. Todo lo demás es espurio.

Tras esta breve introducción, es el momento de hacerse la pregunta primordial: ¿Qué es o qué pretende ser **Literatúrame**? Quizá como primer apunte podríamos indicar que **Literatúrame** entra en el mundo de la literatura digital desde el formato de plataforma o portal literario: www.literaturame.net. En **Literatúrame** vamos a tratar de hacer accesible a la comunidad lectora de habla hispana de todo el mundo un buen número de obras literarias dignas de ser apoyadas. Vamos a ser, sin duda alguna, una plataforma de venta de libros, pero también una red de comunicación y encuentro donde lectores, escritores y editores puedan interactuar y compartir sus diferentes experiencias y sus visiones particulares; porque, convendría no olvidarlo nunca, tan importante como la labor creativa del escritor y la organizativa del editor, está la actividad discernidora del lector, que es al fin y al cabo quien da sentido a todo el proceso de concepción, realización, maquetación y distribución que conlleva la aparición de un libro. **Literatúrame** no va ser, en consecuencia, una librería en el sentido clásico del término, sino una puesta en común de perspectivas y enfoques convergentes, siempre focalizados alrededor de un sencillo pero claro elemento nuclear: la literatura.

Desde esta perspectiva, en **Literatúrame** vamos a apostar por encima de todo por la literatura. Ante los innumerables recursos de todo tipo –y al mismo tiempo de desigual calidad– que pululan dispersos por la red y que dificultan su localización y hacen de la selección un trabajo no solo arduo, sino muchas veces infructuoso, **Literatúrame** quiere ofrecerse como punto de referencia y aglutinador de propuestas puramente literarias donde el amante de la buena literatura pueda encontrar un espacio adecuado a su interés. Pese a que en un principio el alcance de nuestras ofertas pueda parecer modesto y limitado –todos los comienzos exigen tiempo, dedicación y constancia–, el propósito que nos guía es claro y el sentido de nuestro trabajo, sincero.

Todo esto, obviamente, exige un esfuerzo arduo y un coste material imprescindible que deben asumir quienes sustenten o vayamos a sustentar el proyecto. Por si alguien lo dudaba, ni las cosas se hacen solas ni nada sale completamente gratis. Incluso el amor al arte tiene, como es lógico, sus limitaciones. El respeto al trabajo de las personas es el precepto fundamental sobre el que debe desarrollarse toda actividad humana, y eso es algo que en **Literatúrame** tenemos absolutamente claro;

de hecho es la primera premisa sobre la que vamos a trabajar. Una sociedad que desprecia a sus creadores y les niega una retribución digna es una sociedad que no merece disfrutar de un progreso cultural efectivo. Es importante entender esto si no queremos vernos abocados al vacío intelectual y a una cultura de autoconsumo donde solo aquellos que no den ningún valor a su trabajo se vean animados a regalar públicamente el producto de su esfuerzo y su dedicación, empobreciendo más aún los niveles culturales de unas sociedades donde los intereses económicos, las modas pasajeras y la comodidad y el desaliño intelectual pueden acabar relegando los bienes culturales a un rango próximo a la marginalidad. Pero aun teniendo esto presente, siempre intentaremos que el coste final del producto no solo no sea abusivo, sino que incentive al posible lector a disfrutar de la literatura sin que su situación económica o un contexto desfavorable representen un impedimento o una traba seria.

Frente a los agoreros de siempre que dan prematuramente por muerto todo proyecto digital puesto en marcha a partir de presupuestos culturales y artísticos y que además intente respetar y promover la figura imprescindible del creador, nosotros pensamos que sacar adelante **Literatúrame** no solo es un objetivo factible que merece la pena llevar a cabo, sino ante todo un proyecto muy necesario, casi diría que imprescindible. Dados los tiempos que corren, resulta indispensable que desde todos los ámbitos sociales, públicos y privados, se haga un esfuerzo serio por reivindicar la necesidad de la cultura, y dentro de ella, de la literatura. Creemos que no existe ninguna ley determinante en el desarrollo y en el avance de las sociedades humanas y que estas serán el resultado de lo que los individuos hagan, piensen y creen en cada época y en cada situación concreta. Los medios digitales pueden ser un entretenimiento vacío que distraiga y aparte a las nuevas generaciones de la lectura y el pensamiento o, por el contrario, un nuevo acicate y un valor añadido que los acerque y los convenza de los placeres que esconde la actividad literaria, especialmente la lectura. Dependerá de cómo afrontemos estos próximos años y de cómo usemos de los medios a nuestro alcance para que prevalezca una u otra opción. Desde **Literatúrame** lo tenemos claro desde el principio y por eso hemos hecho esta apuesta. Ojalá los lectores nos secunden en ella.

© Carlos Manzano

<http://www.carlosmanzano.net>

* * *

Miradas

CHARLES DICKENS, EL ESCRITOR DE LA CRÍTICA SOCIAL

por Enrique García Díaz

Durante este año se celebra el 200 aniversario del nacimiento de uno de los escritores más prolíficos y conocidos de la literatura inglesa, Charles Dickens. Por este motivo Inglaterra va a celebrarlo con numerosas actividades culturales entre las que podemos destacar entre otras muchas la exposición que la British Library albergará sobre la relación de Dickens con lo sobrenatural. Tema que se convirtió en el eje de una de sus más conocidas creaciones, *A Christmas Carol* (Canción de Navidad). El museo Victoria and Albert acogerá el manuscrito original de *David Copperfield*; mientras que el Museo de Londres analizará la sociedad, la política y la economía inglesas en la época del escritor. Pero no será sólo en Londres donde tendrán cabida las celebraciones en torno a la figura del escritor; el día 7 de febrero y coincidiendo con su nacimiento en la ciudad de Portsmouth tendrá lugar una gran fiesta en su honor. Y en Teesdale se celebrará un festival cultural en torno a las escuelas, ya que fueron éstas las que inspiraron al escritor. En Kent se dará acogida a todos aquellos visitantes

que quieran conocer el lugar donde vivió Dickens.

Charles Dickens ha sido considerado como el escritor del pueblo; también conocido como el escritor de la denuncia social. Su estilo y su prosa se centraron en retratar los problemas a los que éste se enfrentaba. Dickens mantenía una empatía con el hombre común y un cierto escepticismo con la burguesía. Se mostraba comprometido con la sociedad de la época. Los escenarios de sus novelas siempre eran los barrios más sórdidos y marginados de Londres. Las calles encharcadas, los arrabales donde habitaban niños azotados por capataces explotadores o atacados por el hambre y la miseria que les había tocado vivir. Baste señalar que gracias a su obra *Oliver Twist* se llevó a cabo la limpieza de los arrabales, que Dickens había descrito en su obra. Además, gracias a su personaje de Nancy, el autor humanizó a las prostitutas a ojos de los lectores siendo éstas consideradas como personas que habían sufrido y se habían convertido en desafortunadas víctimas de sociedad y de la situación económica. Estos son algunos de los rasgos que mejor identifican a una de sus creaciones más conocidas, *Oliver Twist*. Pero estas denuncias contra la sociedad inglesa de la época no conllevan un tinte político. De hecho Oliver es un ejemplo de lucha y de superación y que simboliza la posibilidad de lograr un ascenso social.

De esta denuncia de la situación social en sus novelas surge el espíritu «dickensiano», y que no es otro que el anhelo de una situación mejor a la vez que hay una preocupación por el hambre y la pobreza. Por la delincuencia y el abuso de poder que desemboca en una injusticia. Todas estas descripciones y temas tildaron sus creaciones de «sensibleras» en algún momento, pero ahora con el tiempo descubrimos que lo que se tachó en su día de sensible, es hoy en día ironía y un mayor sarcasmo hacia la crítica social en sus creaciones. Pero sin dejar de lado su humor y su romanticismo. Es por ello que Charles Dickens era querido y leído por las clases sociales más bajas, pero al mismo tiempo por los eruditos. Cabe destacar que sus novelas eran publicadas por entregas, práctica habitual en la época. Periódicos como el *Master Humphrey's Clock* y el *Household Words* siendo posteriormente impresas en libros. El hecho de publicarlas originariamente en los periódicos las hacía más baratas y a la vez más accesibles al público lector. Por esto mismo fue calificado como un autor folletinesco.

A Dickens se le ha achacado el esquematismo en sus personajes, la composición de sus tramas y cierta falta de estética en sus ideas. En *Oliver Twist* por ejemplo, proporciona el relato de un joven idealizado e irrealmente bueno, cuyos valores y creencias no se ven alterados por brutales orfanatos o por las intervenciones de una banda de carteristas. Pero este idealismo que también aparece reflejado en su novela *Little Dorrit* (La pequeña Dorrit), sirve única y exclusivamente para conmover al lector acerca de la situación social en la que vive la protagonista. En este caso de la pequeña Dorrit asistimos a la ineficiencia y a la corrupción de las oficinas y con la irregular especulación de los mercados. Dickens critica la avaricia, la alevosía y la hipocresía enmascarada por la ética del «Utilitarism». Así como los abusos de poder del gobierno. Ante estas situaciones surge la necesidad de un «Happy Ending», esto es de un final feliz en el que el personaje principal logra sobreponerse a todas estas dificultades. *Oliver Twist* es el niño abandonado a su suerte en un orfanato, que posteriormente cae en las redes de un Londres corrupto y depravado. Pero que al final es reconvertido en el sobrino perdido de una familia burguesa. Si por ejemplo pensamos en Scrooge, el avaro protagonista de *Canción de Navidad*, quien no es sino otra víctima más del Londres corrupto y depravado. Sujeto a la economía, las deudas y a la situación social. Al final como ya sabemos se reconvierte en una persona bondadosa y de gran corazón, despreocupada del dinero. Sin embargo esta felicidad alcanzada al final de la novela por el protagonista no nos hace olvidarnos de todas las penas y desagrazos que ha sufrido hasta llegar a éste. Pero en ocasiones ese final feliz no es una fiesta llena de música y alegría si no que representa el fin de las desgracias y de la infelicidad. Tal vez por ello Dickens haga más hincapié en los aspectos negativos que rodean al personaje más que en su final feliz.

El mundo que describe Dickens en sus obras es despiadado, corrupto, crítico, pero que se puede arreglar después de todo. La novela victoriana se hace eco de la problemática social de Inglaterra. Hay una idealización de la vida cotidiana de la clase media e incluso de la clase obrera a la que se mete en una especie de cuento con un final feliz. Un final, que como hemos señalado en muchas

ocasiones, se trata más de desprenderse de todo el sufrimiento padecido que de una celebración.

© Enrique García Díaz
Doctor en Filología inglesa

* * *

Miradas

SEDENTE SOLITARIO

por María Dubón

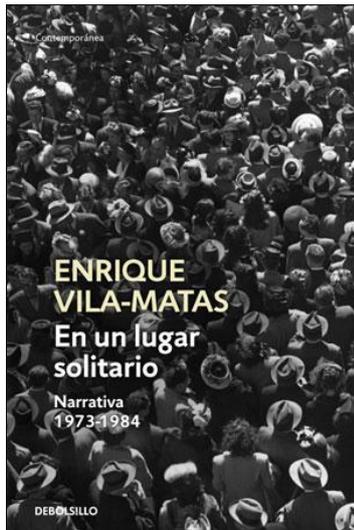
La figura de Edgar Allan Poe es un daguerrotipo, aquel antiguo procedimiento fotográfico que fijaba la imagen con vapores de mercurio y que nunca quedaba nítida del todo. Poe, su vida, su obra y su leyenda, ejercen sobre el público una fascinación cautivadora. Nadie queda indiferente después de leer «El entierro prematuro», «La verdad sobre el caso del señor Valdemar» o «El cuervo» porque una inquietud, difícil de explicar, agita la imaginación del lector. Las obras de Poe alteran la sensibilidad, su parte más instintiva e inconsciente, y nos dejan prendidos en los límites de lo desconocido.

Edgar Allan Poe cultivó la poesía, la ficción y la teoría crítica sin llegar a producir ninguna obra maestra. Sus poemas son una cantinela cadenciosa que despierta sentimientos primitivos y en ellos prevalece un sentido musical de la poesía, por eso Poe prefiere la palabra que mejor suena a la que tiene un sentido más adecuado en el poema y, a veces, cae en la incongruencia o en la extravagancia. En sus novelas de terror se mantiene fiel a la tradición que rige el romanticismo anglosajón y en ellas caben todos sus tópicos. En los cuentos no describe lugares, sino la angustia que representa verlos; el lugar no es un espacio, es una sensación. El lector se adentra en la dimensión psicológica de la narración, a caballo entre el mundo sobrenatural y la realidad objetiva, y participa del estado de ánimo de los personajes gracias a la capacidad analítica y a la sutil intuición de Poe.

¿Qué tiene Allan Poe para provocar tanta conmoción? El perfil trágico del autor, el drama de artista romántico, tiene una fuerte ligazón con el hombre que fue. Hijo de actores, su padre alcohólico abandonó a la familia cuando Edgar tenía un par de años y su madre moriría cuando aún no había cumplido los cuatro. Fue separado de sus dos hermanos y adoptado por una estricta familia presbiteriana que le dio su apellido: Allan. El joven Edgar es poco hablador y reservado, se recluye en sí mismo para huir del miedo que le produce el mundo y empieza a beber y a jugar. Cuando sus deudas ascienden a 2.500 dólares, su padre se niega a seguir manteniéndolo y Poe se marcha a Boston con un nombre falso. Se enrola como soldado en la artillería federal, luego entra en la Academia Militar de West Point, de donde es expulsado, publica tres libros de poemas, gana un premio concedido por el periódico local: *Baltimore Saturday Visitor*, con su narración «Manuscrito hallado en una botella», dirige la revista literaria *Southern Literary Messenger*, se casa con su prima y enviuda un mes más tarde. Está dispuesto a rehacer su vida, pero cae en una depresión que le lleva de tugurio en tugurio consumiendo opio y bebiendo desmesuradamente, hasta que muere a causa de un *delirium tremens*.

Gracias a Baudelaire, Mallarmé y Valéry se recuerda hoy su obra. Ellos, como tantos otros, quedaron subyugados por la exaltada imaginación de Poe. Tal vez sea esta imaginación desbordada la que nos cautiva y hace que la obra de Poe no se afirme por lo que es, sino por lo que nosotros proyectamos en ella.

© María Dubón
<http://dubones.blogspot.com>



EN UN LUGAR SOLITARIO, de Enrique Vila-Matas

Editorial Debolsillo
Fecha de publicación: 2011
474 páginas
ISBN 9788499087665

* * *

Oportuna la idea de recoger toda la obra narrativa de Enrique Vila-Matas escrita entre 1973 y 1984, cuando el autor barcelonés no tenía la consideración literaria de la que ahora disfruta. Interesante esta recopilación de novelas breves y relatos para comprobar su evolución desde sus constantes literarias. Encontramos, en ese conjunto variopinto, novelas vanguardistas, muy típicas de la época, sin puntos y aparte ni signos de puntuación, como *En un lugar solitario*, que sirve para titular este libro, en las que un Vila-Matas

bisoño pelea por tener un estilo propio dentro del afán por adscribirse a la modernidad de esa época, sarampión por el que pasan casi todos los escritores antes de curtirse, en su afán de innovar a toda costa y, la mayor parte de las veces, con escasa fortuna, como le ocurre a esta novela corta, lo más flojo de todo lo recopilado.

–Quizá el triunfo del estilo sea no tenerlo –dije.

Las mejores páginas, las que nos permiten acercarnos al universo Vila-Matas, infestado, desde sus principios, por la literatura, la metaliteratura (el escritor barcelonés, a lo largo de su obra narrativa, vuelve una y otra vez sobre el hecho literario en sí, sobre el papel del escritor como impostor que cuenta medias verdades o medias mentiras) las encontramos en las novelas breves y relatos que siguen a ese relato inicial, algo árido, y a un prólogo brillante que escribió el autor para la ocasión. *La literatura nace de la dificultad de escribir, no de la facilidad*, dice en él. ¿Es, entonces, la literatura una especie de sacerdocio que excluye todo placer en aras de la dificultad?

Vila-Matas juega con su propia impostura. *Cada vez que publico un libro escuto el horizonte con miedo de ver aparecer a aquel que dirá haber descubierto que no soy un escritor.*

Fiel a la metaliteratura, a que ésta se incrusta irremediabilmente en lo ficcionable, el autor de *Dublínescas* no tiene otra opción que bautizar a los personajes de *Al sur de los párpados*, puede que la mejor pieza de este conjunto, con los nombres de Joyce y Stein, dos referentes literarios del autor catalán.

De pronto, un tren directo irrumpió en la estación. Joyce, con paso suelto y sereno, se dirigió al borde del andén y saltó. Eva tenía los ojos en blanco y siguió teniéndolos durante largo rato, después de que la locomotora arrollara a Joyce, fragmentara su cuerpo, esparciera su pensamiento.

En *Nunca voy al cine*, título por el que recibió duras reprimendas porque hubo quien pensó que era una afirmación categórica del propio autor, crea dos personajes chocantes, Rita Malú y Pampanini, de resonancias cinéfilas.

Incansable y delicadamente, Wilhelm Wietz pasó y repasó sus labios sobre los míos, de arriba abajo, de derecha a izquierda, hacia dentro y hacia fuera, hacia la vida y hacia la muerte, y descubrió que no sólo amaba, sino que pensaba, reía y veía.

Hay una voluntad por parte de Vila-Matas de impactar al final de cada frase con un vuelco narrativo que crea un violento contraste. Es la suya una técnica que obliga al lector a detenerse en la frase, digerirla, antes de seguir leyendo. Un efecto que persigue y consigue, porque escribir es secuestrar al lector.

Parecía la clásica tentadora que arruina con sus ojos negros, profundamente negros. La vi colocar su bolsa, el sombrero y una sombrilla sobre uno de mis baúles. Me miró como

desafiante. Y yo me dije: ¿entrarías aquí si supieras que acabo de violar y asesinar a una mozambiqueña?

En *Todos conocemos Hong-Kong*, uno de los relatos que se incluyen en *Nunca voy al cine*, retoma su desternillante experiencia militar en el hospital psiquiátrico, autobiográfica, de cuando se fingió loco, o se mostró como realmente era, para eludir la experiencia castrense.

Y, además, tiene otro problema a la hora de inventar: le aterra, como a ti te aterraba, comenzar a escribir una historia porque le da miedo ese comienzo en que la obra es toda ignorancia de sí misma, debilidad de lo que no tiene peso, ni realidad, ni verdad, y, sin embargo, comienzo necesario.

Encontramos en estos textos, como en toda la obra narrativa posterior, en todas sus novelas, que nunca acaban de serlo, porque uno acaba interesándose más por el narrador que por lo narrado, confesiones, miedos, fobias, que se entrecruzan siempre en el relato y obligan a hacer una pausa para reflexionar. Como el párrafo que antecede que habla de la no siempre idílica relación entre creador y creado.

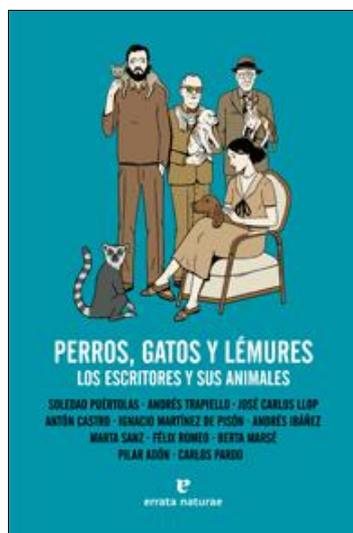
En *Impostura*, que cierra el tomo, habla sobre su propio papel. *Y también creyó descubrir que en todas las novelas el narrador siempre es un impostor, un indeseable que se hace pasar por el autor y que sólo es desenmascarado por los lectores más perspicaces, que suelen ser también los más amargados.*

Una diatriba contra los lectores no inocentes, esos que analizan *ad nauseam* el significado de cada párrafo y se obligan, con ello, a nos disfrutar nunca de lo leído. Y habla un impostor consumado, alguien capaz de inventarse una entrevista con Marlon Brando, que publicó en la revista *Fotogramas*, sin que ésta ni el actor se apercibieran del fraude.

Puro Vila-Matas en estas 475 páginas, con textos más acertados y otros no tanto, pero que sin duda son necesarios para tener una visión global de este escritor y comprender toda su andadura, vital y literaria que, en su caso, se confunden, son lo mismo.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



PERROS, GATOS Y LÉMURES, de VV.AA.

Errata Naturae
Fuera de olección
Fecha de publicación: 2011
205 páginas
ISBN 978-84-15217-14-5

* * *

Aunque ya en el mismo Génesis se establece la relación de dominio, superioridad y depredación del hombre sobre los animales, esta supeditación tajante no ha sido así en todas las épocas, porque además ha dependido mucho del tipo de animal con el que nos relacionemos, de la cultura que estemos estudiando y del estadio evolutivo de aquélla. Así, hubo tiempos en que las ratas negras sirvieron de mascota, del mismo modo que los perros o los piojos

son considerados alimenticios actualmente en algunas partes del Globo.

Pero sólo en la última década de nuestro país, hemos empezado a interesarnos en serio por esta apasionante cuestión, abordando académicamente la relación con los animales al margen de la zoología, siendo objeto de investigación universitaria por historiadores y ensayistas varios (recomiendo *Los animales en la historia y en la cultura*, VV.AA. Universidad de Cádiz). Atención motivada indudablemente por la opinión pública y su creciente concienciación frente el maltrato animal, intentando fijar límites. Porque también es verdad que la relación de cariño o apego del hombre con determinados animales es muy remota, teniendo presente que ya aparece en la literatura egipcia antigua el deseo de protección hacia los gatos.

Una introducción al tema que me era necesaria a la hora tanto de abordar, como de aplaudir, el magnífico trabajo recogido en este volumen, *Perros, gatos y lémures*, donde plumas muy prestigiosas de este país exponen sus diferentes visiones de la relación hombre-mascota, muchísima más compleja, íntima y honda de lo que podemos determinar a simple vista.

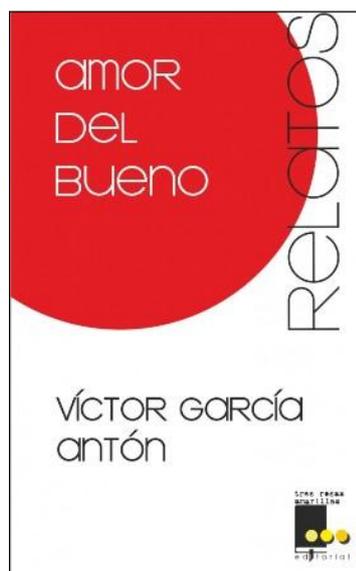
En líneas generales, los artículos aquí reunidos podemos dividirlos en dos grandes grupos: Por una parte, unos escritores han optado por relatarnos algunas de las más felices y fértiles uniones entre hombre y animal de la historia de la literatura. De este modo, un brillante Antón Castro abrirá el volumen con la fascinante relación, culminada con hermosas y emotivas palabras, entre Lord Byron y su perro Boatswain, mientras que Carlos Pardo optará por Jules Laforgue, amante de perros y gatos. Pilar Adón nos introducirá en la deslumbrante Virginia Woolf, Elizabeth Barrett y sus obras respectivas, para culminar con la historia, absolutamente lograda, que José Carlos Llop nos relate sobre los lémures del increíble Cyril Connolly. Un último artículo este, narrado con tal acierto, que me hizo de inmediato acudir a la biblioteca en busca de libros publicados por ambos.

Pero la segunda parte del libro la veremos revestida de índole más personal y entrañable, abordando la relación particular de los autores con sus propios animales. Relación que abre Soledad Puértolas y la cierra con la misma maestría Andrés Trapiello. Y entre ellos, la siempre aguda Marta Sanz y Martínez de Pisón, con su hondura característica, para culminar el volumen con auténticos fuegos artificiales.

Y es que las últimas muestras de pirotecnia final, y de embrujadora literatura, corresponden a la interesante historia de Truman Capote, con su perro Charlie y la culminación de esa obra maestra titulada *A sangre fría*, que nos relatará con acierto Berta Marsé; a la historia de Cortázar con su increíble gato Teodoro W. Adorno, narrado con tiento y mucho estilo por Andrés Ibáñez y, sobre todo, al artículo firmado por ese genial y cálido erudito que acabamos de perder, sin todavía poder asumirlo. Me refiero a Félix Romeo, quien en un prodigio de humor desconcertante, e increíble talento, nos irá uniendo las increíbles relaciones entre Burroughs, Stein, Genet, Chukri y los Bowles con sus no menos fascinantes animalitos.

Mi conclusión es que con este volumen no estamos ante un libro más, sino frente a una apuesta narrativa lúcida y brillante, y un libro al que vamos a volver muchas veces sobre un tema interesante del que aún nos queda mucho que contar. Con el único handicap de que los autores aquí reunidos ya han dejado el listón muy alto.

© Ángeles Prieto Barba



AMOR DEL BUENO, de Víctor García Antón

Editorial Tres Rosas Amarillas
Colección: Libros perdidos
Fecha de publicación: 2011
126 páginas
ISBN 978-84-938734-3-1

* * *

NÁUFRAGO EN EL LETEO

Hay libros que no merecen caer en el olvido. Un claro ejemplo de ello es *Amor del bueno*, de Víctor García Antón. Ganador del Premio Cajaespaña 2004 y publicado hace lustro y medio, había casi desaparecido, engullido por el torbellino editorial que publica decenas de miles de títulos cada año, y olvida otros tantos. Por suerte, la Editorial Tres Rosas Amarillas ha elegido este conjunto de relatos para abrir su prometedora colección «Libros perdidos», que

pretende rescatar esos libros que, como el buen vino, mejoran con el tiempo.

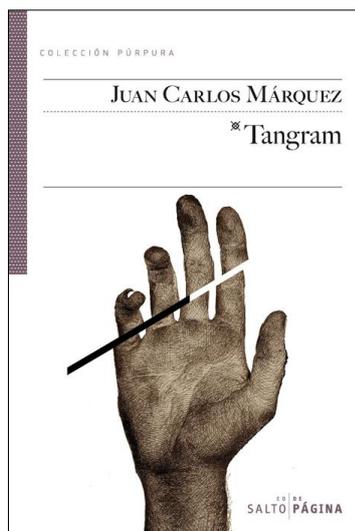
Como ya se indica en el título, en *Amor del bueno* vamos a encontrar precisamente eso, amor del bueno, del real, del que no confía en los *happy ends*, en contraposición al amor falso o irreal, repleto de palacios, princesas encantadoras, príncipes azules, y perdices, muchas perdices; ese

amor que nos venden desde la infancia y que raras veces encontramos después en el mundo adulto. Unos relatos que muestran diferentes (pero en muchas ocasiones similares) relaciones de pareja, fricciones entre el sexo y el amor, entre el deber y el deseo, la imposibilidad de comunicarse cuando lo que debería ser un diálogo se ve reducido a dos monólogos, además de claudicaciones, miserias y renunciaciones varias. Pero Víctor García Antón no pretende afirmar nada, sino más bien lanza preguntas, cuestiona, al lector y a sí mismo. Cuentos que son interrogantes, no puntos finales, con unos personajes sin nombre que (dicho sin ánimo de desmerecer, sino todo lo contrario) son apenas esquemas, esbozos: la mujer del vestido estampado, el hombre sensato, la mujer que viene a cenar esta noche, el hombre desnudo... Quizás por ese motivo, por no ser concretos, nos resulta fácil identificarnos con alguno de esos personajes que, vistos con una mirada irónica y con cierto distanciamiento, como los que aparecen en *El perquè de tot plegat*, de Quim Monzó, pasean sus deseos y derrotas por los diecisiete relatos del volumen. El presente, concreto pero también atemporal, aporta realidad a lo narrado, lo acerca al lector, a la vez que lo hace eterno, repetible. Porque puede que el amor, el del bueno, el que nos hace sufrir, no sea más que eso, la reiteración de ciertos patrones o conductas que solo nos parecen ridículos, o incomprensibles, desde la distancia, y que somos incapaces de ver cuando somos nosotros los protagonistas. Quizás por ese motivo en algunos cuentos se repiten las mismas frases, los mismos fragmentos, literalmente; para evidenciar esa reincidencia, para mostrarnos que tropezamos una y otra vez con la misma piedra, con la misma resignación, con la misma renuncia, con la misma decepción.

Si una editorial como Tres Rosas Amarillas, que mima tanto al cuento, ha lanzado un salvavidas a *Amor del bueno* para que no se hunda en las olvidadizas aguas del Leteo, por algo será.

© Víctor Lorenzo Cinca

<http://realidadesparalelos.blogspot.com>



TANGRAM, de Juan Carlos Márquez

Editorial Salto de Página
Colección: Púrpura
Fecha de publicación: 2011
176 páginas
ISBN 978-84-15065-18-0

* * *

EL AZAR Y SUS PLANES

Pensé comenzar diciendo que *Tangram* es un libro ameno que deja en herencia una sabrosa sonrisa. Pero, aunque eso sea completamente cierto, quedaría demasiado simplón y podría inducir a error. Este no es sólo un libro para pasar un buen rato. No es literatura de entretiempo. Así que corregiré para evitar posibles malentendidos.

Márquez es formal y gamberro, soez, ácido y discretamente dulce, ingenioso, mutante, descarado, imaginativo y absolutamente brillante. Me ganó para su causa citando en la primera página a Uri Geller y al profesor Jiménez del Oso. Los mitos de la infancia televisiva unen mucho y crean afinidades automáticas. Pero en el caso de Márquez no necesito mentir porque los dos seamos hinchas del mismo equipo de fútbol, vayamos a las mismas manifestaciones o nos emborrachemos en los mismos bares. Con él no tengo deudas. Para recomendarle me basta con ser sincero en ayunas y sin una gota de alcohol en sangre.

Tangram es una novela con la misma estructura que *Concesiones al demonio* de Óscar Sipán. En realidad una no-novela formada por varios relatos independientes pero entrelazados entre sí a través de unos personajes que se dan el relevo en una carrera sin tregua hasta que al final todo encaja. El pasado te persigue, se quedó con tu cara, sabe donde vives y viene a buscarte. El debate formalista de lo que es y no es una novela es lo de menos cuando hay calidad y talento de sobra. *Tangram* son siete historias encadenadas por el azar y sus planes. Unas veces el azar resulta irracional y cruel, otras benefactor, caprichoso o tragicómico, y otras excitante, hijoputa o traicionero. Relatos en los que siempre la narración toma un giro imprevisto. Márquez podría ser como el con-

ductor de un autobús urbano que, de repente, en un cruce, pega un volantazo y se desvía de la ruta prevista. El viaje toma un nuevo camino inesperado y él sonríe desde su asiento viendo nuestra cara de asombro. Márquez acelera y frena, maneja el viaje, te lleva por donde quiere y nunca resulta aburrido. Tiene la virtud y la capacidad de los buenos narradores: es versátil. Cada relato es distinto, redondo y nutritivo. Distintos escenarios y distintas tramas y en todos sobrevuela el humor negro o el sobre sorpresa de la tómbola. Márquez es directo y sincero, moderadamente tierno y crudamente realista, dinámico y ocurrente. Y en las obsesiones, frustraciones, tonterías de juventud y edad del pavo, enamoramientos, rendiciones, cordura, locura y revanchas de sus personajes consigue que nos identifiquemos con ellos. Un disparatado y jugoso camino muy bien urdido. Márquez es un pelicularo, un hábil y exquisito contador de historias. Secuestros, canibalismo, equívocos, atracos y tiroteos, mapas que marcan tesoros enterrados, tipos excéntricos y vulgares, amores imposibles, mafiosos y vendettas, cotilleos de modistas. Sus historias enganchan, una vez que has comenzado no puedes dejarlo. Mientras algunos hacen cinexin o estereogramas con los relatos, Márquez hace una road-movie con siete cortos sencillamente cojonudos.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



NOCHE DE LOS ENAMORADOS, de Félix Romeo

Editorial Mondadori
Fecha de publicación: 2012
139 páginas
ISBN 9788439725756

* * *

LA BÓVEDA DE UNA TUMBA.

Resulta imposible leer esta novela sin dejar de pensar que Félix está muerto. Que esta es su novela póstuma. Hablar de ella objetivamente; sin dejarse influenciar por eso; sin que las palabras resulten un homenaje inevitable. Y sin embargo debo leerla como si él estuviera vivo; y lo que yo diga importará nada o muy poco. No era uno de sus amigos. No le conocía, nunca hable con él.

Y lo primero que pienso es que resulta sarcástico, desagradablemente irónico que esta novela trate de una muerte. Que hable de la muerte de otro. Pero también que tiene un comienzo sencillamente demolidor: *Es una mujer y está muerta. Está tirada en el suelo del salón-comedor de su domicilio. Boca arriba* Presentación, puesta en escena fría, aséptica y espeluznante; sin preámbulos ni elipsis, pero totalmente efectiva sabiendo de nuestra curiosidad macabra, esa fijación magnética que tienen los cadáveres.

Noche de los enamorados es la historia de una obsesión personal. Una historia que se cruzó en el camino de Félix cuando estuvo preso por insumisión en la cárcel de Torrero y uno de sus compañeros de celda le confiesa que estaba allí por haber matado a su mujer estrangulándola con sus propias manos. *Palabras nubladas por el tiempo y por el mal olor*; palabras que se quedarán larvadas y vivas; huevos de mosca que eclosionarán dieciséis años después del asesinato. Obsesión que se transforma en un regreso al pasado, en una investigación, en la reconstrucción de un crimen escarbando entre gusanos. *Moscaldas de vuelo lento*, preguntas para espantarlas, palabras que dijeron otros, espejo oscuro. Biografía del verdugo y su víctima, búsqueda por hemerotecas, archivos y foros de internet.

Otro con toda esa información hubiera escrito una novela convencional. Félix no. Él es radicalmente personal. Porque esta no es una historia de ficción, es la transcripción de una historia de *muerte, alcohol y heridas de amor*, un asesinato salvaje y real; pero también –como en *Amarillo*– la regurgitación de una crisálida agazapada en el purgatorio del estómago de Félix.

Son sus palabras las que cuentan lo que sabía antes y lo que leyó después, lo que vio y averiguó, lo que imaginó del pasado y de aquella noche. Y en esa forma personal de contarlo, en ese cómo anticonvencional están la diferencia y el innegable atractivo de esta novela. Porque Félix ha escrito

un guión, el making-off de un exorcismo. Sus *palabras al viento* son las notas del cuaderno de campo de una narración, el revelado de un negativo, un documental y un diario personal. Son su recuerdo individual de una sombra desterrada; palabras prestadas y palabras propias; palabras que enseñan los dientes y muerden. Palabras que acusan y señalan, palabras sobre la sospecha y la certeza de la culpa, el olvido, el dolor, la muerte y la mentira de otros. Palabras subrayadas que buscan su significado, la verdad inútil que sirve para uno mismo y para nadie, para construir la bóveda de una tumba.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



EL TREN DE CRISTAL, de José María Pérez Collados

Editorial Renacimiento
Colección: Novela de Campus
Fecha de publicación: 2011
336 páginas
ISBN 9788484726470

* * *

Los años ochenta representaron una bocanada de aire nuevo en la sociedad española. La Universidad, a raíz de la tan polémica LRU, tomó un rumbo muy distinto del que había mantenido desde la Guerra Civil. En los ochenta era un buen momento para ser joven y universitario, pues los horizontes estaban cambiando y empezaban a surgir oportunidades para los estudiantes. Entre ellas, tal vez la más representativa era la de las becas de doctorado para lograr una internacionalización de la autárquica Universidad española.

El Tren de cristal es una novela sobre lo que representó ese proceso de apertura en la vida de un joven doctorando de la Facultad de Derecho. Su autor, José María Pérez Collados es Catedrático de Historia del Derecho en la Universitat de Girona, tiene conocimiento de causa, pues ha sido investigador y profesor en distintas universidades españolas y extranjeras. En esta obra –inserta en la colección «Novela de Campus»– da a conocer un testimonio que podría ser autobiográfico.

Pérez Collados es un postmoderno, a quien no le interesa tanto la verdad de los hechos como su verosimilitud, la fuerza narrativa y el poder de las ideas. Y de hecho, la novela quiere transmitir, con toda la crudeza, el shock existencial de una persona que, lejos de su casa y de su Facultad se ha descubierto a sí mismo, así como el doloroso proceso de volver a casa, renunciando a ese reconocimiento de sí mismo que sólo la distancia proporciona.

Francisco Vázquez detalla en *La Filosofía española. Herederos y pretendientes. Una lectura sociológica [1963-1990]*, (Madrid, Abada Editores, 2009) el proceso a través del cual los mandarines universitarios de los sesenta fueron arrinconados progresivamente por una serie de profesores hinchados de esnobismo y glamour, que internacionalizaron y abrieron la filosofía española al resto de Europa y del mundo. Lo mismo que ocurrió en la Facultad de Filosofía y Letras, se dio –en pequeña escala– en las Facultades de Derecho.

Hasta los años ochenta, tal y como explica Francisco Vázquez, los filósofos tenían que hacer su viaje iniciático a Alemania. Los eclesiásticos tenían también la opción de estudiar en Roma. Lo mismo sucedía con los juristas, que se educaban en Italia o en Universidades germánicas, para volver luego a España a sentar cátedra sobre lo que habían aprendido allí. Hacia finales de los setenta y mediados de los ochenta empezó la apertura hacia los Estados Unidos, México, Francia, Gran Bretaña... que fue más lenta en la Facultad de Derecho que en la de Filosofía y Letras.

El Tren de cristal narra la vida de un doctorando, cuya infancia había transcurrido en el seno de una familia de exiliados en Francia, que regresa con su madre a Madrid en la época de la Transición. Capaz de memorizar y de olvidar con gran facilidad, se alza con las mejores notas en la Facultad de Derecho y, gracias a su currículum, y sin las visitas de cortesía necesarias, pretende entrar en un Departamento. Su objetivo era entrar en Filosofía del Derecho o Derecho Político, pero al final

acaba entrando en Historia del Derecho.

La obra muestra indirectamente las pugnas de poder en los Departamentos a raíz de la LRU y las relaciones feudales entre profesores. Al final, después de haber perdido unos años con su supuesto mentor, consigue «escaparse» de la Facultad con una beca para estudiar la historia constitucional comparada en Europa y en América. Esta situación le permite repensarse a sí mismo, pero también representa un segundo exilio en su vida, en este caso, rumbo hacia un mundo en el que se reconoce por el hecho de ser un exiliado perpetuo. Se trata, sin duda, de un viaje iniciático, pero a diferencia de los que se habían producido hasta el momento, no permite regresar al punto de origen.

El protagonista se enzarza en litigios con las compañías aéreas, pues no puede volar a Madrid y éstas corren con sus gastos. La situación es absurda y realista a la vez, pues la imposibilidad fáctica de conseguir un vuelo que le lleve a Madrid transcurre paralela a la imposibilidad psicológica del protagonista para regresar. La obra se abre con la enérgica proclama «juro que volveré», pero su vida en los aeropuertos se transforma en un limbo existencial.

No se trata de un *flâneur*, sino de alguien que ha descubierto su vida como un continuo peregrinar, que se encuentra a sí mismo sólo como caminante. Madrid es sólo un horizonte, la luz al final de un túnel que no es capaz de recorrer. Esa luz ilumina su vida, pero impide al protagonista acercarse a ella. La preparación del viaje de vuelta es un intento de reconstrucción del personaje, una vuelta de tuerca, después de las estancias de investigación, que remueve sus expectativas, raíces y querencias.

Posiblemente, más de un profesor de la generación de Pérez Collados va a encontrar retazos de su propia experiencia en esta novela. La ficción y la realidad se tocan a lo largo de la obra, y eso permite que el lector sea copartícipe de una experiencia en la que se mezclan sueños e ilusiones con vivencias lacerantes. Una novela, en fin, que refleja un mundo distinto del de hoy, pero que ha marcado de forma indeleble a varias generaciones de profesores universitarios.

© Rafael Ramis



EL MAR SIGUE SIENDO AZUL, de Fernando Martínez López

Ediciones Baile del Sol
Colección: Narrativa
Fecha de publicación: 2011
442 páginas
ISBN 978-84-15019-53-4

* * *

Del accidente de Palomares poca información se tiene más allá de la anécdota de ese baño histórico que se dio Fraga Iribarne, con un bañador antediluviano, y la afirmación sesgada de que las bombas atómicas que perdieron frente a ese pueblo de Almería los B52 de las fuerzas armadas norteamericanas eran inocuas y no causaron daños, algo que nadie se creyó en su momento y menos los directamente afectados.

Fernando Martínez López recupera ese suceso lejano y lo noveliza, pero no sólo se limita a hacer una pormenorizada relación del accidente, en el que perecieron siete tripulantes de las naves siniestradas, sino que, con una gran ambición por su parte, construye una intriga en la que Palomares sigue aportando víctimas a causa de sus niveles de radiación, dos personajes del pasado se vuelven a ver las caras (el alemán Karl Braum, traumatizado por los bombardeos aliados de Dresde y residente en el pueblo almeriense, y el norteamericano Daniel Williamson, que lo capturó y es, en Palomares, el general al mando de las tareas de supervisión de la zona); desaparecen misteriosamente dos de los habitantes del pueblo, por culpa de unos documentos secretos que se perdieron en el vuelo, la carpeta de combate, y los descendientes de esos dos hombres viven secularmente enfrentados.

La arquitectura narrativa de *El mar sigue siendo azul* es perfecta, y eso tiene mérito al tratarse de

una novela tan extensa como ésta. A lo largo de sus más de 400 páginas, Martínez López va alumbrando sucesivas subtramas, que se complementan, para ofrecer al lector una aproximación al desastre nuclear, en el que el gobierno de EEUU ninguneó a la dictadura franquista, y nos muestra el factor humano del suceso, más allá del accidente en sí: la forma en que cambió para siempre la forma de vida de ese tranquilo pueblo de la costa de Almería.

En cuanto al vehículo literario sólo decir que es perfecto, que no tiene fisuras, porque todas sus piezas encajan, que la documentación, extensa y fidedigna, se digiere perfectamente por lo bien imbricada que está en la trama, y que el autor demuestra agilidad a la hora de crear personajes de todo tipo, edad y condición (Pedro Fenoy Sánchez, Antonia Salcedo, Diego Parra, Consuelo, Rodrigo, Gines Parra, Rocío...) en una narración que se distingue por su coralidad.

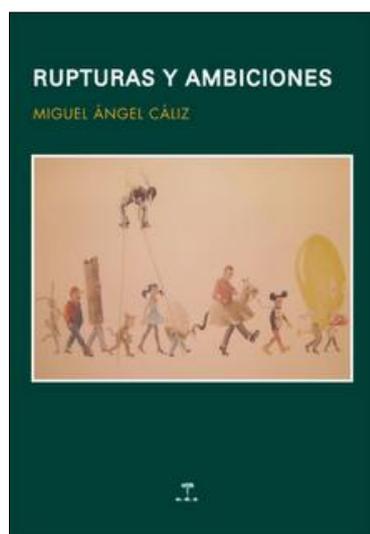
Nos encontramos, pues, ante una novela cuidada al detalle, primorosamente bien escrita y que revive unos acontecimientos olvidados que cambiaron la vida de Palomares aquel día fatídico. Y la postrer víctima de las bombas se produce en el último renglón de la novela con el que el autor pone el broche final.

En un pueblo del sur de España que perdió su anonimato para siempre por la caída de las armas de guerra más destructivas que el ingenio humano había diseñado.

Una novela recomendable, a la que sólo le pondría una pega (el lector querría saber más del enfrentamiento Braum/Williamson, que queda en apunte), y un autor al que no hay que perder de vista porque nos dará nuevas alegrías literarias.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



RUPTURAS Y AMBICIONES, de Miguel Ángel Cáliz

E.D.A. Libros
Colección: Los días terrestre
Fecha de publicación: 2011
108 páginas
ISBN 9788492821228

* * *

En una interpretación totalmente libre y personal, los cuentos compilados bajo el título *Rupturas y ambiciones*, parecen obedecer a dos dictados diferentes, bajo la batuta bien del sentido, bien de la sensibilidad. Asunto en el que me reafirmé cuando pude comprobar que su creador, Miguel Ángel Cáliz, es asimismo novelista y poeta, en una trayectoria en la que podemos destacar su novela histórica *Horas para Wallada* (editorial Paréntesis), plena de cualidades estilísticas, sus poemas sencillos y conmovedores,

escritos bajo el heterónimo de Herder Guzmán y un ya considerable número de cuentos publicados, con todo merecimiento, en distintas antologías.

Y esta introducción era necesaria para recalcar el carácter dual de esta obra, que como su propio nombre indica obedece al sentimiento propio de las rupturas, pero también al cálculo de las ambiciones. Asunto que hace factible que el lector se decante, según sus gustos, por unos, o por otros. Es lo que a mí me ocurrió.

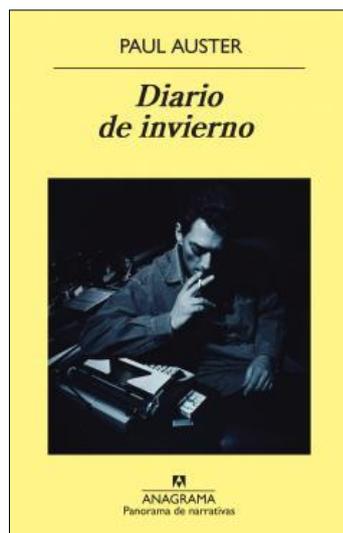
Porque nos encontramos ante un muestrario de relatos bien sabios o bien correctos, escritos en primera o tercera persona, plenos de descripciones, diálogos y otros recursos en los que se filtran las múltiples lecturas acumuladas por el autor, así como una percepción psicológica nada común que nos pueden hacer disfrutar verdaderamente de ellos.

Pues abierto con «Richard: road manager», confesión particular de un perdedor de carreteras, los cuentos van ganando en emoción e interés hasta llegar a «En pantalla», otra declaración personal en la que muy sabiamente observaremos cómo se desplaza toda nuestra atención, en un bar de copas de famosos, hacia una pareja perfectamente anónima y verdaderamente conmovedora, en uno de los grandes logros de este libro.

Que seguido por «El placer de viajar», un precioso ejercicio de sentimiento y observación nos hará constatar porqué este libro es literatura, y de la buena: habla de nosotros mismos, asunto que se verá refrendado por otra pieza, pequeña y hermosa, «Las huellas», que participa del mismo del tono sugerente, lírico y eficaz, para afrontar un tema del que no podemos sustraernos: la aceptación de la realidad enfrentada a nuestros sueños.

Por otra parte, también contamos en el libro con relatos escritos con más sentido y menos sentimiento, que obedecen a la planificación y reflexión del autor respecto a distintas ambiciones, a ratos sueltas («Bestiario» sobre la escritura o «Navegando con Morelios», respecto a la red), y otras vez concatenadas, como en el «Manual de ambiciones», relato largo que cierra el libro, donde destacaremos la ambición de Elena, que responde muy bien al mensaje general de deseos, aprendizajes, asunciones y renunciadas a los que la vida nos acostumbra, y este libro es ejemplo. Por ello seguiremos la pista a este autor por mucho tiempo.

© Ángeles Prieto Barba



DIARIO DE INVIERNO, de Paul Auster

Editorial Anagrama
Colección: Panorama de narrativas
Fecha de publicación: 2012
243 páginas
ISBN 978-84-339-7829-5

* * *

Es un lugar común que todo autor acaba hablando de si mismo en sus novelas, consciente o inconscientemente. La mayoría de las veces lo hace impostando la voz a través de heterónimos bajo los que se oculta; otras, sencillamente, se define en sus contrarios, en los personajes más opuestos a él mismo.

Diario de invierno, la última novela de Paul Auster, es descaradamente biográfica y nace de una necesidad del autor de contarse a si mismo y, de paso, a sus lectores, en una etapa de su vida, los 64 años, en la que por primera vez experimenta la angustia de sentirse mayor y de que el tiempo fluye a mayor velocidad de lo deseado.

Entonces es cuando empiezas a aullar. Ahora eres de piedra, y mientras yaces en el suelo, rígido, la boca abierta, incapaz de moverte y pensar, gritas de terror mientras esperas que tu cuerpo se ahogue en las profundas y negras aguas de la muerte.

La muerte, el miedo y la enfermedad, la progresión del deterioro del cuerpo, centran esta novela del autor norteamericano. Con un punto de vista original y que crea en el lector una absoluta sensación de sinceridad, una segunda persona del singular, Auster se desnuda ante si mismo y se interroga contantemente a lo largo de 243 páginas de confesiones íntimas que expone a la curiosidad del lector con una desinhibición total.

Purgaciones. Te ocurrió una vez, a los veinte años, y una fue más que suficiente. Una baba viscosa y verduzca rezumándote por la punta de la picha, la sensación de que te habían metido un alfiler por la uretra.

Las relaciones con sus padres, sus escarceos inocentes con chicas, las peleas de patio, las primeras experiencias sexuales con prostitutas (maravillosa su relación con Sandra, la prostituta que recita a Baudelaire y de quien se enamora que podría dar lugar a una maravillosa novela sentimental), sus enfermedades venéreas, sus sucesivas relaciones y matrimonios, su esposa a la que sigue adorando y para la que tiene siempre emotivas palabras de amor.

Esta mañana, te despiertas en la penumbra de otro amanecer de enero, con una luz difuminada, grisácea, penetrando en el dormitorio, y ahí está el rostro de tu mujer vuelto hacia ti, los ojos cerrados, aun profundamente dormida, las mantas subidas hasta el cuello, asomando únicamente la cabeza, y te maravilla lo preciosa que está, lo joven que parece, incluso ahora, treinta años después de la primera vez que te acostaste con ella, al cabo de treinta años de

vivir bajo el mismo techo y compartir la misma cama.

Pero también su hija, sus perros, todas las casas por las que pasó (una relación exhaustiva de sus 21 hogares) y la impronta que dejaron en él, su encuentro con el actor francés Jean-Louis Trintignant, la angustia por el deterioro físico

Seis meses sitiado por la pierna de turista, pues, y una afección crónica de sequedad en los ojos, aparte del primer ataque de pánico de tu vida, que te sobrevino dos días después de la muerte de tu madre, seguido de otros más en los días inmediatamente posteriores, y durante un tiempo te viene pareciendo que te estás desintegrando.

Diario de invierno es una narración lúcida y auténtica en la que Auster es protagonista absoluto y se tumba en el diván para contarnos lo que le hace feliz, lo que le atormenta, lo que le marca, lo que le aterra. El hombre, antes que el escritor, sobre el que apenas habla. Una novela maravillosamente bien escrita, como todo lo que sale de la pluma del norteamericano, imprescindible para adentrarse en el interior del autor de *La trilogía de Nueva York* y conocer a la persona y al creador que hay en él.

No obstante, aunque no tengas deseo alguno de que vuelva esa época, hay cosas que echas de menos de los viejos tiempos. El timbre de los teléfonos antiguos, el repiqueteo de las máquinas de escribir, la leche en botellas de cristal, béisbol sin bateadores designados, discos de vinilo, chanclos de goma, medias y ligueros, películas en blanco y negro.

Nostalgia por el tiempo pasado, por el simple hecho de que ya no está, de que es irrecuperable y sólo vivirá mientras perdure en la memoria y luego se extinguirá.

Diario de invierno es una novela que se lee como un soplo y conecta emocionalmente con el lector en cada una de sus páginas. Auster la ha escrito como terapia ante una batalla que todos perderemos, la vida, y acerca de esa avanzadilla que nos va advirtiendo, en el espejo, de nuestro deterioro, de nuestra finitud: la vejez. Que la vida es una novela que siempre acaba mal todos lo sabemos. Auster lo convierte en literatura confesional e intimista.

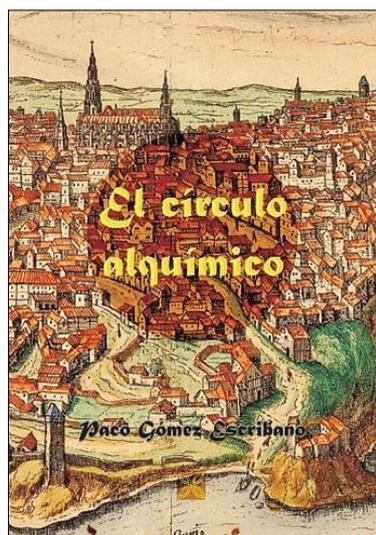
Tus pies descalzos en el suelo frío cuando te levantas de la cama y vas a la ventana. Tienes sesenta y cuatro años. Afuera la atmósfera es gris, casi blanca, no se ve el sol. Te preguntas: ¿Cuántas mañanas quedan?

Se ha cerrado una puerta. Otra se ha abierto.

Has entrado en el invierno de tu vida.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



EL CÍRCULO ALQUÍMICO, de Paco Gómez Escribano

Editorial Ledoria
Colección: Ya se aparejaba Erastro
Fecha de publicación: 20110
490 páginas
ISBN 978-84-95690-73-9

* * *

La aparición de un misterioso cuadro del siglo XVI en la catedral de Toledo origina una serie de investigaciones acerca de su autoría. Obras del mismo pintor aparecen en El Cairo y en Jerusalén. En todos ellos aparecen tres destacados alquimistas pertenecientes a las tres religiones: cristiana, judaica y musulmana, y están las claves de una misteriosa fórmula alquímica tras la que van detectives, mafiosos y agentes del Mossad.

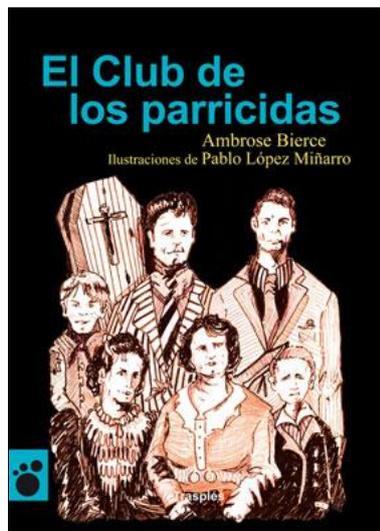
Con estos mimbres, que responden a las pautas del género thriller con la mirada hacia el pasado y que giran en torno de catedrales y obras de arte, cuyo máximo exponente y desencadenante genérico fue Dan Brown y su exitosa y popular *El código Da Vinci* que recogía, a su vez, los frutos sembrados muchos años antes por el erudito Umberto Eco en *El nombre de La Rosa*, Paco Gómez

Escribano construye su primera, ambiciosa y compleja novela, aunque el autor no parezca nuevo en el oficio en absoluto ya que, a medida que el lector avanza en su trama, apreciará que Gómez Escribano maneja con maestría de veterano en estas lides los entresijos de un thriller complejo como éste, con muchas claves subterráneas por el camino y bien documentado, y lo adereza con una equilibrada dosis de tensión, emoción, acción, misterio, fantasía y reflexión.

Una novela bien escrita que se lee sin desmayo y lleva al lector, de la mano de sus múltiples personajes (curas, mafiosos, expertos en arte, agentes secretos, personajes fantasmales) por escenarios de medio mundo y del pretérito al presente.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



EL CLUB DE LOS PARRICIDAS, de Ambrose Bierce

Ediciones Traspies

Colección: Vagamundos

Fecha de publicación: 2011

96 páginas

ISBN 9788493950507

Ilustraciones: **Pablo López Miñarro**

Prólogo y traducción: **Jesús Aguado**

* * *

Si tuviera que definir a Ambrose Bierce, el autor de los cinco relatos que conforman *El club de los parricidas*, magníficamente traducidos y prologados por Jesús Aguado, e ilustrados por Pablo López Miñarro, seguramente diría que fue un tipo, entre otros atributos, misántropo, sarcástico, corrosivo, mordaz y crítico, muy

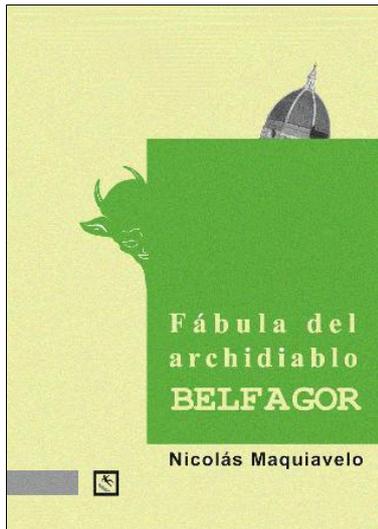
crítico. Y precisamente por todo eso, por su irreverencia, me cae simpático.

En este libro encontramos un breve catálogo de parricidios. Pero no tratados desde la crudeza, sino vistos desde una óptica más neutral, con naturalidad, no exenta sin embargo de buenas dosis de humor negro, muy negro. Y no es de extrañar, pues Ambrose Bierce ya definía el parricidio, en su famoso *Diccionario del diablo*, como el «golpe de gracia filial por el que uno se ve liberado de los irritantes tormentos de la paternidad». Así pues, en esos parricidios no se ve arrepentimiento, ni sensación de culpa o pecado, lógico por otra parte si conocemos la naturaleza antirreligiosa del autor. Tampoco parece sobresaltarse cuando nos muestra, además, todo un catálogo de oficios de dudosa reputación con los que los protagonistas se ganan el pan: falsificador, asaltador de caminos, ladrón, embaucador, fabricante de aceite de perro... Pero es en los asesinatos paternos, muchas veces motivados por la avaricia y el afán de dinero, donde Ambrose se recrea con más ganas. En uno se liquida al padre en apenas un par de frases y el resto del cuento relata los intentos por deshacerse del cadáver; en otro, se explica al detalle durante un juicio el homicidio extremadamente violento, original y calculado, incluso artístico, de un familiar para que, comparado con el parricidio que se juzga, parezca un juego de niños y el acusado termine siendo declarado inocente; otro nos enseña cómo el miedo de un niño termina, involuntariamente, causando la muerte de sus padres, ambos con oficios macabros y compatibles. Asimismo, la sociedad en la que viven esos personajes tampoco se escapa de la pluma corrosiva de Ambrose Bierce. Todos los estamentos (político, jurídico, religioso...) se ven retratados desde la particular óptica del autor, ridiculizados. Nada ni nadie (si acaso, solo los *outsiders* de la sociedad) se salva de la quema.

Si hubiera que buscarle alguna pega a *El Club de los Parricidas*, sería que se hace muy corto. Los cinco relatos que forman el volumen nos divierten, nos hacen sonreír con su crudeza, su descaro, pero se queda uno con ganas de más. Aunque eso seguramente no sea una pega, porque nos impulsará a buscar más libros de Ambrose Bierce, un maestro del humor negro.

© Víctor Lorenzo Cinca

<http://realidadesparalelos.blogspot.com>



FÁBULA DEL ARCHIDIABLO BELFAGOR, de Nicolás Maquiavelo

Ediciones Traspies
Colección: Breves
Fecha de publicación: 2011
81 páginas
ISBN 978-84-937888-8-9
Traducción y edición: **José Abad**

* * *

Hete aquí que hoy, en un ejercicio de evidente masoquismo, me apetece elogiaros un texto impresentable, políticamente incorrecto, aquejado de marcada misoginia. Una anomalía absurda que además no tiene razón de ser, al provenir de uno de los filósofos más inteligentes de todas las épocas, el sagaz florentino Nicolás Maquiavelo, el mismo que soltó aquello de: «pocos ven lo que somos, pero todos ven lo que aparentamos», estableciendo así el verdadero motivo de lo que sería el *modus vivendi* ideal de la Edad Moderna (siglos XVI al XVIII) y buena parte de la Contemporánea. Pero por supuesto, hablamos de unas ansias de figurar que caracterizan tanto a mujeres, como a hombres. Por lo que la maquiavélica identificación del afán ostentoso de éstas con el origen de todos los males, además supone una acusación bastante injusta.

Pero sucede también que amo los relatos breves, ligeros, escritos con desparpajo y desenvoltura, con total libertad, sin moralinas ni autocensuras, que además no cierran por completo el paso a la fantasía. Y me he topado aquí con uno de estos ejemplos interesantes y originales, en buena parte rompedores y adelantados a su tiempo, que rara vez jalonan la historia de la literatura haciéndola avanzar alejada de rígidos y eclesiásticos vericuetos, siempre impuestos.

Porque si partimos de la *Metamorfosis* de Ovidio y continuamos con el *Asno de Oro* de Apuleyo, llegaremos al crucial siglo XIII con dos figuras geniales y emblemáticas, afines a Maquiavelo, de las que cuales bebió este con fruición a fin de redactar esta original exempla o fábula archidiabólica. Me refiero por supuesto a Dante, con su *Divina Comedia* y su detallada descripción del burocrático infierno, que quedaría como modelo para toda la eternidad, y como no podía ser menos, también a Giovanni Bocaccio, en ese *Decamerón* donde hombres y mujeres celebran su canto a la vida, y contra la muerte, viéndose envueltos en notables enfrentamientos, bromas, burlas y enredos.

Tras ellos, encuadraríamos este cuento de Maquiavelo como un hito más dentro de una larga tradición, pues tendría continuidad temática en posteriores e importantes obras dramáticas. Primero, en comedias o tragicomedias que desarrollarán bien el tema de la uxorginia (horror a tomar esposa o aversión al casamiento), como en *La fierecilla domada* de Shakespeare o bien, siguiendo el no menos interesante asunto de los diablos mezclados en tratos humanos, encontraríamos *El diablo cojuelo* de Vélez de Guevara o *El mágico prodigioso* de Calderón. Y por supuesto, también en lo que consideraríamos tiempo después, novela. Empezando por *El diablo enamorado* del ilustrado Jacques Cazotte, pasando por el impresionante *Fausto* de Goethe y terminando con *El maestro y Margarita* de Bulgakov.

Y como no pienso revelar el argumento de tan interesante y original relato del florentino, ya sólo me quedaría la opción de recomendar su lectura no sólo a los alegres divorciados, libres ya del despotismo matrimonial, sino también a todo estudioso, amante de la literatura, que tomará así buena nota de que la historia de la literatura no es más que una continuada carrera de relevos. En cuanto a nosotras, pobres y vilipendiadas mujeres, nos quedará siempre el reconocimiento, aunque también la opción, de seguir otra máxima de Maquiavelo: Los hombres ofenden al que aman, nunca al que temen. Así que señoras, aplicaos el consejo.

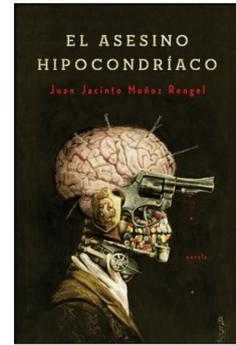
© Ángeles Prieto Barba

El asesino hipocondríaco

Juan Jacinto Muñoz Rengel

Plaza & Janes Editores, 2012

El señor Y. debe cumplir su último encargo como asesino profesional, pero para conseguirlo tendrá que superar un grave obstáculo: no le queda más que un día de vida... En realidad, el enigmático asesino a sueldo que responde a las iniciales M.Y. lleva años muriéndose, desde el mismo momento en que vino a este mundo. Le persiguen tantas enfermedades que cualquiera podría considerarlo un milagro médico. Ahora, por encargo de un cliente misterioso que se mantiene en la sombra, debe matar al escurrizado Eduardo Blaisten antes de que le asalte una apoplejía terminal o una úlcera gangrenosa o un empeoramiento de su Síndrome de Espasmo Profesional... Su incomprensible mala suerte irá frustrando uno tras otro todos sus intentos de homicidio, y estableciendo una mágica conexión entre sus propias penalidades y los grandes males físicos, psicológicos e imaginarios, que torturaron a Poe, Proust, Voltaire, Tolstói, Molière, Kant y al resto de los hipocondríacos ilustres de la historia de la literatura y el pensamiento... Una inteligente y divertidísima novela que aún intriga, obsesión, asesinato y amor incondicional por la literatura.



Casi tan salvaje

Isabel González

Editorial Páginas de Espuma, 2011

Este primer libro de Isabel González disfruta del ritmo del cuchillo y del aire en un afán por reconstruir y apuntalar primero para derribar después. Sus personajes luchan por la supervivencia en condiciones adversas, en un campo de batalla que es tanto el propio cuerpo como el paisaje que lo rodea. Alma y fuerzas elementales se dan cita en cada palabra. En sus cuentos no es amor lo que se pide pero se compra todo por amor. El lector desprovisto de presuposiciones no descansará. Isabel González, tampoco, casi tan salvaje y toda una colisión. «Las frases cortas de Isabel, sus imágenes, tienen algo de dentellada por sorpresa, de clavo que atraviesa la carne y nos recuerda,

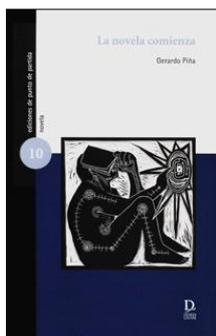
a cada golpe, lo que significa estar vivos. Cuidado, lector, si entras en estos cuentos, porque saldrás temblando.» (Patricia Esteban Erlés).

Los ojos del jaguar disparan media noche

Ernesto Murguía

Editorial Jus, 2012

Los ojos del jaguar disparan medianoche contiene tres relatos de terror, en donde el sexo y la violencia se entremezclan en esa zona oscura que separa la realidad de la locura. La primera historia, cuyo nombre da título al libro, narra el ascenso y caída de Los Arcanos, la banda más influyente en la historia del rock mexicano, y su lucha desesperada para salvar su alma de una grupie satánica. En «Asuntos privados», una tímida empleada descubre que la única forma para salir de una relación abusiva la encarna una sangrienta criatura oculta en el cubo de su edificio. «Los cuadros» cuenta la historia de un estudiante universitario que debe contar los mosaicos en las paredes de su departamento para mantenerse con vida. Los mejores relatos de terror que se han escrito en México en los últimos años. Un libro inquietante.



La novela comienza

Gerardo Piña

UNAM, 2011

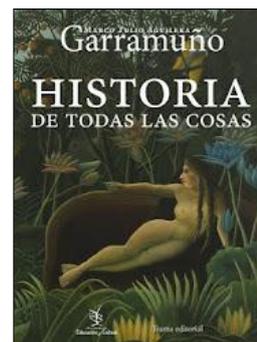
Dice Gerardo Piña que, en el fondo, toda literatura es policiaca porque sin una transgresión y una exploración de lo que la origina, no hay trama que interese. En *La novela comienza* un profesor de literatura es acusado de haber asesinado a su esposa. Algunas pruebas apuntan hacia su culpabilidad, pero no todo crimen se resuelve en los hechos. A veces es necesario recurrir a la ficción para encontrar los indicios más contundentes; lo que es más, en esta novela es el lector quien hará las veces de detective y tomará el caso en sus manos.

Historia de todas las cosas

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Trama Editorial, 2011

Novela río, el conjunto de historias que integran la crónica mayor de San Isidro de El General es una lúdica y singular comedia humana que indaga en la vida de coloridos personajes: Robutiano, sargento apodado Sacatripas de la Olorosa Alcantarilla; Violeta, la hija de la Musoc, quien recibiría el mal nombre de La Malandra; la Sietecolores; las hermosas del pueblo: cuatro hermanas que habrían hecho palidecer de envidia a las musas griegas; los vagos del parque; los que presumen de intelectuales; los profesores del Liceo Unesco; los ingenieros de la Rallenger, Ropino & Rashville; Californio el simple que estuvo en la montaña y conversó con los ángeles y a veces con Dios. Ahora, en *Historia de todas las cosas*, Marco Tulio Aguilera Garramuño cola los huecos que había dejado pendientes y nos presenta nuevos protagonistas relevantes para la comedia humana de San Isidro, que por alguna razón no aparecían antes en el libro.



Basura para dos

fernandez

LcLibros, 2011

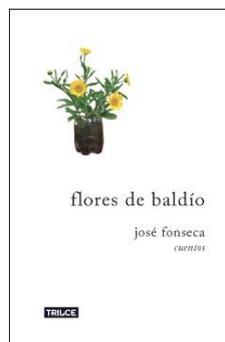
Un periodista pasa un año en el Oeste de los EE.UU. realizando una serie de reportajes. Regresa a Madrid y en menos de 24 h dos mujeres aparecen en su vida y en su casa. Días que se hacen largos en un invierno frío. La novela vive el momento, el instante de las relaciones de esas dos mujeres con el periodista, mientras él nos va contando su experiencia americana a través de un diario escrito de lo vivido. Presente y pasado juntos en un viaje triangular donde el conductor del relato –Eduardo– va descubriendo en golpes narrativos de gran intensidad su otra vida. Un desenlace inesperado pone a Charo y Raquel –las mujeres que viven con él la experiencia de Madrid– en un dilema donde cualquier justificación es un argumento duro y difícil de explicar. Algo ha ocurrido en el tiempo de convivencia juntos. Algo que moverá sus vidas para siempre.

Volver al laberinto

Jaime Casas

Editorial LOM, 2012

En el verano de 1971 la provincia de Cautín ardía en sus cuatro puntos cardinales. La lucha por la tierra, con una historia de cuatro siglos, prometía saldar todas las cuentas pendientes. La vida se transformó en un laberinto. En su interior, los caminos eran escorzos del tiempo y del espacio donde la única luz para avanzar fue la fuerza de voluntad. Los campesinos ocuparon los latifundios y obligaron a los dueños a replegarse a las ciudades; pasaron por encima de la ley y crearon sus propias organizaciones. Fue tal la envergadura del enfrentamiento que Salvador Allende se vio obligado a cambiar la sede del gobierno. Temuco, durante un par de meses, se transformó en la capital de Chile. Una de las zonas más violentas fue la costa de la provincia y uno de los personajes más duros fue el regidor socialista conocido como Comandante Piojo de Las Coles. Este libro es esa historia.



Flores de baldío

José Fonseca

Ediciones Trilce, 2011

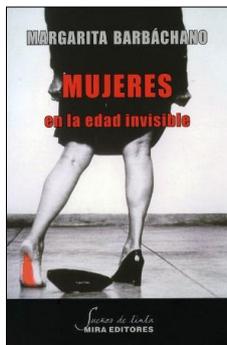
Los márgenes de Montevideo son el ambiente en el que transcurren estos cuentos breves, intensos, de José Fonseca. Con una mirada lúcida, el autor releva situaciones y personajes que nos acercan a una cultura surgida de la necesidad de sobrevivir en un mundo cada vez más duro y excluyente. Lo hace con la libertad y la capacidad de empatía de la literatura, una forma de conocimiento que toca límites que trascienden la mirada de las disciplinas sociales. Los habitantes del mundo de Fonseca son seres atrapados, condenados a vivir en una realidad que los expulsa y a la vez los tienta, y a la que intentan adaptarse con una suerte de rara vitalidad frente a las adversidades. Mujeres gastadas por la soledad, muchachas que se prostituyen, niños y adolescentes obligados a lidiar con la vida antes de tiempo, recorren estos cuentos envueltos en situaciones que nos interpelan por su cuota de dolor pero también por la capacidad de soñar, o la ternura.

Un buen detective no se casa jamás

Marta Sanz

Editorial Anagrama, 2012

Zarco, aquel detective tan poco convencional de *Black, black, black*, cuarentón y gay, exmarido de Paula y luego novio de Olmo –tan joven, tan seductor, y ahora tan infiel– se va de viaje. Para olvidar y para que le olviden. También para huir de la compasión irónica de su ex mujer. Se refugiará en el *riurau* que la riquísima familia de Marina Frankel, una antigua amiga, tiene en las afueras de una ciudad de la costa mediterránea. Marina pertenece a una estirpe de gemelas monocigóticas: Amparo y Janni, la primera generación; Marina y su hermana Ilse; las hijas de Ilse. Abandonadas por Janni cuando eran niñas, Marina e Ilse han sido criadas por la tremenda Amparo, única heredera del viejo Orts, que con su vitalidad y su rústico talento para los negocios ha multiplicado la fortuna familiar. Ya mayor, Amparo se casa con Marcos Cambra, un bello podólogo que se parece a Delon, y vive en el *riurau* rodeado de mujeres que representan las dos caras de una extraña moneda familiar: una casi fea, la otra bellísima. El camaleónico poder de las hermanas rodea de misterio a esta familia de espesa femineidad y enigmas múltiples. Zarco, inesperado detective nunca escueto en palabras, los irá desvelando uno a uno, aunque de repente note, en su interior más recóndito, que también él necesita que alguien lo encuentre.



Mujeres en la edad invisible

Margarita Barbáchano

Mira Editores, 2011

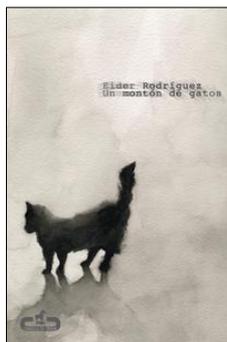
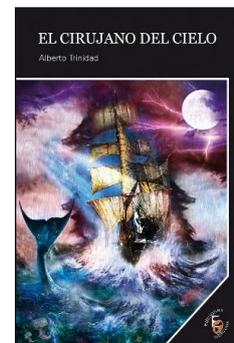
Mujeres en la edad invisible son doce historias o relatos diferentes de mujeres en tránsito entre la juventud que se pierde y la vejez que llega sin avisar. Mujeres que llenan las calles, los actos culturales, los hospitales, los autobuses, los parques, la vida... y que, sin embargo, son anónimas, invisibles para la mayoría, incluso para su propia familia muchas veces. Mujeres que hablan con voz propia y nos explican qué les pasa, cómo se encuentran en este preciso momento de su camino. Cada relato tiene una protagonista y cada capítulo se abre con la mirada personal de una fotógrafa que capta el sentimiento de esa historia narrada.

El cirujano del cielo

Alberto Trinidad

Ediciones Oblicuas, 2012

Alguien nace en un cementerio a los treinta años de edad. En el transcurso de ese nacimiento comprende tres irrefutables certezas: ha perdido su nombre, ha sido devuelto a la vida para despedirse de toda la Maravilla que habitó su existencia y el 1 de octubre desaparecerá del mundo, con lo cual dispone de los tres meses de verano para despedirse, concluir la Aventura y desaparecer, eso sí, sonriendo. Este es el punto de partida de *El Cirujano del Cielo*, un viaje sin posibilidad de retorno al final de la narrativa, una Odisea postmoderna tras una Itaca ambivalente e inalcanzable, y la esperada conclusión a la supuesta trilogía conceptual de Alberto Trinidad, que se inició con *Minorías de uno* y continuó con *El Arquitecto de Atmósferas*. Una poliédrica experiencia tras la cual nunca nada volverá a ser lo mismo.



Un montón de gatos

Eider Rodríguez

Editorial Caballo de Troya, 2012

Siete relatos sobre diferentes temas, hechos y personajes pero contruidos y atravesados por el hecho común de que todos tienen como escenario el País Vasco, circunstancia geográfica y social que les otorga un especial aire de unidad. A través de esas historias, escritas desde una distancia narrativamente muy eficaz, entraremos en contacto con el talante específico, áspero pero emotivo, de mujeres con fuerte carácter independiente, con la peculiar red de afectos y dependencia que se crea alrededor de esas familias con raíz rural en las que padres, hijos y abuelos conviven y ¿conmuenven?, con las tensiones sexuales que despierta la irrupción de un extraño dentro de un círculo cerrado, con la represión de fondo sobre el que crece un deseo que nunca llega a cumplirse o con la sombra dolorosa de una realidad política tensa y en conflicto.

Visita a un extraño

Ramón Reboiras

Editorial Periférica, 2012

He aquí un hombre de este tiempo, de estos años. Y he aquí su vida, su novela: los apuntes o memorias de un entresuelo de paredes húmedas y libros y discos diseminados al azar; una madriguera de ecos bohemios en una ciudad que recuerda a Ma...drid pero que es muchas otras ciudades: Buenos Aires, San Sebastián, Los Ángeles. Una ciudad en la que este personaje sobrevive gracias a extrañas ocupaciones: el horóscopo de una revista femenina, el póquer virtual, los encargos de una agencia de publicidad, al tiempo que se relaciona con otra serie de personajes también a la deriva que celebran con él la posibilidad de vivir cultivando la infancia, la compañía de los mitos o la siempre reconfortante posibilidad de la escapada. Como en una vuelta de tuerca al "hombre sin atributos" de Musil, en estas páginas el desencanto no logra imponerse totalmente sobre "la gracia de vivir", la filosofía de lo cotidiano encuentra verdades hasta en las hortensias o la fotografía y la realidad se convierte muchas veces en caricatura gracias tanto al humor como a la tristeza



El mar sigue siendo azul

Fernando Martínez López

Editorial Baile del Sol, 2011

Pedro Fenoy Salcedo nace en Palomares en el mismo instante en que el cielo se rompe debido a un tremendo accidente aéreo que libera su carga de bombas nucleares. Nada será ya igual en el pueblo, invadido por un ejército estadounidense más preocupado por recuperar una de las bombas que por la salud de sus habitantes, amenazados por la invisible mano de la radiactividad. Pero no es lo único que desean los americanos, existe un codiciado objeto que también viajaba en uno de los aviones siniestrados. Su búsqueda dará lugar a un triste desenlace que afectará a la familia de Pedro Fenoy Salcedo y también revivirá fantasmas del pasado que se remontan a

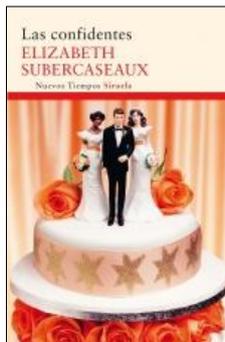
la Segunda Guerra Mundial, cuando la ciudad alemana de Dresde sufrió un masivo bombardeo por parte de las fuerzas aliadas.

Ostras para Dimitri

Juan Bas

Ediciones B, 2012

Pacho Murga, señorito bilbaíno pijo y amoral, muy venido a menos (que ya protagonizó las exitosas novelas *Alacranes en su tinta* y *Voracidad*), cumple condena en la prisión de Salto del Negro. Allí conoce a Dimitri Urroz, un personaje ambiguo y explosivo, mezcla de ruso y navarro, que se convertirá en su protector y le complicará la vida en una aventura itinerante con escalas en un surrealista marco rural del norte de Navarra y el Moscú más excesivo. El tema de la novela, la permanencia de la culpa y su imposible exoneración, se articula a través de una trama oculta que se va revelando poco a poco, al igual que sucede con la traición, hasta un desenlace afilado como el borde de la concha de una ostra.



Las confidentes

Elizabeth Subercaseaux

Editorial Siruela, 2012

Dos mujeres, la norteamericana Quinn y la francesa Juliette, se conocen casualmente en la India. Son dos mujeres con un pasado traumático y nada en común, aparentemente. Sin embargo, lo que las vincula es mucho más que aquello que las separa. Muchos años antes ambas fueron protagonistas de una historia similar que dio un giro inusitado a sus vidas: las dos perdieron a sus amantes prácticamente el mismo día y ambas lo perdieron a causa de un crimen sucedido en la misma fecha y casi a la misma hora, uno en Chile y el otro en Estados Unidos. En torno a ellas se aglutinan todos los personajes de sus vidas: los del campo chileno, la Provenza francesa y los

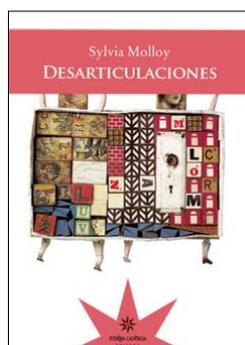
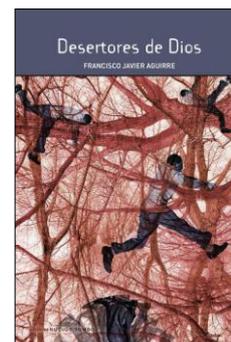
barrios bajos de Pennsylvania, hilvanando historias donde la dureza de la vida se contrapone a la pasión, los deseos de reinventarse y de alcanzar los sueños.

Desertores de Dios

Francisco Javier Aguirre

Editorial Nuevos Rumbos, 2012

Un secreto nefando se oculta a finales del siglo XX en las interioridades de un convento del País Vasco. Luis Murillo, fraile lego residente allí, descubre a través de la carta póstuma de su madre la identidad de su verdadero padre, un cura vasco fusilado durante la Guerra Civil por las tropas franquistas. La acción de esta novela comienza en 1934, y concluye cuando faltan pocos meses para que tenga lugar una de las ceremonias de beatificación masiva de mártires de la Guerra Civil, la celebrada en Roma el 11 de marzo de 2001, bajo el pontificado de Juan Pablo II. Francisco Javier Aguirre (Logroño, 1945) comenzó a publicar en Madrid en 1977 (*El Avispero*, Sedmay). Sus últimas novelas aparecieron en 2007 (*Tirana Memoria*, Unaluna), 2009 (*La dama del Matarraña*, March) y 2011 (*Del Matarraña a New York*, Certeza) ésta última al alimón con Angélica Morales.



Desarticulaciones

Sylvia Molloy

Editorial Eterna Cadencia, 2012

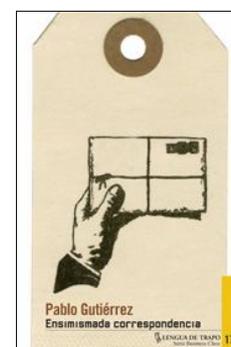
Como pelando una cebolla, capa a capa, el mal de Alzheimer avanza sobre ML., desalojando de su mente los recuerdos que configuraban una historia personal, un «yo». Los modos en que la mente elige empezar a olvidar, dejando intactas algunas habilidades para asolar otras zonas son los temas que ocupan las observaciones que la narradora va hilvanando en esta novela deslumbrante. Sylvia Molloy regresa a la ficción con una novela universal, dramática pero llena de sabiduría acerca del modo en que se acompañan, se procesan y se sobrellevan los efectos del paso del tiempo. La narradora visita casi diariamente a ML., con quien compartió una estrecha amistad y ahora padece mal de Alzheimer. A partir de esos encuentros y los fragmentos de memoria de ML., va construyendo un relato poderosamente conmovedor sobre la desarticulación de una mente que progresivamente va borrando todo de una manera peculiar.

Ensimismada correspondencia

Pablo Gutiérrez

Editorial Lengua de Trapo, 2011

Ensimismada correspondencia –finalista del II Premio de Narrativa Breve Ribera del Duero– es un nuevo alegato de Pablo Gutiérrez a favor de la prosa contundente y efectiva. Relatos que marcan un nuevo hito en la obra de este autor, que vuelve a asumir el reto de contarnos historias cotidianas como iluminaciones, de transcribir las sensaciones íntimas a un lenguaje universal: la buena literatura. La desesperación ante la propia vida, de Jaime Gil de Biedma pero también de cualquiera de nosotros, la necesidad de ser otro o haberlo sido en algún momento, son reflexiones que se hilan entre los argumentos vitales y que atrapan desde la belleza y el reconocimiento de los propios miedos y experiencias. No son relatos amables, no es esa la intención del autor, porque el lector notará, desde la primera página, que de lo que se trata aquí es verdad. Este libro incluye además el relato que el autor publicó en la revista Granta.



Relatos de humo (y hachís)

Pepe Perea

Editorial Origami, 2012

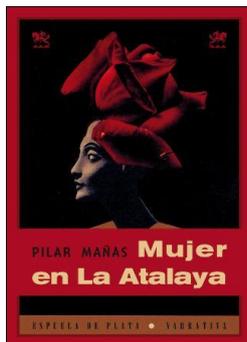
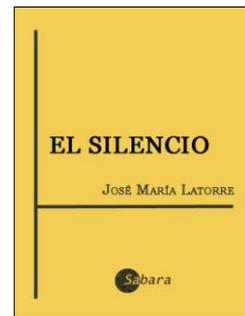
Estos relatos en unos casos recuerdan al Kerouac más viajero, en otros al escritor maldito por excelencia de la literatura norteamericana: Bukowski, y en alguno a la dureza y violencia extrema y sin sentido de ciertos párrafos de Hubert Selby Jr. llega a la conclusión, la única posible, de que la etapa más feliz en la vida del protagonista fue la infancia. Por encima de todo y de todos, el personaje principal de cualquiera de estas narraciones, tanto las de ficción como las que no, es la soledad. Una calidad que ya quisieran para sí muchos escritores en su debut en letra impresa.

El silencio

José María Latorre

Sabara Editorial, 2012

A la sombra de una lectura de Novalis y de un atentado terrorista en el que muere la mujer que ama, un hombre emprende la búsqueda de alguna señal de la existencia de vida después de la muerte. Su desesperada odisea, a un tiempo física y mental, lleva al moderno Orfeo en busca de su Euridice, de la mano de la música y del cuestionamiento de la palabra y de las relaciones humanas, por los extraños territorios que rodean al hecho de la muerte poniéndole en contacto con un complejo muestrario de personajes, unos estrambóticos y otros inquietantes, desde un solitario filósofo romano que cree en la pervivencia del sentimiento y de la mirada más allá de la tumba, hasta siniestros sacerdotes, sectas secretas, grupos antiterroristas, videntes, buscadores de psicofonías... en el marco de una sociedad violenta, sometida a un imparable proceso de descomposición para el que ya no sirve nada más que el silencio.



Mujer en la atalaya

Pilar Mañas

Editorial Renacimiento, 2012

Mujer en la atalaya es la historia de una niña que crece bajo la moral y el ambiente asfixiante de la España franquista. Sus ojos inocentes contemplan un mundo que no comprende y sobre el que sus mayores guardan silencio. Aprende a deducir respuestas a través de la observación y la imitación de una mujer culta y liberal, Julia, que se transforma en su alter ego. Aunque Dora abandona el pueblo para ir a estudiar a la universidad, donde se fraguan los cambios de la Transición, no abandona las interrogaciones misteriosas de los pasadizos secretos de la infancia, auténticos puntos de fuga hacia el descubrimiento de algunos terribles acontecimientos de la

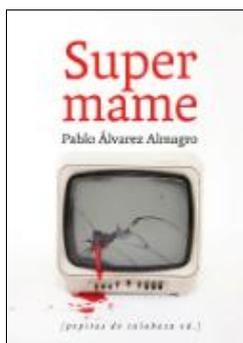
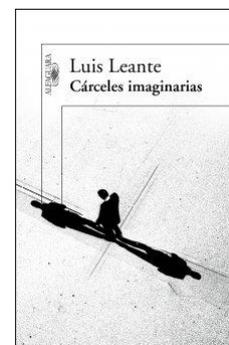
historia reciente de España. Dora, como muchas otras mujeres que formaron la vanguardia de una época democrática y moderna, se mantiene beligerante sin ocultar sus miserias, ni sus dificultades en la maternidad, ni la soledad, ni la osadía de amar y ser amada a una edad madura.

Cárceles imaginarias

Luis Leante

Editorial Alfabeta, 2012

Cuando Victoria, la mujer con la que vivía, muere en un accidente de coche, Matías Ferré cae en una profunda depresión y abandona su trabajo de profesor de historia. Con el paso del tiempo consigue salir del abismo y obtiene una plaza de bedel en el Archivo Histórico de Barcelona. Diez años después del accidente, el encuentro fortuito con un antiguo colaborador de Victoria lo pone en la pista de una investigación en la que ella trabajaba cuando murió. Se trata del atentado anarquista del Corpus en Barcelona, que en 1896 provocó varias muertes, numerosos heridos y una represión brutal y desmedida que mereció una denuncia internacional. En el centro de esta historia surge el personaje de Ezequiel Deulofeu, presunto autor del atentado, cuya vida atraparé, más de un siglo después, al joven Ferré. Dos destinos cruzados que demuestran que el azar puede marcar nuestras vidas. Una novela sobre la importancia de no enterrar la memoria de los acontecimientos y de las personas que nos precedieron.



Supermame

Pablo Álvarez Almagro

Editorial Pepitas de Calabaza, 2012

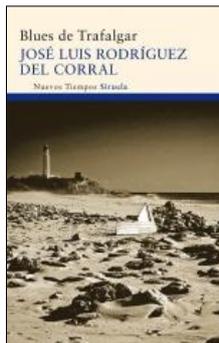
Un alto ejecutivo de televisión, en franca decadencia personal y profesional, comete un estúpido error y su jefa amenaza con ponerlo de patitas en la calle. En ese mismo momento todo el inestable equilibrio en el que se sostiene su caótico chiringuito vital amenaza con derrumbarse. Pero nuestro «héroe» –un auténtico caradura– encuentra la forma de solucionar sus problemas... o eso cree. Porque lo que consigue es desatar un particular y desenfrenado descenso a los infiernos de lo más abyecto del comportamiento humano, durante el cual este jeta sin escrúpulos encontrará la inspiración para crear su gran obra maestra: *Supermame*.

Gente que nunca existió

Miguel Sanfeliu

E.D.A. Libros, 2012

Como dice la escritora A.M. Homes, escribir consiste en crear un mundo, en hablar de gente que nunca existió. Y sin embargo, es posible que esa gente ficticia sea capaz de darnos la auténtica medida de nuestro valor, de advertirnos sobre lo que somos capaces de hacer, de recordarnos nuestros fantasmas y nuestros temores, de sumergirnos en un mundo, quizá inventado, pero que es reflejo de éste. *Gente que nunca existió* es un libro de relatos en el que encontraremos adivinos, torturadores, incluso superhéroes, pero, sobre todo, seres perdidos en su propia existencia, en una realidad que, en ocasiones, cae como una losa que nos aprisiona, de la que anhelamos huir, aunque, llegado el momento, es posible que nos asuste la huida y nos quedemos paralizados ante las posibilidades que esa libertad pueda ofrecer.



Blues de Trafalgar

José Luis Rodríguez del Corral

Editorial Siruela, 2012

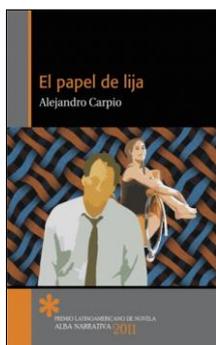
Blues de Trafalgar es una novela apasionante inspirada en hechos reales. Las convicciones traicionadas, la pérdida de la juventud y la corrupción derivada de la falta de escrúpulos son algunos de los elementos de esta mezcla de thriller y fábula moral. Cuatro amigos que veranean en Zahara de los Atunes encuentran casualmente un alijo de droga escondido en un abrigo de la sierra. Deciden llevárselo sin suponer que un joven de la localidad, a cuyo cargo estaba el alijo, será secuestrado por los narcotraficantes. Seguros de que nadie sospecha de ellos, deciden ignorar el secuestro y abandonan al joven a su suerte. Años después, y ocupando puestos relevantes en la sociedad andaluza, tendrán que enfrentarse a este trágico secreto de su pasado. *Blues de Trafalgar* transcurre entre la costa gaditana que preside el faro de Trafalgar, Sevilla y Londres y tiene como trasfondo los años que van de la Exposición Universal de Sevilla de 1992 a la primera legislatura de Zapatero.

El jardín colgante

Javier Calvo

Editorial Seix Barral, 2012

Había una vez un país llamado España que permanecía dormido sin advertir que los servicios secretos trataban de rediseñar el sistema institucional a la nueva era de libertad. Así es como Arístides Lao, un agente con una mente matemática prodigiosa y problemas de sociabilidad, es designado para luchar contra la organización terrorista de extrema izquierda TOD. Lao cuenta con el agente Melitón Muria, un fiel escudero con peculiares principios. La misión de esta pareja esperpéntica y decadente será contactar con Teo Barbosa, un agente infiltrado a punto de pasar al núcleo activo del grupo armado. Pero la operación cambia de rumbo cuando Lao pone en marcha una idea tan loca como genial que traerá consecuencias inimaginables. Estamos en 1977, y en el frío invierno de la Transición el interés de los telediarios se centra en la caída de un meteorito. Ganadora del Premio Biblioteca Breve 2012, *El jardín colgante* es una novela transgresora y provocativa con la que Javier Calvo se consolida como uno de los narradores más sólidos y que de forma más rotunda han añadido una nueva dimensión a nuestra narrativa manteniendo a lo largo de una obra muy diversa un estilo inconfundible.



El papel de lija

Alejandro Carpio

Editorial Arte y literatura, 2012

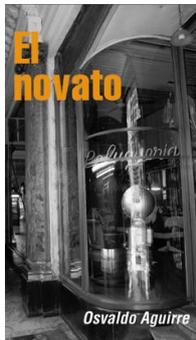
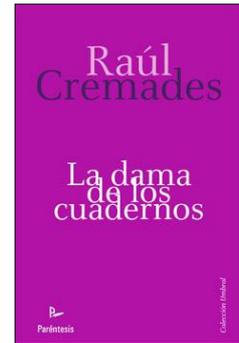
El papel de lija es una narración policial técnicamente sólida, contada con eficacia y verosimilitud. Realista en lo que concierne a personajes, ambientación y atmósfera, juega con el lector y lo conduce a través de un entresijo de historias con un denominador común: la avaricia. Chesterton decía que la principal dificultad de la novela policiaca estriba en que es un drama de caretas y no de caras, el autor lo consigue con maestría en este texto. Alejandro Carpio es profesor asociado del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico en Cayey, trabaja además con el grupo Teatro Breve. Con la novela *El papel de lija* obtuvo el Premio Latinoamericano de Novela ALBA Narrativa 2011.

La dama de los cuadernos

Raúl Cremades

Paréntesis Editorial, 2012

Para Carmen Martín Gaité, una de las figuras más destacadas de la literatura española del siglo XX, la curiosidad de su hija Marta por su vida pasada era como una puerta mágica hacia la íntima narración de sus recuerdos. Tras varios años de investigación, documentación y contacto directo con familiares y amigos, Raúl Cremades ha conseguido recuperar el tono y la voz de Carmen Martín Gaité para novelar una apasionante biografía llena de gozo y sufrimiento, de nostalgia y orgullo, de reconocimientos y olvidos, de trabajo constante y pasión por la escritura. Con escrupulosa fidelidad a los hechos reales, gran sentido del humor y sin dejar a un lado los sentimientos más profundos, en *La dama de los cuadernos* Carmiña va contando a su única hija los principales acontecimientos de su vida: su infancia y primera juventud en Salamanca; la llegada a Madrid, donde se integra en el grupo de creadores que después será conocido como la generación de los 50; su matrimonio y posterior separación del escritor Rafael Sánchez Ferlosio; los primeros premios literarios; su descubrimiento de Estados Unidos; o la etapa final de su carrera.



El novato

Osvaldo Aguirre

Editorial Negro Absoluto, 2011

El novato es la tercera novela –y acaso la mejor, la más perfectamente acabada, por ahora– de la saga protagonizada por Germán, el cronista de la sección Policiales de *Crítica*, el mítico diario de Natalio Botana que se preciaba, desde su eslogan, de ser como un tábano destinado a mantener despierta y vigilante a la sociedad argentina. Una pretensión excesiva para un diario amarillo y sensacionalista. Y es justamente en esta novela que Osvaldo Aguirre tematiza la cuestión del lugar ético/político de la tarea periodística con la irrupción del incómodo joven Fabio Vincenti en la redacción. En principio, el experimentado periodista introduce al pibe en los más o menos cínicos pormenores de

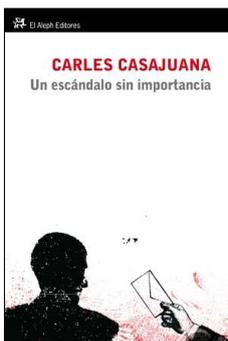
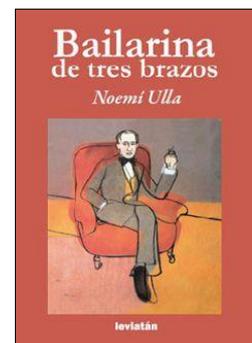
la actividad. Tras las elecciones porteñas aparece el cadáver de un pobre diablo en una plaza de Almagro, saturado de ginebra y con un voto socialista en la boca. Nadie parece interesado por revolver al asunto; es un hecho de sangre menor y sin complicaciones, a medida para introducir al novato en el ejercicio de la crónica roja. Así lo piensa, siente y desea Germán. Pero no será así.

Bailarina de tres brazos

Noemí Ulla

Editorial Leviatán, 2011

«La narrativa de Noemí Ulla está atravesada por el trabajo minucioso y constante con las palabras, que se desplazan sustentadas en la música y en el ritmo de la poesía. Sus cuentos rodean la extrañeza de las cosas y de los personajes, y más allá de localizaciones y fronteras, podemos afirmar que su verdadera patria es el lenguaje.» (Graciela Aletta de Sylvas). «¿Cómo leemos *Bailarina de tres brazos*? ¿Como un espejo donde se refleja el misterio de la autora-narradora? Sus invenciones nos distraen, nos admiran, pero el verdadero sortilegio nace de su escritura, que nos brinda a media voz (y a media luz) la dulce, melancólica, íntima, áspera a veces sorpresa y la enajenante zozobra.» (Michèle Ramond).



Un escándalo sin importancia

Carles Casajuana

El Aleph Editores, 2012

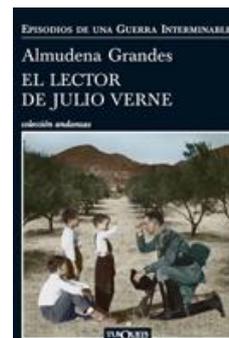
Un abogado de Barcelona se enfrentará a un chantaje de graves consecuencias... Corrupción inmobiliaria, buffetes de abogados, hijos, secuestros y miedos, trampas, celadas, el mundo de las ONG's. Un escándalo que puede salpicar a toda una clase empresarial y política. Esta novela será un verdadero puñetazo en la conciencia de muchos de sus lectores situada en una Barcelona perfectamente reconocible. Cambien unos nombres por otros y tendrán un panorama de la realidad de la ciudad en esta entrada del siglo XXI.

El lector de Julio Verne

Almudena Grandes

Editorial Tusquets, 2012

Nino, hijo de guardia civil, tiene nueve años, vive en la casa cuartel de un pueblo de la Sierra Sur de Jaén, y nunca podrá olvidar el verano de 1947. Pepe el Portugués, el forastero misterioso, fascinante, que acaba de instalarse en un molino apartado, se convierte en su amigo y su modelo, el hombre en el que le gustaría convertirse alguna vez. Mientras pasan juntos las tardes a la orilla del río, Nino se jurará a sí mismo que nunca será guardia civil como su padre, y comenzará a recibir clases de mecanografía en el cortijo de las Rubias, donde una familia de mujeres solas, viudas y huérfanas, resiste en la frontera entre el monte y el llano. Mientras descubre un mundo nuevo gracias a las novelas de aventuras que le convertirán en otra persona, Nino comprende una verdad que nadie había querido contarle. En la Sierra Sur se está librando una guerra, pero los enemigos de su padre no son los suyos. Tras ese verano, empezará a mirar con otros ojos a los guerrilleros liderados por Cencerro, y a entender por qué su padre quiere que aprenda mecanografía.



Un caniche blanco muerto

Luis Gutiérrez Maluenda

LcLibros.com, 2012

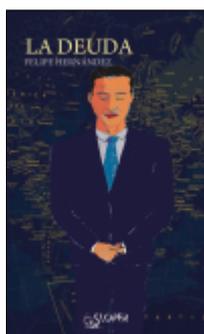
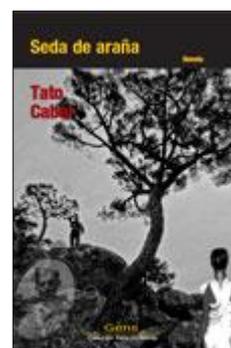
Benito Céspedes es un investigador privado que sobrevive en la Barcelona actual a fuerza de hacer trabajos de poca monta: principalmente, husmear en asuntos de adulterio. Abstemio, no fumador y poco amigo de la violencia (y con un extraordinario sentido del humor), Céspedes discurre por la profesión de detective sin pretender llamar mucho la atención... hasta que, de pronto, un salvaje asesinato que incumbe a los peores elementos de la ciudad le obliga a incursionarse en un terreno que nunca hubiera sospechado. Narrada con un estilo agilísimo y, sobre todo, con unos diálogos especialmente brillantes y un humor magnífico, *Un caniche blanco muerto* es una novedosa revisión del viejo mito del detective privado. Se trata de contemplar un oficio tan literario ras de tierra, en medio del trasiego cotidiano que si bien hace descender la épica varios grados, confiere a la narración un verismo y una veracidad que justifica cada página. La pequeña odisea de Benito Céspedes por conseguir secretaria, entenderse con su socio, investigar en un campo de chumberas... es un soplo de aire fresco sobre los clichés de la novela negra y, sobre todo, da pie a una obra muy divertida y, cómo no, una obra que mantiene la tensión.

Seda de araña

Tato Cabal

Editorial Gens, 2011

Natalia, una madrileña acomodada que roza los cuarenta, se lesiona una mano mientras consulta clandestinamente el ordenador de su marido. Convaleciente, recibe la noticia de que su verdadero abuelo había sido un miliciano asesinado en la posguerra, cuyo cadáver se encuentra en una fosa que va a ser exhumada en León. Entre esas dos coordenadas -su pequeño drama personal y la indagación de sus orígenes- se desarrolla la peripecia de la novela; una narración que, de torbellino a huracán, va a llevar a la protagonista a toparse con la historia sin filtros de su madre y de su abuela, a ponerse a sí misma en el centro de sus reflexiones y a vivir una historia de amor inesperada.



La Deuda

Felipe Hernández

Editorial Sloper, 2012

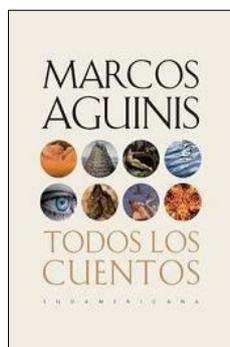
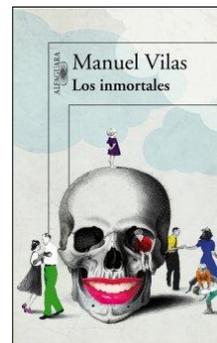
Cuando Andrés Vigil acude al usurero que le prestó dinero para comprar un violoncelo, se topa con un desconocido que parece liberarlo de su deuda. Sin embargo este hombre, Alejandro Godoy, se convierte en un nuevo acreedor, mucho más implacable. Un impecable mosaico psicológico envuelve el asesinato de un prestamista. Pero el horror de la muerte sólo será una excusa para que la simetría del azar nos muestre sus intenciones morales y nos empuje al terrible abismo de la sumisión y el servilismo...

Los inmortales

Manuel Vilas

Editorial Alfaguara, 2011

Año 22011. El descubrimiento en la Galaxia Shakespeare de un manuscrito, *Los inmortales*, suscita el interés y la indignación de los estudiosos de aquella lejana galaxia: seres perfectos, descendientes de los humanos, pero inmortales. A medida que los shakesperianos descifran el manuscrito, ven amenazada su certeza de que el humano terrestre vivió en un invierno de la evolución, azotado además por la miseria, la enfermedad y la muerte. Pero ¿qué puede contener el manuscrito que aconseje su destrucción inmediata? En *Los inmortales* se describen las extravagantes andanzas de unos personajes elegidos para la inmortalidad: Manuel Vilas, que va a asistir a una reunión de poetas en la Luna en el año 2040; Ponti (de Pontífice, en referencia al papa Juan Pablo II), que viaja con Mother T (la madre Teresa de Calcuta); Pablo y Vin (Picasso y Van Gogh); Saavedra, protagonista de esta historia, un ser vitalista y poliédrico que esconde la inmortalidad del mismísimo Miguel de Cervantes; y el inolvidable Corman Martínez, el último comunista.



Todos los cuentos

Marcos Aguinis

Editorial Sudamericana, 2011

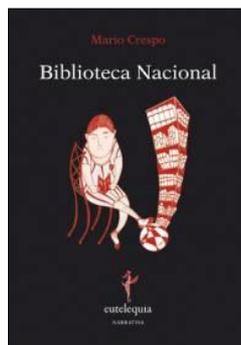
Los cuentos justamente recuperados en este volumen, la totalidad de los que Marcos Aguinis ha escrito, revelan otra faceta de sus habilidades como narrador. Su dominio de la forma breve queda de manifiesto por la hondura en la elección de los temas, la sutileza en el tratamiento de las personalidades, la inteligencia y precisión en el tejido de relaciones y la urdimbre de intrigas. En *Todos los cuentos* Aguinis seduce y conmueve, apasiona y hace pensar al lector. Y gracias a un uso magistral del humor y la ironía, ayuda a sonreír, obliga a la diversión, a soñar alternativas que enaltecen nuestra frágil condición humana.

La aldea de F.

Eva Díaz Riobello, Isabel González González, Teresa Serván e Isabel Wagemann

UNAM, 2011

Escrito a ocho manos, *La aldea de F.* tiene su punto de partida en *El guardagujas*, de Juan José Arreola, donde los personajes, de acuerdo con Clara Obligado, autora del prólogo, «se ven abocados a entregarse, al azar, a un desconcierto en las relaciones que podría ser el símbolo de la condición del hombre moderno, incapaz de decidir su propio destino». Hay un espíritu fundacional en este libro de microrrelatos, explica Obligado, «que busca, a través de revisitar la literatura latinoamericana, una apropiación realizada desde la península», un diálogo con su producción híbrida. Las autoras «dejan el tren detenido y, rodeándolo, van creando la aldea de F., una aldea que, para sorpresa del propio Arreola, está vista desde la perspectiva de las mujeres».



Biblioteca Nacional

Mario Crespo

Editorial Eutelequia, 2012

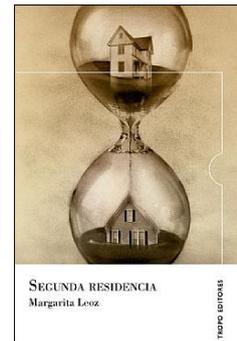
«La narrativa de Mario Crespo, de consuno viajera, trotona y cosmopolita, se sumerge ahora en las catacumbas de la Nacional, sin perder en ellas el dinamismo y la inmediatez que caracterizan su prosa. El tema del *alter ego*, que recorrió su celebrado libro de viajes *Cuento kilómetros*, reaparece aquí para construir una visión alucinada y comprensiva del mundo real y sus extensiones digitales. Una novela que arranca como un atento retrato de la rutina y que va incorporando, con vértigo y tiralíneas, mimbres inesperados: los desdoblamientos y dobleces de la identidad, el gótico urbano, los iconos del libro y del deporte, la enfermedad como pesquiza y la patología como liberación, todo ello articulado por un sentido homenaje al *underground* literario y a algunos de sus más notorios protagonistas.» (Eloy Fernández Porta).

Segunda residencia

Margarita Leoz

Tropo Editores, 2012

Hubo un tiempo en el que tener una casa en el pueblo o en la playa, un refugio lejos de esa realidad defectuosa en la que vivimos, se convertía en un símbolo de lo que se esperaba ser algún día. *Segunda residencia* nos habla de gente corriente, de sus pequeños fracasos, de las hostilidades, muchas veces inadvertidas, que nos impiden ser felices. Podemos encontrar niños en la confusa frontera de la adolescencia, adultos que intentan cambiar su existencia sin conseguirlo, parejas vagando a la deriva, seres solitarios y perdidos, siempre con la sensación de encontrarse en el lugar inadecuado, de no ser los verdaderos protagonistas de sus vidas. Con un estilo conciso y visual, Margarita Leoz consigue texturas emocionales admirables que no dejarán indiferente a ningún lector.



La espera

Merari Fierro

Editorial Amarante, 2011

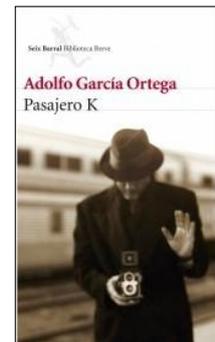
En este libro encontramos los sueños de Merari Fierro. Pero no es lo onírico, que tiñe en ocasiones sus páginas de un surrealismo delicioso, es algo más contundente: La descripción de la mujer en toda su extensión; con sus problemas cotidianos, su descarnada infelicidad o las alegrías más pausadas. *La espera* es una novela corta que acompaña a los relatos de este libro dándole título, y la oportunidad para que algunos textos ya publicados con anterioridad se compendien en este volumen; casi todo hasta ahora inédito. De una belleza narrativa poco usual, encontramos cuentos con un lenguaje preciosista y llenos de misterio. Merari Fierro desentraña la psicología y anhelos más profundos de sus protagonistas. Aporta un numeroso elenco de símbolos que no nos quedan distantes: la serpiente, el dragón, el vampiro, la mujer niña... A veces adobados de una erótica sutil, otras de una fantasmagórica irrealidad; y en un momento donde el relato ha vuelto a tomar protagonismo, gracias a internet. Pero la brevedad no tiene que ir exenta de calidad o interés, no se trata de un arte menor, y aquí la autora derrocha calidad y sabiduría, atrapando literalmente nuestra atención a las líneas de este ebook. Merari Fierro conjuga lo hermoso de la poesía y la capacidad creativa de la prosa.

Pasajero K

Adolfo García Ortega

Editorial Seix Barral, 2011

Febrero de 2010. Después de la muerte de su ex mujer, un director de cine, apellidado con una enigmática K., decide viajar de manera errática por Europa para hacer una última y extraña película. En ese viaje conoce a Sidonie, una periodista destinada en La Haya que asiste al juicio de un líder de la antigua Yugoslavia. Un descubrimiento inesperado que puede modificar el rumbo de ese juicio obligará a los protagonistas a realizar un viaje frenético acosados por unos hombres que tratan de disuadirles. Vinculado al mundo del libro, la comunicación y la literatura desde 1980, García Ortega ha sido traductor, crítico literario, articulista en prensa y editor. Algunas de sus novelas se han traducido a varios idiomas.



Que me maten de una vez

Rafael F. Muñoz

Ediciones Era, 2011

Rafael F. Muñoz publicó tres libros de cuentos: *El feroz cabecilla y otros cuentos de la revolución en el Norte* (1928), *El hombre malo*, *Villa ataca Ciudad Juárez* y *La marcha nupcial* (1930) y *Si me han de matar mañana* (1933). Esta colección incluye todos los cuentos de estos tres libros, y es el complemento indispensable para habitar con plenitud en un universo narrativo de una coherencia muy singular en la literatura de lengua española. Los treinta relatos forman con las novelas magistrales, *Vámonos con Pancho Villa* y *Se llevaron el cañón para Bachimba*, una comedia humana que constituye un mundo de regocijada autonomía.

El frío

Marta Sanz

Editorial Caballo de Troya, 2012

Todo amor es la historia de un encuentro, es decir, la historia de un asesinato. Hay quien dice que el amor es una dependencia histérica y quien afirma que mera nostalgia de la inocencia y no falta quien señala que es pulsión incontrolable de la piel, inclinación del tacto hacia el tacto, consuelo de desposeídos, acicate para desclasados, patente de corso para criminales y poetas de la experiencia. Para los ateos más radicales, el amor sería, como el dinero, un aparato ideológico inventado por la burguesía para refrenar y torcer los movimientos de emancipación de los desposeídos. Los historiadores más conspicuos achacan su nacimiento en tierras provenzales, allá por el siglo XII, a una tropa de orfebres y alquimistas de la palabra empeñados en buscar alivios para la ausencia de Dios. El amor como ausencia real, agujero negro, negra sombra que me asombra. Sea lo que sea, desde el punto de vista literario, que es el que aquí nos reúne, el amor es sobre todo un gran campo semántico, un gran espacio narrativo.



Manual para coyotes

David Ruiz

Menoscuarto Ediciones, 2011

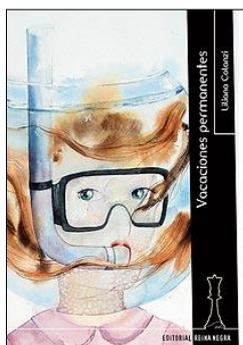
Es el año 1865. Norteamérica se esfuerza por ponerle a su guerra civil un punto final. Se decide para los libros de historia que esta termina el día 9 de abril. El país redefine ya su simetría interna, y el conflicto del Norte-Sur desaparece. La brújula gira noventa grados y coloca al Este, colonizado y civilizado, ante el Oeste, salvaje e indómito. Hacia el ocaso viajan los civiles que, sin más que las pocas pertenencias que atestan sus carromatos, buscan un lugar en el que establecerse y prosperar, y los miles de veteranos de ejércitos de vencedores o vencidos que buscan hacer su fortuna por las buenas o por las malas, o simplemente olvidar el olor de la sangre, el tufo de la pólvora y el estruendo de los gritos de agonía del millón de cadáveres que murieron en las trincheras.

Terror en el crucero

Olivia Carreras

Ediciones Oblicuas, 2011

Terror en el crucero es una novela de corte policiaco sazonado con todos los ingredientes del género: asesinatos, desapariciones, extravagantes inspectores..., que además profundiza en la psicología superficial y maquiavélica de la alta sociedad. Mary Ann, una famosa y adinerada mujer de negocios, viaja en un crucero junto a su marido Albert, en lo que han previsto sea unas agradables vacaciones envueltas de todo tipo de lujo. Ni siquiera la presencia de Linda Barnes, una ex amiga de la bella Mary Ann, a quien se la tiene jurada, parece que pueda fastidiarles el viaje. Sin embargo, muy pronto, unos misteriosos sucesos van a poner en vilo a todo el pasaje del barco, convirtiendo este aparentemente apacible crucero en una espantosa odisea.



Vacaciones permanentes

Liliana Colanzi

Editorial Reina Negra, 2011

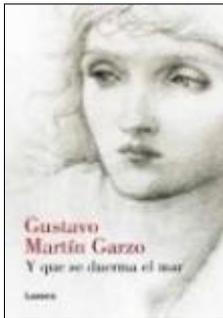
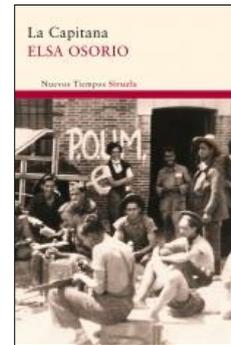
«La novela puede soportar bajas de presión, pozos de aire. El poema y el cuento no. Como el delicado artefacto que mantiene en el aire a los aviones, una palabra de más, un estilo de gatillo fácil, los puede hacer dar por tierra a los pocos minutos de vuelo. Los relatos de Liliana Colanzi –que tienen voluntad de saga– son notables. Transmiten emoción, dolor e incertidumbre. En el primero de ellos hay una chica tan flaca que se cuenta las costillas, pero en realidad cuenta mucho más. Estos adolescentes ponen al mundo en perpetuo estado de pregunta. ¿Así que esto es ser joven? ¿Así que esto es la vida, esto el fin de las ilusiones? Cada estado emotivo está atado a un hecho concreto, a una imagen reveladora que la escritora destila con maestría.» (Fabián Casas).

La capitana

Elsa Osorio

Editorial Siruela, 2012

La argentina Mika Feldman de Etchebéhère (1902-1992), la Capitana, luchó por la igualdad, la justicia y la libertad durante toda su vida. Elsa Osorio acepta el desafío de convertir en literatura esta maravillosa historia. Mika podría parecer un personaje de ficción, pero existió. De las aventuras de la Patagonia a los primeros tiempos de la República en Madrid; de los grupos clandestinos de oposición al estalinismo en Francia al convulsionado Berlín donde el nazismo crece peligrosamente, Mika vive junto a su marido Hippolyte la gran aventura intelectual e ideológica del siglo XX. Lo que buscan hace años está en España, en esa guerra que Mika hará suya al mando de una temeraria columna del POUM.



Los días más felices

Gustavo Martín Garzo

Editorial Lumen, 2012

Al abrir las primeras páginas de esta novela, conoceremos a María cuando aún es una chiquilla y juega con los demás niños del pueblo. Es una niña hermosa, pero su cuerpo tiene un defecto: le falta la mano derecha, y María esconde el muñón entre los pliegues de su túnica. La acompañan en su juventud unas esclavas con las que María comparte los primeros misterios de la existencia y aprende a asumir que mucho de lo que la rodea procede de un mundo mágico que no tiene explicación racional. Un buen día la madre la acompaña hasta un pueblo cercano donde conocerá a José, un viudo

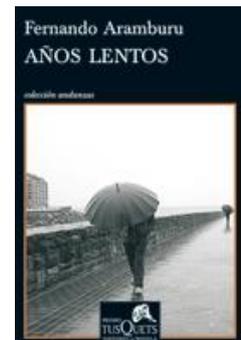
que parece dispuesto a convertirla en esposa no obstante su defecto físico.

Años lentos

Fernando Aramburu

Editorial Tusquets, 2012

A finales de la década de los sesenta, el protagonista, un niño de ocho años, se va a San Sebastián a vivir con sus tíos. Allí es testigo de cómo transcurren los días en la familia y el barrio: su tío Vicente, de carácter débil, reparte su vida entre la fábrica y la taberna, y es su tía Maripuy, mujer de fuerte personalidad pero sometida a las convenciones sociales y religiosas de la época, quien en realidad gobierna la familia; su prima Mari Nieves vive obsesionada por los chicos, y el hosco y taciturno primo Julen es adoctrinado por el cura de la parroquia para acabar enrolado en una incipiente ETA. El destino de todos ellos –que es el de tantos personajes secundarios de la Historia, arrinconados entre la necesidad y la ignorancia– sufrirá, años después, un quiebro. Alternando las memorias del protagonista con los apuntes del escritor, *Años lentos* ofrece además una brillante reflexión sobre cómo la vida se destila en una novela, cómo se trasvasa el recuerdo sentimental en memoria colectiva, mientras su escritura diáfana deja ver un fondo turbio de culpa en la historia reciente del País Vasco.



Sin billete de vuelta

Carmen Vargas Antúnez

Bohodón Ediciones, 2012

Esta historia pretende ser fiel reflejo de una de las épocas más grises de nuestro país en la que muchos aún podrán identificar su propia memoria. Francisco Vargas Casas, un anarquista de Benalup-Casas Viejas, comenzó desde muy joven a luchar en defensa de los jornaleros. Desde 1933, justo cuando acontecen los famosos y tristes sucesos, empezará a sentir sobre sus hombros la crueldad y el odio de los más poderosos, que no son afines a sus ideas. Durante este periplo de continuas luchas también conocerá el oasis del amor; un amor ganado a pulso y que le costará mantener a su lado. Las diferencias sociales e ideológicas entre ambas familias no se lo pondrán

nada fácil. Al final tendrá que abandonar su aldea obligado por unas injustas acusaciones, regresando a ella tan solo una vez, en 1977, después de más de veinte años de ausencia, no pudiendo reconocerse en el que fue su entorno. Es entonces cuando decide despedirse del lugar una vez más, pero en esta ocasión, sin billete de vuelta. Casi cincuenta años de historia –desde 1933 hasta 1981– componen el trasfondo sobre el que se viene a desarrollar su vida y los avatares de su propia familia.

Habitaciones privadas

Cristina Peri Rossi

Editorial Menoscuarto, 2012

Si un extraño aterrizara en una de nuestras grandes ciudades y quisiera saber cómo viven y qué sienten los urbanitas, este libro le daría una visión sutil e irónica de los deseos, los conflictos y las ilusiones del ser humano de hoy. Todos los relatos comparten ese escenario urbano y su desarrollo en espacios cerrados: un *after hours*, un cuarto de hotel, un plató de televisión o una oficina. Los pequeños dramas cotidianos y la búsqueda de amistad, amor o sexo muestran los aspectos más conflictivos del capitalismo tardío. Disfruten, padezcan, gocen y regocíjense con Cristina Peri Rossi y sus *Habitaciones privadas*, nuestro mundo, con sus ilusiones y sus frustraciones



La mujer de sombra

Luisgé Martín

Editorial Anagrama, 2012

Guillermo le confiesa a su amigo Eusebio que mantiene relaciones sexuales sadomasoquistas con una misteriosa mujer. Al cabo del tiempo, y por azar, Eusebio decide buscar a esa mujer para contarle que Guillermo ha muerto y que por lo tanto nunca volverá a llamarla. Y cuando la encuentra se queda hechizado por ella. No se atreve a decirle nada para no tener que desvelar los secretos que conoce, para no ahuyentarla. Poco a poco se van enamorando. Eusebio espera que ella le pegue, le humille y le maltrate sexualmente como hacía con Guillermo, pero Julia sólo le da caricias y ternura. Ése es el principio de la terrible duda que se abre paso en los pensamientos de

Eusebio: ¿una y otra son la misma mujer? ¿La que azotaba con un látigo a Guillermo y la que se abraza a él sosegadamente son la misma persona? *La mujer de sombra* es la historia de una obsesión y de un camino hacia el infierno. Es una novela sobre el secreto, sobre la culpa y sobre la identidad. En ella, Luisgé Martín vuelve a indagar en los laberintos más oscuros del alma humana y a pintar esos dilemas existenciales en los que tanta importancia tienen las pasiones sexuales heterodoxas, que están siempre en la frontera de toda moralidad y toda ley.

La hija del Este

Clara Usón

Editorial Seix Barral, 2011

Guapa, inteligente, extravertida, Ana tiene un gran futuro por delante. Es la mejor alumna de su promoción de medicina en Belgrado y el orgullo de su padre, el general Ratko Mladic, a quien ella adora. Una noche, de regreso de un viaje de fin de curso a Moscú y con tan sólo 23 años, Ana Mladic coge la pistola predilecta de su padre y toma una decisión que marcará la vida de su familia para siempre. ¿Qué sucedió en Moscú? ¿Vio Ana la otra cara de su padre, para ella un héroe, para muchos un criminal de guerra? La tragedia de Ana Mladic confiere una dimensión familiar, real y cercana al terrible drama de la guerra de los Balcanes, la última contienda europea y el trasfondo de esta absorbente novela.



El fin de la raza blanca

Eugenia Rico

Editorial Páginas de Espuma, 2011

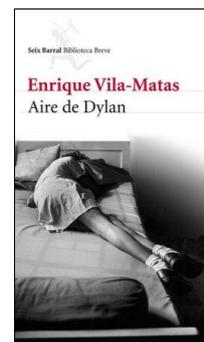
El fin de la raza blanca arranca con un estremecedor cuento que se mueve en el fino y desbocado equilibrio de una línea gris y se interna en un viaje interior asediado por el estupor, lo absurdo, la crítica hacia un destino que nunca llega. Desde la relación de pareja, la piel y la basura que une a un hombre y una mujer, hasta la miseria colectiva e individual que se esconden detrás de conflictos como la I Guerra Mundial o la Guerra Civil española, Eugenia Rico es capaz de utilizar lo fantástico y cierta dosis de humor para, después, dejar paso a la crueldad ejercida por el poder, aunque sea en nombre de la caridad y el amor. Cielo, Purgatorio e Infierno. Eugenia Rico, que ha cultivado el género breve desde el comienzo de su existosa carrera, bucea en la supervivencia, la presencia de la maldad, el amor corrompido. Una mirada desnuda y sin treguas acompañada de la mejor escritura.

Aire de Dylan

Enrique Vila-Matas

Editorial Seix Barral, 2012

«Al igual que Dylan mi padre fue un raro», dice Vilnius, más conocido como el pequeño Dylan, mezcla del cantautor americano y Rimbaud, convencido de que el fantasma de Lancastre, su difunto progenitor, le está traspasando sus recuerdos y clama venganza. Mientras el joven Vilnius se dedica a completar su Archivo General del Fracaso, busca a alguien que reconstruya las memorias de su padre y funda la infraléve y muy ligera sociedad Aire de Dylan, cuyos miembros intentarán desenmascarar a los asesinos de Lancastre en el transcurso de una representación teatral. La nueva novela de Enrique Vila-Matas es un homenaje al mundo del teatro y una divertida e implacable crítica del post-modernismo, contada a través de la relación de un padre y un hijo que personalizan el duro contraste entre la cultura del esfuerzo y el creativo arte de encogerse de hombros y no hacer nada, como Oblomov, el personaje «radicalmente gandul» de la literatura rusa.



Cuentos completos

Juan José Saer

Editorial El Aleph, 2012

«La narración breve tiene en el Río de la Plata un arco diverso de voces. Horacio Quiroga, Felisberto Hernández, Julio Cortázar y Jorge Luis Borges han llevado el cuento a un ocupar un espacio de significación en el que han desarrollado un imaginario único. Juan José Saer se suma con sus cuentos a esa tradición en la que interviene dando lugar a una manera distinta de leer, proponiendo ficciones más abiertas; "argumentos", según su propia definición, que no solo interrogan al género sino que lo redefinen, ubicando al lector en una situación de compromiso inusual en su relación con el texto.» (Miguel Roig). «Saer es un narrador que pone a la lírica como horizonte de su literatura y hace de la poesía un modelo político del uso del lenguaje.» (Ricardo Piglia).

Una idea genial

Inés Acevedo

Editorial Alpha Decay, 2012

Inés Acevedo decidió escribir su autobiografía a la edad de veinticinco años. En ella, dos fijaciones: la familia y la lectura. Sin ningún tipo de linealidad, anárquica como la propia memoria, Acevedo nos hace partícipes de su infancia asentada en un rancho de un pueblo llamado Napaleofú y su necesidad de escapismo a través de la lectura –encuentros literarios que obtiene de una biblioteca a cinco kilómetros de su rancho–. Desde un punto de vista más que peculiar, Acevedo convierte su día a día en un fascinante relato de aventuras en el que la necesidad de huir de un particular círculo familiar se hace tan necesaria como imposible. Una primera novela sólida y hermosa que le ha valido a su joven autora el reconocimiento de Ricardo Piglia, Edgardo Cozarinsky y María Moreno, jurado del prestigioso Premio Indio Rico, del que *Una idea genial* recibió la primera mención.



Betibú

Claudia Piñeiro

Editorial Alfaguara, 2012

Cuando parece que la tranquilidad ha vuelto a reinar en el country La Maravillosa, Pedro Chazarreta aparece degollado, sentado en su sillón favorito, con una botella de whisky vacía a un costado y un cuchillo ensangrentado en la mano. Todo hace suponer que se trata de un suicidio. Pero pronto aparecen las dudas. ¿Acaso algún justiciero habrá querido vengar la muerte de la mujer del empresario, asesinada tres años antes en esa misma casa? ¿Será ésta la última muerte? *El Tribuno*, uno de los diarios más importantes del país, deja de lado por unos días su enfrentamiento con el gobierno para cubrir a fondo la noticia. Al escenario del crimen, envía a Nurit Iscar, una escritora retirada, y a un periodista joven e inexperto. Y aunque el antiguo jefe de la sección Policiales, Jaime Brena, ha sido desplazado por sacar los pies del plato, decide involucrarse en el caso y ayudar a su reemplazante y a Nurit, a quien admira en secreto.

Cuentos para leer con una sola mano

María Dubón

Sabara Editorial, 2012

La literatura erótica supone un reto creativo y no es, desde luego, la perversión de una mente calenturienta, de un alma amoral o de una personalidad enfermiza, porque el sexo es único y compartido por toda la especie. Línea a línea, el autor y el lector interactúan, el lector reacciona a los estímulos que el autor le propone y se entrega a esa cópula orgásmica que no sólo es física, porque el texto ha lubricado los íntimos recovecos de la mente y ha hecho que culmine la gloria del proceso de compenetración. Toda la literatura juega a este juego de seducción. Se trata de crear una obra atractiva para el lector, de impedir el cierre brusco del libro que lo condena al polvo del olvido en un estante de la biblioteca del que nunca más saldrá.



Un publicista en apuros

Natalia Moret

Editorial Mondadori, 2012

«Una Buenos Aires dura, compulsiva e intensa. El primer libro de una autora que anuncia un proyecto ambiciosamente auspicioso para la literatura argentina. Una novela para pasarla bien.» Jorge Asís. «El rigor de una lengua alucinada. Increíblemente obscena, de gran atrevimiento, sostenida con gracia y malignidad.» Horacio González. «Querida traidora: ¿dónde mierda estás? Cuando te encuentre, te mato.» Todo lo que se puede esperar de una novela que arranca así no sólo se cumple, supera cualquier expectativa. Con teorías tan delirantes como realistas, *Un publicista en apuros* devela una trampa mucho más amplia que la de su propio argumento y le sirve a su autora

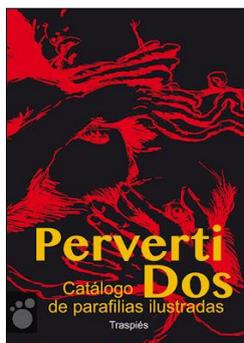
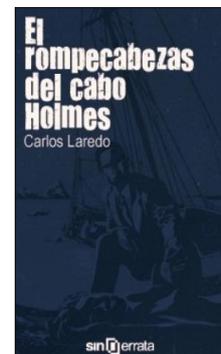
para describir de forma cruda y brutal la vida de un sector de nuestra sociedad.

El rompecabezas del cabo Holmes

Carlos Laredo

Sinerrata Ediciones, 2012

Una joven modelo aparece ahogada en la costa gallega, junto con algunos restos del yate en el que viajaba con el presidente de uno de los más importantes grupos empresariales del mundo de la moda, la publicidad y los negocios inmobiliarios, que se da por desaparecido. El cabo de la Guardia Civil José Souto, apodado *Holmes* por su minuciosidad y su afición a las novelas policíacas, es el encargado de investigar lo que se supone un desgraciado accidente. Cuando empiezan a surgir extrañas y oscuras coincidencias relacionadas con el supuesto naufragio, Holmes se encontrará buscando trabajosamente cada pieza y su lugar en un complicadísimo rompecabezas en el que se mezclan la moda, el lujo y la prostitución, mafiosos de medio pelo, matones barriobajeros y hasta un peculiar y refinado detective privado que contribuirá de forma eficaz y sorprendente a la resolución de un caso en el que nada ni nadie es lo que parece.



PervertiDos

VV.AA.

Editorial Traspies, 2012

El Marqués de Sade enumera en su obra toda clase de perversas formas de someter al otro para satisfacer nuestro placer, formas que, probablemente, hoy no contarían con el beneplácito de sus pobres e indefensas víctimas. Obviando la doble moral imperante que nos impide mostrar públicamente nuestras inquietudes privadas, *PervertiDos* propone, a través de una serie de transgresores relatos, nuevas formas para enriquecer nuestras relaciones. Ahondando en ese espacio común de juegos y deseos, este libro nos ofrece un variopinto catálogo de propuestas lúbricas como la enterolagnia, el troublesismo o la anortografofilia para descubrir el atractivo de las colonoscopias, las mentiras o las faltas de ortografía. Más de setenta autores, entre escritores e ilustradores, aportan su imaginación, y seguramente alguno sus propias e inconfesables experiencias.